



Grupo
Editor

Las
manos
en el
fuego

Ernesto
González
Bermejo



Ediciones de la
Banda Oriental

Las manos en el fuego

ERNESTO
GONZÁLEZ
BERMEJO

LAS MANOS
*LE*N EL FUEGO

AGRADECIMIENTO

De la primera a la última página, este libro debe su existencia a la devoción de Hilary Sandison. Y la debe, también, a la paciencia y generosidad de Nicole Rouan y Jorge Enrique Adoum, a la exigencia de Eduardo Galeano, a la ecuanimidad de Helena Villagra, a la pupila de Julián Oreggione, al fervor de Helga Goldberg, a las gauchadas de Olga Machado, y a la participación crítica de Jorge y Mecha Risi, junto a veinte bien dispuestos más, no por anónimos, menos decisivos. A todos, gracias.

E. G. B.

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.

Gaboto 1582 - Tel.: 408 3206 - Fax: 409 8138

11.200 - Montevideo, Uruguay.

Diseño de tapa: María Eugenia Ferreiro

ISBN 9974-1-0036-4

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Depósito Legal: B-37788-98

Impreso en España

*A Luis e Ivette Martirena, a
Nenucho Alvariza y, en ellos, a todos.*

“Ni este gobierno ni las Fuerzas Armadas admiten o admitirán jueces o juicios a sus procedimientos y operaciones en situaciones de emergencia nacional o guerra interna, aprobadas por un Parlamento ungido por el voto del pueblo. En definitiva, la finalidad de este mensaje es aventar todo pensamiento o intento de proceder en el presente y en el futuro al revisionismo de lo actuado con tan penoso como ardoroso aporte de las Fuerzas Armadas”.

Teniente General Gregorio Alvarez, presidente (de facto) de la República Oriental del Uruguay, 16 de setiembre de 1982, mensaje radiotelevisado

El relato que sigue está basado en testimonios orales y escritos de DAVID CAMPORA. Los hechos y personajes citados son auténticos. Algunos nombres propios han sido modificados u omitidos por irrelevantes o intercambiables. En otros casos, de presos, por pura discreción.

PRIMERA PARTE

El silencio, lo que más le impresionó fue el silencio. De pie en la vereda, descalzo, con las manos libres, nadie a su lado, todo aquel gentío mirándolo –milicos, vecinos, el hombre de enfrente en la ventana– máscaras sin expresión, sin prisa, habitantes de una campana perfecta de silencio.

Había salido del dormitorio chico, pasó junto al cuerpo tendido, comenzó a bajar la escalera cubierta de cáscaras de cal y vio al soldado negro, enorme, las piernas bien abiertas, y la *metra* terciada al pecho, esperándolo abajo. El miedo le apretó el estómago: “hasta aquí llegaste, David”.

Hacía un buen rato que habían salido del humo y el escándalo del tiroteo: habían llegado el Juez, las ambulancias: al Ñato se lo habían llevado, gris, en la camilla y empezaba a considerarse un probable sobreviviente cuando el comisario ordenó: “vamos”, lo hizo caminar delante y nadie lo siguió; bajaba la escalera, solo, hacia la *metra* del negro –entrevió una casa destruida, polvorienta, a sus costados– y presumió el final.

Pero el negro, furioso y frío, se hizo a un lado y él, sin esposas, descalzo, la camisa adornada con lamparones de sangre, un pantalón raído y –no lo sabía todavía– una herida aparatosa en la frente, avanzó hacia la puerta de la casa, salió al jardín, llegó al murete, abrió el portoncito quejoso y se encontró con aquel espectáculo: atravesado en la calle un desorden de ambulancias, jeeps policiales, dos camiones del Ejército cargados de hombres verdes erizados de armas; la multitud: docenas de rostros indiferenciados, manchas de colores, retazos de cuerpos, y el silencio. Una actitud de recogimiento inmutable, de escena en suspenso, foto fija. Era como si la sorpresa hubiese atrapado gentes y cosas congelándolas en pose de estupor, en un último gesto de asombro e incredulidad.

Fue un infarto nacional: ese atardecer del 14 de abril de 1972, en la calle Amazonas, de Montevideo, un Uruguay había sido rematado a ti-

ros: los tupamaros se desmoronaban, la izquierda legal sucumbía, los milicos inauguraban muy latinoamericanamente su dictadura y, aunque nada de esto se supiese entonces, algo sin precedente, algo que no cabía en la cabeza de todos los días, acababa de ocurrir en aquella casa y el azar —no solo el azar, es cierto— había querido que él estuviera allí.

Oyó murmullos, un fondo sofocado de voces; un milico lo apremiaba: “ese auto, suba a ese auto”; alarido de sirenas, choque metálico de armas, la carraspera de los camiones y las cabezas de la multitud unidas a un solo cuerpo inmóvil y, entonces, ya esposado, con un guardia a cada lado, el automóvil de los milicos arrancando con una protesta de neumáticos, un grito imperioso para apartar a alguien, volaron hacia la Rambla.

Abro los ojos; está queriendo amanecer en el cielo del invierno, entre los siete barrotes de la ventana. El Penal duerme todavía.

Tibieza de la cucheta conquistada con dos frazadas, calzoncillos largos, medias tejidas a mano que no entran en los zapatos, camiseta gruesa, guantes, y un gorro de buena lana.

Me estiro largo-largo, brazos y piernas; un espasmo agradable, unas ganas absolutas de hacer el amor –abarcarlo todo en medio segundo: su antes, su durante, su después– y al distender los brazos, necesidad, premura de abrazar y ser abrazado, entibiado y entibiando carne ajena: la *Negra*, como solo a sorbos me permito añorarla, porque hace daño inmenso y pone triste horrible y deja flaco enteco para enfrentar lo que dentro de un momento vas a tener que asumir otra vez, como a cada retorno de distracción o sueño, de algún vivirme sin rejas.

Una media luz azul leche viene del camino interior del Penal y no deja ver los objetos de la celda, solo sus bultos y sus sombras. Me llega el chillido de un tero: algún milico que pasó cerca del nido; el pájaro lanzó un gritito solitario; me hace sonreír: él tampoco soporta a los milicos. Los pasos de algún guardia que viene de la *Isla* hacen crujir las piedritas de tosca del camino. El chistido de la lechuza, súbito. El “pi...pii”, chiflido rítmico del radiotransmisor de la Guardia que queda abierto toda la noche.

Tibieza bajo las frazadas, placer de estirarme sin brusquedades para no despertar al *Pucho* que duerme en la cucheta de abajo; el índice deslizándose por el enduido de la pared hasta la cartulina de las fotos: “buenos días, amores”, como a cada despertar.

Hoy, señoras y señores: fajina. Anoche, mientras leíamos un rato tranquilos antes de que apagaran la luz, apareció el sargento Ferret: “a partir de mañana salen los dos de fajina, ¿entendido?”, con la sequedad habitual en Ferret sancionador, de hablar poco, sin cóleras ni sonrisa.

Cuando se había abierto la ventanilla nos habíamos parado como autómatas con el *Pucho* Maldonado, clavados en el lugar, las manos atrás, no viendo más que la cara del sargento, el bigote y las cejas, y ese color de camisa menos desteñida que la de tropa.

–¡Cómo no, sargento, encantados! –dije.

Lo dije con un zumbido amable irónico, imposible de tomar por adulonería pero sin dejar mucho espacio, tampoco, para la sanción.

Miré directo a la cara del milico. El *Pucho* fijó los ojos diez centímetros más abajo para verlo sin mirarlo; no porque rehúya las miradas, es que con los milicos siempre fue ladino y durísimo; me recuerda esos perros de campo, perros de intemperie, desgreñados, de movimientos resbalosos, miradas de rabillo y diente siempre pronto. Estar con los silencios del *Pucho* es acompañarse del peligro (¡y qué bien lo sienten los milicos!); silencios de resorte comprimido, de melaza, de los que nadie sabe bien cómo salir, mientras él se encuentra a sus anchas.

Se fue el Sargento. Colgó afuera, en la puerta, el letrero de FAJINA y se le fueron apagando los pasos.

—¡La gran puta!; ¿otra vez esa mierda?; ¿cuándo hicimos la última?

Salir de fajinero supone recorrer la planchada, ver a cincuenta compañeros (y no solo a dos), hablar algo con cada uno de ellos y, sobre todo, serles útiles pero supone también tener que suspender el programa de estudios, bancar a los milicos todo el día, hacer un trabajo agotador y, seguramente, volver por la noche con una sanción encima.

—La última, hace unos dos meses —dijo el *Pucho*.

Nos acostamos temprano, anoche. Lancé un “¡Ay, *Chichí!*”, un “en fin, vamos a ver qué pasa” con que suelo despedirme del mundo y sus alrededores, y el infaltable “hasta mañana, *Puchito*”.

No dormí bien. Entré al sueño premeditando la jornada de hoy y el compromiso conmigo mismo me hizo dormir a los saltos, vigilando los signos que van pautando la noche: hasta la una está prendida la luz del Locutorio, a las dos hay cambio de guardia de los enfermos; el ritmo de la conversación de los milicos, al principio entusiasta, va muriéndose con las horas.

El cielo azul negro se irá metamorfoseando en esmeralda, apenas visible, degradación milimétrica que anuncia el mismísimo principio de la madrugada. No son, todavía, las barras del día. La noche en el campo tiene más que colores, profundidades, solideces, y cuando puede decirse: “pronto va a aclarar” es que ya apareció una lechosidad mínima sobre el estrellerío, un ligerísimo desleírse del añil.

Pronto va a ser la hora, *Chichí*; pronto van a venir por vos. Hoy empezás de nuevo la mierda de fajina. Y siempre preso, presísimo; ¿cuánto llevás?: 1972-1980, nueve añitos; no es para tanto; se diría que, después de todo, te sentís —¡oh, disparate!— bastante bien, aceptando el pedazo de pastel que te corresponde digerir; haciendo, *Chichí*, lo que quisieras que hiciera un tipo al que querés.

Me asomo para comprobar —imbécilmente, como cada mañana— si el *Pucho* está en la cucheta de abajo: está; estamos. Duerme, totalmente

tapado –incluso la cabeza– en posición fetal. No ocupa mucho espacio, es cortito aunque ancho y bastante panzón; fuerte. Es una alegría, un permanente “menos mal” compartir la dureza de la cana con un duro como él (tan blandito en el secreto de su allá adentro) y se me importa un carajo, no me mella ningún cromado, su brutalidad en las relaciones, sus silencios eternos, sus empaques con el mundo, su forma esotérica, en el límite de lo comprensible, de expresar pensamientos riquísimos; su abismal carencia de educación convencional.

Duerme cara a la pared, la ropa de cama ordenada y se remueve poco: “como si tuvieras la conciencia limpia” –vivo jodiéndolo–. Lo dejo arrolladito y me acomodo la cabeza en la almohada, sonriendo todavía.

Va a ser la hora, *Chichí*, pronto van a venir. Ahuyento la imagen recurrente de la Negra: acordáte que estás preso y que el día recién comienza. Estás preso: jodéte; “vos te lo buscaste”, diría la *Negra*; “y vos me ayudaste”, le contestaría yo. Presísimo, *Chichí*. Te tienen en el fondo mismo del tarro, en la más chiquita de las muñecas rusas, en la última de las cajas chinas, esas que cuando se desempaquetan dan un ligero vértigo de infinito.

La caja más grande, el propio Uruguay: una cárcel. La que le sigue, un territorio de cincuenta kilómetros de radio: Río de la Plata, al sur; guarniciones militares de Montevideo, al este y de San José, al oeste –las más poderosas del país– y por el norte, campos y más campos.

Al Penal le pertenecen ochocientas hectáreas de terreno, con pista de aterrizaje, perros amaestrados, ametralladoras disimuladas en bunkers, sospechosos gauchos de caballo y walkie talkie, y vigilancia aérea.

Un camino de circunvalación que une catorce torretas de ocho metros, en hormigón, cada una con dos soldados con ametralladoras punto 30, rodea el Penal.

Las cajas siguientes, de mayor a menor:

–una cerca de tejido de tres a siete metros de altura, coronada por seis hiladas de alambre de púas;

–ocho metros hacia adentro, dejando en medio un camino alumbrado “a giorno”, una cerca idéntica a la anterior;

–más alambre de púas, pero esta vez dispuesto en forma de espiral extendida, tipo guerra del 14, en todo el perímetro;

–un tendido de alambre a la altura del muslo que advierte inequívocamente desde unos carteles color rojo subido, con sus correspondientes calaveras y tibias cruzadas: NO PASAR. PELIGRO DE MUERTE: la zona de fuego.

Y, muy cerca, el edificio del Celdario. Quienes lo han visto desde la ruta nacional número uno que une Montevideo con Colonia, lo comparan con un transatlántico navegando la noche. Y debe parecerlo, esa mole alargada, sostenida por columnas invisibles en la oscuridad, con las luces de sus quinientas ventanas ordenadas en las cinco hileras paralelas de los pisos e interrumpidas por la masa recta, alta y negra –se diría la chimenea de un barco– de su torre central.

Para llegar adonde “vivo”, como decimos, hay todavía que atravesar una serie decreciente de cajas, custodiadas por guardias, protegidas por rejas, reguladas por mecanismos a distancia: el cuarto de la Guardia, los accesos a la escalera, al piso, al sector, hasta llegar a esta celda, la última caja, estos pocos metros cuadrados donde estoy encerrado, tendido en mi cucheta y esperando el día.

¿O la última caja serás vos mismo?; ¿podrán dismantelarte y transformarte en otro sistema de cajas chinas hasta que lo último que quede de vos sea un grano de polvo loco y preso? No, *Chichí*, eso ni pensarlo.

* * *

Las *heladeras* son terriblemente asfixiantes; son unos camiones blindados, herméticos, que usan los grupos de artillería. Cuando los tanques avanzan, el camión va detrás transformado en oficina del comandante, con generador para comunicaciones y todo lo necesario. Pero normalmente no hay nada: una *heladera* es un cubo verde con ruedas, vacío.

Los habían embarcado esposados a la espalda, estibados en el suelo por grupos de veinticinco, en dos *heladeras*, y el viaje duró una hora y media.

Después de su caída en Amazonas había rodado por el Hospital Militar, Jefatura de Policía y varios cuarteles, antes de ir a dar a Punta de Rieles, a 13 kilómetros de Montevideo, que después convirtieron en cárcel política para mujeres.

Punta de Rieles era entonces, fines de 1972, un lugar de concentración y reexpedición de presos. La *máquina* ya había cumplido su etapa masiva y desde todos los cuarteles del país los presos llegaban a Punta de Rieles, hacían piso unos días y, cuando alcanzaban a ser cierta cantidad, los envasaban en una *heladera* y los mandaban a *Libertad*.

Había un ambiente de aeropuerto, un gran desorden y muy poca represión. Tanto que en los paquetes de los familiares llegaban cajoncitos de frutillas y podían hacer licor. La víspera del traslado había habido fiesta de despedida, con canterola de tangos y rueda de chistes y él se

acostó un poco en curda, cerca de medianoche.

—¡David Cámpora! —gritó el milico.

A las tres y media de la mañana de un jueves caluroso de diciembre, los despiertan y los meten en la *heladera*. Los milicos habían dicho que *Libertad* era un penal asombroso, ultramoderno, todo automático, con puertas que “se abrían solas” y “tapices que caminan”.

En realidad, cuando llegaron no vieron gran cosa. No había terminado de amanecer, los presos dormían todavía y los concentraron debajo del enorme edificio iluminado del celdario, entre las columnas.

Les habían sacado las esposas dentro de la *heladera*, los empujaron a tierra y ordenaron:

—¡Bolsa de ropa a la izquierda!

Los esperaba una larga fila de milicos.

—¡El brazo derecho atrás!

Los hicieron avanzar junto a la fila y un milico se le abalanzó. Agarró su muñeca y subiéndosela por la espalda hacia la nuca lo inmovilizó y lo obligó a inclinarse hacia adelante. Los otros cincuenta presos estaban en la misma posición, cada uno con su milico.

—¡A correr, pichis, a correr!

Empujados por los milicos, subieron en tropel por el celdario; un griterío de miedo, los vozarrones:

—¡Corran, pichis de mierda, largo, largo!

Subieron un piso, dos, hay que dar pasos largos, largos, galope desenfrenado; la bolsa de ropa se le caía y la dejó, “bolsa de mierda, alguien la va a recoger”; tres pisos, las botas de los milicos amplificadas por la caja de resonancia del Penal, metal y mosaico; ni un alma a la vista, nadie, la inmensidad descarnada del celdario y sólo ese milico atrás que quiere romperle el brazo; el cuarto, el quinto piso, sin aliento.

—¡Largo, hijos de puta, largo!

Seguir corriendo por la planchada hasta el empujón al fondo de la celda y, atrás, el portazo. Y enseguida, inesperado, total, omnipresente, el silencio; un silencio de miedo y de muerte en todo el Penal.

Arrastro los talones contra las sábanas ásperas y me saco las medias gruesotas; a las sábanas del Establecimiento no se les va la rudeza como de bolsa de azúcar, limpia pero inflexible, así pasen dos, tres años; mis ojos sobresaliendo de la sábana junto a un número impreso con sello 613 tinta negra, grande; estiro la frazada debajo del mentón, aliso las cobijas enmarcándome el cuerpo; “¡qué tal ataúd; así las momias!”; la cabeza gira hacia la ventana, hacia el gris; va queriendo aclarar; bostezo ancho sin mayor preocupación ahora por el ruido, pronto van a venir y cuando vengan habré vuelto a entrar en la atmósfera amortiguando el descenso para evitar el incendio y tendré la cara dura y la coraza puesta, lejos ya los queridos fantasmas, y cuando baje de la cucheta, a romperle un poco las bolas al *Pucho* porque a lo mejor está nostálgico como yo esta mañana, él que tiene tan pocas ternuras que recordar y tantos sudores civiles, vamos a meternos de entrada bien en cana para comerle los jugos a nuestra realidad, nuestra vida que está viva pese a milicos, y llega a ser hasta gozo y tarea aunque nos cueste tripas, aunque afuera difícil-imposible que entiendan qué es lo que nos pasa acá adentro, y sobre todo acá adentro de uno mismo que a su vez está acá adentro.

Y cómo habrán pasado la noche el *Chapa* y sus delirios; Areón, el *Colombia*, el *Chato* de los Santos, el *Galleguito Mas Mas*, se le pudrieron sus memorias tiernas, cansadas de tanto moretón, de tanto daño, de tanta mugre milica; se fueron, se sacaron las rejas y se fueron.

Acá, con estos presos represos, *canerísimos*, tupas bien tupas, “peligrosos del Partido Comunista”, como dicen los verdes, anarcos viejos enteros, este es mi territorio personal, este es mi mundo y aquí me quedo; en todo caso no quiero una evasión como la de ellos, nuestros loquitos entrañables, y en la otra, como todo preso, estoy pensando todo el día, todos los días. Los milicos lo saben pero nadie lo menciona nunca porque es el más inquietante sobreentendido entre un hombre que está encerrado y otro que tiene por misión impedirle recuperar su libertad.

Desde los pisos altos del Penal, los días claros, se llega a ver apenas la playita dorada del Río de la Plata. Supongamos que tuviera cita con un submarino, ¿cómo hago para abrir todas las cajas y llegar hasta allá?

Un túnel hasta el pueblo de Libertad: unos buenos cinco kilómetros, ¿dónde iniciarlo?: el Penal, precisamente por eso, no tiene planta

baja, está “en el aire”, sostenido por columnas y sólo apoya en el suelo la Sala de Guardia y la cocina, información que también está en posesión de los milicos. Y, además: ¿dónde meter la tierra?; la tierra –acordáte de la otra vez– se esponja y multiplica su volumen cuando se la va sacando de su nicho; habría que inventar una compresora manual para transformar los montones de tierra en pastillas de cinco toneladas cada una y, además, ¿cómo evacuar a mil trescientos fugitivos sin que llamen la atención veintiséis camiones en fila india con cincuenta hombres cada uno?

Si no es el submarino ni tampoco el túnel, tiene que ser por aire; los aviones y helicópteros que vengan a rescatarnos tendrán que sortear el control de vuelos de todo el país y el ataque de las baterías antiaéreas del propio Penal, mientras nosotros nos batimos para controlar los ochocientos soldados del campo y para rechazar los refuerzos que les llegarán de Montevideo y de San José.

Los pasos del milico lo traen hasta nuestra celda, enciende desde afuera –violenta– la luz, trajina con el pestillo y deja caer la ventanilla contra la puerta, el choque irritante de metal contra metal, magnificado por el silencio de la hora; se asoma, profiere un “¡fajina!” y se aleja paseando por la planchada el mugido de un bostezo.

Cuando me descuelgo de la cucheta oigo que el *Pucho* protesta entre las sábanas:

–¡Este milico jueputa me vino a despertar en lo mejor del sueño!

Y mientras me encamino a la pileta para zambullir la cabeza en el agua helada, contesto:

–No te preocupes, *Puchito*, a mí también.

* * *

Cuando llegó a *Libertad*, a fines del 72, ya había pasado la *máquina*, como todos los presos. El conoce solo dos casos, entre los miles de detenidos en cárceles y cuarteles que no fueron torturados: dos. Llegaron al Penal, cumplieron su condena, y como probablemente en su ficha constaba que habían sido adecuadamente torturados, un día salieron libres sin que los tocaran: dos errores administrativos.

El *Bebe* Sendic les decía en el Penal: “tendría que saberse que el Uruguay es el país donde se ha torturado más gente en relación con su población, en todo el mundo, en toda la historia del mundo”: cincuenta mil personas, no está mal para un país de dos millones y medio de habitantes: un uruguayo de cada cincuenta fue pasado por la *máquina*.

Empezaron siendo muy torpes, los milicos. Ya cuando se la dieron a él, en junio del 72, habían hecho progresos y en pocos meses más se doctoraron. Como la cirugía, la tortura avanza a pasos de gigante en tiempos de guerra.

Habían resistido bien, en general, durante aquellos meses feroces; sólo una corta minoría había *cantado*; una minoría que se desmoralizó ante el derrumbe de una organización que cayó de muy alto y muy rápido.

Pero ¿cuántos habían soportado sin chistar hasta límites inimaginables?

Es un Jorge Selves, llenando con su vozarrón el cuartel de “Peñarol”:

—¡Sigán pegando, milicos maricones, que le están dando a un hombre; sigan, no se paren!

Nueve meses lo tuvieron en la *máquina*, nueve meses todos los días y lo único que sabía hacer cuando entraba un preso nuevo era rociar de insultos a los milicos, recorrerles la parentela y avisar a los gritos desde el calabozo:

—¡No aflojen, compañeros: soy Jorge Selves; no aflojen que se les puede ganar a estos asesinos de mierda!

(“*La resistencia a la máquina —comprendería David— es antes que nada una cuestión ideológica: cuanto más claros se tengan los términos del conflicto, más fácil será definir al enemigo y más fácil será defenderse de la irracionalidad de la máquina*”).

Es un *Canario* Long, gimnasta, que como después de tres días de *plantón*, con un ladrillo en cada mano, todavía seguía entero, le hicieron adelantar los brazos y le descargaron encima un tronco de veinticinco quilos. También se los aguantó, en posición de firme. Le pegaban, no para preguntarle: para destruirle aquella musculatura, envidia y respeto de los milicos.

—¿Querés más?

—Tengo resto —decía el *Canario*.

Y seguían. Hasta que terminaron arrojándolo al calabozo; carne, ojos, orejas, nariz en una sola masa roja.

—Che, ¿te creías que estabas compitiendo por un campeonato del mundo? —le preguntó un compañero.

—De un mundo... socialista —alcanzó a responder el *Canario*.

(“*La máquina dejará de ser entonces —pensaría David— un absurdo puro, para ser un arma enemiga; bastante más monstruosa que las otras, pero nada más*”).

Es un *Flaco* Rodríguez Beletti que, como si estuviera en su rancho

de adobe, paja y barro de los campamentos de los trabajadores cañeros del Norte haciendo sindicalismo, se puso a enseñar a los milicos, en medio de la *máquina*, cómo no era indispensable pudrirse, cómo podían seguir siendo buenos soldados; ni gritos, ni insultos; no les pidió en ningún momento que se detuvieran.

El *Flaco* piensa y habla en mayúscula y en patria; no se lo propone: suda conciencia política, y los torturadores, cansados de darle, se oían recomendar, desconcertados y furiosos, con esa forma un poco declamatoria que tiene el *Flaco*, que debían ser dignos del Ejército de Artigas, que no aceptaran el papel antipatriótico que querían imponerles sus jerarcas, que se sublevaran y se unieran al pueblo. Nunca quiso dar detalles de su *máquina*, el *Flaco*: “es morbosos, eso”, aunque un día se le escapó algo sobre una varilla de hierro en el ano, muy hondo, a la que le daban electricidad.

(“*Porque vista como debe verse –reflexionaría David– el enemigo no será el verduguito, el operario ocasional de la máquina, sino la clase social que la emplea, el sistema que quiere moler con ella a sus impugnadores más tenaces*”).

Es un Daymán Cabrera, poeta rotundo, negando hasta lo que no le preguntaban, llevando a los torturadores a tal grado de exasperación que le dejaron una pierna baldada, un tímpano roto, una bronconeumonía crónica, y en estado comatoso.

Es un Héctor Romero, el *Santa*, viejo anarquista, terco como diamante con los milicos que lo acusan de saber quién se robó la bandera histórica del Desembarco de los Treinta y Tres Orientales: “cuándo y dónde y vas a hablar”. No le sacaron ni la hora y lo siguen llevando a la *máquina* todos los años, el 19 de abril, aniversario del Desembarco. Y le dan *máquinas* muy fuertes, nada simbólicas; que volviendo de una de las últimas, más entero que nunca, el *Santa* se trajo el comentario:

–¡Qué lo parió con los cosos estos, che, empecinados!; tanto joder por una bandera vieja; mirá si les llegan a afanar el escudo: ¡te cortan en rodajas, los muy brutos!

Es un Eleazar Alvarez, hombre del interior, obrero de chacra y construcción, discípulo de Sendic; un culatazo le dejó una costilla afuera, apuntando como un índice desde el esternón; los brazos atados a la espalda con alambre, hablando de usted, enojado y ofendido pero muy correcto, como maravillado de tanta maldad, diciéndoles a los milicos en la *máquina*:

–Pero realmente lo que ustedes tienen es un sinvergüencismo impresionante; no lo digo por mí, lo digo por Doña Mercedes Cabrera, que

ustedes le mataron al hijo que era un luchador social y ahora, me lo dijeron en la Caja Rural de Fray Bentos gente que no tiene por qué mentirme, ahora –decía– le retienen los haberes jubilatorios a la señora y es por orden militar; eso es puro sinvergüencismo, no se le puede llamar de otra manera.

Es un *Negro* López Mercado, en las primeras palizas del Interior, muy brutas, muy mal medidas, inexpertas, con doce días seguidos de *plantón*. Se durmió parado, el *Negro*, y se rompió la frente contra el piso y lo volvían a parar, y de *plantón* y encapuchado le daban de comer para poder seguir: polenta, le dieron y se puso contento y al rato comentó: “¡Qué rica, mi comida preferida, igual que la que me hacía la Vieja!” y el milico que se indigna y le da una trompada feroz en la boca del estómago y el *Negro* no la ve venir por la capucha y, al doblarse, le devuelve la polenta al milico, un glorioso chorro amarillo sobre el uniforme y el milico le pega otra vez y lo derriba y en el suelo el *Negro* se retuerce de risa, cada puntapié le arranca una carcajada hasta que, al final, le quieren hacer firmar una declaración diciendo que le habían dado medicamentos, comida y buen trato y se niega, y todavía les dice, reconocido:

–Lo de la comida se lo firmo, eso sí.

Es un Laureano Riera, el *Gordo*, dos *máquinas*, que cubrió a un simpatizante hasta después que el hombre había confesado y que le decía, llorando:

–Hablá, *Gordo*, es inútil: yo mismo lo reconocí, hablá.

Y el *Gordo*, imperturbable:

–Usted está equivocado; yo a usted no lo conozco. ³

(“*Sí, sin duda –opinaría David– la máquina es uno de los puntos culminantes del enfrentamiento con los milicos, la hora de la verdad respecto de uno mismo, la confrontación de la teoría con un momento en extremo exigente de la práctica. Es un escalón alto pero no es la prueba del nueve en la vida de un hombre; quién sabe si lo será más que Amazonas: tener un arma en la mano y esperar que un enemigo levante la cabeza, o ciertas dudas eventuales, futuras, de un militante que alcanzara el poder: ¿sabría juzgar objetivamente a sus verdugos –ser justo y no bueno– o los masacraría, a su turno?*”).

Es un Arturo Dubra cuando de regreso a la celda, después de cada sesión de *máquina* se le oía: “44 - 45 - 46” haciendo flexiones bajo los ojos admirados de un milico grandote que terminó cebándole mate por las noches; el Arturo que una vez llamó:

–¡Capitán!

–Hola, ¿qué decís? –era el capitán que le hacía dar la *máquina*.

–Te hago un trato, capitán –le dice Arturo.

–¿Sí?, ¿cuál?

–Te cambio cinco *submarinos* por una grapa doble.

–Hecho –dijo el capitán–, esta noche te vengo a buscar.

Y Arturo se prepara, hace gimnasia toda la tarde, se pone su camiseta más estropeada –uniforme de tortura– y espera.

Y a la noche el capitán efectivamente llega, lo saca, le da la grapa pero no la *máquina*.

–A tu salud –dijo Arturo.

–A la tuya –dijo el capitán.

(“*La máquina, un hito crucial en la vida de un hombre, situación límite –concluiría David– y no se regresa igual de una situación límite: los valores cambian. Cuando alguien le ve la cara a la muerte cincuenta veces por noche durante siete noches y, a pesar de todo, permanece en la vida, se despidió definitivamente de ciertas cosas, retomará otras de modo distinto, considerará algunas como absolutamente esenciales*”).

Son los Sclavo, Néstor y Felipe, padre e hijo, torturados uno en presencia del otro, y que se gritaban mutuamente:

–¡Vamos, carajo: no aflojes, que no es nada!

Y después de todo esto viene una vez un teniente del Batallón “Florida”, viene muy suelto de cuerpo a decirle a David:

–No sé por qué se quejan tanto de la *máquina*; no debe ser tan espantoso; yo voy a probar el *submarino*.

–¿Y quién se lo va a dar? –preguntó él.

–No sé –respondió el teniente–, le pediré al capitán.

Que fue cuando David le propuso, sin sacarle los ojos de encima y con la voz más neutra que encontró:

–Dígame, teniente: ¿no quisiera que se lo dé yo?

* * *

El día de la llegada a *Libertad* lo habían hecho subir a empujones los cinco pisos del Penal y lo arrojaron a aquella celdita impecable, sin estrenar; un quirófano. No lo podía creer: la cucheta, el colchón puesto, las sábanitas dobladas, flamantes; un juego completo de platos, todo muy ordenado y él sin tocar nada porque “si me acuesto ¿no me molerán a palos?” y “la cama ¿habrá que tenderla o esperar orden?”, “¿qué hacer?”.

El silencio y el tiempo que pasa, las horas ciegas, el *trille* intranqui-

lo, hasta que de pronto, la puerta que se abre escandalosamente:

—¡Afuera!

El brazo atrás, bajo la presión del milico, no le deja más alternativa que arquearse hacia adelante en la actitud obsecuente de un *coolie* chino. En la puerta de la celda se había reencontrado con la bolsa de la ropa. Trotando por el corredor de la planchada llegó al Centro de Observación.

—¡Desnúdese!

Entrega la ropa.

—¡Entre aquí!

Es la sala de baño; lo sientan: una máquina cero lo deja pelado instantáneamente.

—¡Venga acá!

Lo hacen girar media vuelta en el asiento: una brocha mugrienta por la cara, raspan, arrancan barba y lágrimas.

—¡Siga por ahí!

Es la cadena de una fábrica. Bajo la ducha: abren dos llaves, caliente y fría: se cocina, se enjabona y enjuaga al mismo tiempo; segundos.

—¡Salga; venga otro!

Taquicardia.

—¡Séquese!

Se da dos pasadas de toalla.

—¡Así, no: séquese bien!; ¡ahora, siga!

Desnudo: inventario: no pantalones, no zapatos.

—Esto lo puede conservar.

Un montoncito.

—¡Guárdelo; siga!

Examen médico.

—¿Cicatrices?

—No, doctor.

—¿Y ese hematoma en la espalda?

Piensa: “*máquina*”, dice:

—Vóleibol, doctor.

—Está bien; ¡siga!

Es un grano de trigo perdido en una molienda vertiginosa. Se pone los calzoncillos, el uniforme áspero, las zapatillas suela de yute; recibe el número que será su nombre durante diez años: el 613 y, sin que el milico tenga ya que forzarle el brazo, inicia el trotecito hacia su celda.

A veces cuando lee u oye que la represión fuerte empezó en Uruguay en 1973, con el golpe de Estado de junio, se pregunta si no estará

soñando. Porque a Libertad lo inauguraron en octubre de 1972, lo empezaron a llenar de presos, de abajo a arriba y cuando él llegó, el 7 de diciembre, le correspondió ir al último piso y el número 613 porque seiscientos doce presos habían llegado antes.

Completaron el celdario, hicieron seis *barracas* adicionales y atestaron de presos las cárceles y los cuarteles del país. Y a todos –salvo a aquellos dos errores administrativos– los pasaron por la *máquina*.

Y no todo el mundo es un Jorge Selves, Arturo Dubra, el *Santa Romero* o Laureano Riera; no todo el mundo tiene madera de héroe. Y los que no la tienen tuvieron que fabricarse un sistema de resistencia, combinación de astucia y entereza, de aflojes y repechos, de hombría y de miserias; cada uno pasó su *máquina* lo mejor que pudo. Hubo algunos traidores, hubo colaboradores con el enemigo, hubo gente a la que le “fue mal” –sometidos a una *máquina* muy violenta dijeron el mínimo–, y muchísimos que no abrieron la boca. O que si la abrieron fue para escurrirse, sin entregar nada.

Los presos hablan corto de su *máquina* y en la mayor parte de los casos con una honestidad total: por los compañeros y por ellos mismos, por esa necesidad central de saber dónde quedaron parados.

Por eso lo peor que pudo hacer aquel preso, fue mentir. Había caído antes de 1972 y cuando David lo encontró en un cuartel y le preguntó:

–Y, ¿cómo te fue?

–Bien –le dijo el otro–, *máquina* dura pero me fue bien.

Salió libre a los pocos meses, fue a Chile donde los compañeros lo hicieron Comandante; viajó a Europa: Comandante. Era un hombre implacable que en las asambleas de exiliados trazaba cánones y pedía la cabeza de los *batidores*.

Un día el *Comandante* encontró a un compañero de su confianza, se fueron a tomar un café en Madrid y, sin que viniera muy a cuento, abrió compuertas:

–Hice meter preso a un pueblo, hermano; no sólo *canté* desde el principio, después mentí todo el tiempo; soy un mierda, ni sirvo para nada más.

Nadie se puso a perseguirlo para pintarle una cruz infamante; no se trataba –piensa David– de fijar un ranking, ni de hacer un fichaje inquisitorial, sobre todo cuando nadie puede proponerse como modelo infalible: la amenaza de otra *máquina* está inscrita en el futuro y, con ella, la incertidumbre. Si los presos se preguntan unos a otros “¿cómo te fue?” es para raspar a fondo una experiencia fundamental, para conocer y conocerse, para, si es posible, poder evitar mañana la sorpresa de otro

Amodio.

La impresión que él tiene es que Héctor Amodio Pérez dio a los milicos más jugo que toda la *máquina*. Alguna vez oyó comentar a un oficial que más del setenta por ciento de la información operacional de la represión provino de Amodio y del *Tino* Píriz Budes, el traidor que entregó el Interior del país. Eso sin caer en el error fácil de tratar de explicar la derrota de la organización por la defección de dos señores.

Vestirse de milico, salir a cazar compañeros, tratar de descubrir a un tupa detrás de las actitudes de un hombre o de una mujer cualquiera, entregar locales, ubicar escondites, todo lo hizo Amodio.

Estaba en el Batallón “Florida”, ya traicionando, e interrogaba disimuladamente a los compañeros para conocer el último local donde habían estado: “dame la dirección que puedo hacer pasar la alarma”, prometía.

No se sabía bien qué estaba pasando pero a mediados de junio del 72 había un ambiente de sospecha en el cuartel. Cada preso trataba de remontar el hilo para encontrar la punta de su propia caída y había muchas situaciones inexplicables; caían por docenas, locales y compañeros, sin razón evidente. David se interrogaba minuciosamente sobre todos los caminos que conducían a Amazonas: ¿cómo habían llegado allí?

En los calabozos del cuartel había un grupo de hombres fogueados: Arturo Dubra, *Nepo* Wassen; eran seis, contando al *Negro* Amodio, y concibieron una fuga: había una ventana sin rejas que daba a una entrada de garaje y acordaron irse por ahí, la noche siguiente. Al otro día, de mañana, los milicos pusieron rejas en la ventana.

No se dijeron nada, pero se miraron entre sí y, *caneros* viejos, concluyeron: “es uno de nosotros”. A los pocos días sacan a Amodio Pérez, presuntamente para la *máquina*, y no vuelve más a los calabozos.

A fines de junio, cuando David volvió a caminar un poquito, después de la *máquina*, encontró al *Nepo* Wassen que se lo confirmó: Amodio había traicionado y estaba colaborando muy eficazmente con los milicos.

¡La bendita eficacia!: Héctor Amodio Pérez, el *Negro*, llegó muy alto en el Montevideo tupamaro por su gran eficacia: un tipo frío, muy observador, memoria de prodigio; excelente planificador, rápido en las acciones, de coraje; un trabajador concienzudo.

Tanta maravilla había servido para que, en una organización que ya para entonces se había quedado sin estrategia, que había ido haciendo del aparato un fin en sí, que tenía a su dirigencia histórica en prisión, Amodio pudiera escalar posiciones hasta encontrarse en un cargo de dirigente nacional tupamaro.

Tanta maravilla sirvió para ocultar rasgos de Amodio que, con más rigor vigilante, hubieran debido descalificarlo e impedirle hacer tanto daño.

Aun antes de entrar a la Organización ya tenía algún antecedente turbio que debió vetarle el ingreso y después robó dinero del Movimiento: libras esterlinas que se suponía había enterrado en la base tupamara de “Caraguatá”, en el departamento de Maldonado, y que nunca aparecieron por más que se las buscara siguiendo sus propias instrucciones. Los capitanes del Batallón “Florida” le confirmaron a David que Amodio se había quedado con ellas y le dieron la cifra exacta.

Y siempre profundas discrepancias con los “Viejos” de la Organización: Marenales, un “militarista”; Manera, un “dogmático”; Raúl Sendic, ni se diga, era el hombre que le estaba usurpando su posición de jefe natural.

Una vez Amodio cayó preso y los diarios publicaron la fotografía de su apartamento, lujosísimo: entonces él creyó que aquello se explicaba por la necesidad de darse una cobertura legal de ingeniero agrónomo, pero después supo que verdaderamente le gustaba el confort, la buena ropa, andar con dinero en el bolsillo.

Cuando Amodio se evade de Punta Carretas, dos días antes de Amazonas, plantea a la Organización que está cansado, que quiere irse del país, y se ofrece para dirigir la columna tupamara (la *Guacha*) que funcionaba en Chile, compuesta de exiliados. Se le contesta que será dado de baja, que no va a dirigir nada más y su caso está a estudio, cuando, 24 horas después, llega el asalto del 14 de abril.

Amodio se fijó como meta la destrucción total de la Organización y aplicó a la traición su misma minuciosa eficacia de militante. Se puso uniforme de milico, se subió a los camiones del Ejército y recorrió calles –todas las calles– durante meses, años, con indeclinable paciencia; y cuando se acabaron los tupamaros, y los *periféricos*, y los simpatizantes que pudo delatar, empleó sus conocimientos de ex tupa para descubrir las nuevas formas clandestinas que se pudiera haber dado la Organización.

Amodio fue insuperable y todopoderoso como traidor; en algún lado tenía que ser el primero.

Cuando el milico asaltó la ventanilla y profirió su abominable “¡fajina!”, el *Pucho*, inmóvil, comenzó a despertarse. No es fácil saber si está dormido o despierto; deja los ojitos entrecerrados, como resolviendo desde adentro del sueño si todo está en orden o si hay que saltar de la cama al combate; desconfiado, receloso, revisa el mundo antes de ponérselo.

Doblé en cuadrilátero las frazadas sobre la cama, extendí las sábanas, perseguí alguna miguita que desafiaba mi manía del orden y me dejé caer suavemente hasta que mi pie derecho se apoyó en el borde romo de la mesa y, un instante después, el izquierdo se encontró con el suelo. En el mismo acto quedé calzado en las zapatillas de yute que dejé allí, esperándome, para evitar el frío del piso.

Me desperezo; hago dos, tres flexiones; compruebo la elasticidad de mi cintura, doy un par de saltitos que imaginan ser juveniles y arrastro las zapatillas hasta el water. Meo: desenlace de todo sueño, borrón y cuenta nueva; meada con aire de poeta soñador con la que se me va lo que fue hasta un momento antes y me deja vacío, dispuesto al recomienzo.

Me lavo la cara con agua y sin jabón; fricciono animadamente la cabeza rapada con las yemas de los dedos: el masaje craneano vigoroso me ayuda a despertar; es como si calentara el motor del pensamiento. Me seco con energía hasta enrojecerme la piel, sobre todo en el cuello y las orejas, cepillo concienzudamente los dientes y me pongo mis lentes de topo absoluto.

De una mirada enfoco la totalidad de la celda: seis pasos cubren su diagonal más larga, del extremo de la cama a la pared opuesta a la puerta. Una cucheta doble, dos colchones. En el rincón donde me encuentro, el lavamanos y este extraño water closet al que llamamos *biorse*. Adosados a la pared lateral, una mesa y un banco de cemento lustrado. Junto a la ventana, cuatro estantes.

La puerta es de planchas gruesas de hierro; tiene una mirilla y una ventana pequeña que se abre hacia afuera y enmarca la cara del prisionero. Sobre la puerta, cercano al techo, el *ventilador*: un cubo hacia el exterior donde, detrás de barrotes y vidrios inclinados, se esconde la lamparita que ilumina malamente la celda.

En la pared que enfrenta la puerta hay una ventana: sesenta centímetros por ochenta. La ventana se divide en dos partes: la superior está

soldada al marco, la inferior se abre empujándola hacia afuera, hacia los barrotes, hasta alcanzar un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Este es el mundo que compartimos con el *Pucho*, veintitrés horas y media cada día, veinticuatro, cuando, como es muy frecuente, nos sancionan y nos dejan sin recreo. Este cubículo de 2,60 por 3 metros es el lugar de comer y dormir, trabajar y leer, mear y cagar, conversar, escribir una carta, lavar la ropa y los platos, pensar en temas graves y soñar con pajaritos.

El *Pucho* sigue longitudinal; había dicho: “este milico jueputa me vino a despertar en lo mejor del sueño” y no quedó de muy buen humor, parece. Estira el brazo y encuentra en el piso, junto a la cucheta, el paquete de tabaco “Cerrito” con las hojillas calzadas al costado, y encima, los fósforos y el último pucho de anoche.

Ya lo tiene en la boca: lo delata el humito raquíutico porque lo que es la brasa queda escondida en un nichito nimio de carbón y ceniza.

Juan Carlos Maldonado conquistó el sobrenombre de *Pucho* con que lo conoce todo el Penal por ser hombre de fume ininterrumpido, litúrgico; consume unos cigarros cortitos, armados por él mismo, que nunca parecen alterar su tamaño como si secretamente los sustituyera aprovechando la distracción de los demás; cada tanto los chupa apenas y entonces la brasa mágica es un fulgorcito veloz. Imposible que alguien pueda prender su cigarro con el pucho del *Pucho*: es algo demasiado íntimo, perteneciente, sólo descifrable por él; ¿a quién puede ocurrírsele pedirle una pitada al *Pucho*?!: si aquello que tiene en la boca es una prolija inmundicia de papel, tabaco y saliva, pequeñísima, apenas humeante, sobre la que conversa, tose, mira, se lava la cabeza, ¡se baña!, sin mojarla y se traslada por la planchada con aquello en el hueco de la mano, atrás, y de a ratos imperceptiblemente lo acaricia y acomoda suavemente con la lengua y los labios sin que los milicos se enteren nunca. Lo extrae un ratito de su urna sólo para lavarse la cara, comer (queda cruzado sobre la caja de fósforos, al lado del plato), escupir o tomar mate; y cuando se acuesta y se duerme, presumo que la brasa se irá extinguiendo, el pucho descenderá y se acomodará solo, junto a la cucheta, recostado al paquete de tabaco “Cerrito”, velando el sueño de su amo, y esperando.

Me visto: dos pares de calzoncillos y camisetas, buzo de lana, bufanda: si en la celda hace frío, ni qué decir en la planchada; ataca por detrás, hiela la nuca.

Estoy por ponerme el mameluco presidiario cuando la cara del milico vuelve a aparecer en la ventanilla; mirada bovina, aire desconcertado;

debe ser nuevo en la tarea, por eso vino a avisar tan temprano cuando todavía no llegó el agua caliente.

Me ve vistiéndome y al *Pucho* en la cucheta, tendido cuan corto es.

—Eh, usted, ¡levántese! —grita el milico.

El *Pucho* responde con un silencio sobresaliente, una mirada prehistórica de lagarto. El milico, después de una pausa obligatoria, reincide:

—¿No me oye, usted; es a usted que le estoy hablando?!

Sin respuesta. El milico entra entonces en ese conocido desamparo que es precio de la despersonalización que la cana impone al preso: sin mameluco, sin número, sin posibilidad de identificación, ¿cómo lo increpa?, ¿cómo amenaza sancionarlo? El *verde* gira la cabeza para buscar los datos: ver la foto y el número de ese mudo acostado que están junto a la puerta y cuando vuelve a enfocarnos y dice:

—¡Usted, 1616, levántese!

Se encuentra con el *Pucho* metido en el mameluco hasta la cintura. La pérdida de un movimiento le fue fatal: el *Pucho* pantera, haciendo un cálculo justo de las probabilidades de empezar la fajina con una sanción, había abandonado suavemente su guarida nocturna y con sus movimientos silentes, eficacísimos, se deslizó en el mameluco.

Al milico se le lee la furia en los ojos. Debe estar pensando: “este petiso de mierda que durmió toda la noche calentito mientras yo me comía bruta guardia, este perdedor de la guerra se viene a dar el lujo de embraquetarme a mí”, mientras el *Pucho* indemne, despreocupado, recupera su buen humor sin haber emitido sonido alguno, ni siquiera una sílaba tan módica como *sí*.

Veo venir la mar gruesa: este milico será un peligro hasta dentro de dos horas; cuando lo releven puede dejar envenenado a alguno de los *entrantes* y tendremos baile todo el día.

Por eso adelanto un conciliador:

—¿Y llegó el agua, soldado? —sin obsecuencia pero que le permita hacer un poco de autoridad.

—No, todavía no, pero ustedes los fajineros tienen que estar listos, ¿entendido?

—Entendido, soldado, entendido; en un segundo estamos, no se preocupe —respondo, enfriando el juego, mientras siento en la espalda la sonrisita del enano, malicioso y gozoso como un cochino.

El resto será un ballet, una sincronización perfecta de movimientos para que el *Pucho* termine de vestirse entre la cama y la mesa, mientras yo me calzo el mameluco en el otro “ambiente” de la celda, entre el

biorse y la puerta; y cuando el *Pucho* venga a lavarse yo iré al fondo a terminar de tender la cama, a hablar con las fotos de mis amores “bueno m’ hijo ahora tengo que salir al agua y a amansar un poco estas bestias, pero pronto vuelvo; pórtese bien”, mientras el *Pucho* terminó meada-lavado-pitada y se dirige hacia los estantes del fondo, junto a la ventana, y yo hacia la puerta y nos cruzamos sin tocarnos –los presos no se tocan– exactamente como esas puertas giratorias que acompañan, sin rozarlo, el desplazamiento del cuerpo que las traspone; simplemente, sin esfuerzo, porque son gestos repetidos mil veces mil mañanas.

Hay zonas de acción, coordinación de movimientos, un ceremonial no dicho para cada cosa que se hace en la celda. Dos náufragos en una balsa fundan en pocos días una microsociedad, inventan sus leyes y reglamentos, reparten sus soles y sus lunas. Los presos políticos tenemos normas de convivencia que se apoyan en una solidaridad de hierro, un inamovible “los *verdes* de un lado, los *grises* del otro” que permiten no sólo la sobrevida sino también hacer útil la cana.

Pero no dejamos de ser dos náufragos en una balsa de cemento y no faltan las infracciones a las reglas del juego, los tonos injustos, la agresividad gratuita, la saturación del otro. En el ochenta, los presos, con unos diez años de causa, nos hemos ido haciendo viejos, cada vez nos cuesta más ser presos y las convivencias largas, de más de dos años –aun de compañeros individualmente excelentes– se van haciendo raras. “Trancan la pata”, no quieren volver a la celda, no quieren verle más la cara diaria al otro; van a la Isla por sesenta, noventa días; vuelven, trancan otra vez la pata y pueden terminar teniendo que ir a vivir con un loco, o al Segundo B, incomunicados.

Hay un tiempo para todo, en la celda: para trabajar, conversar, descansar, pensar; tiempo para todo, menos para estar solo. Privacidad: cero. La presencia constante del compañero; el ojo del milico, día y noche, en la mirilla; los micrófonos direccionales en el recreo; el preso no se puede dejar ir nunca, no tiene un segundo de autenticidad.

Prohibida la tristeza: una noche de ensoñación necesito más que nunca a mis hijos, me apoyo en la ventana después que apagaron la luz, dieron toque de silencio y el compañero duerme. El milico en la ventanilla: “¿Y usted qué hace levantado?; acuéstese, guarde arresto”.

Prohibido mirar las estrellas, prohibido poner cara de estúpido, prohibido darse el lujo de pensar en soledad. ¿Cuánto tiempo puede soportar un hombre no estar solo ni un segundo?; ¿habrá cálculos? Ni cuando duerme, ni cuando piensa, ni cuando caga; durante diez años caga en el comedor y come en el baño, ante la santa presencia del otro.

Ni privacidad, ni comunicación; cada piso está aislado de los otros, los dos sectores de cada piso y las dos planchadas de cada sector, también. En el día el preso está autorizado a hablar con dos personas: su compañero de celda y otro preso de su misma planchada, durante media hora de recreo. El universo del preso tiene 50 habitantes. No puede saludar a un preso de otra planchada, que está a siete metros de distancia; no puede decir una frase al compañero de la ducha vecina cuando se baña; si dos presos caminan juntos en el recreo y se detienen veinticinco segundos a encender un cigarrillo con un tercero, “¡arriba!”, de regreso a la celda, sancionados.

Y está el otro preso, el del Segundo B, solo en su celda, incomunicado; así estuve todo un año y creo que nunca lograré transmitir esa vivencia a un “no preso”; ese contar de uno en adelante, dejar pasar un minuto entre un número y otro y saber que esa operación cabe cinco millones de veces en diez años; preferible, claro, la falta de privacidad.

Me calcé los zapatones de abrigo y me encasqueté el gorro de lana que, según el humor del milico, podré o no podré usar en la planchada. El *Pucho* también está listo y espera, sin haber dicho todavía la segunda frase del día.

Paso de botas y llave en la cerradura. La usa doscientas veces por día pero puede maniobrarla con una ineptitud desesperante. Después de varios fracasos baja la ventanilla para comprobar si todavía estamos adentro; finalmente abre, contiene la puerta con una mano y compensa su torpeza cargando la voz para ordenarnos:

—¡Fuera; vamos!

Llegó a Amazonas incidentalmente, dos meses antes del desastre, escapando de un local en peligro.

Malvín es un barrio residencial pero no lujoso, a medio camino entre la opulencia de Carrasco y Punta Gorda y la modestia tranquila del Buceo. La playa, una de las buenas playas montevideanas, lo rodea al sur y cuando el viento sopla desde esa dirección, las calles huelen a salitre y a mariscos y una lluvia tenue de arena crepita contra las palmeritas de la Rambla. Los días veraniegos, un sol de paraíso atrae enjambres de bañistas, y por las noches, cuando el barrio se queda a solas con su gente, es una delicia caminar con la brisa de la costanera, tomarse unas cervezas en el “Rodelú”, tenderse sobre la arena todavía tibia, bajo la prodigalidad de las estrellas.

La casa es de techo a dos aguas, de tejas, jardín con muro bajo y terreno al fondo; confortable, situada en la esquina de Amazonas con Aconcagua. En la planta baja, la puerta principal —un poco en retraso respecto a la línea de la fachada— se abre a un living comedor espacioso. Una puerta en la pared del fondo conduce a la cocina, la que a su vez comunica con el garaje, extendido al costado izquierdo de la casa. Desde uno de los lados del salón —cuando se entra, a la derecha— parte una escalera de madera que lleva a un primer piso con tres dormitorios —uno grande, matrimonial; los otros para los hijos— y un cuarto de baño completo: casa clase media, presupuesto cómodo.

La familia que vive allí no defrauda el prototipo. Luis Martirena, con su afabilidad y sosiego cuarentón, es un periodista considerablemente conocido, y escribano público por fatalidad universitaria. Ivette, su mujer, rolliza y sonrisa fácil, es la vecina servicial, una inconfundible ama de casa dedicada a sus hijas: Laura, una muchacha grave que hace el liceo, y Anita, nueve años y los caprichos correspondientes.

Luis e Ivette son tupamaros y no es imposible adivinarlo: él trabajó mucho tiempo para la agencia cubana de noticias “Prensa Latina” y viene de pasar con Ivette un año en La Habana, donde dirigió la revista

“Cuba Internacional”; su círculo de amigos está tan señalado como él y sus artículos en el semanario “Marcha” denuncian, sin demasiada ambigüedad, sus antagonismos y preferencias.

Los Martirena combinan a la perfección sus dos niveles de vida. O quizás sea más justo decir que, para ellos, militancia, pareja y convivencia con los hijos, forman dimensiones distintas pero integradas de una sola vida, de una manera de respirar.

Recuerda que una vez, años antes, se les apareció con dos clandestinos muy buscados que tenían que *enterrarse* algunos días y sin avisarles porque no quería hacerlo por teléfono. Ningún problema. Ivette dijo que todo marcharía bien “si los compañeros eran cuidadosos y disciplinados”; los acomodó en una pieza de los altos y no olvidó llevarles sendos pedazos de torta; ese día la hija mayor cumplía años y la fiesta con baile se desarrolló normal y bulliciosamente, en el resto de la casa.

Cuando llegaron esta vez, con esa compañera tan clandestina como él, corridos de un *cantón*, con la lengua afuera y sin documentos, también los recibieron con los brazos abiertos. La compañera logró trasladarse a los pocos días, él tuvo que quedarse encerrado religiosamente, condenado a la inactividad, y con todo su tiempo por delante para sacar cuentas.

Qué lejos le parecía hoy aquella conversación en el Volkswagen de Víctor, con la *Negra* y con Berta, gran parte de la noche, los cuatro apretaditos: calle Pereyra cerca de la Rambla; los autos pasaban iluminando fugaz, perentoriamente el muro blanco con la denuncia del escándalo: “Che”, los cuatro conversando definitivamente, descendiendo, buscándose el fondo; el sacudimiento de la terrible protesta roja pintada sobre el muro y sobre la vergüenza propia: “Che vive”.

Esa noche de charla estremecida ante aquel muerto enorme y humilde, repasaste tu vida: hasta entonces 33 años, desde una infancia dorada en ciudad del Interior:

Litoral norte, Paysandú, nostalgia con poesía de siesta tibia; niñez albergada, anidada por ritmos, tonalidades, luminosidad de ciudad litoraleña, que regresa intacta en la memoria de tus sentidos. Una casa enorme con dos patios interiores —que tu familia denominaba *joles*, pluralizando el hall—, una docena larga de habitaciones sin contar las del “servicio” que (como correspondía) estaban afuera; despensa, cuarto de juego, cuarto de huéspedes, todo “muy bien puesto”, y un inmenso jardín al fondo, arbolado, con caminos anchos de baldosas prolijas, una fuente que permitía zambullirse, gallinero y locales umbrosos donde falleció —¿de qué otra manera podrías decírtelo?— una mañana de escán-

dalo, la paloma blanca que tenías.

Eran cuatro de familia: tus padres y una hermana, dos años mayor; tenían mucama, niñera, cocinera, jardinero y maestra profesional porque en la escuela pública hubo una epidemia de difteria que sirvió durante años, hasta mucho después de terminarse, para salvarte de una mezcla peligrosa con todo tipo de niños, diría tu madre.

Tu padre estaba cerca de los cincuenta cuando naciste. Era un hombre fuerte, pobremente instruido pero hábil con su inteligencia, trabajador, de carácter robusto, y podía ser muy tierno. Conservaba el aprecio a su origen obrero, carpintero, inmigrante, y le superponía el orgullo de haberse “hecho a sí mismo”; medía el trecho recorrido en dinero acumulado y en posición social, pero siempre lo admiraste por las cosas aprendidas, el extraño coraje que tenía para vivir y la confianza en sí mismo.

De tu madre no tenés los mismos recuerdos. Era bajita, muy blanca, hermosa cuando joven, hija de escribano público en Paysandú y portaba con una fatuidad enfermiza su apellido, *Schweizer*, que nada significa social o históricamente y que, pobrecita, en alemán quiere decir “el suizo”: bisabuelos emigrados de Suiza, sin blasón alguno, a los que el vecindario aplicó ese apellido como, suponés, hoy podría decirse “el gallego de la esquina”. De ella habrás recibido, presumís, tus períodos depresivos, los buenos modales en la mesa y el manejo del equipo instrumental de la vida en burguesía; fue a los 17 años que viniste a descubrir que se puede comer sin posa-cubiertos; a ella le debés tus cuidados extremos cuando estás enfermo; el egotismo reincidente pese al combate fiero que le das.

Hasta aquí, pasto para Freud. Después de aquella maestra particular –muy matrona, muy Domingo Faustino Sarmiento– hiciste un año de escuela pública, toda una sorpresa social, sin poder afrontar tus malas calificaciones iniciales por ese miedo, que te dura y enferma todavía, a la desaprobación.

Montevideo no te apabulló. Lo habías visitado muchas veces con tus padres. Cuando se mudaron estuvieron algunos días en el hotel “España”: un carrito atiborrado de fiambres, otro de postres, todos a tu elección sin tasa ni medida: el enorme comedor habilitado para ustedes solitos, tu hermana y vos.

Palermo, el borde aceptable de Palermo, fue el primer barrio donde viviste y significó mucho para vos: suficiencia personal –ser apto, desinvolverte– romanticismo viril y cursi, tango Gardel para siempre, veredas con mucho sol adentro de las baldosas; Nicolás, *Nenucho* Alvariza; las yiras que fueron amigas y nunca mujeres, grapa con limón,

nocturnidades; tu barrio, che, ¿qué querés?

Y coexistiendo, el *Elbio Fernández*, colegio privado del mejor tono. Y si tu madre te introdujo en los modales del perfecto burgués, el *Elbio* te incluyó entre los llamados a un futuro promisorio: hijos de comerciantes, industriales, banqueros, estancieros; les inculcaban que lo existente les pertenecía, los preparaban para administrarlo en nombre de la nación.

Iban a dirigir el país, a vivir de sus rentas y se les reconocía ese fuero y señorío; eran limpios, brillantes, superiores, escogidos; lo mejor de la raza, abanderados; todo bajo un lenguaje cuidadosamente democrático y liberal; burguesía de la época, restallando abundancias y paternalismo de vacas gordas posguerra.

Hasta aquel día: era el 24 de abril de 1952, estabas con un amigo en el Instituto y te dice: “mirá esa pardita”; te diste vuelta: 17 años, color canela exacto, ojos gacela, cintura mínima: impresionante; te acercaste de inmediato: “Yo soy David, ¿vos cómo te llamás?”; cuando entraron al boliche de enfrente se llamaba Olga Machado; cuando salieron, en un abrazo, se llamaba la *Negra*: hasta hoy. Nunca sabrás muy bien lo que te ha pasado con esa mujer pero sabés que, sea lo que sea, es mucho. Viviste durante años totalmente estremecido, conmovido por tenerla cerca; quisiste absorberla sin fatiga, permanentemente, alagunarte en ella.

La *Negra* te fue sacando las monerías de niño bien, a puro mimo y paciencia; con su brújula certerísima te fue explicando cómo era ese mundo –mayoritario– que nunca habías visto. Te empezó a hablar en pobre, en hija de obrero, parientes con casitas económicas, alguno milico por necesidad; gente humilde que quisiste enseguida, que te permitió, con los años, ir conociendo forma de vida y expresión, problemas sustanciales, de toda una clase. Sin ella, sin la *Negra*, nunca se te hubiera ocurrido pelear en la trinchera de los de abajo, ni estar tan seguro como estás del rumbo que, pese a las apariencias, va a seguir la historia de tu país.

Nunca descuidaste tus caros estudios; te recibiste. Como Contador Público habías aprendido a estafar impositivamente al fisco, a favor de empresarios voluminosos, o a perseguir a voluminosos empresarios, en nombre del fisco, siempre y cuando no los atraparás nunca.

Fue –tardísimo– cuando te diste cuenta del papel de clase del Estado, que te sentiste un perfecto idiota porque para ese entonces ya habías perdido quijotesicamente el tiempo tratando de enmendar entuertos nada casuales.

Pasaste por varias vitrinas de la descomposición que implica el sis-

tema en tu país (empresa automotriz, Salud Pública, Caja de Jubilaciones); mierda que agarraste sin guantes, en señor Contador, hombre de confianza, perro fiel; por eso te dieron tan bien de comer, la empresa y el Estado.

Nada entendías todavía de política pero tenías una sensibilidad de izquierda. Tiraste tus primeras piedras estudiantiles en 1952, por la autonomía universitaria, y dos años después incurriste en tu primera manifestación política clara: la Guatemala del muy constitucional presidente Jacobo Arbenz, invadida por la CIA, te empezó a enseñar por vía intravenosa a ser latinoamericano y que el imperialismo era algo más que una abstracción; razones, las mismas, que te hicieron celebrar la victoria de la Revolución Cubana en 1959.

Lector de “Marcha” –eras muy Quijano, muy tercerista– habías incursionado en el Manifiesto Comunista y en “El Socialismo”, de Harold Laski, pero quizás con menor ardor que en religión, pintura, literatura y psicología, cursos intensos de autodidacta. La figura de Jesús –fijáte vos– siempre te impresionó mucho: un hombre torturado por motivos políticos que bancó una *máquina* larga.

Te había interesado la actividad del Movimiento de Liberación Nacional, Tupamaros; sus primeras acciones: el levante de armas del Club de Tiro Suizo; la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, que andaba formando un tal Sendic; las marchas de los cañeros sobre Montevideo –una charla inolvidable de los “peludos” Cholo y Chela– queriendo irte al norte del país, a Bella Unión, para ver cómo era aquello, o a la misma Cuba para invertir esfuerzos; de La Habana venía Mauricio Rosencof y hacía sus discursos; Daniel Viglietti cantaba “A desalambrar”; el presidente Pacheco Areco, desde fines del 67, con sus despropósitos y sus desplantes represivos, se volvía un paradójico reclutador de voluntades para la izquierda.

Hasta que aquella noche llegó, inabarcable, la muerte del *Che*. Y se detuvieron, frente a la protesta roja del muro, a conversarlo en la intimidad del Volkswagen de Víctor, con Berta y con la *Negra* y con la vergüenza.

Vergüenza de no haber estado en su lugar; en eso que sabían que era inexcusable hacer: camino, forma y oportunidad. No fue tanto tristeza ni impresión por la muerte del hombre, fue comprobación de cuánto se perdía de aquello que funcionaba a todo vapor, que uno, espectador inútil, aplaudía entusiasmado.

No fue nada negativo, como decir: “si él se hizo matar, yo también”; al contrario: “si hay tanto para hacer, y tan claro y compartible

también es posible para mí; hay una mínima frase del libreto que debo poder pronunciar con solvencia”; sobre todo después de esa inversión desmesurada; el *Che* en Bolivia, el académico en el preescolar.

Esa noche te diste cuenta de que se te habían gastado los pretextos que habías interpuesto adecuadamente para evitar que un día te encanaran, te torturaran o te mataran. Se te acabó la anestesia: sabías que tenías miedo y pena y sabías que igual ibas a meterte integralmente hasta que eso que tenías en vos y que descubriste entero en ese momento, no se te rompiera o no se te pudriese. Nunca estuviste más humilde, mirándote más de veras, ni más sereno que esa noche cuando anunciaste tu afiliación vitalicia a los intereses de la clase explotada, que asumías propia, personal.

Y es esa noche que se inicia el camino que lo traerá, inexorablemente y después de mil peripecias, hasta la casa de Amazonas.

A la semana de llegar comenzó a salir una vez cada ocho, diez días a un solo contacto y, cuando pasó la emergencia, con una flexibilidad mayor.

Oficialmente estaba planteado que se mudaba pero se fue quedando y se integró tanto a la vida de familia que parecía que algo andaba mal cuando alguno de ellos pasaba dos días afuera.

Los recuerda a Luis, a Ivette y a las chicas, yéndose a la playa cercana —mientras él, por precaución, tenía que quedarse— y sentirles al regreso ese peculiarísimo olor a sol en la piel. Los acompañaba un perro callejero, que después de observarlos un tiempo y aprobarlos, se quedó a vivir en la casa bajo el nombre de *Pirata* y que el día del tiroteo se hizo humo.

Luis tiene una pasta especialísima; se toma la militancia de la misma manera serena con que siempre se tomó la vida entera: duerme sus horas, camina a su ritmo, cumple sin sofocarse. En las reuniones, antes de empezar con el programa de trabajo, revisaban lo que llamaban las “chiquitas”, las tareas pequeñas que habían repartido en la reunión anterior y cuyo cumplimiento era responsabilidad grupal. Una tarde revisaban las “chiquitas” de Luis y, después de hacerlo con más de veinte tareas bien cumplidas, David preguntó por otra y contestó Luis:

—No, eso no lo hice.

—¿Y por qué no lo hiciste? —quiso saber él.

—No lo hice porque el día tiene veinticuatro horas justas, y necesito dormir de vez en cuando —dijo Luis.

Quedó de una pieza y el *Nepo* Wassen se dobló de la risa y le dijo:

—¿Viste?: contraste la horma de tu zapato, a tal ansioso, tal tran-

quilo.

No recuerda haberlo visto nunca nervioso a Luis, ni tenso en una situación que pudiera considerarse dramática. Cuando algo andaba realmente jodido lo más que hacía era estrangular apenas la voz y acomodarse los lentes sobre la nariz con más frecuencia. Siempre transmitía una impresión de energía tranquila y bien administrada.

Como David llegó a la casa sin otra ropa que la puesta, Ivette se encargó de componerle un vestuario de ejecutivo prometedor: le compró un traje marrón con chaleco como hacía años que no veía, una camisa crema, una corbata haciendo juego, medias marrones, zapatos maravillosos “Gallarate” —que nunca llegó a estrenar—, un maletín con espacio suficiente para el arma y papeles y un paraguas muy british. ¡Qué pinta sensacional!; el todo, complementado por unos lentes montura al aire, de oro. Le tuvo que decir al *Nepo* Wassen que le daba vergüenza, socialmente hablando y dado lo llamativo del contraste, rozarse con él en los ómnibus cuando tenían algún contacto. El *Nepo* y el *Ñato* Fernández Huidobro presentaron sus candidaturas; Ivette también los vistió.

Recuerda aquellos desfiles de modelos en el piso alto de Amazonas como una noche de Reyes con muchos niños; quizás disfrutaran tanto porque, de alguna manera, todos sabían que estaban gastando las últimas oportunidades de reír abierto, entre gente que se quería mucho.

Después de las reuniones grandes, que generalmente hacían en domingo, Ivette preparaba unos memorables pollos con arroz, vino, un buen postre y se sentaban en el comedor como si fueran visitas formales —¡ciento cincuenta años de cárcel eventuales alrededor de aquella mesa!— charlando de cualquier cosa; una hora feliz de vacaciones.

Los Martirena tenían esa capacidad única de vivir plenamente cada momento, sin descuidar la militancia; eran sanos y directos, sin telarañas. Una vez, recuerda, tenían proyectado un fin de semana en una playa y tuvo que aguarles la fiesta. Se había decidido que Luis acompañara al otro día a dos clandestinos, muy pero muy *pesados*, que salían para Chile; auto último modelo, chapa diplomática europea, Luis de cobertura. Se lo dijo y de acuerdo. Pero se le ocurrió —regalo de la Organización— que fueran también Ivette y Ana, la hija menor; lo consultó y la respuesta fue afirmativa. No olvidará nunca la cara de felicidad de Ivette cuando se lo dijo.

¡Le importaba un rábano el riesgo!; fue una verdadera fiesta, y no solo lo pasaron maravillosamente, sino que hicieron un trabajo fino; un trabajo que se complicó en el cruce de la frontera, pero que Ivette —que

se crecía estupendamente en las pruebas concretas y difíciles— resolvió con una facilidad pasmosa.

Quizás aquel viernes de abril también pensó, cuando apareció en la puerta del garaje con su aire de vecina servicial, de inconfundible ama de casa, que podría controlar la situación; pero aquel día los perros llegaban rabiosos.

El milico había ordenado “¡afuera!”; avanzamos con el *Pucho* hacia la puerta de la celda, decidimos con un vistazo quién sale primero, resbalo los ojos por la cara del *verde* para indagarle el talante, damos dos pasos por la planchada y, con un “¡buum, chac!” y un vientecito mínimo en la nuca, la puerta se cierra detrás de nosotros.

—¡Vamos! —dice el milico.

El “vamos” del milico es el que comúnmente se usa para arrear ganado y a veces al ganado se le hace caminar derecho con un tono impersonal, conoedor; a veces se le hostiga, entre imperativo, despreciador y burlón. Este milico es el mismo que tuvo el incidente con el *Pucho*: un “vamos” neutro, una mirada de buey inquieto; me desorienta con su cara de perfecta estolidez y me deja sin informaciones. Debe pertenecer al género *Hirsuto* de primer grado: mudo, bastante bestial, barba gruesa aunque venga de afeitarse, cejas espesas; corpulento, pero estricto de carnes.

Tipo tozudo, imposible de enredar con argumentos. Este, simplemente, no razona: reacciona. Más que conversarlo con florituras y comentarios al paso, hay que enfrentarlo con movimientos y acciones, desbordarlo. No discutirle ninguna orden, parecer aceptante, pero con un aire entre sorprendido y resignado, como si cada decisión suya fuera un pequeño disparate; romperle la seguridad.

Quizás sea la especie más difundida, el *Hirsuto*. Experto en no hacer nada, hombre de campo fortachón y obtuso, desempleado crónico, de una ignorancia inoxidable, el milico del Interior que viene con su cuartel a hacer turno de *llavero* en Libertad, se pasa preso con nosotros 28 días. Ni mujer, ni copas, ni diversiones; encerrado siempre en el Penal por razones de seguridad.

Si no es un grandulón demasiado estúpido —como parece el de hoy— o culpable de haber dado *máquina*, el *llavero* está más tranquilo “dejando vivir” al preso. Si no hay incidentes, si no lo “dejan regalado”, si el preso le ayuda a hacer la tarea y, en cierta manera, lo protege, le conviene la paz.

Dejar vivir al preso no es traerle flores, es aplicar, estricto, un reglamento de por sí bastante invivible; es, simplemente, no agregar saña especial, inventiva personal, se podría decir, a la presión.

Hay un clima: el milico sabe cuándo y cómo joder al preso;

chabacanamente, cuando está por irse, porque el cuartel termina el turno y él hace su fiestita de despedida; con brusquedad, en términos violentos, cuando llega y quiere imponerse como “duro”. Las variantes son muchas y las posibilidades de joder también porque, en principio, el preso, el pichi, es una cosa numerada entre sus manos. Una cosa que, sin embargo, no se resigna y lo combate con el enfrentamiento directo llegado el caso extremo (“si sos hombre entrá a la celda y lo arreglamos entre los dos”), o con todo un catálogo de artimañas, y siempre, con la obstinación, porfía y persistencia que sólo puede reunir un preso, el “bicho más dañino de la galaxia”, diría Marenales.

—Vamos —dijo el milico.

Estábamos en la planchada, el corredor al que dan las veintiséis puertas de las celdas de nuestra ala izquierda; enfrente, salvando el pozo de aire, a unos siete metros, hay otra ala gemela, la derecha. Sobre el pozo de aire tendieron una malla de alambre para evitar accidentes o frustrar suicidios; allí, entre el murete que sirve de reborde a la planchada y la malla de alambre, quedó prensado *Lechuga* de Vargas, una de las tantas veces que intentó matarse.

Las planchadas están unidas por corredores que cierran el rectángulo por los extremos y por una pasarela central, donde nos esperan los carros del reparto. Ese rectángulo, el *sector A*, unos cincuenta metros por quince, será el universo de nuestra fajina: cincuenta y una celdas, ciento dos presos; pero como salimos dos equipos, uno por *ala*, cada uno se ocupará de su mitad.

Desde el corredor del fondo del edificio, protegido por una jaula, nos vigilará un soldado armado, el *escopetero*. En el otro extremo, junto a la torre central, la divisoria de rejas, con la única puerta de entrada y salida del sector. Detrás de la divisoria está el Centro de Observación. Es en este corredor, entre el murete de la planchada y las rejas, que colocan el banco de la guardia: un cabo y tres soldados.

El milico sólo dijo “vamos”, no me observó por el gorro; me lo calo hasta la punta de las orejas y comienzo a caminar hacia el puente central.

Sigo probando mi suerte con excusas frágiles: me recojo las mangas del mameluco, abrocho el botón del cuello, me ajusto los lentes, pero al tercer paso en la planchada sé que conviene acordarse del reglamento e ir poniendo las manos atrás, cruzadas a la espalda.

Como sólo se puede mirar al frente, cuando salí de la celda di un rapidísimo vistazo que parece formar parte del movimiento del cuerpo: a esta hora hay poco que ver, los dos compañeros de la planchada de

enfrente que hacen la fajina como nosotros, y los milicos de la guardia.

Entro en el puente central que une las dos planchadas, tomo uno de los dos carros de reparto y lo atraigo hacia mí.

Se parecen a esos carros de los aviones o los hospitales, pero son mucho más robustos, están descascarados y fueron dejados impecablemente limpios por los fajineros de ayer.

Retrocedo con el carro hasta la planchada y lo coloco en posición, con cuidado, sin golpear el murete que rodea el pozo de aire, ni la baranda metálica que lo sobrevuela: los presos se cuidan el sueño.

Voy de espaldas al carro, dirigiéndolo pero sin arrastrarlo; lo empuja el *Pucho*, que viene detrás, con pequeños impulsos sucesivos, sin interrupciones, que me permiten ajustar mi paso a su ritmo.

Caminamos por la planchada hacia el Centro de Observación, las celdas disminuyendo de número, a nuestro paso; paso de preso, triste de ver: una manera de desplazar las piernas, con agilidad, por el mucho deporte; en silencio, por la suela de yute de las zapatillas; erguido de hombros, por la posición forzosa de las manos a la espalda; rígido por la prohibición de bambolear el cuerpo y, sobre todo, de girar la cabeza; sin apuro, porque nunca va a ninguna parte; cabizbajo, para ocultar los ojos y disimular la dirección de la mirada; con un mismo ritmo que se ajusta a las mismas distancias; es un andar poco lucido, sometido, sin sorpresas ni variantes; no derrotado ni alicaído, pero es un paso sometido; sí, eso es lo que es.

Si el milico no dijo nada cuando me puse el gorro, es que no conoce bien las últimas disposiciones, o que no es muy observador.

Abrí una brechita y para ampliarla, poco a poco, para ir imponiendo nuestra manera de hacer las cosas, usando picardía y aprovechando circunstancias, hago algunos aspavientos: demostraciones de “savoir faire”, movimientos coordinados con el *Pucho* para exhibir la suficiencia y el despliegue de talento de un maître de hotel organizando un banquete para cien invitados.

Media sonrisa del *Pucho* que me da el “comprendido”: no se opone a esa táctica porque si no, hubiera usado su cara de piedra inexpresiva.

Nos dirigimos hacia la puerta del sector y vamos a tropezarnos con el banco de la guardia. Para acercarme al banco tengo que eludir con cuidado los termos, los mates en equilibrio precario, las bolsitas de azúcar o con sobras de comida: restos del naufragio de una noche de guardia.

El miliquito tiene la pierna atravesada a mi paso. Está sentado en el banco, recuesta la espalda contra las rejas que cierran el sector y apoya

la bota contra el murito del pozo de aire.

—¿Me permite, soldado? —digo.

No se mueve. No es el tipo hirsutoide; es jovencito, estatura media, bigotito fino, cuerpo trabajado por la gimnasia del cuartel —quizás partícipe en esas olimpiadas pueblerinas de los milicos del interior—; tiene un peine en el bolsillo de la guerrera para combatir cualquier transgresión del peinado. Novato evidente. Uniforme en orden, el pantalón metido en las botas. Es de los solteros: encornuda al resto de la tropa y contentísimo de no tener mujer para que no le pase lo mismo. Habla con voz demasiado alta, la boca llena de palabras, siempre es el primero en contar “sucedidos”, principal matatiempo de los milicos, poco dados a lucubrar sobre abstracciones.

—¿Adónde va? —pregunta finalmente el miliquito.

—El agua; estamos de fajina —respondo.

—¿Adónde va éste? —repite pasándome la mirada sobre el hombro y dirigiéndose al Hirsuto. Sigue interponiendo la barrera de la pierna.

—Sí, dejálo pasar, al pichi —dice *Hirsuto*, sin mucha convicción.

Pero el miliquito ordena:

—¡Recoja esa basura, recluso!

Alza el mentón para señalar un poco de yerba y cáscaras de naranja, en un rincón de la planchada. Comprendió que nos conduce un demorado y aprovecha para reducir el desorden nocturno, por si viene un oficial; pero, más que nada, para hacerse ver: de mañanita se le agitan las juventudes, al muy culorrito.

—Digamé, soldado: ¿lo hago ahora y suspendo el reparto de agua, o prefiere que lo recoja cuando higienice la planchada? —pregunto.

El “higienice” parece sobrepasarlo. El cabo, más veterano y calladón, alerta, está sentado a su lado; me observa y comprende: si el miliquito me manda a barrer ahora me demoraré todo lo posible y atrasaré el reparto de agua; si me manda por el agua primero, después voy a dejarle la basura, con pala y escoba, bien a la vista de los oficiales; se entrapó solo. Está reflexionando.

—Después del agua —decide.

Resbala lentamente su trasero hacia atrás, encoge la pierna, pero deja un espacio tan insuficiente que me obliga a ponerme de costado, tomarme de la baranda, subirme al murito y pasar penosamente dándole la espalda y sin tocarlo. El *Pucho* me sigue: se puso la cara de piedra.

Ya en la planchada derecha, junto a la puerta del sector, me dirijo a la cartelera que hizo un compañero para ordenar el reparto equitativo del agua, el desayuno y los *ranchos*. Se trata de alternar los recorridos para

también alternar los beneficios de los primeros en ser servidos: agua más caliente, ración completa de comida, más tiempo de siesta.

Señalo la cartelera y digo inútilmente al *Pucho*:

—Corresponde empezar por la uno, izquierda.

Sigo con el índice el recorrido en aquel prolijo laberinto multicolor, y el *Hirsuto*, deslumbrado por el misterio, renuncia a toda comprensión.

—Por supuesto, uno izquierda —insisto— y después, para el café, veremos.

Los tachos de agua todavía no llegaron. Los dos fajineros del ala derecha están acercándose con su carro. Nos está prohibido hablar pero aventuro un

—Che, Juancito, me fijé en la cartelera y el desayuno lo empezamos nosotros por la uno, así que ustedes tienen que continuarlo, ¿estamos?

Exquisitas estupideces que Juancito atrapa en el aire: estoy probando los límites del liberalismo del milico y como no dijo nada agregó un:

—¿Durmieron bien, che?

Que tampoco merece reproches. Y entonces, más bajo, con naturalidad, desenrollo el mensaje:

—Dice la *Negra* que tu mujer le escribió. Pide plata. La *Negra* le manda en cuanto consiga. Todo bien.

—Gracias, *Chichí*; mandá saludos. Anoche se llevaron otra vez al *Pepe*.

—¿A la *Isla*?

—Sí.

—Carajo.

—Una mierda; tranquilo, no pasa nada.

—¿Por qué lo llevaron?

—Todavía no sabemos; vino un oficial.

Estamos apoyados contra la baranda. El *Pucho*, más atrás, más cerca de la puerta del sector. Movimiento de radar: revisión prolija del piso.

El cabo también estuvo acumulando datos, parece: presencié mi jugada al miliquito, mis manipulaciones con la cartelera bajo los ojos atónitos de *Hirsuto*, comprobé mi ceremonia con Juancito y ahora me ve recostado a la baranda, en posición de cierto abandono.

Es un hombre treintañero, seguramente inteligente, de esos que dan órdenes para obtener resultados, rápido y sin problemas, de los que se molesta poco y hace trabajar mucho; generalmente no se mete con el preso pero, pasando lista de sus informaciones, decide evitar un desborde tan temprano y me ordena:

—Seis trece, ¡párese correcto!

Me doy vuelta, irguiéndome:

—¿Cómo dice, cabo?

—Que se pare bien; y guarde silencio.

—No estaba hablando, cabo.

—¡Guarde silencio y sepárense!, ustedes saben que no se puede hablar.

Me acomodo contra la baranda, ya erguido, los brazos llevados disimuladamente hacia atrás. El dato que me pasó Juancito me trabaja el ánimo: otro *islazo* de *Pepe* Martínez, ¿quién sabe?: dos, tres meses incomunicado en los calabozos de rigor de la *Isla*; un *verdugueado* permanente, el *Pepe*.

—Pero yo no estaba hablando, cabo —recalco.

—¡Guarde arresto, recluso! Y silencio.

Sanción; hasta ahora serán unos tres o cinco días, sin recreo y sin cine. O me quedo callado o me saco las ganas del todo. Declaro:

—Guardo.

* * *

A la semana de estar en *Libertad* tuvo el primer recreo: deprimente. Habían puesto un alambre alto cerrando la columnata debajo del celdario y perros afuera. Unos días después hicieron una especie de gallinero, no más grande que una cancha de básquetbol, donde metieron cien presos; no se podía ni caminar pero, muy uruguayamente, apareció una pelotita de goma y se organizó un partido de fútbol milimétrico. Al otro día los presos se dividieron en jugadores, espectadores y comentaristas y quedó un poco más de espacio; un milico alcanzaba la pelota cuando se iba afuera.

No tenían visita, las barracas no existían todavía; la Bestia era recién nacida. Un día viene el sargento *Pepino* a buscarlo, lo lleva al cuarto piso: una celda con latas de galletas y yerba, paquetes de hojas y lápices sobre las cuchetas y un poco por todas partes, le muestra al *Gordo* Torres y le dice:

—Aquí es territorio liberado.

El *Gordo* Torres había tenido el privilegio de inaugurar el Penal un par de meses atrás: era el preso 001 y llevaba con gallardía su celebridad. Ciento veinte, ciento treinta quilos de simpatía, desfachatado, sumamente afable, agilísimo mentalmente; capaz de exprimir no importa qué para pasarlo bien.

Un artista nato, el *Gordo*; vendedor de hielo que un día agarró un

micrófono en Paysandú y no lo soltó hasta llegar al Cantegril Country Club de Punta del Este, convertido en el gran locutor de concursos de belleza. Impostaba la voz:

—Y frente a ustedes, señoras, señores, señoritas, para hacer de este momento algo inolvidable, para dejarnos mudos de asombro, en todo el esplendor de su belleza inigualadaaa, la maravillosaaa: ¡MISS URUGUUUUAY!

Se reía cuando recordaba la historia, y cuando se reía, sus diferentes masas se agitaban saporadamente, como si se tratara de chistes diferentes y todo el cuerpo del *Gordo* era una fiesta.

Era el único, con el psicólogo Britos, que andaba vestido de civil en el Penal. Los milicos, de uniforme verde, los presos con mameluco gris ratón y el *Gordo* Torres, de civil. La gente preguntaba: “¿Y aquél quién es?; ¿está aquí adentro?”. Le entregaban un mameluco, se lo ponía, levantaba una de sus piernas paquidérmicas y se escuchaba el rasgón de la tela; en pocos días andaba en harapos; lo veía un milico:

—¡Sáquese el mameluco, Torres!

—¡A la orden, soldado!

Dos años estuvo de civil, rompiendo mamelucos; hasta que un día —mediados del 74— le trajeron uno y le dijeron:

—Probáelo.

Era una carpa de circo. Tuvo que doblarle las mangas y los pantalones, seis y siete veces.

—Me ganaron —reconoció el *Gordo*—, tienen un humorista.

Tupa de años, tres veces en cana, pero imposible de hacerle agarrar un libro de marxismo. Usaba la voz de locutor:

—¡Me vas a matar, *Chichí*; no me hagas leer tanto!

—Andáte a la mierda, *Gordo*.

—Sí, querido, cómo no.

Tiene todas las artimañas de un preso común, todas las capacidades de un preso político, toda la picardía de un vivo que prosperó haciendo calle: no importa dónde lo pongan, él siempre va a encontrar algo que ordeñar.

Imagina lo que debe haber sido cuando llegó a estrenar *Libertad*; todavía estaban poniendo rejas, revocando y pintando celdas, el Penal completamente vacío y se habrá dicho: “¿Todo esto para mí solo?!, ¡qué maravilla!”.

Cuenta que no lo pasaron nada bien los primeros días. Llegó con algunos pesados, los presos con acusaciones graves; no había visita, ni paquetes, nada; ni guardia había: lo tenían todo el día metido en la cel-

da: sin sol.

Pero aquello no duró mucho: era el 001, fundador. A Punta Carretas la había encontrado andando, en *Libertad* empezó por el principio: se conocía todos los nombres de todos los presos y de todos los milicos, sus características personales, sus problemas de familia.

—¿Cómo sigue su hijita, la menor, sargento?

—Mejor, Torres, muchas gracias.

Sí, porque siempre fue Torres, o el *Gordo*, único preso al que no llamaban por el número: irresistible.

En la celda de administración de la cantina, instaló un escritorio casero y tiene una colección completa de marcadores, lápices de color, chirimbolos de oficina; el despacho de un ministro. Puso una tabla y se sienta sobre el *biorse*, y como tiene tantos pliegues y repliegues, nunca se sabe muy bien si lo está usando como asiento o para otra cosa.

Cuando se acercaba un oficial, el *Gordo* abandonaba su escritorio, se paraba y tenía la costumbre maldita de gritar:

—¡Atención!

Entonces, absoluta obligación de pararse todos, cara a la puerta, posición de firmes.

El oficial lo miraba y no sabía si estaba ante un obsecuente consumado, un preso que amaba locamente la disciplina o, simplemente, una tomadura de pelo; terminaba agradeciendo el gesto y se iba contento, y los presos furiosos con su bromita.

Con *Pepino* eran siameses. *Pepino*, milico de punta a cabo pero sano, y el *Gordo*, el preso por definición, a todo lo ancho de su gordura. Los dos juntos eran algo. Llegaba *Pepino* y la gran ceremonia: el *Gordo* se paraba, estiraba su mole descomunal y sacaba su voz de los grandes momentos:

—¡ATENCIÓN! ¡ACA TENEMOS AL GRAN PEPINO! ¡FIRMEEE!

Se cuadraba y le hacía la venía. Y *Pepino*... ¡le respondía!; ¡pobre de otro preso que quisiera hacer lo mismo!, sanción grave por remedar el protocolo militar.

Fue *Pepino* el que aquel día llevó a David a la celda de cantina, le dijo “aquí es territorio liberado” y lo puso frente al *Gordo* Torres.

El *Gordo* depositó su manaza sobre el hombro de David, lo apartó y le dijo:

—Te mandé buscar para ponerte a trabajar conmigo en la cantina, si estás de acuerdo.

Al otro día estaba empujando un carrito por el quinto piso, de ven-

tanilla en ventanilla.

—¿Qué precisás?

—¿Qué tenés, *Chichí*?

—Tengo agujas de coser, hilo; tengo lápices, papel, alfajores, yerba...

—Dame medio quilo de yerba.

Así empezaron los famosos Servicios de *Libertad*, de aquel germen de cantina que tenía instalada el *Gordo* Torres. El había llegado la primera semana de diciembre y, para la Nochebuena del 72, estaba vendiendo desesperadamente “pan dulce” a compañeros que lo que menos querían era comer “pan dulce”; a muchos que, por falta de cana, no comprendían que a la cantina había que darle volumen y, enseguida, crear la biblioteca, la enfermería, la óptica, la escuela, la fábrica de bloques y de calzado: todo lo que se pudiera.

Porque el milico tiene un esquema: al preso hay que tenerlo guardado en la celda; si se le puede soldar la puerta, mejor. Y el preso tiene el esquema opuesto: abrir puertas, salir, moverse cada vez con más libertad; si es posible: fugarse.

El mundo del preso —y sus amores— está afuera. Los suyos: la eterna Negra; sus hijos: Silvia, diez años; Ariel, ocho; y Pablito, chiquitúa, con seis.

Hacía tiempo que quería saldar una cuenta con su hija:

Libertad, 9 de enero de 1973.

Silvia queridísima:

Ya tocó silencio, pasó la guardia recorriendo interruptores. Imagino la fachada desde afuera, guiñando de a uno y en hilera los párpados iguales, parejitos: son cinco pisos, cincuenta por piso, en cada frente, con siete barrotes cada uno, ¡cuántas rejas!

Es martes, nueve, primera noche de menguante de este enero cálido. La luna se metió en la celda y recorta los barrotes en la pared. Respiro hondo, huelo campo, escucho un tero. Y pienso en vos, gurisita, casi sin querer. Quizás porque antes de acostarme releí unas líneas de “Laura”, el poema de Neruda que me mandaste y me trajo perros conocidos, chiquillos y geranios. Dulzura Silvia; te extraño y te preciso, hija mía.

Ya ves que el veterano prisionero, que solía hablar a borbotones de tareas, injusticia y socialismo; que habituaba razonar, forzando claridades, metódico y ordenado, reclamando pensamiento, se ha puesto esta noche a derramar sus mieles escondidas, a abatir sus resguardos interiores, sus aduanas.

Es un preso el que te escribe, que ha resuelto –por esta vez tan solo– dejar el percutor en el descanso, aflojar las hebillas y masajearse blandamente los tendones. Esta noche tibia quiero descansar de mi ajeteo, prescindir de coraza y de línea, inventar un lenguaje nuestro, y hablar contigo.

Hace años que te debo esta conversa. Te la prometí, en silencio, una noche como esta en que, a oscuras, sentada en la escalera, sumida en tremenda soledad y desasosiego, esperabas angustiada mi regreso (figurita patética, perdida en el anchor de tu camisoncito, rodeada de luna fría entre rumores de la quinta enorme, solísima, con tanta pena trenzada; tardísimo en la madrugada). Y recuerdo –y me lastima– tu pesadumbre, tu abandono, el reproche de tu llanto: “Papá, no quiero que te metan preso” y yo te ofrecía motivos valederos. “Acompañáme”, decías, “vamos a inventar un cuento” y yo te propinaba mis urgencias.

Solía entonces envolverte en mis brazos y te hablaba de un hombre valeroso que había muerto, y de mi vergüenza. Sólo amor pedías y yo te anegaba de proyectos.

¡Qué caudal de ternura me has reservado para disimular tantos yerros, para sonreír al otro día!

Y no se pudo...

Al cabo de los años no he aprendido a doblagar mis ansiedades, a imponer un ritmo al movimiento, a graduar esos súbitos incendios; y sigo inmaduro y repentino; el entusiasmo me ahoga y precipita y empujo sin mirar a los costados.

Y recién en este desahogo de conciencia, en este llanto escaso –breve resuello– encuentro la tardía lucidez de un “disculpame, Negrita”, queriendo en algo compensar tu dolor y tus miedos.

En estas noches largas de sosiego, te pienso, recompongo tu imagen, amor; te quiero tanto, los quiero tanto y no pude quedarme con ustedes; a lo mejor, por eso mismo.

Hasta cuando sea
Papá

A la Negra también le había escrito. “Mi preocupación principal: un preso no puede ser ancla, palenque, piedra al cuello: no quiero viudas de insepultos; ni hijos que se pasen la vida diciendo «mi papá está preso» y la consecuencia dolorosa pero necesaria:

“Veinte años juntos, querida, son muchas noches que pueden hacernos confundir los términos, pero tenés que considerar seriamente la

eventualidad de vincularte afectivamente a otras personas; quiero decirte que tenés, Negra, un camino abierto, legítimamente abierto para formar una nueva pareja”.

“Prometéme que, por lo tanto, lo vas a pensar”.

Nuestro milico se acerca, pachorriento, a las rejas divisorias, levanta el brazo, pega el grito: “¡Puerta cuatro!” y, por si todavía no lo hubieran visto desde el Centro de Observación, la emprende a garrotazos con los barrotos, descascarando minuciosamente la pintura gris barco de guerra.

En la penumbra del Centro el *Puerta* se despabila y se dirige hacia el mando correspondiente. Aislado –suspendido, parece– en su cabina de vidrio y metal, rodeada de rejas y a la que no se puede llegar más que por un puentecito levadizo trasero, tiene delante, perpendiculares a él, seis timones que giran de su mentón a sus rodillas, uno para cada puerta que controla: dos de los sectores (A y B), dos de las escaleras de entrada y salida al piso, dos de los baños.

Esperamos en la planchada, delante de *Hirsuto*. El *Puerta* va a mover el timón. Los cuatro fajineros quedamos silenciosos y quietos después que el cabo me amenazó de sanción, la primera sacudida del día. “¡Guardé arresto!”, dijo, pero eso no significa que ya tenga la sanción encima. El sargento la “hará correr” o no, según le parezca. Aun el cabo, si hubiera querido, dejaba pasar la falta. El milico lo puede todo, el preso nada: ni pensar; lo que se busca es eliminar su iniciativa, conseguir automatismos, aumentar su inestabilidad.

Ya sabemos que un milico puede sancionar todo lo que se haga y no esté autorizado, todo lo que no se haga y haya sido ordenado y, por supuesto, todo lo que se haga y esté prohibido.

Son las normas militares de un cuartel las que se aplican, más o menos adaptadas. Pero esas normas cambian, se superponen, se contradicen; puede haber, ¿quién sabe?, cuarenta movimientos prohibidos, setenta movimientos que requieren autorización, infinitos que no están reglamentados y llega un momento en que el milico no sabe muy bien dónde está parado.

Tengo que hacer mis cálculos para cinco y para ocho días de eventual sanción: puedo repasar la costura de mi ropa, lavar las sábanas, ver los resúmenes; terminar de releer algo ligero y bueno como “El hombre ilustrado” y empezar con la “Biología molecular”, de Cum Smith, un tratado de divulgación que los compañeros recomiendan con insistencia; tengo que rearmar los *trilles* convenidos con Alvaro y con el *Indio*

Rodríguez; ¿perderé la visita?, no creo, no da para tanto; el cine, sí, me quedo sin cine y ¿qué película están dando?: ¡mierda! la de cowboys en colores que los del primer piso dicen que es tan buena.

¿Qué es lo que no nos tienen prohibido? Prohibidas sonrisas, gestos, ademanes; los presos no podemos saludarnos, hablar –salvo con el compañero de celda o con otro, durante el recreo–; si un miembro de las Fuerzas Armadas no lo autoriza expresamente, no podemos dirigirle la palabra, hacerle una sugerencia o pedirle una explicación; manos atrás cuando estamos parados o caminando fuera de la celda; posición de firme, incluso en el recreo, cuando nos habla un miembro de las Fuerzas Armadas, de cabo en adelante.

No nos está permitido silbar, cantar, fumar en formación, caminar rápido, levantarnos de noche, acostarnos de día; tenemos prohibido dibujar una paloma, una rosa, una estrella; prohibido grabar en un medallón, un hombre y una mujer, una mujer encinta, una madre con su niño en brazos.

A un milico no se le puede mirar a la cara; es “provocación al personal militar”; no se le puede regalar un collar para su mujer, hecho por los presos: es “intento de familiarizarse con un guardia”.

Imprescindible el mameluco fuera de la celda, correctamente abotonado; prohibido mirar una puerta o ventanilla sin permiso, guardar el pan del día anterior, estudiar idiomas o historia posterior a la Revolución Francesa; darle de comer a los pájaros en la ventana.

Sí, tengo que hacerme a la idea de que estaré por lo menos cinco días sin recreo porque diez o quince son habituales por faltas como canturrear en la escalera o hablar en formación; mirar la planchada de enfrente girando los ojos son treinta días sin salir de la celda, y moviendo la cabeza es mucho más grave: se considera que uno está poco menos que organizando una fuga y lo mandan a la *Isla*.

Una sanción benévola por andar con las manos en los bolsillos o haber saludado a un preso de otro piso es quince días de incomunicado en la *Isla*; treinta por no haber dicho “señor” a un oficial; cuarenta y cinco por usar una expresión indebida con un soldado. *Pepe* Martínez se comió ciento seis días de *Isla* por un incidente verbal con un teniente que vino a provocarlo a su celda, sin testigos; y encima le abrieron otra causa: “agravio al uniforme” y “atentado”.

Todo duerme en el Penal a esta hora: algún intercambio de revistas de historietas entre los milicos; los desperezos descomunales de la guardia, principio del fin de una vela interminable, aburridísima; un sargento rondando misteriosamente; un alférez que regresa de registrar mirillas,

de inspeccionar las celdas como si fueran formicarios: fue a sorprender a las hormigas en sus secretos, sus manías, flojeras, picardías, preparativos, desvelos o llantos escondidos, y vuelve con su cosecha de sanciones. La hormiga 873 ha vuelto a ser sorprendida haciendo gimnasia clandestina.

Tiene que haber un porcentaje permanente de sancionados en el Penal: por lo menos la tercera parte de la planchada no sale al recreo; nunca vi, en toda la cana, un corredor sin sanciones. Cuando el número de castigados aumenta y amenaza llegar al cincuenta, sesenta por ciento, levantan las sanciones a unos para poder aplicárselas a otros.

Los presos nunca debemos estar seguros de nada: no tenemos derecho ni al castigo. El cabo me amenazó con una sanción pero no tengo ni siquiera la seguridad de que me será aplicada. Sólo lo sabré a la hora del recreo, cuando venga el guardia a abrir la puerta: “el seis trece no sale” y aun todavía no sabré por cuánto tiempo; hay que bancarse lo que sea.

Hasta veinte días encerrado, sin sol y sin ver otras caras que la del *Pucho*, las de los fajineros y la del milico que se asoma a la ventanilla de vez en cuando, se soportan pasablemente; más tiempo, empieza a pesar. Si la sanción es de un mes, los últimos diez días se hacen cuesta arriba; se termina adormilado y tonto, apenas sostenido por alguna carta que llegó, por las noticias que el compañero sube del recreo. Pero ¿y cuando estamos sancionados los dos?: ahí sí que se podría empezar a hablar de pequeña tragedia.

Finalmente, el milico gira el timón y la puerta corrediza de rejas se abre con un choque de dos listones de hierro –marco y puerta–, un “¡blam!” característico, que oye todo el Penal.

Llega el ascensor, abrimos: en la penumbra relucen los tres tachos térmicos cascoteados por diez años de uso, pero todavía poderosos; un usa el *Pucho*, otra yo, cargamos el nuestro, y el *Hirsuto*, satisfecho por la riesgosa misión cumplida, encabeza el regreso a la planchada, con una alegría de cachorro que olfatea la cercanía del amo.

Mejoramos, con el ascensor; hubo una época que teníamos que cargar los tachos a pulso por la escalera, cinco pisos del celdario; los que venían abajo recibían una lluvia caliente de agua o de guiso, y después sanción por mameluco sucio.

Los tachos son de acero inoxidable, limpiísimos, eficazmente térmicos, tamaño exacto para calzar en los carros; un implemento propio de milicos entusiasmados con subversión derrotada; cuando se rompan es difícil que volvamos a beber o a comer caliente.

Me resultan simpáticos con ese aspecto de enanos sólidos, rechon-

chos y bien dispuestos a la vida dura y al trabajo. Resisten, ellos también. Se los limpia sin lástima, se los golpea al arrastrarlos, se los hace deslizar con violencia cuando están vacíos, se los maltrata al acomodarlos en el ascensor: aguantan, van y vienen, enteros.

Y cumplen función esencial: traen el agua caliente para nuestro mate sacrosanto. Té de los ingleses, vaso de vino tinto del francés, copa de vodka para el ruso, ¿cómo se puede explicar el mate?

El mate, institución; compañero, interlocutor, perro echado quieto a nuestros pies. Uno se pierde en sí mismo tomando mate, teniéndolo en la mano a medio sorber como si fuera un centro de gravitación.

El mate, nuestro: porque lo hacemos a nuestra manera, sin partir de aportes importados. Y por eso es un poco misterioso, críptico.

No se explica, se aprende tomando. Se mira, se gusta; calienta el hueco de la mano, los labios, el fondo del paladar y se desliza hasta nuestros secretos o se le pasa al lado, sin verlo, mala suerte, como a tantas cosas buenas de la vida.

Somos como magos del amanecer; vamos a repartir el agua caliente para el mate.

* * *

Hubo un tiempo en que cada mañana, a las siete y media, salían más de cien presos de las celdas y se trasladaban de una punta a otra del Penal para trabajar. Los milicos empezaron a perder el control; implantaron un pase interpisos y florecieron misteriosamente los pases.

Los Servicios en *Libertad* no solo fueron de utilidad concreta para el preso y moldearon milicos, sino que abrieron mucha puerta.

Pero quizás no pueda comprenderse bien cómo surgieron y se desarrollaron, a principios del 73, sin ir un poco más atrás, unos seis meses atrás, llenos como siglos.

David estaba entonces, esos primeros días de julio del 72, saliendo de un coma de dos semanas, consecuencia de la *máquina*; estaba en el Batallón "Florida" y allí supo de las primeras reuniones entre militares y tupamaros que se realizaron en el cuartel *.

(*) Las negociaciones entre militares y tupamaros se desarrollaron entre el 26 de junio y el 26 de julio de 1972. Las Fuerzas Conjuntas exigían que la Organización depusiera armas y pertrechos, la entrega de los miembros de la dirección que todavía no habían sido arrestados: una rendición poco menos que incondicional. A cambio ofrecían una "reunificación social", especie de amnistía: los presos

Fracasadas las negociaciones, se produce un retorno verdaderamente espectacular de la *máquina* al Batallón “Florida”. Los llevan a un gran barracón, a todos –hombres y mujeres–, les dicen que se quiten las capuchas y todo el mundo de *plantón* contra la pared. Era cerca del mediodía, había mucho sol en el patio del cuartel y empezaron a llevar lotes de cinco.

David se salvó: estando de *plantón*, encapuchado y esperando turno, un milico que pasaba le dio un golpe de gancho y lo desmayó; le pegó precisamente donde la *máquina* había dejado heridas, en la cintura, cayó como podrido y lo llevaron cargado al calabozo. Pero le cuentan que la gente hacía cola y que pasó todo el cuartel: no hacían ninguna pregunta, sólo daban *máquina*.

La *máquina* siguió, aunque con menos rigor, y volvió a enlentecerse y hasta detenerse cuando, poco después, organizan el trabajo de los “Ilícitos Económicos” con los milicos.

Todo comenzó en la relación torturador-torturado. El hombre que está en la *máquina* y no quiere cantar, acude a mil recursos para detenerla o entretenerla. Como los capitanes responsables de la tortura emparejaban a los “tupas asesinos” con los “políticos corrompidos”, se les respondía:

–Sí, ustedes me dan la *máquina* a mí, pero con ellos no se animan; no se atreven a dársela a los peces gordos, a los oligarcas que roban al país.

–¿Cómo que no se la damos?; se la damos, sí.

–¡Qué se la van a dar!; ustedes son unos cobardes: me la dan a mí, pero con ellos no se atreven.

Anzuelo de torturado, camino sin marcha atrás; decirse “por lo menos voy a hacer titubear a este, lo voy a quemar con sus iguales, le voy a cortar las manos; por lo menos rompo a uno y en todo caso paro la *máquina*, esta *máquina*; dejáme hacerlo pensar en otra cosa, distraerlo”.

A partir de ese recurso de torturado se fue dibujando confusamente un planteo político: se trataba de capitanes jóvenes y ambiciosos, que se

querían liberados por tandas. Los tupamaros respondieron que la lucha revolucionaria tiene origen en las circunstancias de atraso e injusticia y que no concebían su desmantelamiento militar mientras no comenzaran a atacarse los males que aquejaban al país; anuncian que están dispuestos a detener sus acciones militares, piden un “trato digno” para los prisioneros y proponen un plan de Pacificación Nacional, con medidas como la reforma agraria, urbanización y desarrollo. No hubo acuerdo entre las partes.

habían destacado en la represión; de un nivel político mediocre, pero para milicos, sobresalientes; más dispuestos que los “viejos”, generales fatigados que, según decían los capitanes, hasta quisieron parar la *máquina* en sus inicios, por miedo a la represalia; “si estarían reblandecidos”.

Llega a haber un clima de indisciplina entre ciertos capitanes, casi de amotinamiento, y empiezan a pensar que no sólo están dirigiendo, de alguna manera, el proceso político y represivo, sino que tienen una oportunidad única de enriquecerse fácilmente. Los desvalijamientos de locales de la Organización y casas de detenidos son nada al lado de las posibilidades que les abriría una posición dominante en el Uruguay. Si querían combatir los “Ilícitos económicos” era porque ellos eran unos delinquentes económicos potenciales.

La mentalidad de un milico medio, entonces, contiene algunas pocas ideas simples: la política es una mala palabra, la profesión milico es limpia y honorable, pero hasta el último empleadillo del Parlamento come torta en este país; a nosotros nos gustaría también comer torta pero no tenemos ni cuchillo ni tenedor.

Y el preso, además, está en la *máquina* y le dice:

–Vos no arreglás el país porque no tenés cojones.

Este fue el núcleo originario de lo que después fueron los “Ilícitos”.

La represión de esos delitos económicos tenía clima popular en Uruguay. Algunas maniobras especulativas eran conocidas en la calle y tenían indignada a la gente. Se había formado, incluso, una comisión oficial de represión de los ilícitos económicos, cuyo presidente –Cossini Morrison– apareció muerto en forma bastante misteriosa. Los tupas habían hecho algún operativo –como el de la financiera Monty– para contribuir a denunciarlos y tenían mucha información de simpatizantes ubicados, un poco por todas partes, en el aparato del Estado. “Información operativa” –habrán pensado los milicos.

El 25 de agosto de 1972, David se instala con un equipo de quince compañeros y en una sala especial del “Florida”, para empezar la investigación de los “Ilícitos económicos”. Recuerda el día exacto porque es fecha patria y tocaban el Himno en el patio del cuartel y recuerda aquella impresión de irrealidad que tenía, de estar sentado allí, en el mismo cuartel en que le habían dado la *máquina*, con los mismos milicos que le habían dado la *máquina*, trabajando en común.

Los “Ilícitos” fueron dos meses intensos de trabajo que permitieron desovillar gran parte de la rosca oligárquica uruguaya: había elementos para procesar y condenar desde banqueros y cambistas, industriales y

financieros, hasta compañías de seguros; la lista incluía a connotados políticos de la oligarquía; la compañía “Paycueros”, “Suprodan”, el Banco Mercantil.

Las Fuerzas Armadas taparon con el codo lo que los tupas se esforzaban en descubrir con la mano, preservando la impunidad de los delinquentes y manteniéndolos a ellos, los tupas, ocupados en una empresa estéril.

Recuerda a un compañero que se despidió de él, cuando se disolvieron los equipos, por octubre del 72, con aquel:

—¡Chau, *Chichí!*, a lo mejor la próxima vez te vengo a buscar en un blindado!

“¡En un blindado!” , vengo recordando ahora, nueve años después, de fajina con el *Pucho*, cuando entramos el carro del reparto del agua a la planchada, todavía dormida y en penumbra. El Penal es un enorme silencio.

Me acerco a la ventanilla, giro el pestillo del pasador, lo levanto suavemente, sostengo la ventanilla con la palma de la mano, abro un poco, bajo el pestillo, y hago descender la ventana sin dejarla golpear contra la puerta; me asomo y miro.

A veces uno de los habitantes de la celda –al que le corresponde por turno– está ya levantado, otras recostado pero atento; hay presos que dejaron los termos en una bandeja interior, fabricación casera, que adosaron a la ventanilla y ni se enteran que pasamos, redondamente dormidos.

Entre la celda seis y siete, ya estamos bien sincronizados, distanciando al *Hirsuto*. Abro, entro la cabeza, emito un murmullo:

–Agua caliente.

Es un sonido en felpa, pero despertador. Hay una pausa sin respuesta y después el compañero se acerca apresurado, los termos en las manos.

–Buen día, ¿se te pegaron la sábanas?; ¿dónde fuiste anoche?

–Calláte, verdugo, venir a estas horas.

Mientras manipulo y lleno los termos comunico:

–El *Pepe*; otra vez en la *Isla*.

–¿Otra vez?; pobre loco.

–No pasa nada: un *verdugueo*.

–Debe tener las bolas por el piso: ¿algo más?

–Anoche nos llegó la noticia, del sector B: Daymán.

–¿Qué?

–Jodido de los pulmones: un ataque.

–¿Hospital?

–Por ahora, no.

–Tamos.

–Tranquilo.

El “tranquilo” es un término *gambusa*, de preso común, que se nos adhirió a muchos en Punta Carretas. “Tranquilo”: no te descontroles, no te hagas masacrar y también un poco del estimulante “¡vamo arriba!”.

–Buen día, vamos, che, agua caliente.

–Buen día.

–Hoy visita-anuncio.

Hirsuto ha acertado terreno un par de veces, lanzó algunos rutinarios “no se puede hablar, continúen”, pero parece fundido por una noche de guardia; ese vértigo de puertas, tachos, carros, ventanillas que pasan: sólo piensa en terminar pronto, en reencontrarse con el quietismo de la planchada, con el mismo no hacer nada que lo ocupó toda la noche.

Por la celda veinte saco la tapa, la pongo en el piso del carro e inclino el tacho hacia el *Pucho* que llena los termos de las últimas seis despreciando el fondo con borra de calcio.

Llevo el carro al puente del medio que une las dos planchadas, lo estaciono y lo seco; pronto lo volverán a usar en el reparto de herramientas.

Listo, terminado; tengo el proyecto de leer hasta que vuelvan a sacarnos para seguir con la fajina. *Hirsuto* parece molesto; quizás sea por el exceso de relojería, que lo dejó sin entender muy bien. No me doy por enterado:

–Bueno, guardia –digo–, todo en orden; nos tiene que venir a buscar para el café; empezamos nosotros.

Pucho está entrando a la celda; lo sigo muy orondo, brazos a los costados, ágil; al llegar a la puerta me vuelvo y digo al milico:

–Guardia, ¿sería tan amable de dejarme la luz prendida?

–No; queda apagada –dispone.

Recuerdo el tono que empleaba mi madre; ese tono burgués mierdoso para hablar al “servicio”; una naturalidad sobrentendida como quien se dirige a una cosa, sin bronca y al desgaire, y suponiendo lo mal tratado que se sentiría el maltratado –¡mirá, mamá, para lo que me viene a servir tu santo ejemplo!– le pongo la dosis exacta, bien británica a la respuesta-orden que le doy al *Hirsuto*, que la recibe, la traga, y lo va a dejar ardiendo:

–Muy bien, guardia, pero entonces apague enseguida porque voy a volver a dormir; gracias.

* * *

Cuando dos meses después del entierro de los “Ilícitos” llegó a *Libertad* y se encontró con el *Gordo* Torres y aquel embrión de cantina, una celda con cuatro latas y un carrito vendiendo por los pisos, se le hizo evidente que había que ampliar el juego si querían “abrir puertas”.

La experiencia dice que cuando algo se organiza bien, dispone de un asiento físico, se instala, crea una dinámica de funcionamiento y se institucionaliza, se vuelve poco menos que intocable.

Es lo que hicieron con la cantina: consiguieron un local en la parte central del cuarto piso, estantes para el local, mercadería, movimientos de compra, movimientos de venta, una contabilidad con biblioratos vistosos; aquello se volvió un mundo y los mundos no se derogan: ley de aparatismo.

Algunos no entendían que era una manera de seguir peleando. Están presos: ¿qué pueden hacer?; sacar a los presos de las celdas. ¿Cómo sacar a los presos de las celdas?: organizando servicios, impulsando un plan agrícola espectacular de decenas de hectáreas. Van a plantar papas; van a plantar las papas más grandes que se hayan visto en el Uruguay; van a aparecer en los diarios:

—El petiso Leguisamo va a salir fotografiado, el codo sobre una papa, como recostado a un mostrador —decía el *Gordo* Torres—, con un titular a toda página: “TUPAMAROS PLANTAN PAPAS EN PRISION”.

El Mayor escuchaba. Era un fascista de primer orden pero lo que le interesaba ahora era lucirse con sus superiores y las sabrosas comisiones —¡la bendita *teca!*— que podría recibir por todo aquello.

Todavía no habían llegado allí; tenían en marcha la cantina pero había que terminar de convencer a los compañeros de la necesidad de impulsar el negocio, sin poder conversar demasiado abiertamente sobre el tema.

Resistir argumentos como:

—Yo no compro “pan dulce”, ni como “pan dulce”, che ¿qué te pensás?: mi madre está en la calle, muerta de hambre.

Y apenas deslizar por la ventanilla un:

—Sí, hermano, entiendo; ¿cómo no voy a entender?, pero el “pan dulce” es lo de menos...

El preso consume poco y prefiere que venga en el paquete familiar; la incitación al consumo no forma parte precisamente de sus más altas convicciones, ¿entonces? Entonces, la cantina está vendiendo diez mil pesos y tiene que mover millones. Para una pequeña panadería del pueblito de Libertad, un pedido de cuatrocientos “pan dulce” es el negocio del año y no van a dejar de agradecerse al Mayor. El mayor va a ser el primer interesado en que la cantina y otros servicios se desarrollen. Y el desarrollo de los servicios permite “abrir puertas”. Y las puertas abiertas —¡entiéndanlo de una vez, coño!— permiten que los presos salgan de las celdas. Y...

La cantina satisfacía, además, necesidades reales de los presos –más allá del circunstancial problemático “pan dulce”– y era un modo de hacer política comunitaria. En un principio dijeron: “vamos a tener un fondo común”. Los milicos respondieron: “tienen que tener cuentas individuales”. Ellos buscaban unirse; los milicos, separarlos.

Está bien: aparecieron los saldos en rojo. Un preso compraba todo lo que necesitaba y quedaba con saldo deficitario, en rojo. A fin de mes se lo compensaban con los saldos favorables de otros; hacían el comunismo a la hora de las cuentas.

Prohibidos los saldos en rojo. Está bien: el compañero de la celda 14, que tiene dinero sobrante, empieza a hacer pedidos que el cantinero entrega en la celda 12. Prohibido. Está bien: todo el pedido se entrega en la celda 14, después se verá cómo una parte llega a la 12.

No hay reglamento que resista la obstinación del preso: concentra todas las energías en un punto y tiene el tiempo por delante; irresistible política de millones de gotas de agua, cayendo una a una.

Lo que entusiasmo y descansa a los milicos, cuando el Penal está en manos de los presos, es lo bien que marcha, cómo se solucionan sedosamente todos los problemas administrativos; se garantiza la nutrición, la lectura, las visitas; y hay todavía ese sobrante, la *teca*, que permite al milico comer de la economía del preso.

No siempre los milicos ven en ese movimiento colectivo y solidario un hecho político: somos “buenos compañeros” y, además, ¿cómo no admitir que las prácticas comunitarias de mil trescientos hombres que lo comparten igualmente todo, que se apoyan moralmente en todo, pueden resultar admirables y provocar algo parecido a la alegría, hasta en el seco corazón de un milico?

Si vamos a ver, también dejaron salir aquella carta a Ariel, un lance casi imposible que me tiré:

Libertad, 1o. de marzo de 1973.

ABUSO DE LA INDULGENCIA DEL CENSOR AL SOLICITARLE, CON CARACTER DE EXCEPCIONALIDAD, QUE PERMITA EL ENVIO DE ESTAS LINEAS A MI HIJO DE OCHO AÑOS. YO NECESITO ESCRIBIRLAS TANTO COMO EL RECIBIRLAS.

Estas líneas son para ti, Ariel querido; espero que sean oportunas y que pueda, con ellas, darme a entender con claridad. Es difícil esto de escribirle a un hijo sobre cosas importantes, porque estamos acostumbrados a dialogar con caricias y miradas, con ternuras y caras serias.

Tenés ocho años, casi nueve; un cuerpo muy desarrollado para esa

edad; has ido adquiriendo una forma de razonar, de pensar las cosas, un poco distinta a la de otros niños.

Tuviste que inventarte solito ese oficio de hombre que ya desempeñas. Las responsabilidades te asustaban, y te llovieron montones, todas juntas, en chaparrón. Precisabas ternura, y empezaron a morir amigos viejos. Querías jugar, y tu viejo estaba preso. Pedías un poco de tranquilidad para tus deberes, tus ensoñaciones, tus aventuras, y la casa se te llenaba de otros niños cargados de penas, o de sirenas y patrulleros, que allanaban y allanaban y allanaban...

Así fuiste creciendo estos dos largos y duros años, amor. Aprendiste cosas que valen oro, te hiciste fuerte y corajudo para pechar tristezas; adquiriste independencia en tus decisiones e incorporaste criterios maduros. Sos, en definitiva, de una nueva generación, distinta, mejor.

Pero esto te ha costado mucho y tuviste que renunciar a muchas cosas lindas y agradables, en el camino.

Y, ¿quién te dice?: a lo mejor, allá en el fondo de tu corazón, sin que puedas darte cuenta de que existe, hay un reproche: porque yo elegí esto, porque yo me metí en este lío y te dejé solo, porque preferí ayudar a la gente y no pensé que, tú solito, no ibas a poder con toda la casa sobre tus hombros. Porque tú, todavía y durante mucho tiempo más, precisás mi compañía para conocer juntos cosas maravillosas, descubrir el mundo y sus secretos, compartir aventuras en los bosques, en la quinta, en el taller...

No te preguntarás a veces: “¿no será que mi padre no me quiere y por eso se fue con sus compañeros”; “no será que a mi padre no le importo lo suficiente”; “se habrá dado cuenta mi padre, de todo lo que lo necesito”; “que no puedo esperar más, que tengo que vivir con él, ahora?”.

Te quiero, hijo del alma. Con todo mi aliento, con todo mi cuerpo, mis huesos, mis venas.

Todo esto lo he pensado, lo he medido y, aun así, elegí este costosísimo camino. No me he olvidado de ti.

Y, lo que es más importante: esté donde esté, libre o preso, caminando o encadenado, mientras yo respire –gurí del alma– podés contar conmigo. Estaré siempre para respaldarte, para apoyarte, para cuidarte, para velar por ti, para vivir por ti.

Todo esto, vida, lo hago principalmente por ti.

Hasta cuando sea, hijo
Papá

Poco después vi la carita triste de Ariel a través del vidrio podrido del locutorio, cuando autorizaron las visitas. No solo el vidrio nos separaba: yo estaba quieto, marginado forzosamente, en estado vegetal; ellos venían, se movían hacia mí, responsables absolutos de sus vidas y de sus decisiones; yo estaba en reposo, ellos se trasladaban: ya no nos movíamos juntos.

Y ese vidrio. Sólo podía tocar a Pablín: mimos de bebe, manos, ojos, pelo; ternura de piel. Silvia ponía su manita contra el vidrio, sobre la figura de la mía: nos dábamos besos de mosca. La carita triste de Ariel. Les hacía daño, la visita.

La *Negra*, mirándome mucho, hondo: habíamos estado poco juntos desde que yo había entrado en la clandestinidad: cuatro veces en un año. Nos olvidábamos un poco, pero su cuerpo me seguía llamando, se me empezaba a hacer dolorosamente urgente.

El vidrio tenía una rejilla, para hablar. Por allí, al despedirse, la *Negra* me oprimía el pulgar, insistente. Siempre le dio vergüenza, delante de los demás, darme el beso autorizado al final de las visitas; lo hacía solo a medias, escabulléndose, pero para mí los resultados eran igualmente catastróficos.

* * *

Con la cantina empezó la *teca*, institución carcelaria si las hay. Siempre iba con dos paquetes de cigarrillos encima, uno de negros y otro de rubios, y no fumo; para la *teca* de los milicos. Convidaba:

—Agarrá dos, ¿cómo vas a agarrar uno solo?

Algunos milicos, muy pocos, decían:

—¿Cigarro de pichi?, no preciso.

Pero otros:

—¿No podrás conseguir un paquete, mañana?

A un Lem Martínez, el director del Penal, no se le convida con cigarros, sería una falta de respeto con un coronel; la *teca* con Martínez es que lo feliciten en el Ministerio de Defensa por un balance de cantina, excelente, gracias a los presos. La *teca* para alguien como el Mayor es favorecerle el acceso a sus comisiones por las compras de cantina; pero la *teca* con un milico de piso, puede ser regalarle un medallón para su mujer, hecho por los presos.

Si los presos políticos llegan a ablandar a la tropa es por su firmeza y su moral combatiente, antes que nada; son mil ejemplos ambulantes de compañerismo y fraternidad, ese escudo que forman frente a los ver-

des, los que terminan por impresionar a algunos de ellos.

La *teca* viene después, y tiene mil caras: es una forma de relación entre presos y carceleros que integra el sistema de una prisión con la misma naturalidad e inevitabilidad con que funciona un circuito de ómnibus en una ciudad. Las cosas tienen un precio en la cárcel; para obtenerlas hay que dar algo a cambio.

Un preso común ofrece lo que tiene individualmente, a otro individuo, el carcelero, para tratar de arreglárselas, para pasarlo lo menos mal posible. El preso político sigue siendo un combatiente y —esa es la enorme diferencia— está organizado como comunidad solidaria, en la que todo es de todos. Y si *tequea*, lo hace como comunidad, frente al conjunto de los milicos y con un propósito colectivo.

Fue durante su primera causa, en 1971, en Punta Carretas, después de su primera noche de terror como preso, cuando a cada grito creía que estaban violando a alguno, que David comprendió que si quería participar en una revolución tenía que estar dispuesto a meter la mano en la mierda. Era la época inaugural del “Escuadrón de la Muerte”, cuando les empezaban a asesinar militantes como Ramos Filipini; el inicio de la tortura en serio. Se había acabado el tiempo de las acciones simpáticas e ingeniosas, no por decisión unilateral y extremista de los tupamaros, piensa él, sino por la propia dinámica del enfrentamiento. Los gallos habían terminado de medirse, comenzaban a picotearse: “mirá que va a haber sangre, mirá que va a ser feo, ¿estás igualmente dispuesto?”.

Para ellos, los señoritos, los pequeño-burgueses que estaban en la Organización, los Camporita, había llegado la hora del salto, de comprender que aquello no era una película de aventuras; que habría que disparar y recibir balas de verdad, y hacer cosas jodidas sin estropearse demasiado, que tenía que acorazarse —no de rigideces o de impermeabilidades— de la mayor claridad mental posible, si quería evitar su destrucción como ser humano.

Pasó lista y fue aceptando todo: la renuncia a la familia —nunca a su amor—, a la libertad, al prestigio social según la norma; se hizo una idea simple, la única que podía tener entonces, de la tortura y también, mal que bien, se dispuso. Lo único que no pudo responderse fue si sería capaz de matar y si, en el caso de llegar a hacerlo, tendría la fuerza moral, la palanca política que lo sostuviera.

Cuando terminó de tragar esa píldora —después de su primera noche de terror en su primera cárcel— estuvo dispuesto a asumir su parte de mugre, sabiendo que se rescata mucho a cambio, siendo un militante; que aquello era preferible a vivir, como otros, en la limpieza y la indife-

rencia.

La *teca* puede tener un aspecto de corrupción del enemigo, y la corrupción ser una forma de aniquilarlo, como ocurrió con el Mayor o, pongamos el caso, con aquel teniente, al que llamaban *El Tordillo* por su pelo blanquecino.

El Tordillo era un apaleador de gente; en Punta de Rieles había golpeado bruto al *Pocho* Hornos. Cuando lo trajeron al Penal lo afectaron a la contaduría de la cantina y un día, al poco tiempo de estar, alteró un recibo y se embolsó la diferencia. En seguida se dieron cuenta: eran seis contadores diplomados en malicia los que se ocupaban de la cantina y no se les podía escapar ni una aguja.

—¿Qué hacemos con este?

Se discutió.

—Es un apaleador, le cortamos la carrera.

—Vamos a dejarlo que meta la mano dos o tres veces más; ensartarlo.

El *Sordo* Cataldi se encargó del trabajito. El *Sordo* es un señor suave, de grandes ojos claros, que habla quedamente; sordo y exagera:

—¿Cómo dice, mi cabo?

—Soy sargento.

—¿Me podría explicar eso de las rayitas en las mangas, por favor?: nunca acabo de entender los grados.

El Tordillo se engolosinó y siguió cambiando recibos. Al tercero o cuarto, el *Sordo* fue a ver a otro cajero, también teniente, y con su tono de irresistible ingenuidad, le dijo:

—¿Quisiera ver aquí, mi teniente?: debo haber hecho mal la suma porque me salta una diferencia; cada día ando más distraído.

Fue el milico mismo que tuvo que denunciar a *El Tordillo*: tribunal de honor y a la cana.

En la *teca* hay un trabajo político que entra por la “puerta de servicio”. Se puede *tequear* sin corromper y sin destruir al hombre que se *tequea*. Porque al milico que se le regala un medallón para la madre, de pronto no se le pide nada a cambio. Algún preso ha dejado en la reja al *escopetero* —guardia solitario— un regalito para su familia, hecho por él. Y ese milico nunca se enteró de quién había sido el autor del gesto.

Es un trabajo de conciencia, de ablandamiento, de permeabilización, generalmente hecho por los presos que menos tienen que ofrecer. Y no apunta tanto a que le abran la puerta por el regalo como a que comprendan que esa puerta debería estar siempre abierta o no existir, o en todo caso, ese hombre no debería estar detrás de ella, encerrado.

Una colmena era entonces el Penal, con docenas de presos subiendo y bajando escaleras, carpetas bajo el brazo, pases especiales; tenía razón el *Gordo* Torres:

—Pero, che: ¡esto parece la General Motors!

Después de la cantina, fue la biblioteca, mucho más fácil de entender, la que se volvió rápidamente uno de esos mundos intocables; doce mil volúmenes, con un catálogo de doscientas páginas superclasificado, bien impreso y encuadernado en talleres propios; todos los libros forrados con nailon, una ficha de biblioteca por recluso, un control al minuto del libro: dónde estaba, cuándo había salido, cuándo tenía que volver; un trabajo fino que hacía progresos con la censura, y que desarrollaba, cultural y políticamente (*), a una población penal.

Y cuando se trató de la presentación del Plan de Desarrollo de *Libertad*, echaron el resto y rozaron la obra de arte. La idea total abarcaba 480 hectáreas, pero se limitaron a pedir ochenta, para empezar: una granja agropecuaria modelo y una fábrica de calzado fino para exportación iban a ser las fuentes de ingreso que mantendrían la expansión de toda la actividad productiva del Penal.

Análisis de costos, de mercado, de suelos, de los cultivos más adecuados: sorgo, alfalfa, engorde de terneros, cría de conejos; apicultura y avicultura. El capitán Costa tenía dificultad en abarcar, con un brazo, todas aquellas maravillas cuando las llevaba a la Dirección. El *Gordo* vigilaba en la ventana:

—Allá va el hombre, ¡sacó a pasear los carpetones!

Y los carpetones eran aprobados por el coronel Martínez y subían al Ministerio de Defensa y rebotaban aplausos y ascensos.

Y los carpetones remontaron hasta la Junta de Comandantes en Jefe y allí, algún suspicaz, se puso a preguntar:

—¿Y esto?; ¿¡adónde vamos a parar, con todo esto!?

* * *

(*) Los Servicios dieron en poco tiempo un salto prodigioso: fabricación de bloques de construcción, herrería, carpintería, policlínica, atención odontológica, cine, música, informativos (limitados), manualidades, una escuela excelente; la “Semana de Homenaje a Artigas” incluyó una exposición y la creación de símbolos gráficos (“A”) que invadieron las manualidades regaladas a las visitas y distinguieron los sobres de la correspondencia. La panadería, la cocina y el criadero de cerdos (atendido por un ginecólogo de renombre internacional, entonces residente en *Libertad*), entraron en funcionamiento.

Fue por entonces que, bruscamente, la *Negra* se fue para Chile. Vino a la visita con el proyecto; muy asustada con ese despegue eventual hacia lo desconocido, sin recursos, escasa fuerza, mal atendida por una Organización que se desintegraba; insegurísima.

Me lo propuso como algo a considerar, a ir preparando. Fui yo que la apremié para que se fuera inmediatamente: “de aquí para el aeropuerto, en seguida”, porque sabía que la habían *cantado* y que podía caer en cualquier momento: “dejáme arreglar algunas cosas, vender la TV”; “te vas ahora mismo”; “no, no me puedo ir así”; “sí, así es como te vas” –me excitó mucho, estaba furioso, la voz estrangulada, borbotones: “No hagas que me vuelva loco; puedo bancar muchas cosas, *Negra*, pero no tenerte a vos en cana o en la *máquina*; por favor, andáte, hacélo por mí”; ella aflójó un largo llanto, largo manantial desconsolado; mi pulgar apretaba el tejido y ella lo recorrió con su índice, rápida, nerviosa, urgidamente: el rito de nuestra más secreta intimidad posible; y ahora insistía suavemente, cariñosamente: “hacéme caso, mi amor, tenés que irte ya, tenés que irte”; y repentina, brusca, se decidió: “está bien, pero calláte, no me lo digas más; me voy en seguida, pero calláte”, interrumpida por un llanto total, y quise en los últimos minutos aconsejarle a quién recurrir, cómo moverse, dónde conseguir dinero, y nos prometimos escribirnos todo, siempre, no ocultarnos nada, y me dijo “cuidáte mucho” y luego la ventanita de los besos autorizados y esta vez su boca fue un túnel, un nido, mi casa; me albergó entero, exigentemente, me llevó dentro suyo: ancha, madraza, útero, aspirando un ahogo, sollozo, estertor; sólo dijo “te espero”, con un tono muy extraño, profundo, solemne, venido de las vísceras.

Pocas veces como entonces, supe tanto cuánto me amaba, la *Negra*.

Y se fue. Y me dejó extasiado, y feliz, y tristísimo, repleto de valor; leona: me sacudió el polvo acumulado en el alma; no dejó un preso, dejó un resistente.

SEGUNDA PARTE

Fajina: noria de un día y muchos días, jornada que se repite, la misma y distinta al andar los años; molino de tiempo: conocida, imprevisible.

Es otro almanaque: las horas del preso se acumulan y hacen montaña como las hojas secas en los parques pero basta el paso del primer peatón para reducir las a nada, a puro polvo al viento: ¿qué se han hecho los nueve años que llevo preso?; ¿cuándo empecé esta fajina con el *Pucho*?; ¿fue hace un rato, hoy de mañana u otro año que me amenazaron de sanción por hablar en la planchada?; ¿a ese cabo lo crucé aquí, en *Libertad*, o fue en el “Florida”, cuando la *máquina* echaba humo? Y después de todo, me pregunto, ¿qué importa?: los años pasan lentos, interminables, reja por reja, pero la cana es un ratito.

Me estoy sacando ritualmente el mameluco: uno termina por cuidar, sin querer, esta pilcha infame. Terminado el reparto del agua el *Pucho* entró apurado, se descalzó, dio una vuelta sobre sí mismo y se deslizó en la cucheta; se encasqueta el gorro sobre los ojos, suspira y deja caer:

—Hasta luego, *Chichí*: no rompas más las bolas.

Y ya se queda casi dormido. La luz sigue encendida. Empiezo a comentar: “parece que se ablandó, el mierda este” cuando precisamente se hace la oscuridad; “jueputa”, digo, sobre el murmullo-sonrisa del *Pucho*; doble celebración: me equivoqué en el pronóstico y él va a dormir mejor, sin luz.

No tengo sueño. Cuelgo el mameluco, me pongo el bombachudo de deporte y voy a la ventana: el cielo todavía es un telón oscuro y lo que hay para ver son los faroles del camino.

Voy a prepararme un mate, es lo mejor que puedo hacer. Matear y *trillar*. El *Pucho* ahora ronca suavemente, descansa realmente. Me pongo a vigilar el silencio como cuando cuidaba a mi padre enfermo: miro en la oscuridad para ver si se aproxima un ruido, para ir a sofocarlo; vigilia de noche entera, Sanatorio Americano, estudiar un poco, charlar

con las enfermeras, paseos por corredores amortiguados y, al amanecer, un poquito orgulloso de mi cansancio, *capuchino* con medias lunas en el "Sportman" y clase en Facultad.

Pero el que duerme es el *Pucho*. Y no está enfermo. Nunca estuvo. Bestia parda; vida bruta, los pobres. Me sorprende que no guarden tristezas, ni constancias de no haber tenido, ni hambres desmesuradas. No teniendo, me siento como equilibrado ahora. Diez añitos de hambres soportables y podría considerarme otra vez un ser humano no-ladrón; sin esta vergüenza fiera que todavía tengo de haber privilegiado mis consumos y mis comodidades, tantos años.

Suena lo húmedo vacío del primer mate. *Trillar* y matear: es de lo que tengo ganas. Voy a asumir posición junto a la puerta y arranco en diagonal hasta la ventana, al lado de la cabecera del *Pucho*: son seis pasos, pero el último un poco más corto para no llegar demasiado cerca y despertarlo. Así, *trillando*, y cada cinco o seis vueltas, un mate.

Sacaron al *herramientero* y al *paquetero*. Se oye ruido de pasos rápidos y respiración agitada: pesan, las bolsas y las cajas donde los compañeros guardan las cositas para trabajar; van y vienen, vienen y van. Y el sonido de las cajas, al ser depositadas cuidadosamente al costado de cada puerta; todo muy rápido, eficientísimo.

Caminar de la puerta a la ventana, de la ventana a la puerta. Organizar el día: no sólo la fajina, el recreo. *Trille* previsto con Alvaro, si no se confirma la sanción, ¡qué pelotudo, *Chichí*, dejarte joder de esa manera! *Trille* serio con Alvaro, uno de los mejores compañeros del Penal. Con su decir suavetón, siempre me llena demasiado la canasta y después ando dando vueltas tratando de acordarme exacto para seguir pensando derecho.

Tengo que ir bien afilado, evitar repeticiones; resumencito de lo visto, discrepancias de parte y parte, decidir próximos pasos, antes de empezar el tema central. Prólogo: familia, planchada y Penal; unos ocho minutos. Con el *Indio* Rodríguez Olariaga: ajustar lo que tengo que pedir a mi familia para manualidades; rapidito. La jugada de ajedrez para el *Vasquito* Arguñarena, celda de al lado: él había enrocado, igual que yo: le voy a avanzar el peón para dejarlo pasado, a ver cómo reacciona. Lo que no sé muy bien, es dónde colocar la charlita con el *Becho* Echedo; anda bien de bien ahora el *Becho*, menos mal; cayó muy tierno, se hizo a los cascotazos, muy solo, sus viejos viejísimos en San José: los alimenta con su pintura. Necesito la opinión que me prometió sobre el cuadro de Ariel que vio en foto.

El recreo está preparado. Mierda, me vuelve el temblorcito: ¿y si

“corre” la sanción?; se me atrasa todo, me jodo. ¿Cómo podría hacer para que el cabo cambie de propósito?; ¿cómo actuar durante el reparto del desayuno para alterar su reacción “química”?

Mierda de Penal, la inseguridad total; por algo Kafka se procuró un castillo y una autoridad y la arbitrariedad y lo imprevisible, todo bien enmarcado por una barahúnda de normas y reglamentos y funcionarios, donde nada se puede asir.

Igual aquí: imposible contar con un eje para ser uno mismo, poder prever. Un *cadena perpetua* debe ser un tipo muy asentado y fructífero, que llena sus horas meticulosamente y con certezas. Un preso sin condena no tiene un minuto para sí, todos son tragados por la especulación y el prepararse en blanco.

En el liceo, al menos te avisaban. Si hasta parece increíble que un milico pueda decidir que un tipo crecido —de pronto tan completo y complejo como el *Bebe* Sendic o Julio Marenales— “se quede sin recreo”, que no es otra cosa que media hora caminando con un compañero. Pero, claro, qué nos van a sacar, si no tenemos nada más. Si existiera la resurrección te fusilarían todos los días, por cualquier cosita. Aunque a eso también te acostumbrarías.

Y, de repente, jode más no ir al recreo que morirse; porque quieras o no, ese recreo de mierda te oxigena el alma: estar con los otros, hablar, moverte, solcito.

Y más jodido que no ir al recreo, es no saber si vas o no vas al recreo; no poder anticiparte al *verdugueo*; como en *lamáquina*: no saber lo que viene ahora, qué van a inventar para ponerte nervioso; que en eso son creativos, hay que reconocerlo.

Porque han hecho una rutina de la falta de rutina, o del quebrantamiento de la rutina —un sueño que sueña un sueño, etc.—; porque tampoco debemos acostumbrarnos a que la rutina sea que no haya rutina, a no creer en el reglamento: esa también sería una forma de salvarse. Y para impedir eso está el señor Britos, psicólogo mediocre pero con todas las ventajas y con todos los presos desplegados en abanico, como cartas en la mano.

Y no saber entonces qué se puede esperar, pero sabiendo que se puede esperar una gama inmensa e inacabable de zorrerías, grandes y pequeñas, todas destinadas al desgaste inevitable, a quebrarte la resistencia, enloquecerte, suicidarte, hacerte traicionar o dejarte comer por los piojos; y si salís, si no morís o te mueren partes esenciales, que digas: “yo ya hice mi parte, nunca más”.

Y cómo hacer para que la *Negra*, que me sabe fibroso y duro en mis

debilidades, y empecinado y tozudo, sepa que sí: que estoy perdiendo montones de cosas pero de las que se puede perder sin dejar de ser, sin cansarse, sin negarse; y que estas cosas que se me van gastando, erosionando –la estructura de afuera– me van a cambiar, y que ella va a tener que convivir algún día con eso gastadito y distinto, y un poco mudo y desasido y de cara sin gestos, con escalas nuevas, dimensiones, intereses, corazas, que afuera no imaginan y los presos no sabemos explicar.

Dos razas, o tres: presos, exiliados, vivientes en el país. ¿Cómo nos vamos a comunicar?: tendremos que dejarnos mensajes en las esquinas, escribiremos libros, como se construyen puentes; ¿cómo nos vamos a juntar?, ¿cómo vamos a volver a ser un solo pueblo? Porque no podemos aceptárselo, esto de que nos hayan separado; porque tendremos que encontrar gestos y vocabulario, para seguir peleando –que es lo más fácil– y después para tomar el poder, trabajar y construir, hacer el socialismo. Y esta es la parte que no nos pueden torcer, hagan lo que hagan; ni nos pueden desalentar, aunque esto parezca o sea un panfleto; digamos, si hay que decir, que tengo el alma y los huevos panfletariamente constituidos.

Y la forma de resistir es esto mismo: no dejar de pensar; todo: lo minucioso del inmediatísimo, lo grande del después; estar irrevocablemente seguro de cuál es la meta, cuál el camino y cuáles los pasos. Seguro de lo que querés, finalmente; o por lo menos, de lo que no querés, de lo que no podés ni vas a tolerar: aunque vengan degollando.

Doy vuelta el mate y lo dejo sobre la mesa: todavía saca espuma; el *Pucho* podrá tomarse una media docena, cuando se levante.

Meo prolijamente el agua del mate, digerida fácilmente por el *trille* y me estoy lavando las manos cuando, como siempre, como cada una y todas las veces, me sobresalta el campanazo hiriente, obvio, desmesurado que despierta al Penal; la dejan sonar eternamente, como si los presos fuéramos tapias, cuando bastaría un solo toquecito de ese monstruo de campana para poner al galope el corazón de cualquier humano durmiente.

El *Pucho* se levantó, se vuelve a lavar la cara con mucho ruido; mientras se seca va hacia la ventana y pregunta:

–¿Vino alguien?

Quiere saber si confirmaron mi sanción.

–No, ni noticia –digo.

Mira hacia afuera.

–No te preocupes –dice el *Pucho*–, con el tiempo que va a hacer mejor quedarse leyendo un rato.

La llave en la cerradura; el cerrojo corre, la puerta se entreabre con su propio peso; el milico destrabó y siguió, atrás viene el *puquero*. El *Pucho* abre la puerta, saca la mitad del cuerpo –hace girar el radar– y entra dos bolsas, con guampas y maderas finas, y su caja de manualidades: un baulcito de madera reforzada y de buen peso: sus tesoros de manualizar.

Se abre la ventanilla y aparece la cabeza del elegante *Beto* Bonessi, que con voz casi inaudible, educadísima, saluda:

–Buenos días, *Pucho*; buenos días, *Chichí*.

–¡Opa! ¿Cómo andás, corazón?

–En estas pocas... ofreciendo las mejores herramientas del Penal.

El *Beto* coloca ordenadamente en la bandeja, para el *Pucho*: escofina, lima, punzones.

–Y vos, *Chichí*, ¿querés algo?

–Una muñeca de goma.

–¡Que te oiga la *Negra*!

–Una muñeca negra, claro.

–¿Tenés lija? –dice el *Pucho*.

–Tengo; ¿qué manualidad estás haciendo?

–Un facistol –explica con naturalidad el *Pucho*.

–¿Un qué...? –exclama el *Beto*.

–Un facistol, ignorante.

–¿Y eso qué es?

–¿Vos hiciste liceo?

–Sí, pero ese día falté.

–Después te paso el diccionario, así te vas educando –dice el *Pucho*, paternal.

–Ahí viene el *chabón*; me *aspirino* –dice el *Beto*– portáte bien.

–Tranquilo.

A las risas, con el *Pucho*; las bromas con las que tenemos loca a la planchada: usar palabras escogidísimas, como si fueran comunes y corrientes, y condescender a explicarlas solamente a las cansadas, con cara de fatiga intelectual.

Al *Beto* lo íbamos a tener varios días en la duda, con el facistol: “atril grande –dice la Academia– donde se ponen el o los libros para cantar en la Iglesia”.

Era cierto, además, que el *Pucho* me estaba haciendo uno. Mago de las manualidades, ya me había construido una mesita enana, plegable, que yo usaba bajo la ventana, dando la espalda a la puerta. (“Mírenlo al intelectual compatriota” –comentaba la envidia de los demás; “Buenas

tardes, Contador, ¿le traigo un cafecito?”); que completé con un vasito de madera para lápices, goma y escuadra, y que culminaría con ese factistol, comodísimo para leer en los inviernos congelados, sin usar las manos, enguantadas y refugiadas en las axilas y que solo salían para dar vueltas las páginas, la lana de los guantes gastándose y agujereándose en los dedos índice y mayor.

Vuelven a abrir la ventanilla, suavemente; nos sorprende: esperábamos la brutalidad del *Hirsuto* que nos vendría a buscar para repartir el desayuno. Pero cambió la guardia y lo que se asoma es cara milico mediana edad, próximo ascenso a cabo, alto, bigote fino, los ojitos no le andan de aquí para allá, mira con atención y derecho viejo, se detiene sobre las cosas, comprendiendo, inquiriendo con cierta persistencia.

Compartimos la fajina del ala con otra pareja: *Tito* Gregory y Gastón Couchet, por eso el milico que abrió la ventanilla y asomó toda la cara –signo de tenerse confianza en el trato con los presos– pregunta con voz calma:

–Llegaron los bizcochos, muchachos; ¿salen ustedes dos, o saco a uno de la 16?

Milico nuevo, foto prontuario que el preso realiza de inmediato. Porque al preso le cambian tres o cuatro mil veces la guardia durante la cana, y se pasa mirando caras y recordando voces –para reconocer encapuchado–, conociéndoles gustos por charla o silencio, tratando de entreoír confidencias o comentarios personales, conocerles cualquier posible grietita, para entrarle en la confianza personal y violar la norma de oro del Penal: rígidamente prohibido todo intento de familiarización entre preso y llavero; una sonrisa, un saludo desmedido, una pequeña confianza, un regalito, un comentario significan *Isla* para el preso; calabozo, eventual sumario y destitución para el milico.

Este es el enemigo más cercano, más inmediato e inconfundible y se puede trocar en mi compinche ocasional, en un dispensador de favores menores o medianos si consigo recordarle mediante hechos y conductas que ambos somos seres humanos, que tenemos un territorio común, esmirriado pero común a pesar de casi todos los pesares. Algo de lo que explica la *teca*, la charla posible con el torturador, el intercambio frío con el enemigo.

–Salimos nosotros dos, soldado –digo.

Digo y sigo con mi prontuario: buen milico: es manso, pero conoce las reglas del juego, elige el tipo de juego que quiere y lo lleva adelante con congruencia; o sea: peligroso, no se le puede pasar a rapidez o viveza, como al *Hirsuto*, habrá que ir usando con naturalidad el margen que

él quiera ir dejando; más estrecho que con el *Hirsuto*, pero más sereno; con el otro podía pasar cualquier cosa, si llegaba a sentirse sobrepasado; con éste el libreto es sin sorpresas. Quiere vivir tranquilo, pero eso sí, si de arriba lo mandan, apretará parejo y sostenido. No es un hijo-de-puta sustancial, es el funcionario eficiente: no reprime a lo bestia sino para dismantelar, que es lo que quiere el de arriba. En una palabra: es un veterano.

No volveremos a ver al *Hirsuto*, que se fue sacudiendo las banderillas.

El veterano destranca la puerta sin ruidos ni forcejeos. Abre y arranca sin esperarnos, porque sabe que no tiene nada que temer.

Igual que en la madrugada: el *Pucho* empuja el carro y yo voy haciendo punta y cuidándome los talones. Allá lejos, medio oscuro, frente al Centro de Observación, figuras presidiarias, grises: los del sector B, frente al ascensor, están descargando el desayuno.

Nos ataca el hedor de la avena, incisivo; avena con leche y agua; el gusto es pasable pero la consistencia, sobre todo la del fondo del tacho, bastante asquerosa y con olor a “leche de burro” diría un *gambusa*.

Cargamos en el carro el tacho de avena y la bandeja con bizcochos y unas galletitas palidísimas –parecen enfermitas ellas también– para los que tienen régimen.

Arrancamos: el *Pucho* delante, abriendo ventanas y apetitos:

–¡A los bizcochos que están calientes!

Cuatro por celda; neta preferencia por los dulces, pero el preso es gente fina:

–¿Cómo los querés?

–Dame los que quieras, me da igual. Eso quiere decir: “me gustan los dulces como loco, pero no quiero privar a los demás”.

–Para que te saques el gusto –dice el *Pucho* dejando alguno dulce.

Va muy rápido y se distancia del carro. Llena la planchada de movimientos rítmicos, prolijos y con voz nítida, acompaña la parte rutinaria del quehacer:

–¡Salute los bizcochitos, que están especiales hoy!

Vengo dos o tres celdas más atrás, vengo proclamando:

–¡Llegó “la del burro”, vamos!

Denigrar el alimento sin que sea muy perceptible por el milico, porque “murmurar sobre el *rancho*” sería motivo de sanción.

–¡“La del burro”!

Un compañero medio dormido se asoma:

–¿Vino café con leche?

–Sí, pero con muy poco café.

–¡Andá a cagar!

–No seas mal educado.

Otro quiere:

–¿Me llevás una jugadita de ajedrez?: caballo tres alfil rey para la 23 y que lo jodí.

Alvaro pregunta:

–¿Estamos *ahíqui*, no?

Quiere confirmar el *trille*.

–Sí, pero estáte atento porque a lo mejor se queda guardado un servidor.

–¿Por?

–Bobadas mías, de madrugada.

–Siempre el mismo boludo.

El *Pucho* llega a la 26, fin del reparto. He venido aguantándole al milico, apurando o enlenteciendo la marcha del carro, para dejarlo hablar.

El veterano viene pegado a mis riñones y mis mensajes no pueden pasar de cositas intrascendentes, como cuando llego a la 23:

–¡“La del burro”: espesita y sabrosa! Dice la cinco que caballo tres alfil rey. Y jaque mate.

* * *

Hablando alguna vez de aquel primer año de *Libertad*, alguien le dijo: “Pero, che, aquello era una cárcel turística!” No, cuidado, era una cárcel y bien cárcel; lo que pasa es que con el tiempo *Libertad* ha empeorado tanto, hasta volverse esta Bestia fría que es en 1980, que, comparativamente, sus comienzos parecen apacibles cuando fueron, podría decirse, clásicos.

Porque, ¿qué es la cárcel?: un lugar donde un hombre debe estar encerrado en seguridad, bien comido y manso, leyendo lo que tiene ganas; como le dijo una vez el mayor Coronel:

–¿Y a mí qué me importa que usted lea marxismo?: ¿usted no es marxista?, ¿qué va a leer, entonces?

Se equivocaba, claro, porque el marxismo no es lo más indicado para adormecer militantes, pero lo que decía quería estar en esa línea de cárcel “para-que-el-presos-engorde-y-se-olvide-del-mundo”. Aquel ideal de un director de prisión que llegó a ser el *Enano* Romero, un preso común de Punta Carretas, cuando digo:

—¿Y a mí me van a dejar en libertad, terrible asesino como soy?; yo no me voy: hace 25 años que estoy acá y estoy muy bien.

Cuando cuelgan a Horacio Ramos en la *Isla*, o dejan morir al *Indio* Rodríguez Olariaga; o un hombre que cumplió diez años de prisión, como Edgar Sosa Cabrera, aparece asesinado en una *barraca* desafectada del Penal; o alguien como Juan Pino García es empujado al suicidio, ¿qué están buscando?, ¿que los otros presos no esperen tanto y empiecen a matar milicos? Hay algo de instrumento pervertido en esa cárcel; de animal que equivoca sus fines: *Libertad* no adormece, es una olla de presión política, una fábrica de combatientes, una máquina que no transforma sino que aniquila su materia prima (*).

Las etapas de una cárcel como *Libertad* no se pueden cortar como un queso, en rodajas. Tenían todavía la contaduría de cantina, en el Cuarto, con el *Gordo* Torres —David había conseguido que lo trasladaran a ese piso y era compañero de celda de *Manolo* Cruz— cuando se les empezó a aparecer por allí Perdomo, el sustituto del Mayor en la dirección del celdario. Quería saber quiénes eran y qué hacían. No hay que esperar a Maciel para que la línea represiva dura llegue a la cárcel; Perdomo ya impone el trabajo de inteligencia y frena los servicios.

Con *Manolo* Cruz hacían entonces un horario de locos. A las seis de la mañana, se levantaban para estudiar; a las ocho, estaban organizando trabajo y funcionamiento político, y a las diez, salían a recorrer el Penal, cada uno por su lado. A veces a las cuatro, las cinco, quedaba el tiempo de escribir una carta, y después seguían hasta muy tarde.

Tiene un recuerdo especial para una de esas noches. En esa época hacían *escabio*, bebida alcohólica casera. Viejísimos hábitos carcelario que, con medida, no daña. Pero, como presos políticos, podían dar mala imagen a los milicos, y no querían. Decisión orgánica: no se fabrica más *escabio*; a partir de ese momento, por consiguiente, sólo pudieron hacer *escabio* clandestinamente, a escondidas de ellos mismos; apenas para sacarse el antojo, escasísimo.

Manolo Cruz había sido, nada más y nada menos, que barman del Club de Golf de Montevideo. Le mandaban el alcohol disfrazado de verde, parecía after shave, y algo de esencias de whisky o ginebra. Una parte de alcohol y dos de agua: tomaban bebida de 30 grados, exquisita, comparable a la embotellada. Una tardecita invitaron a Daymán Cabre-

(*) El régimen de represión de los prisioneros, en *Libertad*, permaneció prácticamente incambiado hasta el momento en que se escriben estas notas (febrero de 1985).

ra que vivía en el primer piso y hacía años que no probaba un trago; no podía convencerse que aquello fuera ginebra, y después tuvieron que bajarlo –bien convencido– hecho una tabla.

Aquella noche con *Manolo* habían cenado bien, tuvieron cine y cuando regresaron a la celda, tarde, abrieron un termo de café caliente y se sirvieron dos ginebras. La luz enrejada de los faroles se filtraba por la ventana; estaban de gorro y bufanda, eso sí, porque hacía frío y *Manolo* acodado en la cucheta superior, como en el mostrador del mejor bar de la Costa Azul, le decía:

–¿Te tomás otra, David?

–No sé si debo, *Manolo*.

–Dale, tomá, tomá tranquilo que está todo pago.

Aquella no fue solamente una de las noches más felices que pasó en la cana: fue una de las noches más felices de toda su vida.

El Penal era entonces, 1973, un extraño parque de diversiones en el que cada quince minutos, alguien se caía de la rueda gigante; el ambiente de joda ligera sufría interferencias de tragedia.

Tuvieron el primer suicidio: *Chamamé* Padilla, 23 años, del quinto piso, no bajó al recreo y se colgó desde la rejilla de la luz con un cable eléctrico.

Decidieron protestar: no hacer deporte; una actitud que en la cana está al borde del amotinamiento. En *Libertad* no se tiene derecho a recreo, visita o baño; hay obligación de bañarse, de recibir una visita, de bajar al recreo; con el deporte es igual. Sentarse colectivamente en el centro de la cancha porque no dejaban ir a buscar la pelota para seguir jugando, era considerado una protesta violenta, alerta en el Penal: “el Segundo está por largar”; los milicos se disponían a todo.

Por eso, cuando se mató el primer preso y los del Segundo rompieron filas en el recreo y el *Galleguito* Mas Mas corrió hacia la pelota, grito “¡mía, mía!” y la boleó fuera de la cancha, lejísimos y nadie fue a buscarla, fue un verdadero escándalo y el segundo piso estuvo a punto de ser atacado por los milicos.

Pero no pasó de ahí, dejaron “correr” porque habrán comprendido hasta dónde llegaba ese día la indignación del Penal. El muchacho que se había colgado dejó un papelito: “Disculpen, compañeros, pero no soporto más la cana”.

Los “Viejos” dirigentes de la Organización estaban en *Libertad* y su presencia contribuía a fortalecerlos política y organizativamente. Julio Marenales, picapedrero, dinamitero de rocas; David, no hablaría del hombre nuevo, hablaría del “hombre-marenales”: limpio, divertido, humildísimo; el hombre que hubiera querido tener como padre; Manera Lluveras, de los que miran sin pestañear, la exactitud de pensamiento, de expresión, de acción; el *Ñato* Fernández Huidobro, con el que pasaron algunas juntas, tan vital como Marenales pero más muchachón, con talento y creatividad políticos; todos tan conciliados con la vida, que es difícil imaginarlos tristes o muertos.

Y el *Bebe* Sendic. La primera vez que lo encontró, David le hizo de chofer sin saber quién era y volvió a la casa diciendo a la *Negra*: “Es la sabiduría y la sencillez en persona, pagaría por militar con ese tipo”. La *Negra* lo contaba y se reía: “Este viene todos los días con un héroe nuevo y hoy se trajo al dueño de la historieta, a Superman”.

De lo que menos tiene es de “Superman”, el *Bebe*, justamente. Es un gordito bajo, ancho, de muslos fuertes —buenos en el fútbol—, cabeza cuadrada, quijada poderosa, destrozada ahora por el balazo que le dieron al detenerlo. El conjunto da una impresión de tosquead, de fortaleza callada.

Le gusta agacharse en cuclillas o sentarse en el suelo: no le falta más que la cabeza de vaca. Tiene dedos gruesos, torpes, como chorizos; le cuesta doblarlos: se le ve el campo en ellos. Saca de quicio verle tratar de armar cigarrillos, aunque lo viene haciendo de toda la vida: el tabaco se le escurre, cae, se niega a dejarse encerrar en el papel; si se le ofrece ayuda —porque alguien se impacienta—, pone una sonrisita en la comisura, no dice nada, y sigue desarmando el paquetito. Por esas manos duras para siempre, escribe, sin faltas, pero con una letra deplorable; y no hay que lamentar que se haya retirado de la poesía, después de algunos —felizmente escasos— intentos carceleros prescindibles.

Desnudo, en la ducha, es la contraimagen del gladiador, y vergonzoso como una damisela. En Punta Carretas, puesto de espaldas, era candidato firme a ligarse toallazos y zapatillazos en sus nalgas cuadradas.

Fundador de los Tupamaros, mal organizador de cosas concretas; es tozudo y astuto para la maniobra cuando quiere imponer sus razones; difícilísimo hacerle cambiar de opinión: nadie pudo convencerlo de que se tenía que ir del país, cuando empezó la gran represión del 72, sea porque se subestima como factor político, sea porque quiere estar en todas y jugársela como un militante de base; no porque busque ningún efecto consagratorio, simplemente porque es así.

El *Bebe* tiene una lucidez política admirable, creatividad, perseverancia.

Con una capacidad de asombro permanente, sanísimo como tipo; con valentía, sobriedad en el dolor y en la fatiga; solidísima preparación teórica; una conexión arterial con la gente simple, en especial con los trabajadores: no idealiza a nadie, pero siempre apuesta al pedacito bueno de cada hombre. Así, poco más o menos, ve todavía al *Bebe*.

Sendic, Marenales, Manera, el *Ñato* Fernández Huidobro; otros pilares, como Zabalza y Mujica, y dirigentes más nuevos como Rosencof, Wassen y Engler, nueve en total, desaparecieron un día de *Libertad*.

Era un día de setiembre, el cuarto piso tenía cine; como de costumbre el Penal estaba apagado y aprovecharon para llevárselos. Los presos se enteraron del traslado al otro día y, sólo bastante tiempo después, que los habían diseminado por cuarteles del interior, en condiciones muy jodidas.

Poco después, un alto oficial les comunicó a Sendic y a Zabalza, en el cuartel de Durazno, que los nueve prisioneros responderían sumariamente con su vida si el MLN cometía algún atentado contra miembros de las Fuerzas Armadas; les pidieron que hicieran conocer la amenaza a sus familiares y abogados: querían que llegara a la calle.

El *Bebe* se habrá tomado un tiempito y con su voz atiplada, sin énfasis, dicen que le contestó al milico:

—Y, mire, podrán fusilarnos a todos, pero la lucha del pueblo no van a detenerla.

El *flauteo*, el traslado sorpresivo, es una de las peores cosas del Penal. Con aquellas entradas “largo-largo”, con los interrogatorios iniciales en la Isla, con los traslados al Juzgado para testimoniar en procesos de otros inculcados, el *flauteo* de los “Viejos” fue uno de los sacudones más grandes a su estabilidad como preso.

* * *

Fue una semana después que el nuevo Director del celdario, se apareció. Olor a limpio, semblante descansado; fumando rubios con filtro:

—¿Así que usted es Cámpora Schweizer?

—Sí, señor.

—Del Secretariado del MLN.

—...

Peligro. Los ojitos se le achican, movedizos. Es de una seriedad cúbica, friísimo:

—Usted era el que tenía el escondrijo en el sótano de su casa —afirmó el Director.

—Escondrijo no, señor, mi escritorio de Contador Público; para procurarme tranquilidad: bajé el piso y puse cielo raso.

—Me refiero al *berretín*.

—¿Usted habla del “Sucucho”, señor?, no había *berretín*, solo mi escritorio, con el nombre en la puerta.

Vacila: el nombre del *cantón* —el “Sucucho”— lo desorientó un poco; debe estar pensando si se tratará del mismo lugar.

—Veremos —dice con un dejo amenazante.

Es corpulento, gordezuelo pero de carnes firmes; la barriga le cae en declive directo desde el pecho; rubio, pelo muy peinado, raya al costado; un pelo lamido como si estuviera la cabeza pintada; nariz grande y recta, firmeza; cara sonrosada, salud; movimientos sobrios de mandamás.

—Su mujer se fue a Chile, ¿no es así? —quiere saber, o demostrar que sabe.

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Por las persecuciones y amenazas del “Escuadrón de la Muerte”, señor.

—¿No pidió protección?

—Sí, señor, a dos capitanes del “Florida”, pero le aconsejaron que se fuera; ellos no podían asegurar nada efectivo.

Sabe esperar las respuestas. Da una sensación permanente de riesgo. Apostaría que nunca dio *máquina* con mano propia, pero sí que la comandó y la supervisó con rigor profesional.

—¿Y usted qué hace todo el día?

—Estudio economía y alemán; a propósito, señor, necesitaría de su autorización para poder disponer de ciertos libros...

—Ya tiene bastantes.

Para aislar todavía más a presos de visitantes, el nuevo Director hizo instalar teléfonos en el Locutorio, redujo los Servicios, decidió el “apriete” que empieza en la Nochebuena del 73, sacó gente a la *máquina* buscando pruebas contra Cuba, prometió excarcelación a los colaboradores, incomunicó al segundo piso, aumentó el rigor del reglamento.

Fue él quien, hablando de los presos, un día se lamentó:

—No los liquidamos a todos cuando tuvimos la oportunidad y un día tendremos que soltarlos; debemos aprovechar el tiempo que nos queda para volverlos locos.

No estuvieron mucho tiempo más, juntos, con el *Gordo* Torres y *Manolito* Cruz. Un lunes, sin previo aviso y, por supuesto, sin explicación alguna desperdigaron por el Penal a los organizadores de los Servicios: al *Gordo* lo mandaron al Segundo A; a David, al de los apestados, el Segundo B; el peor lugar –o el mejor, según se mire– para estar preso en *Libertad*.

El recreo: momento supremo del día: el *Pucho* desayunaba, matábamos algo de tiempo en la celda, pasaban los milicos abriendo puertas y aquella fila india de peladas y mamelucos grises descendía las escaleras, salía al exterior, formaba en las canchas bajo las armas de las torretas y, cuando llegaba la orden de “¡Rompan!”, se producía un estallido de niños al sol, atorándose de una libertad que no parecía provisoria.

Antes del recreo habían pasado *Tito* Gregory y Gastón Couchet recogiendo la ropa para lavar.

Primero apareció en la ventanilla la cabeza ganchuda de Gastón:

–A ver, par de infradotados, si me detallan las pilchas que tengan para exponer al aire libre, que estoy apurado.

–Dos cam y un cal –dice *Pucho*.

–¿Qué cosa? –pregunta Gastón.

–Dos camisetas y un calzoncillo –responde *Pucho*.

–¿Por qué no hablás claro? –protesta Gastón.

–¿No decís que estás apurado? –dice *Pucho*–, te abrevio.

–Jodón, ¿no ves que estoy trabajando?

–Falta que te hacía.

Gastón se va: él anota la ropa. La ventanilla queda abierta porque atrás viene *Tito*, recogiendo. *Pucho* aprovecha para mirar la planchada. Ojo vigilante siempre, por las dudas, por ejercicio, porque de repente se da una posibilidad imprevista y él tiene el cuerpo caliente para aprovecharla. El *Urraca* era igual. Una actitud común a los presos cuando empiezan su cana o van a cuarteles, pero que después, generalmente, se les va adormeciendo. Al *Pucho*, nunca. Tampoco a algunos *gambusas*, presos comunes de Punta Carretas, que a veces tenían condenas de treinta años, pero que no se perdían un recreo (“hay que bajar”) y siempre se sentaban cerca de los muros:

–Por si un día se caen –decían.

No eran hombres amarrados a una esperanza absurda sino atentos a la mínima posibilidad. Gente así es imposible tenerla presa del todo; preso está el que olvida la fuga.

Los recién llegados traen la idea fresquita. Al extremo de que, por tradición carcelera, alguno le susurra:

–No digas nada a nadie, pero esta noche, dormiré vestido.

Y al otro día:

—¿Dormiste bien?

—No pegué un ojo, esperando, ¿qué pasó?, ¿por qué me dijiste que durmiera vestido?

—Para que no pasaras frío, muchacho, ¿viste qué humedad que hay?

En los cuarteles, noche de niebla espesísima, noche de tormenta grande con apagones, se duerme con ropa y hasta con *champions*. Por las dudas.

Sin verlo, al *Tito Gregory* se le identifica por el chas-chas lento, mansísimo, que van dejando en la planchada sus zapatillas de cuero trezado; paso haragán de un hombre activo; imposible moverle la serenidad, aunque padece acidez estomacal seria y es un ansioso. Siempre le están pasando cosas de infeliz, de Buster Keaton. La diferencia es que las toma a las risas. Se asoma a la ventanilla:

—La situación es grave, muchachos, pero no desesperada; vayan entregándome la ropita.

Carga y se va; raro en él porque en general comenta las últimas noticias con fruición, como una señora gorda rodeada de vecinas en el mercado. Se ve que está apurado.

El *Pucho* se saca el mameluco y se sienta en el banco, sobre una pierna doblada. Se arrima la jarra de avena que en todo este tiempo se ha enfriado razonablemente formando una nata gruesa, como una coraza; la retira y la traslada al *biorse*, a caballo de una cuchara de plástico. Claro: se olvidó del agua. Estoy en mi cucheta y no puedo evitarlo: bajo, agarro un jarrito y tiro agua en el *biorse*. Es nocivo para la convivencia enmendar lo que ha hecho o no ha hecho el otro, pero es más fuerte que yo, una sensación de cosa inconclusa, como si le quedara debiendo algo al mundo. “No te dejás vivir” —me decía la Negra—, “y tampoco deajo vivir a los demás”, agregó.

La manía debe venir de mi padre cuya minuciosidad lo llevó a contabilizar los precios de los artículos de primera necesidad, de todo el país, durante quince años. *Selfmade*, quedó un tanto contrahecho, y murió utilizando al revés el *debe* y el *haber*: “Está bien m’hijito lo que han pensado en la Facultad, pero fijáte que tendría que rehacer toda la contabilidad de 15 años, ¿no?”, fue imposible hacerle desmentir toda una vida de columna trabucada.

Salí igualito, y de preso, cuanta manía tengo se me recrudeció al máximo: tiempo de sobra y energías inaplicadas que uno tiene en la celda.

Pucho me mira tirar el agua, sonrío dentro del bigote y no dice nada. Se concentra en su litro de desayuno, cuanto más mejor, cosa de tener

algo caliente en el estómago; hace un poco de ruido al sorber, neto pero moderado: ni animal, ni señorita; come como si trabajara: en pocos minutos, sin abalanzarse pero sin disminuir el ritmo, termina jarra y bizcochos, suspira satisfecho y manosea algunas herramientas sobre la mesa, las mira con ojo crítico; recupera su pucho que lo esperaba al lado y se da media vuelta, sin desacomodarse del banco, para mirar por la ventana controlando si el día sigue ahí afuera, si las rejas están en su sitio; suspira nuevamente: comió bien; está bien.

–Bien frío –anuncia–, pero tendremos sol.

–¿Está seca la cancha? –pregunto.

–Parece –dice.

–Habrà deporte –lo tranquilizo.

La planchada organiza campeonatos de fútbol. El *Pucho* no falta nunca. Juega bien, pese a su abundancia abdominal. Hay cuatro canchas –dos de fútbol– y como baja el piso completo, cada ala de cada sector utiliza una: prohibido mezclarse.

El Segundo es el piso que baja primero y no tenemos señal alguna para situarnos en el tiempo. Milicos bien organizados: el Segundo es el primero de la mañana, en invierno, para que tenga poco o nada del sol; y el primero de la tarde, en verano, cuestión de interrumpirle la siesta y someterlo al sol más violento.

Vamos sintiendo el abre y cierra de ventanillas, ágil, sucesivo, y el anuncio del milico: “Deporte; deporte; deporte”.

El milico viene sacando llave de las puertas, dejándolas *a medias*, celda por celda.

Pasa por la nuestra; tres celdas más al fondo, en la 18, oímos abrir la puerta, un momento, y el “chas” que indica que la cerró del todo: hay un compañero que sigue sancionado.

–Te saltaron –dice el *Pucho*.

El guardia vuelve a pasar, se siente el ruido bruto de todas las puertas abriéndose seguido, con un breve retraso, por un murmullo suave: las conversaciones, los primeros saludos del preserío.

El *Pucho* sale primero; yo atrás, echando una última mirada a la celda, memorizándola, para poder saber después si hicieron *requisa* en nuestra ausencia.

Cincuenta y dos hombres en la planchada producen un ruido que indica a todo el Penal que empiezan los recreos; no es un ruido de voces altas: es la suma de muchos murmullos. Antes de ponerse de espaldas a la baranda, que es la posición de esperar, toda la planchada se retuerce y confunde, cada preso se mueve sin alejarse mucho de su lugar, frente a

la celda.

Momento de distracción, parpadeo de la guardia, brecha mínima; miro arriba, a derecha e izquierda: no hay milicos vigilando; miro a la planchada de enfrente y saludo: inclinación de cabeza y sonrisa ancha; busco los ojos de los compañeros, encuentro los de Rodríguez Beletti.

—¡Buenos días, caudillo!

Ya no se molesta cuando le tomo el pelo, por su tono declamatorio de tribuno; el mismo que empleó con los milicos, en la *máquina*.

—¡Adiós, *Chichí*!

—¿Trajo su cajoncito? —insisto.

Para subirse arriba; el de los discursos.

—Te podrías ir a cagar, ¿no te parece? —replica.

Todo esto a través de un pozo que durante el día nos resulta intraspasable hasta con la mirada. Y no gritamos, estamos hablando con voz normal.

Tres o cuatro saludos más, no hay que exagerar. Todavía me queda un margen en mi propia planchada, antes que repriman. Busco al *Vasquito* Arguñarena. Cortísimo y eléctrico, como a cuerda, el *Vasquito*, un dibujo animado; inteligentísimo, es demasiado rival para mí en el ajedrez; me usa de cobayo.

Tiene un acopio inmenso de contestaciones bobas, para no importa qué pregunta, y un arsenal de chistes de abuela, imperdonables.

Me le acerco:

—¿Cómo andás, *Vasquito*?

—Por ahora, como siempre, con los pies: uno primero, el otro después.

Su compañero de celda está enfermo.

—¿Cómo sigue el *Cabeza*?

—Eso es justo lo que le duele, y la tiene tan grande que no hay forma de aliviarla.

—Terminála, *Vasco*, ¿quierés?; alfil cinco caballo dama.

—A ver, ¿cómo? —dice.

Y casi en seguida:

—Voy al cambio de piezas: caballo por alfil.

—Peón por caballo —replico.

Me contesta tan rápido que es evidente que no lo sorprendí.

—Peón cinco dama.

—Tamo.

Se me borra el tablero de la cabeza. Todo el mundo conversa animadamente, riñones contra la baranda, cambiado de celda. Busco al *Becho*.

Lo encuentro con el *Zapato Guido*: hablan de libros leídos.

–Disculpen, doctores; buenos días, *Bechito*.

Espero su opinión sobre el cuadro de Ariel.

–Decíle al botija que me pareció muy bien la elección y disposición de colores; que por lo que llevo a ver, aprovechó bien las características del material. A mí me gusta lo que hace; decíle que siga trabajando.

–Gracias, *Becho*.

Recibo un codazo en el costado. Con movimiento suave, endezco mi espalda contra la baranda, voy llevando las manos atrás y pongo cara de nadie. Pregunto sin mirar:

–¿El sargento?

–No, un alferecito –dice *Becho*.

Se hace silencio en la planchada. Alguien estornuda fuerte, provocativamente; mensaje a la colectividad: “no se asusten, maricones, que no pasa nada”. La fila ya está en orden, cara al frente; hilachas de susurros, ahora sí, bien discretos.

Esperamos. Cuando termina de salir la planchada derecha, nuestra fila se pone en movimiento. Manos atrás y religiosamente descubiertos: tipo con gorro, bufanda que tape el número del pecho o de la espalda, botón desabrochado, ropa muy rota, mangas arremangadas: regreso a la celda. Los milicos del piso vigilan. El cabo está en la puerta del sector, controlando la salida con la libreta de novedades. ¿Estoy o no estoy?

A la altura de la celda nueve, nos cruza Ricardo Collazo: vuelve a su celda, medio sonriente, sobrando la situación, impasible; no conviene preguntarle: no puede responderle a tantos, mientras camina en sentido inverso al nuestro. Lo interrogo levantando las cejas, cuando le encuentro los ojos; Ricardo junta los labios, estira la boca y levanta un poco el mentón: no sabe por qué lo mandan de vuelta a la celda. Puede ser porque le vieron una remera roja –color hasta hoy permitido–, o porque tiene un pulóver con cuello en V, que evoca provocativamente la victoria, andá a saber.

Atravieso la puerta del sector, mi Rubicón, sin novedades. En el Centro de Observación –sin sargento ni alférez a la vista– miro escaleras arriba. Casi siempre hay algún compañero de otro piso al que se puede saludar con una guiñada o un movimiento de hombros. Después comentaremos cada uno en nuestra celda: “me crucé con fulanito”; “¿y cómo está?”; “de pinta, muy bien”. Hace diez años que nos vemos y nos hacemos señas con ese compañero de travesía, y la noticia sigue siendo novedad. Miro, pero hoy no hay nadie.

La escalera es una trampa. No hay orden expresa de cómo bajarla

pero se supone que debemos seguir manos atrás. A mí siempre se me antoja deslizar la mano por el pasamano de falso mármol rosa; cada vez que me observan –son muchas– me defiendo acudiendo a mi “espalda enferma, riesgo de resbalar, ¿sabe soldado?”.

Pero si la escalera es una trampa es porque su semioscuridad relativa auspicia el diálogo innecesario, la infracción infantil; estamos solos entre compañeros, porque los milicos nos preceden y nos siguen, y ese lugarcito de intimidad se presta al comentario o a apartarse unos centímetros de la fila. Error: arriba y abajo, en cada recodo oscuro, puede haber hasta un capitán, emboscado, a la espera de los pajaritos.

Se oye un grito autoritario dedicado a la generalidad: “¡Guarden silencio!”. Y una voz anónima que lo imita: “en el bolsillo”.

La escalera cortita es la única ventaja que le llevamos a los pisos altos. Estamos ya frente al Centro de Observación del Primero y hay tanto para mirar en esa inmensidad de explanada, de lado y lado que, a la pasada, nunca llego a ver algo, completamente.

Y ahora, antenas alertas: nos enfrentamos a la Guardia, en la planta baja, donde está la crema de la oficialidad, los mandamás de turno y un hormiguero de presos que esperan para la visita, que van a la cocina, que llevan ropa al colgadero, tachos de basura para vaciar, que van a trabajar a la quinta o a reparar calderas o al Juzgado; docenas de presos, hileras de cabezas rapadas sobre las formaciones grises, rígidas, de mamelucos.

El sargento los recorre anotando número por número, cada destino, planillas múltiples. Algún oficial atlético se pasea a las zancadas, visiblemente satisfecho de tener tanto preso manso y ordenadito, a su disposición.

Prohibido correr y prohibido retrasarse, en la escalera y sus recodos: debo ir ajustando mi paso, para llegar medianamente integrado a la fila y en la planta baja apenas tengo tiempo de reconocer algunas de las caritas de compañeros que hace tiempo que no veo y el placer inaudito de los presos de hacerse muecas y guiñadas, gestos de complicidad y picardía, un poco absurditos: mirá que somos pillos, vos y yo, que nos estamos comiendo –ja, ja–, tremenda cana y parece cosa de locos esto de hacerse sancionar por una guiñada; un acercamiento sin nada que intercambiar si no es la presencia y la entereza: porque el que cambia siete recreos por una guiñada, quiere decir que está entero y demuestra que sigue capaz de *comérsela* por una tontería, que no es una tontería si llega a poder decir exactamente eso: estoy entero y estos hijos de siete mil putas no me van a poder quebrar y a vos tampoco, y si llegás a salir

algún día, quiero decir, antes que yo, hacéme el favor de decirle a todo el mundo, compañeros, familiares y amigos y enemigos también, si encontrás, que me dejaste enterito, y que ni el padre eterno con sus cohortes celestiales va a poder quebrarme, y que sigo estando seguro de que se la vamos a ganar: porque todo eso cabe en una guiñada que vale siete recreos, qué joder.

Y ese apurón final, escaleras abajo, se pone un poco trágico cuando le toca acelerar el paso a un rengo; sobre todo los tantos viejitos, cardíacos, muletas que tiene el tercer piso: la corte de los milagros, parece a veces, cuando se apelotonan.

Y el rengo mayor, el Viejo Massera, dirigente del Partido Comunista del Uruguay, que siempre baja con toda su enorme dignidad, una postura como de estar preso para hacerles un favor; mirando las circunstancias desde lo alto de su Matemáticas inalcanzable, de su entereza fervorosa; y no se trata de ningún echado para atrás sino de un ser humano íntegro y tremendamente serio; y así parece cuando sus compañeros de piso después, en la cancha, desfilarán para felicitarlo por su cumpleaños o por el premio que le dio una universidad extranjera, saludándolo con una formalidad y una corrección de maneras que llegan a acompañar el apretón de manos con una leve inclinación de cabeza y conservando la distancia entre pecho y pecho.

El *Viejo* termina de bajar la escalera con su bastón, rígido, erguidito; escalón por escalón pero rápido y mirando al frente, sin gestos.

Momento de *verdugueo*: estamos formados en cada cancha, las cuatro alas, esperando orden; silencio y quietud y el frío y los minutos pasan y el recreo que se va gastando sin usar. Formados nosotros frente a la torreta central: los milicos con sus armas asomadas nos miran serietes, cara de combate: no sé por qué en esa torreta no pierden nunca su compostura castrense; quizás por la misión que le está asignada: ametrallar las canchas, en caso de motín.

Aquí hay que estarse quietito y si se dice algo que sea sin mover los labios, a riesgo de tener que volver solitario para arriba y de recibir sanción gruesa.

Hasta que, por fin, la orden llega: “¡Romper!”: hay como un estallido, un comienzo total: hay quien arranca a buscar la pelota, quien corre hacia el tejido para colgar la ropa, quien forma grupo esperando que se arme el cuadro de fútbol o de básquetbol, el que sale con otro *atrillar*, el que corre, el que grita: es como una flor que abre sus pétalos al mismo tiempo, desparramo de alegrías.

Baile de disfraces, congreso de *bichicomés*: guantes de lana sin de-

dos, larguísimas bufandas multicolores, gorros hasta las orejas, buzos con cuatro remiendos, rojos y azules y amarillos –prohibido el verde–, zapatones de siete leguas.

Liberación de energía en un “¡vamos!” completo. Recreo de escuela primaria donde después de mantener el silencio y la corrección tanto rato, resortes comprimidos, estallamos en un escándalo de risas y de voces y carreras sin destino. Los presos respiran; los presos hablan y corren y silban; cantan y se saludan y miran hacia todos lados y ruedan por tierra, entregándose al sol. Un apenitas de libertad: media hora.

El *Indio* Yamandú Rodríguez se me acerca:

–¿Cuándo vas a escribir, *Chichí*?

Es el encargado secreto de organizar el abastecimiento de materiales para las manualidades de la planchada. Como “pudiente” yo saco pedidos en mis cartas: pintura *Incalux* roja y blanca, barniz marino, pegamento y decenas de miles de palillos de dientes chatos, para la fabricación de los maravillosos barcos carceleros.

–¿No será mucho? –se inquietaba el *Indio*.

–No te preocupes –decía yo–, vamos a darle con todo a la herencia del Viejo.

–¿Algo más, *Indio*? –quiero saber, apurado por cambiar de *trille*.

–Es todo –dice.

–Vamos a trotar hasta la cancha –propongo.

–¿Así que querés una carrerita, viejardo? –dice el *Indio*, con una risa.

Es todavía un muchacho. Cayó preso siendo un niño; fugado, conoció su primera mujer y volvió a caer, esta vez para quedarse. Ya estaba enfermo de los pulmones, aquel día, pero sería la indiferencia médica del Penal –más que un estado infeccioso– la que lo mataría, tres meses después.

El *Indio* se aleja corriendo a buen paso. Voy a mi ritmo, detrás. Me encuentro con Alvaro y empezamos nuestro *trille*, junto a la puerta de la cancha.

La cancha de fútbol grande está rodeada por un tejido de alambre y del lado interior –lo más cerca posible del tejido para no entorpecer a los jugadores– se ven coagulitos de dos personas, que caminan y charlan. Una distancia de diez, doce metros entre pareja y pareja preserva la discreción de lo que hablan; porque hay palabras que se lleva el viento, micrófonos direccionales y algún delator, que con solo escuchar un pedacito de la conversación puede completar significados: no hay que olvidar que fueron compañeros y entienden mucho con poco.

Y los milicos reprimen, no sólo por lo que un preso pueda estar haciendo, sino por lo que creen que está haciendo o puede llegar a hacer. Por eso hay palabras que, muy naturalmente, quedaron desterradas de por vida de la cana, como *fuga*, *tupamaro*, *tortura*, *mensaje*, y toda una temática que es considerada peligrosa, alertadora y que, por consiguiente, sólo se maneja con disfraces; un código que se vuelve lenguaje; un clima que se hace carne y costumbre.

Después de dar varias vueltas con Alvaro hablando de familia, cartas recibidas, lecturas respectivas, novedades del Penal y el tema previsto, nos detenemos detrás del arco de *Pocholo* Nieto, siempre un espectáculo.

La cancha es grande y en su época de oro tuvo pastito, pero no pasó mucho tiempo sin que se redujera a tierra limpia –salvo en los ángulos y en los bordes– por las patadas y las lluvias, e irrumpieron piedras de punta que tuercen tobillos y hacen pagar cualquier caída con un raspón sangrante.

Pero los presos están entregados al partido y no descubrirán las averías hasta que el cuerpo se enfríe, de regreso a la celda. Por allá está el *Pucho*, ágil, trancando fuerte; avanza con sus piernas cortonas hacia el arco, patea, pero *Pocholo* –gato histérico, eléctrico– salta, se estira, se oyen sus dos manos aprisionando el cuero, y el peso del cuerpo al caer contra la tierra, levantando polvo.

Pocholo aleja demasiado alto y la pelota sale fuera del perímetro alambrado. Un preso que pasa, la recoge y la lleva hasta la puerta. Esto ocurrirá cinco, seis veces hasta que los de afuera se aburren y “que vaya otro”. Va el jugador que la tiró. Tiene que llegar hasta la puertita, asomarse sin salir (aunque es alambre tejido) y preguntar al custodia:

–¿Puedo ir a buscarla, soldado?

A veces se topa con un “león sordo”:

–¿Qué quiere?

–La pelota, guardia; si puedo ir a buscarla.

–Proceda.

Como está prohibido correr fuera de la cancha, el preso, seguido a tres pasos por el milico, manos atrás, caminando a paso de marcha al borde del trote, zarandeando el traste, tiene a veces que bordear la cancha entera, desesperado por localizar los gajos blanquinegros o la oscuridad barrosa, tomar la pelota, ponérsela bajo el brazo –prohibido devolverla por encima del tejido–, caminar hasta la puertita, con la voz vigilante del milico que lo sigue: “sin correr”, y sólo cuando entra a la cancha, recomienza el partido.

A veces corre el run-run en las ventanas del Penal:

—¡Mirá, no dejan ir a buscar la pelota!

Y se dice con una rabia desproporcionada, la sangre subiendo a la cabeza y un “hijos-de-puta” que gana la garganta, que hace perder la compostura a presos hechos.

Es una de las *verdugueadas* que menos se soporta. Porque el fútbol —como el mate, como Gardel— es una de esas cosas un poco sacrosantas, que nos funcionan muy uruguayamente, y que es un despropósito interrumpir.

Estamos detrás del arco de *Pocholo*, que siempre es un espectáculo, y se ha ido formando imperceptiblemente una rueda desparramada pero que se comunica y quiso la suerte que estuviera el *Santa* Romero, anarco viejo, hombre de barrio y ocurrencia popular, calentón y duro, y con humor para regalar. Y la rueda se hace como de boliche, y se disfruta y se comenta el partido; y las virtudes y limitaciones de cada participante, y la agresividad de preso que puede encontrar desahogo condenable en la tibia del otro; y salen mil temas de años viejos y vida antigua, cuando uno era hombre de hogar y de conocidos comunes, y sucesos memorables; y es un momento de una mañana que vas a recordar el resto de tu vida, porque simplemente te refiste como hacía mucho que no y porque se dio una relación humana calidísima y total y quedás contento, como habiendo comido mucho, y un poco triste porque tu sapiencia carcelaria te advierte que eso se dio de repente y que tal vez tengas que esperar otro lustro para que se repita pero fue una fiesta que vas a comentar durante muchos meses.

En lo mejor del partido, o de la charla con el *Santa*, o del *trille* algo dice que el recreo se termina: o el dolor en la espalda de tanto caminar, o la declinación de la charla: es la hora.

Suena la campana. Es una campana exterior que cuando estamos en la celda, nos va pautando el día: ¿terminó el Tercero?, ¿ya bajó el Cuarto?; pero que ahora nos hace decir: “¿ya?, ¡no puede ser!”, aunque la veámos venir.

A regañadientes, brazo caído, nos vamos acercando a la ropa. La recogemos, nos ponemos en la fila y las manos se van solas hacia atrás.

Sensación de hecho consumado, de cuerpo sano, sudado; un calor que no conoce en la celda y la sangre circulando a velocidad civil. Todavía servís, todavía estás vivo.

Un buen recreo es el sol en la mayor extensión de piel posible (uno mirándose el sol sobre el antebrazo, insistentemente, para ver qué está pasando a nivel de química celular; un espectáculo; uno y el sol); in-

mensidad de aire y de cielo y azul –azulito vidrio–, y nube que se te encima penetrada por tu mirada, mucho más lejos que nunca antes; compañía de hombres que querés mucho, un como andar solo con una multitud adentro; lagarteando, ojito entrecerrado, lagrimeando luminosidades excesivas; piedrita de contorno muy nítido, con su rosadito sucio de tierra colorada, y sus hilitos de mica como rastrito de babosa, y la das vuelta en la mano, averiguándole sus misterios evidentes; y respirás mucho aire cada vez y lo dejás salir en voz baja, serenamente, en palabras sin apuro.

Es una felicidad tan completa que hasta tiene su término: una campana, la fila, empezar a subir: regreso a lo oscuro, encierro, claustro, penitencia.

Para aprovechar el tiempo y la casa de Amazonas, habían resuelto construir un *berretín*, un escondite a prueba de incursiones policiales.

En aquellos primeros meses de 1972, a David le había entrado una verdadera manía de hacer *berretines* y había desarrollado ciertas ideas de seguridad y de practicidad de los proyectos.

Pensaban hacer en la casa un depósito para material de trabajo del Secretariado: papeles, fotocopadoras, grabadoras y, llegado el caso, para que la familia misma pudiera trabajar en el *berretín* capacitándose.

Estaban en lo mejor del trabajo, con una pared abierta, cuando llega de visita una chilena, socióloga y socialista, de completa confianza de los Martirena, que aterriza directamente en la casa. ¿Qué hacer?: decirle que se fuera, hubiera resultado extrañísimo; explicarle: un riesgo. Decidieron correrlo: lo tomó con total naturalidad, tuvieron largas charlas políticas y el resultado fue una nueva colaboradora: le propusieron que se fuera por el peligro que corría, y se negó rotundamente. Pidió tareas y normas de compartimentación y de seguridad; un lujo, la chilena.

Cuando el *berretín* estuvo terminado, David subió y se quedó a dormir. La verdad: era poco menos que inexpugnable allí, donde lo había dispuesto *Enrique Fachinelli*, responsable de seguridad del Movimiento: entre el cielo raso del salón y el techo a dos aguas de la casa. El piso de madera del *berretín* fue construido sobre el sector de cielo raso que quedaba encima de la escalera de acceso al primer piso, a gran altura, inaccesible a las barrenas de cualquier pesquisa.

La entrada del escondite era más que ingeniosa: había que abrir un armario empotrado en la sala de baño, sacar el travesaño de colgar la ropa y, sobre la pared izquierda, después de raspar una capa de yeso, aparecía la cabeza de un clavo. Cuando se tiraba de ella con una pinza quedaba liberado el techo del armario que era la puerta del escondite; algo parecido a la escotilla de un barco. Para subir se usaba una de esas escaleras plegables que hay en cualquier casa y que precisamente se guardan allí.

Como había un *berretín* tan bueno en Amazonas –esas cosas que tenía la Organización– un día llegó, y también se quedó, un clandestino de grueso calibre, Eleuterio Fernández Huidobro, el *Ñato*.

El *Ñato* era un hombre nervudo y curtido, un lejano empleado de banco, que está entre los fundadores del Movimiento y entre los primeros en haber conocido la represión: cuando lo arrestaron en 1969, herido, había salvado la vida gracias a una divergencia circunstancial entre partidarios y opositores de su ejecución inmediata.

La verdad es que eras un novato perdido, al lado de Fernández Huidobro. Después de aquella noche de la famosa conversación en el Volkswagen habías buscado entrar a la Organización; aquella noche había desnivelado para siempre tu ecuación personal, tu economía metabólica, como la carga de un barco que se hubiera desplazado en la bodega, de estribor a babor, entera, en giro sustancial.

Ibas sembrando, por sitios propicios y prudentemente tu voluntad de hacer algo; no era fácil ser admitido en la Organización, en aquella etapa cuidadosa.

Y en mayo del 68, una llamada telefónica citándote a un café con una “Marcha” bajo el brazo y una contraseña. Fuiste hecho unas pascuas: te conocían, te habían investigado, que lo pensaras: el que te hablaba era un hombre joven, cristiano, y ahí mismo le administraste entusiasmos y solicitaste tu carné de socio vitalicio, con cargo de letrintero sin otras aspiraciones.

Ya no quedaba otro espacio, para tipos como vos, que militar en el MLN. Habías leído minuciosamente todo lo que habían publicado y habías entendido y estabas de acuerdo: sobre la base de las condiciones objetivas para la revolución existentes en Uruguay, desarrollar subjetividades, conciencia, en función de lo que tiene de procesador, de indicativo, la lucha armada.

Tenías 35 años, hijos chicos; no entraste por diversión, aventuras o pura inquietud juvenil. Lo hiciste porque no tuviste más remedio, para vos estaba claro que esa era la vía, y porque no se puede vivir en la mentira y la comodidad, en la omisión militante, sin hacerse intolerable para sí; porque crees que quien entiende y permanece inactivo y confortable se rompe, se pudre alguna zona, la vergüenza se hace tumor y el alma hiede para siempre.

Después del primer encuentro en el café, tuviste otro más cuidadoso y prolijo; anunciaste que militarían juntos, con la *Negra*, si los autorizaban. Ya desde el principio: la *cobertura*: el Contador Público y su familia, un profesional de edad madura, una casa enorme en el Prado,

calle Laguna Merin, *cantón* desde entonces de la Organización, sin tasa ni medida.

Para inaugurarlos les dieron a guardar un auto expropiado, un lote de armas, papeles y unas cuantas cosas más.

La vida les cambió: empezó la mentira necesaria en el barrio, el cuidado sumo, las actitudes medidas, pesadas una a una.

Fue entonces, estando bien cargaditos, cuando todo aquello estaba escondido en tu casa, domingo a mediodía, mucho sol: la sirena policial que venía y venía hacia ustedes; y poco antes de que se estacionase ante la puerta, agarrar a los nenes, apagar la cocina, salir a la calle, así, sin nada, hacia la clandestinidad y tropezarse con los hombres en la casita de al lado y los vecinos comentando: “qué barbaridad, explotó la cocina a gas”, y ustedes a abrazarse y reírse y a esperar que el pánico se les fuera lavando despacito para dejarle lugar a la conciencia, ahora sí, definitiva de lo que iba a ser la futura vida de miedos y riesgos y pérdidas.

Sobresaltos, temblores, cuando cambia de velocidad el motor, suerte de conocer mucho compañero bien formado y ese cuidado, vigilancia de pájaro, que nunca más te abandonó; resoluciones personales que quedaron subsumidas, condicionadas a la militancia; Organización que se convirtió en eje excluyente del resto de la vida.

Llegó tu primera acción, las primeras: no podías dejar en el bolsillo la sensación íntima, adquirida, de estar quebrantando la ley; una especie de vergüencita social!; ¿y si el vecino se enterase?; respeto al orden, ingerido con la leche materna, ejemplificado por tu padre, claveteado por tu maestra, que tuviste que superar poco a poco.

Dedicación total: como full time tenés que caerte muerto de cansancio para no sentirte deudor; desterrás la holgazanería, los programas cómodos, las postergaciones: no hay patrón más feroz que la conciencia; aprendizaje de hombre que te hace ser implacable contigo mismo, y a la vez, sintiéndote mejor que nunca, en pleno acuerdo con tu cabeza; la oportunidad de tu vida: vitalidad y alegría tupas.

Te acostumbraste a andar armado en medio de la calle, a pasar *pinzas* policiales con soltura, a *enterrarte* en un *cantón*, a cavar *berretines* sufridamente, a conducir autos con pericia; recibiste clases políticas para aliviar tus ignorancias sustanciales; te volviste más sensato en el uso de tus razonamientos; te habituaste a verificar asertos; a disfrutar pequeños placeres familiares, cuándo y dónde surgiese, y también a prohibírtelos.

Militaron de firmes, con la *Negra*: dos años y nueve meses intensos, hasta que caíste preso por primera vez, en marzo de 1971, por la

estupidez de un toldo inadecuado, llamativo, de tu camioneta F-100 con ocho pasajeros, entre ellos un clandestino; cazados como chorlitos.

“Asociación para delinquir”: seis meses a dos años.

La cárcel era un barco todo de metal, incluso el piso, y te impresionó. *Arbolito*, le decían al compañero que te orientó; dejaste tus cosas y bajaste al recreo: más de cien compañeros en el patio que se arremolinan sin barullo en tu torno: bienvenida afectuosa, reconfortante. Conocías la identidad de unos pocos y ahora los seudónimos no debían usarse, ni se comentaba una acción, ni se recordaba un encuadre. Por eso cuando se te acercó el *Bebe* Sendic, al que le habías estado haciendo de chofer, conociéndolo de reajo, y le fuiste a dar la mano, el loco se rió con esa sonrisa escondida que tiene, de paisano bueno y pícaro, dándose cuenta de que tu admiración te prohibía pasar de un apretón respetuoso, se sonrío y te abraza con su gordurita fraterna; y al *Pepe* Mujica, estrujón íntimo, muy fuerte, que casi le abris costuras de herida reciente y Julio Marenales, muy formal, “mucho gusto”, el hombre que vas a querer tantísimo, que vas a designar como padre; entreverado de che y de vos con los hombres sabios, los fundadores: un enorme respeto, les tuviste; una sensación de pertenencia y de cobijo: tu gente, el futuro Uruguay; qué tranquilidad; qué deseoso de aprender y de dar la medida; qué decidido a poner para siempre, con los ojos bien abiertos, las manos en el fuego.

Punta Carretas fue una colonia de vacaciones en 1971; lugar ideal para juntar carencias, renutrir las de sapiencias respectivas; espacio para análisis y proyectos. Futuro gobierno: reforma agraria, elaborada por agrónomos y economistas; reforma urbana, por arquitectos; reforma educacional, los maestros.

No era un regalo, aquella cárcel: era una conquista tupamara: años de trabajo paciente, afilado políticamente, con los presos de derecho común, con los guardianes y la administración para ir construyendo aquella “escuela de cuadros”.

Hasta que llegó “*El Abuso*”, setiembre del 71, y te fugaste con otros ciento cuatro tupamaros, y seis presos comunes. El túnel tenía 45 metros y se construyó desde una celda en la planta baja que conectaba con el primer y el segundo pisos del celdario a través de boquetes disimulados en los techos; todas las celdas de ese sector del Penal estaban comunicadas entre sí por una especie de ventanas que habían hecho en las paredes divisorias y que cerraron precariamente hasta el día de la fuga. La tierra la escondían debajo de las camas, en bolsas especiales hechas con sábanas. El boquete de salida estaba en una casa, frente al Penal, que había

sido copada por comandos desde el exterior. Pero *El Abuso* da para un libro, y ya está escrito, además.

Cuando te informaron que estabas en la lista de fugables te tomó bien dispuesto, pero después se te vino un poco encima la envergadura del asunto; paso grande para vos, pero estando tan bien acompañado el estirón del crecimiento se fue dando casi solo.

Tu preocupación era el ridículo: ¿y si nos agarran con todo esto en preparación?, ¿qué cara ponemos a los milicos?

Tu vacilación: la clandestinidad; sabías que un clandestino poco menos que tiene que despedirse de la familia.

Y más sabiendo que después de la clandestinidad vendría otra cana y otra cana más, en el mejor de los casos. O un tiroteo y la quedaste; pero eso, francamente, no sabés por qué, nunca te preocupó: “en el caso de que llegara a morirme alguna vez”, como le escribiste un día a tus hijos.

El túnel. Menos mal que no te tocó cavarlo, porque era estrecho y asfixiante y oscurísimo. Hiciste bolsas de sábanas para la tierra, y *cobertura*, y todo fue perfecto: trabajo de gigante hecho por hormiguitas diligentes –chuequitas y tan tenaces–, paciencia budista y prolijidad de cirujano.

Y cuando llegó la gran noche todo fue muy sencillo y deslizante; todo menos la espera en la última celda: los cuerpos apeñuscados, aguardando tres horas interminables porque el túnel no encontraba su boca de salida en la casa; padeciste como un condenado subiendo al patíbulo.

Hasta que avisan que hay vía libre y te pusiste a gatear por el túnel: nerviosismo de rueda gigante cuando tuviste que trepar una cuestita, sin verte las manos, siempre gateando; el temor cuando descendió aquel brazo a buscarte y era todo oscuridad y silencio y enroscado al brazo, caracol arriba, esos dos metros, y otro miedo esperando afuera cuando les fallaron todos los contactos previstos con el camión que equivocó la calle y terminaron en un *cantón* más que quemado los últimos cinco de ese lote de cincuenta; pero ya estaba, finalmente, todo bien.

Inauguración solemne de la clandestinidad: los pies en una sopa espesa de mierda auténtica, 48 horas, tomando mate cocido acuclillado en las cloacas, y después eran 21 en otro *cantón*, durmiendo en tres turnos, comiendo y bañándose por tandas, para salir a los dos meses de la fuga, por fin, a la calle.

Aprendiste lo que es la agorafobia: “todos me deben estar mirando, qué cara pongo, dónde meto las manos”, y *ese fierro* que te acompañaba a toda hora debía ser visible como un cañón, y todos los conocidos que andan caminando por estas benditas calles, y los milicos y los *tiras* y tus

distracciones al hablar y tu detestable incapacidad de mentir como es debido.

Unos días después, el autocontrol había vuelto: y te fuiste al otro extremo, pez en el agua: pasar al ladito del comisario del barrio, poner un *cantón* con una de las 38 tupamaras fugadas de la cárcel de mujeres en la casa vecina a la de un policía de Investigaciones.

Sorpresa muy agradable: “¿Este es mi papito?”, ni Ariel te reconocía con el pelo cortado a lo milico, lentes armazón de oro montados al aire, todo un ejecutivo bancario: documento bien confeccionado y un sosías completo del cual conocías vida y milagros.

Te moviste con cuidado, mirando dónde ponías los pies, salvo aquella vez: te caías de sueño —¡qué poco duermen los *clandes!*: cuatro, seis horas, todo lo más—, trabajabas como buey, el desgaste de atención y nervios era grande y esa noche, una madrugada hacia las cuatro de la mañana, te tomaste un taxi para llegar a tiempo, un operativo, y caes en una *pinza* policial, a oscuras, que se iluminó de pronto; Parque de los Aliados, en plena boca del lobo cuando quisiste acordar y ahí sí, apelaste al *fierro* y el chofer se dio cuenta y sacó la cabeza para pedir familiarmente paso a los milicos que dejaron seguir; no sé por qué lo hizo, por miedo tal vez a ser cocinado entre dos fuegos, con el resto del viaje hecho en silencio y bruta propina que le diste al final.

A la familia la viste, en siete meses que duró la fiesta, cuatro veces. Disciplinado hasta el esquema, evitabas gastar locales en tu vida sentimental y lo que quedaba era la playa “La Mulata” mientras duró la esplendidez del verano, o el Parque Roosevelt.

Y una vez, en la propia Amazonas, cuando todavía no existía el *berretín* y vos no estabas *enterrado* en él. Los Martirena sabían que para vos no estar con la *Negra* era literalmente una tragedia, y una vez que tenías una licencia de un día y dos noches, los invitaron a Amazonas. Ivette hizo unos platos deliciosos, les preparó una cama y un cuarto muy bonitos, arriba, y cuando subían la escalera —era carnaval y ellos salían— les tiraron arroz desde abajo y se pusieron a cantar, los muy imbéciles: “¡Viva los novios!”; ¡viva los novios!”.

Mentir siempre, pero con mucha más exigencia que un *legal*; reinventarse una vida completa, en detalle: una esposa, sin hijos (“esa es su desgracia, pobrecita”), trabajo, tren de vida, peluquería para la señora, compras del matrimonio, problemas cotidianos a debatir con el vecino (sin olvidarte lo que dijiste la semana pasada), ni la limpieza de las ventanas, ni la ropa tendida, ni la camisa del esposo bien planchada.

El clandestino es un tipo condenado a la soledad. A fin de año llamaste a tu vieja, tenías necesidad de oírla: la llamaste y te llegó su llanto, el “cuidáte, m’hijito”. A la *Negra* y a los hijos, les grabaste un par de casetes, mensajecitos, cariños que buscabas; muy solo.

Y sin formar pareja, ni siquiera ocasional, ni siquiera con la “esposa” que se extendía cada noche en la misma cama, tan sola como vos y, andá a saber, a lo mejor tan dispuesta como vos pero, “la moral, compañero”, y saber los dos que no están enamorados, que es la circunstancia, y por eso apretar esas ganas tremendas de estar tiernos y acompañados, sobre todo acompañados, porque para un *clande* hay muy pocas otras compañías posibles que la mano de una *clande*.

Y caminás mirando todas las caras, todas; como sólo lo hace un policía de investigaciones muy aplicado; y antes de cruzar la calle, con la excusa de mirar los autos que vienen a tu espalda, te fijás bien en quiénes vienen hasta setenta metros detrás y luego esperás y ves si no te los reencontrás más adelante. Y mil detalles de cómo moverte, dónde comer, cómo vestirse, dónde cortarte el pelo, cómo pasar diez horas sin llamar la atención, no pudiendo volver al *cantón* porque son tus presuntas horas de trabajo, y caminabas, caminabas como nunca en tu vida supusiste que alguien en su sano juicio pudiera caminar, porque es la forma de ir a ningún lado y no estar en ningún otro.

Hasta que, con el tiempo justo de evacuarlo, el *cantón* cayó y tuviste que salir de apuro, con tu “esposa”; ¿adónde?, a Amazonas; y a los pocos días la compañera consiguió irse a otro local y vos te fuiste quedando, e hicieron el *berretín*, y llegó el *Ñato* Fernández Huidobro, y también se quedó, y formaron un buen equipo de trabajo.

La cueva del techo de la casa no les permitía estar de pie: vivían a la japonesa: se sentaban en almohadones que de noche transformaban en colchón, y utilizaban mesas enanas, construidas a la medida.

El espacio era mínimo, pero desde los recipientes con marcadores de colores y las estanterías con carpetas rotuladas, hasta las linternas de emergencia aseguradas con imanes en la viga del techo, la oficina estaba montada, con minuciosidad funcional.

Una viga de concreto del techo, sólo permitía el paso arrastrándose y relegaba el archivo al fondo del *berretín*. Para la Organización era muy importante lo que se guardaba allí: desde grabaciones de interrogatorios a Nelson Bardesio, el integrante del “Escuadrón de la Muerte”, capturado por el MLN, hasta informaciones confidenciales sobre las relaciones internacionales tupamaras: nada de aquello debía caer en manos de la policía.

* * *

Comía bien, leía bien, funcionaba políticamente bien, tenía excelentes compañeros: el Segundo B era un lugar ideal para vivir, si no hubiera estado en cana.

Los milicos habían encerrado allí una selección bastante rigurosa de sus peores enemigos, es decir, parte de la mejor gente del país.

Algunos eran autores de “hechos de sangre”, como decían los milicos. Hombres con diez años de clandestinidad en las espaldas y cuarenta de rejas por delante, increíblemente tiernos; hombres que se habían tenido que repensar enteros en la militancia, su existencia y la de los otros; inaugurarse una moral. David encontró, entre ellos, ejemplares humanos excepcionales.

Otros eran ex militares que cometieron la traición incalificable, para sus pares, de hacerse tupamaros.

O muchachos que entraron a la pelea, como el *Colombia Valdés*, en plena derrota, 72, 73, y por eso los milicos les asignaban “alta peligrosidad”.

En el Segundo B estaban los cuatro hombres más *verdugueados* del Penal: Juan José Pereira Mena, el *Negro Mena*: después que terminaron con los quebrantamientos físicos en los cuarteles, lo sometieron en el Penal a las mayores indignidades: pero no pudieron nada, con nada. Todo lo bancó, hasta las heces. Es un hombre bajo, que habla con calma y con la zeta, y así continuó, nunca abandonó su mansedumbre, ni la fibra de entereza; no se llega a ver que es el hombre más *verdugueado* del Penal porque sigue inexplicablemente indemne.

Al *Galleguito Mas Mas* lo muestran como si fuera un bicho en las visitas de coroneles; lo insultan por sistema, le perturban el sueño, le preguntan si tiene madre. Lo enloquecieron.

José Félix (*Pepe*) Martínez es hombre de vida ordenada, muy viril, simpático, enterado de todo. Lo persiguen por haber sido militar.

Es el preso político más antiguo del Uruguay (desde el 16 de marzo de 1971) y tiene el récord de encierro en la *Isla*: más de mil días.

Panchito Vázquez, petisito, maestro rural, tremendamente respetuoso; no se le nota ni la potencia de su formación y de su entendimiento, ni la calidad de su resistencia y aprovechamiento de la cana; ni siquiera el grado excepcional de *verdugueo* que le infligen —es un poco como el *Negro Mena*—, por esa especie de facilidad que tiene para vivir y transcurrir entre los sucesos; anda como dentro de una cápsula de sen-

cillez y poco ruido; algo muy del campo (*).

Cuando David bajó del Cuarto al Segundo, cambió de país, empezó una cana nueva. El hostigamiento, el *verdugueo* que a distintos grados se propaga a todo ese piso tiene una contracara de solidaridad casi extravagante entre los compañeros; el enemigo no puede ser más identificable, ni su intención de destruirlos, más evidente; la respuesta es una vida comunitaria muy estrecha y con un objetivo igualmente claro: resistir.

Porque si en el Penal, todo es de todos y cada uno puede contar con los demás, el nivel de honestidad y desprendimiento del Segundo es poco imaginable: es el buzo que alguien necesita, es la atención del problema personal, es la muralla que se levanta en torno a un loco o a un suicida.

Fue un traslado al paraíso (canero, se entiende) ir al Segundo. No sólo por la gente que encontró, sino porque después de meses de actividad y compañía excesivas, le venía muy bien un aislamiento forzoso, que en ese momento además era todavía bastante relativo. Quería leer, estudiar, recentrarse: nada mejor que esa cura de soledad.

Hasta cree que exageró, porque en Nochebuena vino *Falucho* Basini a protestar:

—Sos un retraído, vos; un mal compañero; vení, vamos a tomar un *escabio* que tenemos preparado.

Creo, después de todo, que fue una gran suerte estar donde estaba, cuando recibí la noticia. No sé cómo empezó la charla larga, pero había sido Laíño que me dijo, cuando nos cruzamos en la planchada:

—El sábado, ¿tenés algo el sábado?, necesito un *trille* contigo; ¿te viene bien?

Sé que el recreo se me pasó sin sentirlo, contándole cómo era la *Negra*, desde cuándo nos conocíamos, lo que habíamos hecho juntos, mi enamoramiento incurable, la vida de antes, los hijos, no sé: de pronto sentí que no estaba hablando de militante a militante, sino con alguien, un simple tipo que venía caminando a mi paso, me hacía preguntas —pocas y justas— y me escuchaba.

(*) Esos fueron los cuatro hombres más *verdugueados* del Penal, pero no los únicos, porque Samuel Blixen, Carlos Liscano, Ricardo Perdomo, Rolando Viera, Brum Canet, Carbajales, de Vargas, Alfredo Romero, Wolf, *Falucho* Basini, Daymán Cabrera, Walter de Mello, Estefanell y Rodríguez Perillo compusieron una lista de eternos preferidos de la represión.

Estábamos sentaditos contra el alambrado de la cancha grande de fútbol; algo debe de haber tocado muy sensible porque de pronto me sorprendí confesándole, con agua en los ojos:

—El caso es que esto me duele como la gran puta, ¿sabés, hermano?

Con la *Negra* había quedado claro desde el principio, desde que entramos en la Organización: si caigo preso por un largo período, vos formás pareja con otro compañero; no quiero ser un ancla para ustedes, ni que vos vivas sola e incompleta, ni que mis hijos se pasen su vida llorándome.

Se lo había vuelto a escribir desde *Libertad*, se lo reiteré a Chile; tanto, que sus compañeras bromeaban y le envidiaban el “permiso”. Después del golpe contra Allende, Olga se asila con los hijos en un refugio de las Naciones Unidas, cerca de Santiago. Y de allí me escribe.

En la primera carta que recibo, me habla de Rodolfo como de un excelente tipo; qué bien que se entiende con Rodolfo; Pablito se baña con él y se le sube a los hombros; Ariel le imita el peinado; es un revolucionario boliviano, Rodolfo, un refugiado como ellos; estupendo que hayan encontrado a alguien como él.

Releo la carta: pasean del brazo, con la *Negra*, cocinan juntos, comentan Neruda, charlan hasta el amanecer; ¿entonces?

Mirza, un compañero que siempre leía mi correspondencia, y yo la suya —nos habíamos socializado las familias—, me dice:

—Decíme, pero este Rodolfo, ¿es amigo o compañero de Olga?

—Amigo, me parece, ¿por qué?

—Algo en la carta —dice Mirza—, no sé.

Fue el estupor, viví semanas en el estupor. No era siquiera la duda; era una flor extraña que había aparecido en mi universo; estaba ahí y yo no sabía explicarla; eso era: una flor inexplicable.

Hasta que recibí otra carta de la *Negra*: era la primera que me había escrito, y llegaba ahora, después de la tercera, la que Mirza y yo habíamos leído. Y entonces no fue el estupor, fue un terremoto, un cataclismo. Y era tardísimo.

Porque la *Negra*, dando todo por sabido, me había pasado a contar su vida casera con Rodolfo; está en bata y zapatilla, haciendo tallarines, cuando a mí me cae encima el síndrome Romeo.

En su primera carta, dura y hermosísima (“si no recibieras esta carta, nada tendría sentido”), me hablaba del pavor de su soledad, la desesperación, su sentimiento de inseguridad, la atmósfera enfermiza del refugio, las reuniones para resolver problemas de todos: el pequeño grupo de gente muy afín; de un tipo muy serio, Rodolfo; las largas caminatas

juntos, la necesidad súbita y tranquila de que “le pasara el brazo por el hombro”; el alegre acuerdo de los hijos; la certeza de que “solo él, entre todos, podía ser”.

Acudía a versos de Neruda para ayudarse a decírmelo:

*“Andando en las arenas yo decidí dejarte.
Pisaba un barro oscuro que temblaba
y hundiéndome y saliendo
decidí que salieras de mí
que me pesabas como piedra cortante,
y elaboré tu pérdida paso a paso...
Te sentías tragado por el barro,
y me llamabas y yo no acudía,
te ibas, inmóvil, sin defenderte
hasta ahogarte en la boca de arena”.*

Cruelles pero exactos. Esa primera carta me acompañó por años hasta una noche en que pensé que me llevaban otra vez a la *máquina*, y la rompí, porque –por lo menos eso fue lo que me dije– no quería darles ese flanco a los milicos.

Tampoco había hablado con los compañeros, cuando lo supe. No se dice nada de estas cosas, en la cana; se dice: “tuve una compañera, tantos hijos”; pero el detalle amoroso no se lleva a la cárcel, ¿para qué?: se va a pudrir allí, no es lugar donde puedan anidar cosas como esas; hay algo fundamental de no pertenencia; se las deja afuera, muy dentro de uno.

Pero tuve días de desesperación, de estar perdido y los compañeros lo advirtieron. No se lleva el problema personal a la planchada, pero la planchada está atenta: los descubre y no los deja pasar.

Lo hicieron bien: Mirza buscó a Laíño, que sabía algo de psicología y que, varias semanas después, me pidió un *trille*. En el recreo empezó a escarbarme, encuentro y liberó un resorte apretadísimo y poderoso, y saltó la tapa de plomo que me oprimía.

Creo que fue la única vez en la cana y en toda mi militancia, que negué la Organización –nunca se me va a pasar del todo la vergüenza–, y exploté:

–Sí, hermano, muy linda la revolución; muy bien por ellos dos y por mis hijos; ¡fenomenal!, pero ¿y yo?, ¿¿me querés decir cómo sigo viviendo yo?!

* * *

Libertad, 7 de enero de 1974.

Queridos todos, salud:

Les escribo esta con bastante incertidumbre, sin tener idea si recibieron las anteriores. Si desde agosto no les llego, ¿por qué enero ha de tener más suerte?

El rompecabezas está ahora completo en lo esencial y con satisfacción veo, finalmente: amor expresado y disfrutado, alegría de tenerlo, fuera de todo cálculo o necesidad circunstancial; opción hecha.

Decís, *Negra*, que te parece mentira tener 40 años y realmente, querida, es mentira: tu carta me regala tu nueva edad; aquella, tu “sobrevida”, de que me hablabas, ¿te acordás?, hoy es vida plena. Y acordáte lo que juntos hemos dicho: no es broma la vida; es un compromiso serio con uno mismo, y no es dentro de las cuevas que se cumplen los compromisos.

Todo esto –me refiero a lo que siento dentro de mí– es bastante confuso, no clasificable, incomparable con cualquier otra experiencia vivida o imaginada. Es una vida nueva, también para mí. Sé que estoy con ustedes y que allí me quedo. Pero estancado en lo compartido, no compartiendo más.

Por eso he dudado en escribirles, a vos y a Rodolfo: intuyo que no debo aportar –me refiero a ti, *Negra*– elementos afectivos actuales, colores frescos y ajenos –míos– al cuadro que están pintando entre ustedes dos. Podemos sí, contarnos cosas, relatarnos lo que sucede alrededor; pero no vibrar juntos, uno dentro del otro, nuevamente, todavía. Pero yo estoy vibrando. Sé que todo esto no debería escribirlo, pero te lo estoy escribiendo. Es bastante complicado.

Me dirigí a los cuadernos como eventuales destinatarios provisorios, hasta que el torrente bajara de nivel, pero comprendí que ni siquiera servirían para basurero privado. Luego pensé fabricar mis cartas: pacientemente, con cuidados, castradas, fallutitas ellas, y enseguida supe que no podía ser: si a lo largo de 22 años no pude colarte una sola mentira –ni grande ni chica–, no pude esconderte la angustia más pequeña, no pude prescindir de ti en lo cotidiano, ¿cómo inventarme hoy rincones que no conozcas?

Por eso –pareja– no puedo sino escribirles. Y vibrar. Ustedes perdonen.

Estoy bien, estamos. Tuvimos misa de Nochebuena, alguna guitarreada, buena comida, poca nostalgia. Sigo leyendo mucho. El ma-

por esfuerzo diario es salir del sueño, recomponer la cara, recoger los pedazos desparramados, ponerme la sonrisa y aprontarme a recibir a los compañeros.

Soy, inconscientemente, desleal: te invento cruel en mis sueños; anoche me despreciabas: “¡Sé un hombre –decías– deja de gemir!”.

Y sabés, “en la memoria mía, tu recuerdo, a traición, ha florecido”. Soy titular discrecional, arbitrario, de un temible arsenal de recuerdos comunes, de señales nuestras, de convenios tácitos, de un lenguaje exclusivo, egoísta: donde no cabe nadie más. Cada proyectil codificado que te enviase, les haría mella; bastaría la memoria, aquí, para despertar tu sonrisa mía y excluirte del resto.

Pero gustoso, sin dudar, renuncio a la guerra. Mojo toda la carga, de una vez y para siempre. Pero me guardo los plomos: me complazco en su peso, manoseo su presencia; me los guardo todos, porque ahora son –Tartufo patético– solo míos.

David.

Algunos vinieron ya medio entontecidos de los cuarteles, de la *máquina*; otros, si no locos, enloqueciendo, blanditos, porosos. Leal, por ejemplo. Leal ya hacía cositas raras en el Cuartel de “Ingenieros”; se terminó de enloquecer en *Libertad*: una tarde durante el recreo empezó a caminar en dirección al portón del campo: se quería ir. El *Chato* de los Santos, lo mismo. *Saracho* Carbajales también llegó sonado al Penal.

Uno de los primeros fue aquel loco que comía lo que sacaba de los resumideros de la planchada; lloraba y gritaba sin cesar; se lo llevaron al Hospital Vilardebó.

Un científico podría explicar bien por qué y para qué se vuelve uno loco, por lo que David lleva visto le parece que se trata de un escape, un reculadero protector: el mecanismo trata de evitar un daño mayor y descarrila, pierde los controles y hace movimientos inauditos.

El exilio, piensa David, desgasta al individuo, lo lija o escofina; el hombre va perdiendo capas, espesores, capacidades; descarnándose. La cana hace un daño distinto; como a las varillas de construcción cuando las trabajan para hacer el armado de un edificio, al hombre en la cana lo fijan por un extremo y presionan por el otro, a fondo y sin soltar: un poco más un poco menos, siempre lo doblan. Al loco lo rompieron; al colaborador también.

Es curioso: los traidores se pueden volver locos, pero los locos difí-

cilmente traicionan. Cuando el Comité Intenacional de la Cruz Roja visitó el Penal (*), testimoniaron, sin ningún temor. La varilla, aun rota sigue siendo de buen hierro. Los otros compañeros parecen madrecitas con ellos; “a un loco no lo toca nadie”, y los milicos lo saben muy bien y es un límite que no pasan; porque estar con los locos es como estar con niños y al que toque a un niño, hay que reventarle el hígado. En *Libertad* eso está clarísimo.

Hoy locos lindos, como Areón, parte ya del folclore carcelario, que disparte en gran forma y bien lejos, pero sin ansiedades ni peligros, y cuya compañía es disputada; locos inteligentes con regresiones a conductas infantiles y asociales, el caso de *Saracho*, que descuida la higiene, provoca a los milicos; o como de los Santos que duerme mucho, no habla; o Rolando, un loco digno, imperceptible; o los que, más que locos, alocados, como *Coco Pérez*, el *Canario Bequet*; estridentes, de chiste nervioso; o el *Beto Cía*, el loco integral: con cara de loco, ojos saltones, boca entreabierta, babeante, movimientos de muñeco, y que colaboró tanto —fue la excepción— y deliró tanto, que los mismos milicos terminaron por no hacerle más caso.

Plantel de locos, heterogéneo, triste, múltiple, creciente; defendido por todos los compañeros; atendido —a su manera— por el personaje más tenebroso de *Libertad*: un discreto psicólogo, que se presenta día a día a su despacho del Quinto Piso, desde que inauguraron el Penal.

Corpulento, cincuentón, bien conservado, con un comienzo de obesidad y una calvicie persistente que sólo le perdonó algún mechón de pelo en la nuca, algunos testimonios en los costados; traje y, por supuesto, corbata; la mirada concéntrica a través de los lentes de carey, el gesto

(*) Una “fuga” informativa (diario italiano “Paese Sera”, 6 de noviembre de 1980) permitió conocer excepcionalmente un resumen de la relación hecha por Jean François Labarthe, enviado en misión por el Comité Internacional de la Cruz Roja, a Brasil, Argentina y Uruguay entre el 10 de febrero y el 3 de marzo de 1980. Entre las prisiones que visitó Labarthe, el Penal de Libertad le parece “el lugar en el cual el sistema de detención (medidas de seguridad, aislamiento, comunicación, sanciones, etc.), es llevado más allá de lo que es habitual ver, tanto en el dominio de la seguridad como en el de la búsqueda de todo aquello que pueda dañar al hombre encarcelado”. El informe de la Cruz Roja dice que Libertad “tiene la reputación de triturar, física y moralmente a los detenidos, en pocos años”.

apacible; se diría un gerente de empresa, calmadamente eficaz. El único hombre que anda vestido de civil en todo el Penal, después que al *Gordo* Torres le obligaron a ponerse mameluco.

Pese al aparato de seguridad de *Libertad*, la cifra impresionante de personal permanente o rotativo, los numerosos puestos de control que hay que franquear para alcanzar el celdario, y en el celdario mismo, para acceder a los pisos, el psicólogo llega todos los días vestido de civil, con su cartapacio y sube a su despacho, como si los controles no existieran para él; las puertas se abren a su paso, dándole aire de ser el comandante de la prisión.

Pocos saben que Dolcey Britos es un psicólogo de mediocre formación académica que nunca pisó la Universidad uruguaya, que se formó en una escuela privada, "El Lumen", de bien pobre reputación. Pero la destrucción psicológica planificada de un hombre cuando se le tiene encerrado, cuando se cuenta con los recursos concretos y se puede copiar la experiencia norteamericana en la materia; cuando se dispone de todo el tiempo y la más completa impunidad, no es ninguna hazaña.

Britos, que inauguró el Penal en octubre de 1972, conoce preso por preso, sus puntos fuertes y sus vulnerabilidades. Desde que recibió a los primeros compañeros dislocados por la tortura, decidió su medicamentación, el régimen de concesiones y restricciones (y su constante oscilación desestabilizadora), se convirtió poco menos que en dueño de los presos.

¿Un preso da síntomas de fragilidad emocional?: nada mejor que trasladarlo a la celda de un enfermo mental; a los dos meses no soportará más, pero puede llegar a tener que estar dos o tres años. Tiempo sin leer, sin trabajar, en tensión permanente para que su compañero tome los medicamentos, baje al recreo, se bañe, no coma jabón, no se mate; siempre perturbado por la cháchara incoherente de un loco, sin poder concentrarse en nada, sin poder escribir una carta tranquilo. Lo más probable es que termine loco también; la multiplicación celular: un loco vuelve loco a otro preso y Britos dispone de dos locos, que pueden ocuparse de otros dos presos, etcétera.

Y en *Libertad* el problema no se circunscribe a la lucha entre un masacrador presuntamente refinado y la resistencia probada de los presos; al todo hay que verlo actuar en el marco más generalizado de violencia institucionalizada.

Al preso se le priva de toda estabilidad, incluso la que podría darle cierto cuadro permanente de la propia represión.

Es el *apriete* y el *afloje*, la alternancia de períodos de endureci-

miento represivo y períodos de relativo aflojamiento; un movimiento que no es circular, que no vuelve al punto de partida: es en espiral: el preso está siempre un poco peor, siempre pierde algo más.

Es más aun: dentro de cada período de *apriete* o *afloje*, el buen y el mal trato coexisten: cuando el preso está bien de visita, está mal de informativo; cuando está bien de biblioteca, lo encierran por cualquier motivo en la Isla; cuando está bien de cartas, lo dejan sin cine: el preso no debe tener un piso donde pararse; si le dan algo es para quitárselo a los dos años, cuando empezaba a considerar que le pertenecía.

¿Un sector –digamos el 2A– está firme, suelto, sano, trabajando a gusto?, momento ideal para organizarle un desembarco masivo de locos: si un loco *largó*, como se dice, si entra en crisis, hay que hacerle guardia nocturna, lo que implica cuatro turnos, cuatro compañeros que se gastan y no pueden hacer nada al otro día; tomando en cuenta todos los locos que *largaron*, es el sector, es todo el piso, el que se pone mal.

Cuidarse en las cartas, nada de manifestaciones excesivas, ni de pesadumbre, ni de alegría; cuidarse en las visitas: no ser muy efusivo con la madre o con los hijos, ni tampoco demasiado distante; cuidar las reacciones con compañeros y milicos: estar siempre en caja, ser “normal”: Britos vigila. ¿Un preso tuvo un ligero altercado con otro?: Britos lo manda llamar y con su voz sedante, su expresión siempre correcta: “¿qué le pasa?” –aquí intercala el nombre del preso, fenómeno excepcional: le presta por un ratito su identidad–, “síntese, ¿en qué puedo ayudarlo?”.

Un loco ¿*largó*?: Britos lo interrogará, dulcemente, y le extraerá información sobre su compañero de celda, y esa información puede conducir a un reprocesamiento y a varios años más de prisión; y eventualmente, por remordimiento, a un intento de suicidio del loco, delator involuntario.

Hombre de plena confianza de los milicos, Britos acumula sus méritos de guerra, sus trofeos terribles en el despacho del Quinto Piso. A cada visita, colgado de una pared, los presos pueden leer una pequeña proclama, su juramento profesional:

*“Te arrancaré los ojos y me los pondré
tú me arrancarás los míos y te los pondrás
así tú me mirarás con mis ojos
y yo con los tuyos.”*

L. Binswabger

No hay milico que se atreva a entrar a esa jaula de vapores: veinticinco hombres desnudos, mundo de machos más que masculino; el baño es recinto sagrado de los presos. En la celda, mientras nos preparamos para la ducha nos contamos el recreo con el *Pucho*: incidencias del partido, información de visitas y cartas, contenido del *trille* e, infaltable, la lista de sancionados y motivos.

Es una tradición carcelera tan vieja que si alguien no cumple con ella, su compañero de celda sale a investigar:

—¿No sabés lo que le pasa a aquél?: nunca me cuenta el recreo; ¿te das cuenta?

Todo se reparte en la cana, hasta el recreo.

El milico abre la puerta y salimos: la cola de presos está recostada a la baranda, informalmente; es un momento un poco ridículo este de ir al baño porque ¿cómo los milicos podrían exigir posición reglamentaria a alguien en short y con un jabón en la mano?

Abren la puerta del sector y la fila se pone en movimiento apresurado hacia el baño, ubicado frente a la cabina del Centro de Observación.

Ahora empieza el problema: somos veintiséis presos para doce duchas y disponemos de cinco minutos —literalmente, de cinco minutos— desde que llegamos al congestionamiento de la puerta hasta que la trasponemos de nuevo, ya bañados y vestidos.

—¡A ver, usted! —grita el milico.

Se había levantado un murmullo crecido de conversaciones en voz baja. La acústica del local cerrado incrementa el sonido, lo vuelve un mugido sordo, de vibración grave.

—¡A ver usted...! —insiste el milico.

El sonido decrece, como si se hubiese rotado la perilla del volumen de una radio, simplemente para atender, para saber quién es el “usted” elegido por el milico.

—¿Quién le dio la orden de abrir?

Increpa a Pino Garín, que se encaramó en uno de los bancos y que por encima de un tabique protector —que impide que el agua de las duchas salpique la ropa —está manipulando las llaves del agua.

El mugido inicial es ahora un cuchicheo generalizado: imposible no hablar: para pedirse permiso, prestarse el jabón, ofrecer una ducha. Eso solo, hace un coro sofocado. Hay que agregarle los bufidos, suspiros, gargaritas y resoplidos de todo baño, y multiplicarlo por veintiséis.

—¿Me está hablando a mí, soldado —dice Pino Garín, desde arriba del banco al soldado que está detrás de las rejas.

Pinito es manso y suave al hablar; delgadito, cara afilada, un mulatito de ojos grandes; uno de los tipos más gentiles y serenos del piso; no llega a los cuarenta años (ni llegará nunca) (*).

—Sí, a usted —reitera el milico— ¿quién le dio orden de abrir el agua?

Todavía con las manos en las llaves, con las duchas que empiezan a dejar caer el agua, *Pinito* pregunta, algo sorprendido, pausado:

—Disculpe, guardia, era para ir ganando tiempo, ¿se las cierro de nuevo?

Ese *se*, es la clave: confiere al milico, una especie de título nobiliario: Dueño y Señor de Doce Duchas del Segundo Piso del Penal de *Libertad*. No hay ordinario al que no se le aflojen las agallas cuando le regalan parte de las instalaciones inmuebles y le reconocen la autoridad suprema de decidir una imbecilidad: abrir y cerrar las duchas.

(*) **Juan Alfredo Pino Garín**. Detenido en 1972, muere a los 43 años, el 16 de junio de 1982, en el Batallón de Ingenieros de Combate No. 2, del departamento de Florida. En abril había cumplido su condena y se encontraba detenido bajo el régimen de “Medidas Prontas de Seguridad”. José Selves, que se hallaba en su misma situación, fue testigo de la muerte de Pino Garín y declara: “El compañero estaba bajo medicación desde 1977; la dosis de psicofármaco que recibía era muy alta. Apenas llega al cuartel, pide un médico o un enfermero pero no vienen y plantea claramente a la guardia que necesita urgente medicación, a más tardar para la noche. No le hacen caso. Entre el cuarto y el quinto día comienza a sufrir alucinaciones. En la madrugada del 16 de junio entra el guardia a retirar el colchón. Esa noche Juan había pasado muy mal, pidiendo la guardia, totalmente descontrolado. Al pasar el cabo de guardia frente al calabozo de Juan veo que el compañero se para, abre los brazos y queda de pronto paralizado con una cara de terror indescriptible. Se había colgado. Empiezo a gritar para que me dejen salir. El guardia, luego de permanecer unos minutos sin reaccionar, retrocedió y llamó a la guardia externa. Pasó una hora antes que descolgaran el cadáver de Juan. El médico, que hasta entonces nunca había venido a verle, dictaminó “muerte por desnucamiento”. Juan usaba faja vasca y se autoeliminó con ella”.

El de Pino Garín es uno de los nueve casos de suicidio ocurridos en los establecimientos penitenciarios uruguayos durante la dictadura militar. Además de Horacio Ramos (ver nota pág. 211) y de José Artigas (ver nota pág. 213), las condiciones insoportables de reclusión empujaron a la muerte a Hugo Castro (7 de diciembre de 1972), Víctor Hugo Padilla (mayo 1974), Norma Cedrés de Ibarburu (Hospital Militar: 16 de enero de 1978), Edgar Sosa Cabrera (28 de abril de 1982), Roberto Rivero (20 de enero de 1984) y Ruben Martínez Addiego (20 de agosto de 1984).

Se oyen risitas, dos o tres; y un comentario para exclusivo consumo de bañistas:

–Bien, *Pinito*, un poquito más de vaselina y ya está.

El milico titubea: el recluso parece un hombre serio, dijo eso de “ganar tiempo” que siempre es orden, ¿no me irá a joder después hablando con el sargento para decirle que todo se retrasó por mi culpa?: aunque me dé la razón delante del pichi, después el sargento me sanciona; es seguro.

Concluida la pausa meditativa, *Pinito* vuelve a intervenir:

–¿Abro, entonces, soldado; me autoriza?

El *autoriza* vence las últimas defensas castrenses:

–Bueno, ¡déle! –concede el milico.

Y como es de estilo agrega una orden inútil:

–...pero limpie el banco cuando se baje.

Desde que el milico había dicho “bueno”, el murmullo había vuelto a crecer un par de decibeles, y las manos delgadas y hábiles de *Pinito* giraban vertiginosamente las llaves: fría, caliente, fría; no es fácil poner de acuerdo, sobre la temperatura ideal, a veintiséis monos que se bañan simultáneamente.

–¡Está helada, che!

–¡Me quemo vivo, vos!

–¡Divina, loco; dejala así!

Pinito, inmutable, sin alterar el encanto de su sonrisa, pone la mano como para ver si llueve y decide –¿qué otra cosa puede hacer?– según su santo criterio.

Me desvisto en el pasillo de entrada, la ropa debe quedar bien colgada y en orden para no olvidarse de nada al salir, porque si no, sanción por “falta de cuidado con la vestimenta”, y rápido, porque si no, sanción por “moroso”.

Voy hacia las duchas: una pared compacta de carne humana; parece imposible infiltrarse entre tantos cuerpos separados por milímetros; mucho menos bañarse. Y, sin embargo, es posible, si se aplica una técnica precisa:

–mojarse brevemente el cuerpo en una incursión bajo la ducha de veinte segundos;

–paso atrás para dejar lugar a otro;

–enjabonamiento que empieza por la cabeza para que el jabón espume hacia abajo: una sola pasada eficaz;

–breve espera enjabonado: los compañeros se apuran, dejan una ducha libre lo antes posible y avisan;

—en la ducha: enjuague prolijo; rechazo inmediato de toda tentación de remolonear medio minuto bajo el agua: siempre hay alguien esperando.

Todos terminamos casi juntos porque los primeros nos esperan: si salieran a vestirse, el milico mandaría cerrar las duchas, dejando a los otros enjabonados.

El baño es un tironeo permanente con el guardia. Las duchas tienen rosetas que el tiempo y las sales han ido tapando, y sólo dejan caer hilos de agua bastante miserables. Prohibido estrictamente sacar las rosetas e imposible trampear, porque si se retiran, el ruido gruesísimo del chorro contra el piso delata al infractor. Hay una sola ducha sin roseta: la primera; es la más deseada, por eso nadie la ocupa en exclusividad: la usamos todos cuando vamos saliendo para darnos una última enjuagada de pies.

El baño es un santuario de los presos. Ningún milico entra. Una vez entró uno: petiso, compadre; caliente porque no le obedecieron la orden de cerrar el agua; insulto al uniforme, machismo desvirtuado, vaya a saber; el petiso entró y fue rodeado por veinte cuerpos desnudos e inmóviles, atentos a cualquier señal para desatar algo que nadie sabía bien qué era, pero que el petiso sintió en la nuca; se puso rojísimo y caminó entre los cuerpos, despacio, diciendo: “Cuidado, deje pasar, abra camino”; endurecido, atravesó el silencio y los vapores, subió al banco y cerró el agua. Pero una voz, desde debajo de una ducha, le dijo terminante:

—Espere un poco que estoy enjabonado; ¡no cierre!

Fue una orden; nunca oí, en diez años, que un preso le hablara así a un milico. Y el milico no cerró, claro.

Ese día salimos del baño pisando fuerte, como indignados, como si nos hubiesen violado uno de los derechos constitucionales más sagrados: ¡un milico había entrado al baño!

El baño es el momento más propicio, junto con la visita, para reparar sanciones a diestra y siniestra. A veces un milico venía a secundar al nuestro y a medida que íbamos saliendo nos tomaba el número en una libretita y, con cualquier pretexto, llenaba la cuota de sanciones —quince, veinte— que necesitaba ese día.

Las duchas se van cerrando por sectores, lo más despaciosamente posible y todavía quedan algunos enjabonados que corren buscando las últimas gotas de agua.

Los otros se están vistiendo en el pasillo, junto a la puerta de reja, todavía cerrada. Desde afuera, el milico observa; pese a su acostumbramiento —estilo gimnasio— de andar todo el día entre hombres desnu-

dos debe mantener una determinada conducta en la mirada: no tiene que estar midiendo vergas o considerando glúteos de la gente enjaulada. Hay milicos que no se apartan naturalmente de esa actitud; otros que disimulan, otros que se ponen en espectadores insistentes. Malesstar entre los presos: nos irrita ser contemplados sexualmente, convertirnos en cosas, envitrinados. Lo más frecuente es que alguien lance una indirecta hiriente, en voz bien alta, arriesgando, y clausure la situación.

Pudores que le nacen en la cárcel a hombres que afuera pueden ser muy desinhibidos. Y eso por estar en un medio que por sí solo sugiere la posibilidad de la relación homosexual. Tabúes en cadena que reprimen lo que resultaría, aun aisladamente, una catástrofe política: aquello de guardar intacta la imagen, a todo nivel.

Un preso no toca nunca a otro preso —eso es *carnerero*—; un milico tampoco toca a un preso si no es para pegarle; ni la mano se dan: siempre que hay contacto es por agresión o confianza desmedida.

Este comportamiento se hace segunda naturaleza, tanto que un choque casual de brazos, un roce cualquiera, implica una especie de transgresión, de abuso, como si cada ser humano en la cárcel estuviera rodeado de un aura.

Es impensable que dos presos *trillen* poniéndose una mano en el hombro, o agarrándose del brazo como ocurre en la calle. Cuando van tirados en el piso de una *heladera*, esposados y encapuchados, inevitablemente uno contra el otro, se disculpan si el vehículo da un salto pronunciado que los aproxima un poco más, como puede hacerlo un oficinista aburrido y fatigado por haber pisado a su vecino en el ómnibus: cometió una transgresión social.

Inconcebible que, jugando al fútbol, los presos festejen un gol con abrazos y revolcones, como hacen los jugadores profesionales: sería escandaloso.

El máximo acercamiento puede darse cuando un preso golpea a otro en la espalda —como hago yo con el *Pucho*—, bien arriba, bien fuerte; o cuando lo acompaña con un levísimo empujón, al pasar por un lugar estrecho, como la planchada.

Asilamiento prolongado, abstinencia forzosa, represión del deseo sexual. El *Marqués* Castagno, un día en el cuartel “San José”, después de cuatro años de cana y mucho reflexionar, todavía con la frente fruncida por el esfuerzo, se descolgó con el descubrimiento:

—¿Pero ustedes se han dado cuenta de lo importante que es, para el ser humano, tener una vida sexual regular?

No hay “vida sexual regular”, hay solo hombres alrededor y se comparte una intimidad que ni siquiera es comparable con la que se tuvo con una compañera afuera: todo parecería tener que converger en la relación homosexual.

Pero los prejuicios, y la norma común, y la mirada que como presos políticos proyecta sobre nosotros, no sólo el enemigo sino también el pueblo, hacen que la sexualidad adquiera un tono político, una regla de definición y acatamiento que depende más del consenso, de la significación social, que de lo que implique intrínsecamente como acto objetivo.

La homosexualidad, normal entre presos comunes, es absolutamente excepcional entre los políticos. Hago un cálculo: 1.300 hombres durante 3.000 noches, compartidas en las condiciones de máxima ambientación, promoción y necesidad de una relación homosexual —que es tanto como decir: 3 millones novecientas mil oportunidades, que es tanto como decir: estuvimos colocados en esa situación ininterrumpidamente día y noche durante 11 mil años— y no conozco, en *Libertad*, más de seis oportunidades en que haya habido —no digo ya, relaciones homosexuales entre presos— insinuaciones, conductas ambiguas y, quizás, una o dos consumaciones; seis veces en once mil años.

Y siempre se dio en compañeros que estaban *rayados* o afectados moralmente, o respondían a un código social —por el medio del que provenían— en que la homosexualidad estaba menos inhibida y sancionada que en el resto de la sociedad uruguaya.

La abstinencia, finalmente, no es tan difícil. Llegué a comprender que un monje pueda cumplir efectivamente con sus votos de castidad.

En la cana hay una desaparición de todo estímulo sexual: ni revistas (cuando entraba “Siete Días” con mujeres semidesnudas o, ni digamos, una novela de Henry Miller, era una hecatombe); no hay pieles, ni besos, ni zonas erógenas, ni contactos, ni excitaciones laterales; perfumes sinuosos, flores; no hay abrazos, la coquetería de una mujer peinándose; todo lo suave, lo bello, lo armonioso (salvo el deporte, virilizado hasta la brutalidad) está excluido, es una sociedad de machos más que masculina; todo exige —desde el lenguaje, los modales en la mesa, la libertad de tirarse pedos y eructos— aspereza, rispidez de campamento; primitivismo, austeridad, tela basta.

Usar after shave es excepcional. Ricardo Collazo, que se ponía antisudoral como perfume inmediatamente antes de ir a la visita para poder oler fino en el segundo que dura el beso permitido en la ventanilla, se hacía notar: un compañero de aspecto bastante bestial, enorme, pero

al que se le observaba –sin ninguna carga correctiva– esa ternurita desusada, fuera de contexto.

Aparece la preocupación, con los años, de haberse vuelto impotente: el sexo se borra como sensación física; permanece lo intelectual –ínfimo, adelgazado–, imaginación, nostalgia; que por ser teórica, afísica, se va volviendo incurablemente romántica, elegíaca. Se restringe lo erótico; perdura lo relacional, la ternura.

La cárcel es una renuncia personal que no se limita al sexo: es la playa, la cerveza helada, los frankfurters con mostaza, la familia, que a medida que se va aceptando la derrota, y una cana que “es para siempre”, el “no salís más, Chichí”, deja de dañar; lo preso se vuelve destino, sin que el hombre deje de vivir y de servir.

Lo que no quiere decir –nada de lo anterior quiere en absoluto decir– que no haya momentos en que se amotinan los espermatozoides –los físicos y, sobre todo, los mentales– y asfixie la necesidad de besar, de abrazar, de sentir contra toda la piel la extensión caliente de toda la piel, suave, de mujer, la voz bajita, el mimo total, la exigencia de penetrarla y entonces te sentís totalmente desnortado, tristísimo. Sin melodrama: parece que te corrieran lágrimas por las venas y en esas madrugadas eternas, en esos desvelos, te cagás en la polfítica, te amarga lo que elegiste, que es lo mismo que vas a volver a elegir –incorregible– dentro de un rato. Te da una pena muy grande de vos mismo, hombre chiquito y tan débil, necesitado de caricia, de cosa tierna, como nadie nunca podrá llegar a imaginar fuera de la cana.

La masturbación es frecuente, secreta; mejor dicho: lo más discreta posible, pero no es habitual. Es una forma de desfogarse cuando la situación viene de drama, intolerable; o para evitar que, dormido, ensucies ropa y sábanas.

Cada uno puede hablar por su experiencia –y es un tema que los presos no tratamos; delicadeza, creo, más que tabú–, pero llega a hacerse difícil la ensoñación, la distracción, la construcción de un pretexto verosímil, para lograr una eyaculación; entre el desinterés –un medicamento no es atractivo, solicitante– y la prescindibilidad, la sola masturbación se va desacreditando. La polución nocturna, complementada por la masturbación, ambas bastante distanciadas, muy de tanto en tanto, es lo más común.

Mucho saludo en la planchada, el regreso del baño es distendido. Entramos separadamente, dejamos la puerta abandonada a su destino; un momento después, cuando la planchada quede desierta, el milico pasará cerrando.

—¿Están prontos? —preguntará inútilmente.

—Sí, guardia, completos, gracias.

El colmo de la amabilidad. Nos terminamos de secar; cambio de ropa interior y sensación gratísima de frescura, limpieza después de recreo; languidez muscular, quedarse quieto, leer mansamente.

Me preparo un jarrito de leche en polvo: muy suavcita, casi aguachenta, para evitar diarreas; mordisqueo una corteza de pan. Pucho da vuelta el mate; se sienta en el banco, con la pierna acigüeñada, entorna los ojitos y sorbe pensativo.

Estómago caliente, dulzor tibio, una sensación casi burguesa de bienestar. Nos miramos en silencio; le sonrío guiñando un ojo, como diciendo: “Los jodimos, hoy, ¿no?; pensar el dineral que se gastan en *verduguearnos* y nosotros, veinte o treinta años más así, y les hacemos morder el ignominioso polvo de la derrota; ¿no te parece?”.

El *Pucho* asiente, con otra guiñada.

* * *

El Segundo es un piso inmóvil: lo único que se puede usar es la cabeza. Muchos hombres del Segundo, cada vez con menos material y más dificultades, se han convertido en especie de sabios enciclopedistas, que saben de todo y mucho, y a nivel muy serio; de formación, no solo de información.

Su vida en el Segundo es tan intensa como lo fue en el Cuarto, pero totalmente distinta. No tiene nada que organizar por el momento, ningún funcionamiento agitado. Tiene muchas horas y muchos libros: los mejores del Penal. Biblioteca siempre los entrega con preferencia al Segundo, aunque no los pida: “para el carro”, se dice; el responsable de biblioteca del piso, Laureano Riera, tiene por misión leer todo y recomendar libros —es casi infalible— según los intereses, como lector, de cada preso.

Leyó muchísimo en el Segundo. Mucho marxismo, historia, economía: textos sociales y políticos; literatura seria y de distracción.

Un domingo, estaba terminando la fajina completa de la celda y entró un oficial; mientras David estaba firme, agarró los cuadernos, preguntó:

—¿Y esto qué es?

—Resúmenes.

—¿Resúmenes de qué?

De todo; de cada libro que leía hacía un resumen: “La economía política del crecimiento” de Paul Baran; el “Tratado de economía política” de Oskar Lange; el “Tratado de economía marxista” de Ernest Mandel; “El origen del sistema solar” de Fesenkov y Levin; “La evolución de la vida” de Veselov; “La construcción de lo real en el niño” de Piaget; “Los romanos” de Burian y Janda; “Evolución social y economía del Brasil” de Werneck Sodré; “El profeta desarmado” de Isaac Deutscher; “Treinta poemas de amor” de Idea Vilariño; todo Felisberto Hernández; mucho de José María Arguedas, Carpentier, Jorge Amado y Howard Fast; “Sombras sobre la tierra” de *Paco* Espínola; Ray Bradbury, Sturgeon, Aldiss, Ballard, Asimov, Simak en ciencia ficción. Y formando una especie de textura, de estructura central, los principales, anónimos y disimulados: Marx, Engels, Lenin. El desguace paciente de un enorme transatlántico: “Historia de la revolución rusa” de Trotsky.

Tenía once cuadernos escolares de resúmenes, con letra hormiguita de preso, a tres renglones entre raya y raya, es decir: treinta y tres cuadernos.

–Resúmenes de libros que he leído –dijo el capitán.

–Entonces ya sabe lo que dicen –respondió.

Dej  de mirarle la sonrisita al oficial para seguirle las manos cuando empezaban a romper el primer cuaderno: fobia incurable de los milicos contra la palabra impresa.

En ese momento estaban viviendo un régimen excepcional de “*puertas abiertas*” y a determinada hora las celdas quedaban *a medias* y se cruzaba una docena de presos en la planchada. Ahí reencontr  viejas caras que no veía desde Punta Carretas, conoció nuevas, vivió gente y momentos que no es fácil encontrar en otra parte.

Tupa nuevecito, *Obelix*, técnico del Instituto de Economía de la Universidad, que ha entendido profundamente el mecanismo de la explotación en el Uruguay; inmenso e indefenso, se intentó abrir en trabajoso esfuerzo algo que le lat a en la sien, en la muñeca, en el antebrazo y en el cuello: los cordones cicatrizados de *Obelix* serán numerosos y larguísimos, irregulares como senderitos de montaña, porque se había *cortado* con esa mínima agarradera de metal que tienen los cierres *ziper* de una campera.

Lo consideran “peligroso” por economista y lo mandan al Segundo; all  piensa encontrarse con estatuas de nombres legendarios: Rodríguez Recalde, Listre, López Mercado, que vio desde niño en la primera página de los periódicos, reclamados por la policía, y lo que encuentra son unos tipos de maravilla que cuando lo ven –tan grande y frágil– lo ro-

dean y cobijan como a un cachorro abandonado.

¿Y quién, más que nadie?: *Jota Jota* Domínguez, bajito pero de tronco robusto, esculpido; los pelos del pecho le suben hacia el mentón; karateca que le partió una tibia a un milico estando en la *máquina*, encauchado y esposado; peluquero de señoras y músico de orquestita del interior que toca batería y bongó suavemente en una boite, mezcla insensata de swing y trompadas; *Jota Jota* le dedica toda su atención a *Obelix*, mirando hacia arriba, le dice: “tenés que hacer gimnasia, tenés que ser fuerte y ágil, venf” y lo pone a hacer ejercicios, y le controla el peso y la comida; *Jota Jota*, que a los hombres los debe matar en lucha franca y a las mujeres, poseer radicalmente, ¡consagrado como una madre a moldear los numerosos quilos de *Obelix* y a levantarle el alma!

* * *

Ese es el Segundo. El Piso que hace temblar al Penal cuando se *corta* el petiso Becca Tessa. Es el momento en que los milicos, queriendo presentar pruebas contra Cuba en la OEA, vuelven a llevar a la *máquina* a diecisiete compañeros que, según ellos, habían hecho cursos en la isla. Y al primero que van a buscar es al Becca y, en plena planchada, cuando se lo están llevando el Becca se les *corta*: se abre el brazo, se le quiere escapar por el suicidio.

La voz se corre en el Penal: “¡Se *cortó* el petiso!” y es el Segundo que inicia instantáneamente el *golpeteo*; una reacción instintiva y extrema de la planchada, seguida por el Piso y por todos los pisos, todo el Penal: sonando, resonando, retumbando, una barahúnda de todos los infiernos, la explosión de furia presa y el pánico de los milicos que huyen corriendo por las planchadas –aunque están solos, afuera, con el ruido– y se refugian más allá de las rejas.

Es tremendo un *golpeteo* en la cárcel: el tigre está encerrado y bien encerrado en su jaula, los barrotes son sólidos, se sabe que no podrá salir, pero se encoleriza y el rugido de su furor igualmente aterra.

El Penal temblaba. La excitación es contagiosa y el ruido la multiplica. David daba puntapiés a la puerta de la celda, con todas sus fuerzas y tenía preparado un palo de cepillo con la punta afilada, dispuesto a atravesar al primer milico que apareciera; los hubieran tenido que matar a todos, a los mil trescientos presos.

Nadie se acercó, el *golpeteo* fue aquietando, gastando su furia, lentamente. El Segundo, por “inconducta grave”, como iniciador del *golpeteo*, fue sancionado con un mes de restricciones máximas: ni car-

tas, ni paquetes, ni cine, ni recreos, ni salidas a la planchada; tampoco habrá visita, ni atención médica, ni biblioteca, ni cantina.

Ocurría, además, que en ese momento se estaba haciendo un campeonato de básquetbol en el Penal y los milicos dejaron que el equipo del Segundo jugara, con la esperanza de que los irreductibles perdieran. Todos los pisos bajaban con sus hinchas, menos el Segundo. Desde las ventanas delanteras que dan sobre las canchas se podía seguir los partidos, pero en silencio.

El Segundo logró llegar a la final: corrían como demonios, hacían goles imposibles, peleaban hasta el menor rebote; llegaban a la celda muertos, y había que reanimarlos con masajes y fricciones. No recuerda contra quién jugaron la final, pero sí, que el otro piso, por dignidad y por militancia, persiguió también furiosamente la victoria. Después de un partidazo, ganó el Segundo.

Y cuando los campeones volvieron a las celdas, todo el Penal los recibió en silencio, un silencio de orgullo y fiesta secreta más impresionante que un *golpeteo*.

Libertad, 6 de marzo de 1974.

Querida familia salud:

Comprendéme, Negra; en enero comentaba hechos ocurridos en noviembre, y ahora, en marzo, confirmo que llegaste a Alemania Federal, y que Rodolfo ya no está en tu vida desde hace un mes: que se fue para Bolivia, que se separaron de común acuerdo.

No quiero invadir tu intimidad y solo tú puedes fijar sus límites. Pero necesito entender más. Finalmente interesa poco cómo se dieron las cosas; lo que interesa —en el fondo— es cómo te sentís hoy con Rodolfo y cuál es el sueño preferido que tejés —te permitís tejer— en soledad; cómo, cuánto te pesan tus queridas anclas, nuestros hijos; qué resta entre nosotros: compromiso, costumbre, ternura, amor o simplemente nada.

“Estoy trabucada” decís, y veo en las fotos la tristeza de tu cara, lo meramente noticioso de tus cartas, un rendirme cuentas del estado de los gurises, una ausencia total de vos; sólo un convencional, lamentable: “te esperamos, como siempre”.

Ya ves hasta dónde llega mi alarma, lo largo y viejo que es mi miedo. Cada tanto, trato de aliviarme pensando que estoy subjetivizado, que se han perdido innumerables cartas tuyas donde probablemente me dejás explicados todos tus procesos y tus pesares; que es prematuro concluir que te has encerrado muy solita y yo he perdido para siempre las puertas.

Sólo pido que me cuentes, que me hagas nuevamente tu confidente, me descargues parte de tu tristeza y me regales tus angustias. Necesito escucharte.

Te abrazo fuerte, hasta que te duela y te doy mil besos suaves.
Hasta cuando sea.

David.

Horacio Guzmán es el auténtico Robin Hood; el honesto, puro, solidario, activo, estudioso, organizador; que trabaja, se divierte, sabe reír, Horacio: tiene demasiadas virtudes para ser perfecto.

Vive una insoluble inadecuación con esta etapa imperfecta de la humanidad; dentro de dos mil años, cuando se hayan acabado las guerras y el mundo sea de todos y para todos, entonces van a existir hombres como él; antes no, antes les faltaría el aire.

Horacio es mucho mejor que la realidad; ése es su desajuste. La imperfección social que exige pelear, tomar el poder, hacer el socialismo, la asume sin dificultad alguna. Pero el desacomodo de ser corresponsable de errores gruesos de la Organización —en cuanto a línea y procedimientos—, esa especie de abismo, de náusea, de vértigo al que por un momento nos asomamos todos, eso no lo pudo superar: “¿por qué matamos al peón rural?”; “¿por qué Amodio Pérez?”; “¿por qué los cuatro soldaditos?”(*); “¿por qué apareció un cadáver en la cloaca?”; “¿por qué, por qué?”.

(*) El 18 de mayo de 1972, día de las Fuerzas Armadas, un comando tupamaro atacó y mató a cuatro soldados que hacían guardia ante la residencia del Comandante en Jefe del Ejército, General Gravina.

“Un disparate —dice David Cámpora— un disparate solo explicable en la medida en que se inscribe en otro mayor: lo que era la Organización misma en ese momento, su completa desorientación.

“Los «cuatro soldaditos», según los recordaba la propaganda del Ejército, fueron el Uruguay que desencontramos: un país que no estaba pronto ni para el 14 de abril, ni para la guerra, ni, menos que menos, para ver morir cuatro soldados que tomaban mate en la madrugada, metidos en un jeep.

“Militarmente fue un error elegir ese objetivo: personal de tropa, gente humilde, que no estaba en combate abierto; una acción aislada sin el contexto de un enfrentamiento global, mucho más amplio y neto, que hubiera rebajado su trascendencia pública.

“Políticamente, la gran pregunta: «¿adónde quieren ir los tupas con esto?»; «¿qué quieren decir?». La gente había venido entendiendo nuestros pasos; entre ella y nosotros se había establecido una especie de respiración; ahora la atorába-

No es el único en haber tomado la derrota de la Organización como la prueba de la inviabilidad de la lucha armada en Uruguay.

Es un suicida crónico. Intentó matarse cuatro, cinco veces. Por bueno, porque se pone triste, se deprime, y no ve otra salida; se quedó sin respuestas. Es un hombre que merecería vivir en la victoria, un pez enorme y libre que necesita el océano de la fraternidad universal; que no concibe adaptarse a este *antes*.

Necesita vigilancia permanente y es un placer estar con él:

—¿Trillamos mañana, Horacio?

—No, no voy a bajar.

—Date una vuelteita.

—No me banques, por favor.

El, que es la solidaridad misma, la rechaza para no incomodar al compañero; consigue ponerlo molesto haciéndole notar que está molesto porque es atendido.

El que está siempre con él es *Panchito Vázquez*; todo el día, todos los días. No lo cuida: siempre tiene que hacer una infinidad de cosas con Horacio.

—¿Jugamos al ajedrez, *Panchito*?

—Perdonáme pero no puedo; estoy arreglando el telar y Horacio me está ayudando.

—¿Y mañana?

—Mañana tenemos que terminar la manualidad; otro día, ¿eh?

Y se va con su aire siempre sedado, sin oleaje interno; socarrón amable.

—¿Adónde vas, *Panchito*?

—A ver a Horacio; tengo que preguntarle cómo se hace...

mos de incógnitas; tomaba distancia pero todavía esperaba: quizás hubiera sido tiempo de detener el torrente, explicar y corregir errores.

“Pero, ¿quién podía hacerlo?: el noventa por ciento de la Organización, a todos sus niveles de responsabilidad o jerarquía, había entendido que las ejecuciones de los miembros del «Escuadrón de la Muerte» iniciaban la aplicación del «Plan 72»; y salió a la calle a hostigar y a golpear: «empezaba la guerra».

“¿Qué simplista e injusto puede ser decir que hubo deshumanización! Los compañeros no se transformaron, de un momento para otro, en los «terribles asesinos» que presentó la publicidad del régimen y que acató más de un vacilante. Estaban en la pelea; y el nivel y el ritmo de la confrontación se volvió demasiado alto y demasiado rápido para ellos. La Dirección perdió los controles; la Organización galopaba, sin saber bien adónde iba”.

David demoró meses en darse cuenta; lo hacía tan bien que lo tenía convencido, a él y a todo el Segundo, que la convivencia con Horacio Guzmán le era imprescindible y, en realidad, lo estaba cuidando minuto a minuto, disimulado ángel guardián. Como hace con el *Colombia*, otro de sus protegidos.

Cuerpo macizo, privilegiado, cara espantosa: Juan Valdés, el *Colombia*, había entrado a la Organización después del 14 de abril a ocupar un lugar vacío porque se dijo: “no sé nada, pero ahora me toca a mí”. Y a esa gente los milicos la *maquinearon* terriblemente, porque no habían querido respetar la derrota, porque violaron la ley del pánico.

Muchacho de *cantegril*, de La Teja; no sólo analfabeto: un hombre —un montevideano— que no sabía hablar, que se arrancaba los dientes con la mano, perdido en su bizquera; socialmente, nada: sólo la violencia directa y el odio que no se equivoca de los más explotados.

A ese hombre había que ponerle ojos, a esos ojos había que enseñarles a ver y a leer; a esa boca había que hacerla hablar; había que curarle los oídos, hacerle descubrir un dentista; ayudarlo a saber quién era.

El Segundo tomó decididamente a su cargo al *Colombia* e hizo todo eso con él. *Panchito* le enseñó a leer, David, historia y marxismo; *Jota Jota* lo puso a hacer gimnasia. Al año *Colombia* andaba por la planchada con sus lentes hospital militar de imponente armazón negra, manejaba un avanzado balbuceo político, había perdido su faz brutal y, con un libro en la mano, preguntaba, analizaba, estudiaba, sin ceder un milímetro a los milicos y cada vez sabiendo más por qué.

Ajeno, todavía, a las desventuras que le esperaban.

Libertad, 17 de mayo de 1974.

Mi Negra querida:

Tu respuesta llegó oportunamente. Hoy está claro. Venías pero no llegabas. Compruebo que no sólo las ventanas, también las puertas estaban abiertas. Más: que yo siempre estuve adentro. Gracias, amor, gracias por tu bronca; te imagino acalorada y llenándote la boca con un rotundo: ¡pedazo de idiota!

Todo está claro, aunque quedan pendientes las charlas y algún infaltable mutuo lloro; todo está igual, nada ha cambiado, nunca dejé de ser y estar, esencia y dueño. Amor, amor.

Es mucho lo que me diste en esas pocas y suficientes líneas: una relación con Rodolfo que fue breve pero importante, la certidumbre inicial que tenías de que se acabaría, tu seguridad de siem-

pre de que lo nuestro continuaba, tu decisión de no explicarte más conmigo y si no entiendo peor para mí: viniste toda y llegaste plena.

Un problema me trajo mal el último tiempo y siento todavía sus consecuencias: un bajón físico y emocional, ambos aspectos sin duda relacionados; a ambos, también, les presté la máxima atención.

He ido encontrando las causas del bajón, las he definido como para enumerarlas y tratarlas por separado; voy racionalizando su planteo. Las respuestas aún están lejos. Quizás demore años en encontrarlas. Pero es positivo que luego de localizar los problemas, me disponga a solucionarlos. En eso estoy, pero con un ritmo que me permita soportarlo.

Los extraño y los pienso. Sigán creciéndose ustedes, los cuatro. Millones de besos.

Hasta cuando sea.

David.

No todo es oro, en el Segundo: hay colaboradores, también; poquitos, conocidos, esporádicos, pero los hay. Con ellos se siguió la política de las dos manos: con una mano, hacerles saber que si ponían en peligro la vida de los compañeros, se jugaban la suya; que si delataban, iban a vivir sumamente incómodos, muy solos. En la otra mano, la propuesta de una convivencia posible, un margen de respeto, una área de relación agradable y digna, a cambio de la simple neutralidad.

Pero algunos seguían siendo colaboradores incorregibles y, además, baratos: ¿a cuántos compañeros mandaron a la *Isla* para conseguirse una estufa en invierno?, ¿o para poder levantarse a la hora que quisieran?, ¿o por mejores paquetes?

Informar cómo está la gente, qué pasa en la planchada, de qué se habla, por unas cebaduras de yerba, un quilo de dulce, ¿no es muy triste?; la verdad es que un hombre puede quedar reducido a muy poquito, también.

O aquellos dos, del Segundo, que cuando oían hablar por las ventanas, a los del Primero con los del Tercero –lo que está muy prohibido, se termina en la *Isla*–, cerraban, se ponían a fumar espesamente, llenaban la celda de humo y llamaban al sargento.

–¿Qué pasa, muchachos?; hay que ventilar un poco, no se puede respirar acá.

–Preferimos cerrado, sabe, sargento...

–¿Por qué?; ¿qué pasa?

—No queremos que se nos acuse, vernos envueltos.

—¿Acusarlos, de qué?

—De estar hablando por la ventana.

Para que no les retengan los libros, para que el psicólogo les autorice reposo, para que no les compliquen las visitas podían hacer incomunicar por un mes a un compañero. A veces, para poder tomar una ducha caliente a horas inhabituales o escribir una carta más larga.

A algunos —Britos mediante— parece que los milicos les prometieron reducciones de penas, pero cuando terminaron de exprimirlos los tribunales militares (quien mal anda), se las aumentaron un año.

El Segundo les habló, les pidió directamente que no siguieran colaborando, les averiguó el precio: “¿quieren prioridad en el uso de las herramientas?, ¿quieren materia prima para las manualidades?; claro, cómo no, tengan, tengan”.

¿Qué otra solución?, ¿matarlos?: una mala inversión, comprarlos era más barato; terminaron siendo colaboradores —su oficio adquirido—, pero de los tupas.

Se estaba en plenas “tratativas” con los colaboradores, cuando recibió la visita de su abogado. El Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, Juan Pedro Labat, se había presentado un día en Punta Carretas, durante su primera cana, en 1971, y le había dicho a David:

—Yo de esto no sé nada, pero si querés, aprendo y te defiendo; me manda tu familia.

Le cayó bien; le dijo:

—Bueno, dale.

Muy alto y muy flaco, como Tatí; un simpatiquísimo empaque de almidón y cuello duro, le hizo la advertencia:

—Trato profesional estricto; no me pidas nada que tenga que ver con la Organización, porque no agarro; soy tu abogado y punto, ¿estamos?

—Estamos.

Nunca se volvió a hablar del asunto.

David estaba acusado, en 1971, de “Asociación para delinquir” y amenazado de una pena de seis meses a cinco años de prisión; pero no le dio mucho trabajo a Labat: a los seis meses justitos, se fugó en *El Abuso*.

Así que cuando volvió a caer, el 14 de abril, a la “Asociación para delinquir”, se le agregó “Autoevasión”, con pena de seis meses a cuatro años. Como en el sistema penal uruguayo las penas no son acumulables,

el juez debía individualizarla, entre el máximo y el mínimo, teniendo en cuenta: sus antecedentes, su grado de peligrosidad, las circunstancias atenuantes y agravantes que concurrieran.

Fue el último preso, o uno de los últimos, en ser juzgado por tribunales civiles. El Ejecutivo hizo votar por el Parlamento, el 15 de abril, un imaginario “Estado de guerra interno”, perfectamente inconstitucional, y los acusados de subversión pasaron, desde entonces, de la justicia civil a la militar; jurídicamente, otra aberración.

Total que en su proceso entendía un juez civil que una vez lo había hecho sacar del Batallón “Florida” por dos horas y al que había podido contar lo que ocurrió verdaderamente en Amazonas y la *máquina* que le habían dado en el propio “Florida”.

Labat había seguido haciendo eficazmente su trabajo: en diciembre de 1973 había conseguido su libertad anticipada por el delito de “Asociación para delinquir”; y en mayo del 74, la libertad anticipada por “Autoevasión”.

El Juez, con el acuerdo del Fiscal, había decidido –dados los “exce-lentes antecedentes” y su “buena conducta anterior”– que no sería condenado a otra pena que la ya cumplida, y ordenaba su libertad.

Pero poco después, el Poder Ejecutivo, teniendo en cuenta “la peli-grosidad de David Cámpora”, dispone su internamiento bajo el régimen de “Medidas Prontas de Seguridad” y deja sin efecto las libertades acordadas por la justicia civil.

–Firmá acá –le dijo aquel día Labat–, vamos a hacer uso de tu op-ción constitucional de abandonar el país; creo que va a marchar.

* * *

Fue por ese entonces que los milicos encontraron el libro. La requi-sa había llegado sorpresivamente:

–¿Y este libro? –dijo el soldado.

No tenía el sello de “Censurado”.

–Este libro lo hice yo –dijo el preso.

–¿Usted?

–Sí, yo. Está hecho a mano.

El soldado llamó al sargento y el sargento, después de inspeccionar el libro y convencerse de que, efectivamente, había sido escrito e ilustra-do a mano, bajó con libro y preso a la Guardia. Dos horas de interroga-torio. Durante quince días no se sabía si iba a la *Isla* o a la *máquina*; los milicos estaban desorientados.

Eran cuentos escritos por un preso. Situaciones reales de su militancia, personajes del barrio, con nombres cambiados. Realmente buenos, los cuentos. Los leyeron unos cuantos presos y decidieron reunirlos en un libro.

Las cosas buenas hechas por los presos circulaban, de una manera o de otra, por todo el Penal. Podía ser una *manualidad*, especialmente bella; podía ser una carta; podía ser un poema.

A veces sabían de quién era: Mauricio Rosencof, el *Cristo* Olivera, Jorge Torres o Daymán Cabrera. Otras muchas quedaban anónimos porque total, qué importaba, entre todas las voces chuecas, se iba como respunteando el dilatado argumento de la Balada del Prisionero:

Iba a ciegas
y qué alivio
a tientas iba
me llevaban
y qué alivio
podía mear.

Hoy mi cuerpo
está mejor.
Lo han trasladado
un paso y medio
más
y otro tanto
el muro
se ha alejado.

No había color
no había.
Los días sin color
no había
y una vez
no sé.
Tal vez no fuera
pero lo vi
y fue.
Parpadeo en un rincón
la cáscara vacía
era un color
Naranja
parecía.

Capitán
mi capitán
no mío
suyo
de otra gente
protagonista
breve
de esta historia
subido
a tu insolencia
de repente
fiera nocturna
deshacedor
de sueños
partiquino
pequeño
pequeñito
Capitán
histrión
de apuro
mandón
de la capucha
sargento
del plantón
y la picana
humorista
del agua
y de los golpes
vendedor
del honor
saca respuestas.
Capitán
su capitán
de ellos
saltimbanqui
que grita
y que golpea
sujeto pequeñito
de esta hora
te regalo

el insomnio
de esta noche
de las que han
de venir
hasta que acabes
hundido
en mil preguntas
sin respuesta.

¿Ha de ser el gusano quien decida
tu hora de ceniza?
Es tan poco lo tuyo frente a tanta
deslumbrante y segada primavera. Hoy es veintitrés de abril.
Habíamos
perdido las apuestas
cada uno a su otro
y la oceánica tranquilidad
de ser dos.
Cada uno tenía su memoria
a cerrar con puntadas desprolijas
y zurcidos
la angustia de ser uno.

Se han hecho irreversibles la razón y el destino,
se han bañado de sangre los jazmines de ayer,
hay que darse de guampas, hay que probar el filo
y foguearse las venas, insistir y poder...
Ahora que es la hora –sin remedio–
poné de vos la dimensión y el pecho
postergáte la risa por un rato
que la lucha y la muerte van en serio.
Puede ser largo el tiempo de seriedad sin besos,
largo el enloquecido oficio de parir,
pero hay que rescatar el hombre a todo precio
de esa sangre fecunda que ha manchado el jazmín.
Ahora que es la hora –y no hay tu tía–
sacá de vos el miedo y escupílo;
entonces vas a ver qué bien te queda
el hombre a tu medida, renacido.

Hablar brevemente con la abeja
que pasó zumbando
decirle a la hormiga que se apure
con su pan
para la compañera hormiga
contemplar la araña
admirar la belleza
de sus patas portentosas
y rogarle
que suba más despacio por la tela
son todas formas
de la resistencia.

Aquel era un libro escrito por un preso; transcrito en minuciosa letra de imprenta, perfecta, por otro preso; ilustrado en la misma tinta, por un tercero; encuadernado por un cuarto y leído por todos. Solo faltaba ponerle el sello de “Censurado”, cuando el milico lo descubrió.

–Voy a decirles la verdad –dijo el preso– los cuentos son de Juan Carlos Onetti, pero lo demás lo hice yo solo.

Los milicos lo miran por los cuatro costados y se convencen de que es un libro artesanal. El sargento lo trae de regreso a la celda:

–Puede tenerlo, lo felicito.

–Sargento, ¿me hace el favor?; póngale el sello, no quiero tener más problemas.

Le pusieron el sello: “Censurado” y el libro de todos entró a la legalidad, por así decir.

Cuando el amplísimo pendular de la Bestia que había comenzado con el primer campanazo está inmovilizado sobre el mediodía, se inicia la música, se asordinan los golpes de las manualidades, se abren los libros, y una modorra dulce, un descenso de voltaje, nos gana el cuerpo; hasta que alguien avisa, como queriéndose hacer perdonar: “Llegó el rancho; otra vez, guiso”.

Acabados de bañar, frescos, el estómago apaciguado por el leve calor de la leche, me había subido a mi cucheta con un libro. El *Pucho* vuelve a prenderse del mate; arma otro pucho porque el que lo acompañó en la clandestinidad de sus labios hasta ahora, pide relevo, el pobre. Con la colilla todavía apagada —el *Pucho* es el único que empieza un cigarrillo por el fin— acomodada en el nichito de sus bigotes, pone en posición de trabajo sus manualidades y herramientas. El ocupará la mesa; yo no tengo ni cartas ni resúmenes que escribir.

—¿Querés unos mates, vos? —dice—, está un poco lavado.

—Bueno.

Se va a iniciar uno de esos períodos de silencio concentrado; interrumpido quizás por algún comentario breve, noticia de media frase: no hablamos por compromiso ni por entretenernos: sólo para comunicarnos.

El *Pucho* da unas pasadas de lija a un medallón que lleva varios días haciendo. Tiene las manos finas, con diseño de escultor o cirujano, nada que ver con el resto de su cuerpo recio; precisión y justeza de movimiento, maravilla ver trabajar a sus dedos.

Siempre fue el mejor de la planchada en todo lo que hace, cualquiera sea el material que utilice: metal, hueso, alambre, cuero: sus cajitas de madera ajustan mágicamente, tienen chanfles que se encuentran, articulan con bisagras minúsculas y están decoradas por altos y bajos relieves: todo conquistado con la hojita de un sacapuntas, que afila distintamente, para cada tipo de corte.

El *Pucho* nunca escribe, lee poco para ser preso, mucho, si se compara con un hombre medio de la calle; pero le encanta trabajar en manualidades, todo el día, cuando no tenemos fajina.

Los presos están ocupados desde que repartimos el agua para el mate. Mateando, se pusieron a leer, estudiar o hacer manualidades; interrumpieron para desayuno, recreo y baño; y ahora siguen hasta mediodía.

La manualidad es muy importante: poder hacer cosas concretas con las manos, poner a tierra la actividad intelectual; evadirse saludablemente en las horas vacías, evitando los refugios de la alucinación.

Importante, más allá de la medida individual, participar en proyectos colectivos como los barcos asombrosos, según modelo y a escala, hecho con palillos de dientes chatos, acoplados con pegamento, uno a uno.

Importante por la imagen que el preso da a su enemigo: la de un hombre capacitado, persistente, creativo; que puede alimentar a su familia con el producto de su trabajo.

Desde lo más concreto –una forma, una figura, un color– a lo más abstracto: una intención, una preferencia, un uso, siempre hay un mensaje contenido en la manualidad que ha conseguido atravesar la censura.

Los milicos comenzaron por prohibir la obvia paloma picassiana, pero tuvieron que seguir con los pájaros y las nubes y toda metáfora de vuelo. Porque cuando aparece una prohibición, el preso encuentra un sustituto, escondido, símbolo del símbolo inicial. Y la censura, en la medida que va descubriendo ese lenguaje asociativo, tiene que seguir corriéndole atrás, hasta el ridículo o el absurdo. Un cuadro del *Becho* no pudo salir de *Libertad*: era una simple mujer sentada, pero allá arriba, en el cielo había una ondita.

–Prohibido el viento–dijo el alférez.

Prohibieron el caballo, por la alusión popular a Fidel Castro; y todo lo que evoque a José Gervasio Artigas, hasta los colores de su bandera. Y prohibieron la *preñadita*, un colgante que llevaba medio Montevideo, una firma tupamara. Y detrás de la *preñadita*, cayeron sus aledaños: un hombre y una mujer, solos, juntos, abrazados; la mujer con su niño; prohibidos el amor, la revolución y la reproducción.

En esta carrera entre la censura y la imaginación, sin término posible, la censura siempre llega con retraso. La única solución para los milicos sería impedir toda expresión, radicalmente: soldar las puertas de las celdas, cortar las lenguas de los presos, atarles las manos. Pero esa censura total se volvería, en sí misma, el más terrible de los mensajes: “fíjense qué fuertes que estamos, comprueben cuánto nos temen, escuchen nuestro enorme silencio”.

El *Pucho* está aplicado a su colgante, el perfil de un indio, que le está quedando muy bien.

Tendido en mi cucheta, la almohada inclinada sobre la pared, abro el libro y vuelvo a leer: “Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía

mi padre, un tal Pedro Páramo”.

Silencio; mansa, la planchada; algún milico que pasa husmeando por el agujero o abriendo apenas ventanillas. Pregunta al *Pucho*:

–Y eso que está haciendo, ¿qué es?

–Medallón –dice el *Pucho*, sin dirigirle los ojos.

El milico ve que no tiene suerte y se va. El *Pucho* chupa un pedacito breve de humo, vuelve a ensimismarse en su trabajo y yo en mi libro; dejándonos ir por la bajadita de este remanso matinal.

En algún momento imperceptible la Bestia cambia de respiración: un sonido que se había hecho fondo natural, el ruido de los recreos, uno detrás del otro con campanas intermedias, cesa; hace rato que se instaló un silencio largo y un cansancio chico, una modorra invasora, somnolencia, descenso de voltaje, nos fue ganando el cuerpo.

Es entonces que empieza la música, transmitida por los altoparlantes. Van cesando los ruidos fuertes de las manualidades, por respeto a los que escuchan o quieren hacerse una siestita del burro.

El *Cristo* Olivera, poeta, mantiene hace años el servicio musical y lo llena a maravillas. Miguel Angel Estrella ha dado cursos de música; hemos tenido ciclos de clásica, popular, pequeñas series: Vivaldi, Goyeneche, Rinaldi, un poquito Mercedes Sosa. A veces informativos muy censurados, pero que son agua del cielo; maná de actualización de la realidad exterior. Cuando los milicos se enojan, los cortan y nos pasan sólo la propaganda de las radios comerciales, que nos proponen ir a Europa en viaje de turismo o comprarnos el último modelo de la Ford. O carreras completas de Fórmula 1, de las que sólo oímos el ruido de los motores.

Y marchitas militares, a la gloria de nuestras Fuerzas Armadas. Y Comunicados Oficiales de la Dirección del Establecimiento difamando a algún preso, mintiendo situaciones, falseando realidades: Carlitos Liscano en la *Isla*; la lucha en Nicaragua; Olimpíadas de Moscú.

Sonó la campana, bien larga, distinta a la de los recreos. El ruido de puertas que se cierran y abren, en los otros pisos, seguidos de silencios respetuosos, provocan una alerta levísima, inquietud; puede ser una recorrida inspectiva seria, la visita de un jefeazo, la preparación de algún *flauteo* o *requisa* precisa, vaya a saber. Cuando se reconoce el *rancho*, una tranquilidad rutinaria borra, como una esponja húmeda de un pizarrón, las letras de lo posible y temible que se habían escrito con rapidez.

La Bestia ha expirado la mañana y ahora inspira, se llena de nuevo los pulmones con los ruidos del reparto, voces trabajadoras, emprende-

doras, órdenes, distribución de tareas; cuatro presos por ala, qué bandeja primero, los carros rodando hacia el frente, las puertas de sector abiertas, las primeras ventanillas, una consulta:

—¿No vino el pan, cabo?

Si alguien estaba distraído o adormilado o concentrado, cesa en esas actitudes y se prepara para lo que viene; estira las piernas, palmea al compañero, mira al sol, pone la mesa, arregla las frazadas.

La Bestia estaba haciendo cosas, desde la madrugada, y las había hecho hasta el final; venía asilenciando, adormeciendo, en cada vaivén un poco más, el pendular amplísimo, desde la campana inicial hasta esta campana del rancho.

El péndulo estaba casi inmóvil sobre el mediodía y entonces, esta pequeñita explosión de actividad; alguna gente dice: “Viene el *rancho*”, son células promotoras que van electrizando todo el tejido del Penal; cosquilleo generalizado, reflejo, peristálticos de cada estómago (aunque nunca se llegue al “agua la boca”, dada la porquería que vamos a ingerir), inminencia del aprovisionamiento digestivo.

Hay menú fijo, que admite alteraciones pero que en general se respeta: una cosa por día. El guiso se repite tres veces a la semana; tiene tintes rojos —por el tomate en conserva— y la grasa forma lagos hirvientes; muy poca carne dentro; mucho hueso que se selecciona y guarda (para manualidades); el guiso es fuerte, malsano, calienta el cuerpo; da acidez, hemorroides, ataques de hígado, gastritis. Se va tomando oficio para mejorarlo: apartar las carnecitas que te correspondan y lavarlas con agua caliente, si te quedó. Guiso es plato único.

El milico abre la ventanilla y nos dice:

—¿Son ustedes los que van a salir?: está el *rancho*.

Los milicos ya comieron. Fueron bajando por turno uno a uno a la cocina, comedor de la tropa; no se demoran: comen rápido y mucho y vuelven capturando restitos de comida con un mondadientes o acunándolo en la comisura; atentos a la digestión: las fieras han comido y el peso del bolo alimenticio los hace un poco mansos y descuidados, aunque nunca alegres.

Allá vamos con el *Pucho* y la mala noticia del guiso.

Casi todos los presos hacen un culto de la comida: los cubiertos y los platos han sido esmeradamente lavados, ponen mantel —un repasador muy limpio—, dos cajas de herramientas con frazada suavizante para el compañero sin banco, servilletas, jarra, vasos; faltan los candelabros.

Todo el mundo renuncia por anticipado y toma lo que le dan, con entera confianza en el burócrata distribuidor de turno. Lo que hay que

combatir son las exageraciones en las renunciaciones. Como diría el *Pepe Mujica*, en memorable ejemplificación, comparando la cana con la vida en los *cantones*: “No es cuestión de que, cuando traigan la fuente de chorizos, vos mires cuál es el más grande y agarres cualquiera menos ése —ésa es la etapa formativa—; cuando sos de veras compañero, no mirás los chorizos, ni te acordás; pinchás con el tenedor y que te toque el que te toque”.

El *Pucho* es maestro para ir localizando en esa espesura grasienta los trozos de carne que circulan en las espirales provocadas por el cucharón; los ve pasar navegando en la salsa oscura rojiza y evalúa al vuelo, vitaminas y peso específico; los atrapa y los sirve: escurre la grasa, busca sustancia. Le alcanza exacto para todo el mundo, privilegiando adecuadamente a compañeros según estado físico y anímico aunque nunca pregunta nada, salvo lo imprescindible, y nada escucha, salvo su ciencia del correctísimo servir: un lujo.

Los presos están comiendo. En la mesa se charla animadamente, comentando nada; una ocasión, muy breve. Demorarse es perder parte de la siesta; entonces, hablando y en rito, se engulle con voracidad, prolijamente, con placer, cantidades enormes de materia más o menos digerible, insulsa o ácida, siempre densa, generalmente con mucho pan para embutirse y lograr calor en el cuerpo y un buen sueño pesado.

Se abre la ventanilla; es el milico.

—¿Recoge esta celda?

Respondo:

—Sí, soldado.

Termino de comer despacio; es temprano; pregunto al *Pucho*, poniendo los platos en la pileta:

—¿Lavás vos?; salgo a recoger.

—Sí, claro. No hagas ruido cuando vuelvas.

—Dormí tranquilo, negrero.

—Andá, laburá burguesito, te hace bien para la ideología —replica el *Pucho* que ya está acostado, panza arriba, pucho en la comisura, tapándose los pies descalzos.

—Ideología por la colita, te voy a dar, enano maldito —casi murmuro para no tentarlo a un duelito verbal que lo despejaría un poco; respetándole ya el dormirse, ese tobogancito lento, parsimonioso; ese dejarse ir, con el sueño, casi pronto, cansado. Momentos como pocos, el alma reconocida, gracias a la vida, pese a todo y tan contento; no es difícil, ser feliz.

Instante, fugacidad preciosa que nadie osa perturbar: el silencio em-

pieza a caer sobre la Bestia. Los digeridos –los que estamos en el estómago del enemigo– digerimos a nuestra vez, recogimiento; espacio mágico, evasión personalísima.

Salgo y pongo a medias, con extrema suavidad. Los milicos están queriendo quedarse quietos en el banco, charlando, sesteando de ojo abierto; encandilamiento, pesadez; la hora quieta: la que si no es respetada provoca insolaciones en los niños, digestiones interrumpidas, calambres en el estómago de los bañistas; hora en que la sandía se endurece en el vino, que el corazón te falla si cogés: pretextos que se han ido volviendo mitos para servir a la pereza, entronizada a esa hora sobre el Río de la Plata.

Vuelvo a la celda y me acuesto. El silencio que se ha hecho en todo el Penal, es profundo: es sopor. Alguna voz alta de los guardias queda como embutida en el silencio, sola, sin aristas ni ecos. Todo se desliza a la molicie. El murmullo repetido, enorme, respiración gigantesca, es el mar; la playa Pocitos a pleno sol, la cabeza semidormida sobre la arena ardiente, los gritos y llamadas y las burlas, junto a la red de vóleibol, carreras hasta el agua, mujeres que reclaman a sus chicos; sonidos que apenas traspasan el algodón apacible, cada vez más espeso, total, del sueño.

Un lunes de noviembre, a las diez de la mañana, un *clase* apareció en su celda, le entregó un papel y dijo:

–Baje a notificarse.

Desde diciembre de 1967 se aplicaban las “Medidas Prontas de Seguridad”, un verdadero estado de sitio, que había sido concebido para circunstancias excepcionales, “casos graves e imprevistos, de ataque exterior y conmoción interior”, pero que los milicos habían convertido en algo normal, cotidiano y permanente. Una forma de tener a los presos, sin hacerles proceso, “a disposición del Poder Ejecutivo”.

Pero las “Medidas Prontas de Seguridad” tenían un resquicio: autorizaban al Ejecutivo a arrestar y trasladar, a no importa quién, sin someterlo a la justicia ordinaria, siempre que esa persona no optara por salir del país.

Obvio: todos preferían irse. Labat había hecho la solicitud en agosto, ahora iban a notificarle la decisión.

Bajó a las oficinas administrativas del Penal, y allí tuvo en sus manos, vio, palpó, olió un expediente oficial de la Comandancia de las

Fuerzas Conjuntas, donde se decía con todas las letras, puntos y comas, que DAVID CAMPORA SCHWEIZER, o sea, él, estaba autorizado a salir del país.

Un funcionario le preguntó por qué medio, en qué fecha y a qué hora pensaba trasladarse.

—¡A nado, después del *rancho*! —hubiera querido contestarle.

Libertad, 12 de noviembre de 1974

Queridísima familia:

Quiero empezar con un regalo grandote: ¡¡salgo en libertad!!

Desde hace años, queridos míos, les vengo impidiendo hacer la cuenta de cuánto falta; durante todo este tiempo me he negado al sueño suntuoso de cuáles serían mis primeros (y segundos) pasos afuera; nunca permití adivinanzas sobre fechas probables, ni esperanzas basadas en especulaciones más o menos razonables; nunca contesté la pregunta: “Papá, ¿cuándo?”.

Fijar caprichosamente un plazo era como asentar un palenque; y los palenques solo han servido, siempre, para atar, impedir movimientos que se alejen de su centro. Mi obsesión respecto a ustedes fue el que pudiera llegar a convertirme, por mi situación y el desamparo (¿real, aparente?) que conlleva, en un condicionante, en un factor que debía tenerse en cuenta al tomar decisiones; freno, ancla, compromiso.

Desde ayer estoy seguro. Salgo. Voy a ustedes. Dentro de poco tiempo, unos meses. Lo que demora el trámite de papeles personales y pasaje.

Hoy, con todo el pecho, a pleno alarido, les aviso: pronto llego. Por favor: espérenme.

Quedan autorizados, decretados incluso: sueños y proyectos, reproches y aclaraciones y memorias: Si les place, empiecen a contar los días: ya no hace daño.

Los quiero tanto o más, que cuando estaba preso.

Tengan los brazos bien abiertos: ¡ya voy, amores!

David.

Creí que tendría para seis meses más, pero a los pocos días, antes del *rancho*, viene el sargento a mi celda y me dice:

—Prepárese sus cosas; se va hoy.

Hice mis paquetitos nerviosos, distribuí mi herencia deslumbrante –una bolsa de plastillera, una cuerda para colgar ropa, algunos cuadernos– entre los compañeros cercanos, y estaba solo en la celda; solo a la hora larga y callada de la siesta, con todo listo y recostado contra el colchón ya enrollado con ganas de un sueñito y en una espera incierta, cuando el sargento vino a decirme: “Vamos”, cerré el libro de Horacio Quiroga que estaba leyendo con un solo ojo: “Cuentos de amor de locura y de muerte”, y me despedí de la celda.

TERCERA PARTE

Mi araña ha construido su tela entre el marco carcomido de la puerta y la pared, a tres centímetros del suelo, por donde entra el rayito de sol de las dos de la tarde. La tela es realmente poderosa y soporta sin perjuicios aparentes el roce de los pantalones transeúntes, las arremetidas del viento polvoroso y, lo que es peor, mi curiosidad.

La descubrí con el trabajo comenzado: una trama de doce centímetros de diámetro. Descendía del centro en travesía hacia la pared segregando una saliva brillante que al contacto del aire se hacía rígida y consistente; se dejaba resbalar hacia abajo, una pata trasera deslizándose por una hebra ya tendida para mantener la orientación y la distancia, sosteniéndose en su propia estela de baba, frenando la caída, acelerándola, graduándola, deteniéndose en seco cuando lo decidía. Después de fijar la fibra a la pared regresaba al centro. Allí hacía literalmente un nudo—su cuerpo se contornea y sirve de huso—e iniciaba un nuevo viaje, esta vez hacia el lado opuesto.

La telaraña no pierde ni su forma ni su cuadrícula y aunque quede suelta en el aire tiene una entereza y una resistencia formidables. Algo debe unir a la araña a su tela, algún radar secreto, porque cuando cae una mosca en su trampa de paciencia y astucia se precipita a una velocidad de susto y se planta junto a ella sin tocarla. La mosca torsiona el cuerpo, sacude locamente las patas y eso mismo la hace quedar aprisionada entre los hilos, como rejas cruzadas, de la tela pegajosa. La araña la observa. La mosca reacciona por momentos intentando liberarse: agita las alas con un zumbido desesperado y cuando parece convencerse de su impotencia, se detiene y descansa; luego reincide pero cada vez más inútilmente. La araña se acerca un poco más y la toca dos, tres veces; golpes breves y veloces, con una de sus patas traseras. La mosca debe saber, ancestralmente, lo que le espera porque se debate, frenética. La araña hace un lazo y ata la pata trasera de la mosca con la pata media del mismo lado; la mosca en cada sacudida se mueve hacia el costado de las patas atadas y deja en el aire las otras; con el mismo recurso, la araña se

las inmoviliza también; luego sujeta un ala a la pata delantera de uno y otro lados. Cuando la mosca está confiablemente paralizada, la araña la circunda en todas direcciones y la envuelve en una malla fina que la deja condenada a la tela. Es entonces que penetra su parte superior en el abdomen de la mosca; se pasa horas dentro. Su parte visible está quieta; solo se mueve apenas, para tomar una mejor posición. De la mosca no quedará más que una cascarita perfecta y enteramente vacía.

* * *

La celda es tenebrosa y el calor, brutal. La celda es un cuchitril de dos metros por uno y medio con un camastro que ocupa el setenta por ciento del espacio. Acostado y estirado, cabeza y pies le tocan las paredes; parado, si pega los brazos al cuerpo, apenas cabe entre el camastro y el muro: un muro de cemento rugoso que arranca la piel de los codos.

Una luz amarillenta sobre la celda, ni una gota de aire, un calor de horno persistente, y los mosquitos. Duerme en calzoncillos pero como los mosquitos forman nube, se acuesta, se tapa con la sábana para protegerse y queda sumergido en un caldo viscoso. Atacan batallones, legiones de mosquitos y lo que se ponga para combatirlos no sirve porque el calor lo evapora en minutos.

Y el mosquito es el bicho más presentable de este bestiario fabuloso: hay cascarudos que estallan vertiginosos contra las paredes y se meten en la cama; hay cucarachas, escuadras de moscas, congresos de mariposas insistentes y están los dueños del circo: los ratones. Los ratones bajan del techo de paja en fila india, trotan debajo del colchón y se le escurren entre las sábanas; cuando siente el gusaneo, los persigue a trompadas pero se encogen entre las tablas de la tarima y lo dejan dando palos de ciego.

Como un cuartel no está pensado para tener presos, fueron a parar a los calabozos de rigor donde habitualmente sancionan a la tropa. Un soldado castigado trabaja, hace guardias, ejercicios, revistas y de noche, en vez de irse para su casa, queda encerrado en estas covachas; si unas horas es castigo, hay que ver lo que es un día entero.

La celda está en un barracón del cuartel del Batallón de Infantería, de San José, antesala de su liberación, según le anunciaron. El barracón tiene techo de quincha, esos de paja y alambre, muy de estancia, y está dividido en dos, por un muro que no llega hasta arriba. De cada lado del muro, seis y seis, hay doce calabozos como el suyo, separados por un espacio, un corredor ancho. Un baño para todos los presos; agua

fría –verano e invierno–, un chorro en la pared por ducha, un lavamanos y un agujero en el piso.

–Al que no le guste, que se mude –como dice el milico panzón.

Sobre el alto del muro divisorio hay una terracita: una suerte de balcón sin baranda, desde donde vigila un milico provisto de careta, granadas de gas y garrote. El celdario es sobrevolado por un tejido de alambre tipo gallinero a modo de cielo raso. Más arriba penden las lamparitas tristes, de cafetín, decoradas por cagadas de moscas, siempre encendidas, y que si bien no sirven para leer, molestan para dormir.

Este es su mundo, aquí pasa todo el santo día. Estar en esta celdita es como estar, vivo y quieto, en un ataúd. Lo despiertan de madrugada, porque, como dice el lema cuartelero: “*no se hace nada en todo el día, pero se empieza bien temprano*” y la única actividad que le espera es sentarse en la tarima, a contemplar su araña.

Nada peor para el preso que el cuartel; porque en una cárcel hay muchos presos y unos pocos guardias, pero en un cuartel es al revés: hay cuatro, cinco presos y ochocientos milicos que se entretienen en joderlos.

El milico cuartelero del Interior es un tipo físicamente muy fuerte, que cuando agarra un brazo deja la marca de los cinco dedos. Y, en general, un hombre obtuso y muy ignorante. Tanto, que a veces conmueve. Caso del *Domador*, por ejemplo: milico valiente que sabe batirse descalzo en medio de los novillos y dar un espectáculo heroico, bañado de arriba a abajo de sangre animal, castrando y marcando a fuego. Un domingo para celebrar tanta hazaña le fueron a sacar una fotografía y se preparó: se puso una camisa flamante, bolígrafo colorado en el bolsillo –condecoración de analfabeto–, se peinó con energía y cuando el fotógrafo iba a disparar le dice “esperá, esperá”: fue a perfumarse, volvió y se puso en pose.

Gente sencilla, desconfiada, bastante torpe; aunque hay excepciones brillantes, hay también mucho atrofiado, lo que tiene más inconvenientes que ventajas: el preso es un ente político, sus armas son el razonamiento y la persuasión –argumentar para convencer–, y con la mayoría de los milicos cuarteleros eso es decididamente imposible.

El milico no sabe doblar. Si se quiere que haga un zig-zag no hay que decírselo: primero hay que señalarle un punto y cuando llegó, mostrarle otro que hace ángulo; viraje no hace, hace dos líneas rectas. Si bien esto permite que el preso casi siempre sepa para dónde va y pueda intentar manejarlo, también es muy peligroso. Es el caso del último fusilado: el contrario ya ganó pero el milico ejecuta al último prisionero aunque al otro día lo fusilen a él; no dobla.

Es muy difícil sacar a un milico del:

—*Hay orden y estamos en hora.*

Mientras no suene el clarín—esa pesadilla ritual del cuartel— el milico cumple orden. Y no se puede decir que sea corroído por muchas dudas existenciales:

—*Todo lo que está quieto, hay que pintarlo de blanco* —dice otro refrán cuartelero— *y todo lo que se mueve, hay que meterlo preso.*

Hombres más rudos que el común de la gente, directos, bastante bestiales. El contacto con la naturaleza los hace muy sanos, sí, pero también los dota de una especie de animalidad, de insensibilidad para dar la muerte. No matan, carnean. Aplastan a un gato por entretenerse y no les tiembla un rasgo si delante de ellos están deshaciendo a un hombre. Es *máquina* fácil la que dan: todo o nada, o uno aguanta o lo rompen; no hay oportunidad de hablar.

Haragán y aburrido, cuando termina sus ejercicios de rutina y no sabe ya qué hacer, puede ponerse muy estúpido, y cruel como un niño. Llega una ensalada fresca, apetitosa —la comida es buena en San José—, levanta las hojas y se encuentra un remolino de hormigas negras y sabe que le pueden haber escupido la comida; cuando recupera el colchón, que sacó a orear, puede venir con piedras dentro o con espinas, y hasta con mierda.

Sale al recreo, a un patiecito de cuatro celdas, y encuentra los otros presos “liberados”: *Urraca Modernell*, el *Chancho* Pintos, *Lechuga* de Vargas, el *Negro Méndez* y el *Marqués* Castagno. Se pone a hacer unos partidos de tenis sui generis con una piolita que atraviesa el patio atada a dos piedras de una altura de menos de diez centímetros; dale que dale a la pelotita, imprimíle efecto, arrojáte al suelo para salvar un tanto, sudá, divertite, cavernícola; hasta que al primer milico se le ocurra decir:

—Se acabó el partido, pichis, a los calabozos.

* * *

Sé muy bien que en casos así tengo que controlarme, pero a veces no puedo. Como cuando tuve el ataque de úlcera y llamé al sargento.

—¿Qué quiere, ahora?!; ¿qué le pasa? —contestó.

—Precisaría una pastilla de “Librax”; tengo un ataque.

—¿Y a qué hora tiene que tomar esa pastilla? —es lo que se le ocurre.

—A la hora que me duele, ¿cuándo va a ser?!

—¿Cómo dice?

—¡Que me traiga la pastilla!

Vino, sin la pastilla; es un sargento medio afeminado, turbio, un tipo necio. Cuando abrió la puerta me coloqué firme, de frente, con las manos atrás, como quiere el reglamento. Pero en la guarida no hay espacio para ponerse bien derecho; es inevitable quedar de medio perfil y encorvado.

—¡Sanción por posición incorrecta; falta de respeto a un clase! —decidió el milico.

—¡Está bien —repliqué—, pero me trae la pastilla!

Once días sin salir del calabozo; fue la época de calor más bruto: cuarenta grados de día, cuarenta de noche, el bochorno siempre, el combate con los bichos, un sopor permanente que me tumbaba en siestas de cuatro de la tarde. Abrían la puerta para dejar la comida en el suelo y volvían a cerrarla.

Sacaba cuentas y me decía: “Tranquilo, estás liberado, estás por irte”; un arma de doble filo.

San José, 10 de diciembre de 1974.

Querida familia salud:

Hasta ahora no había querido escribirles porque la cosa era de un momento para otro; hoy pienso que puede demorar algo. El 27 de noviembre me trasladaron al cuartel de San José, para cumplir breves trámites previos; luego iré a la Jefatura de Policía para pasaporte, y afuera conmigo.

El abogado pensaba que, con suerte, podía irme en el avión de ayer; llegué a pensar lo mismo. Y pagué las consecuencias de entrar en la vía optimista. Cada día se me hacía el último y me ganó el clima de aeropuerto.

En los últimos tramos la impaciencia da golpes bajos y pone a re-leer viejas cartas; también he mirado fotos. Confeccioné una lista óptima de los libros y casetes que pediré a la familia para llevar conmigo.

Los beso abusivamente y me despido.

Hasta cuando sea

David.

No hay preso algo veterano que no intente ablandar a los milicos, hacerlos bajar la guardia. Conversación amable: “¿Usted de dónde es?, ¿no es de Salto?”; “por allá hay una familia que tiene que conocer...” y se los va ganando. Eso sí, con una condición: ser impecable como tipo; honesto, sencillo, cuidándose siempre de no darle una imagen torcida.

Arreglaron una máquina de escribir; después les dieron pico y pala para cavar una zanja; es lo que querían: respirar hondo al sol y mover el cuerpo y hacer correr el sudor en las mañanas; salir como fuera de la tumba.

Los milicos carnean las vacas para la comida del cuartel de manera bastante bruta: un remolino de bichos metidos en un corral, enloquecidos por el olor a sangre, atacados a palazos, revolcados en el polvo; quedan colgados, los vacían y después esas tripas al aire despiden un olor a pasto semi digerido y a mierda fresca, agridulce, en proceso intensísimo. Tienen un desangradero hasta una cañada a setecientos metros: una canaleta de piedra laja, criadero de ratas, nauseabunda, que les dan a limpiar con unas palitas inútiles de zapador: hay que meter las manos y sacar coágulos de sangre, bichos muertos, corazones, bosta; un trabajo que cualquier hombre libre rechazaría y que ellos, no solo hacían sino que agradecían porque es una fiesta estar unas horas al sol, fugitivos de la jaula.

El 18 de diciembre del bendito año 74, a media tarde, viene un milico a mi calabozo y me dice:

–Ahora sí, prepare todo que se va.

–¿En libertad?

–En libertad.

–¿Cuándo?

–Mañana de mañana; tenga todo pronto que a las diez vienen a buscarlo de Jefatura.

Hacía un mes que me habían hecho el mismo anuncio en *Libertad* y no quería embalarme; pero esa noche no pude pegar un ojo y creo que repasé mi vida entera y sobre todo lo que haría con ella durante los cinco años que empezaban al otro día.

Poco después del amanecer me levanté, arrollé y até el colchón, guardé en una bolsita plástica los cuatro trapos que tenía, me afeité, me vestí lo mejor que pude y me despedí de los compañeros:

–Buena suerte, loco.

–Gracias, hermano, hasta muy pronto.

Las diez, las diez y media, las once: “no vienen, no salgo”. La libertad espejeando en el horizonte y yo al borde de otro naufragio. No sé: es como estar en una estación sentado ya en el tren y el tren está inmóvil y no sale y pasan semanas y uno no se convence de que no va a moverse,

de que no hay viaje, de que está en una vía muerta. Junto al *flauteo* no hay nada más destructivo en la cárcel que la expectativa prolongada de salida. El preso que cree que sale y se pone a esperar, se *raya*, monotemático, como un disco: *raya* que se hace *surco*, y luego *canaleta*.

Once y media, las doce; poco después de mediodía apagaron la luz del barracón. “Esto es un *verdugueo*, pensé, “no vienen a buscarme, apagan las luces; ¿qué pasa?”.

Me encaramé en el camastro; por el techo de alambre tejido veía al milico que estaba en la plataforma de vigilancia; por suerte era un milico bastante servicial y le susurré:

–¿Qué hay?, ¿qué pasa?

Me contestó con un murmullo:

–Parece que mataron a un *Viejo*.

Los *Viejos* eran los oficiales de alta graduación, personajes.

–¿Un *Viejo*?, ¿qué *Viejo*?

–No sé, Tapal, algo así.

–¿Dónde lo mataron?

–En París, dicen.

–¿Quiénes lo mataron?

–Ustedes.

Se me escapa una risita nerviosa, por lo que parece un chiste.

–¿Tapal, se llama?

–No sé: Tapal o Tabal.

–¿No será Trabal?

–Puede ser; algo así.

Después me enteraría de cada detalle: el 19 de diciembre de 1974, a las 13.10, hora francesa, el coronel Ramón Trabal, ex Jefe del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas, agregado militar de la embajada uruguaya en Francia, estaba entrando con su R-12 azul cielo al parking del primer subsuelo del edificio donde vivía, en el 15 de la Avenida Recteur Poincaré, en París, cuando recibió siete balazos calibre 7.65 disparados a bocajarro. La Agencia France Press difundió el comunicado de una “Brigada Internacional Raúl Sendic” que reivindicaba el atentado. El presidente uruguayo, Juan María Bordaberry, denunció un “plan de agresión contra nuestro país” y pidió que Francia tomara “medidas urgentes y enérgicas” para atrapar a los “asesinos, integrantes de una organización internacional de guerrilleros tupamaros”.

De inmediato, un comando uruguayo trasladó al país, con la complicidad de los milicos argentinos, a cinco tupamaros que habían “desaparecido” en Buenos Aires. Los asesinó y abandonó los cadáveres a

vista y paciencia de todo el mundo, en Soca, no lejos de Montevideo.

Me sacudió la noticia, porque la represión no había alcanzado todavía ese nivel, y me sacudió también porque entre los muertos estaba Floreal García, un petiso de oro, puro pueblo, quieto y rebueno que en Punta Carretas había sido absorbido por el cariño de todos; los otros muchachos eran Mirtha Hernández, la compañera del petiso; Héctor Brum, su esposa: María Aguirregaray, y Graciela Estefanel.

Los “levantaron”, los implantaron en un escenario, simulando una venganza, y como diciéndonos:

–Miren hasta dónde podemos llegar.

Y los Tupamaros no habíamos matado a Trabal. El coronel Ramón Trabal estaba elaborando otra alternativa represiva –una pretendida salida política–, y fue liquidado por una fracción rival.

Una de la tarde en París, ocho de la mañana en Montevideo: a Trabal lo mataron cuando yo estaba en mi calabozo de San José arrollando el colchón y juntando mis trapos para irme.

Le susurré al milico de la planchada:

–¿Qué va a pasar conmigo?; ¿no sabés?

–Me parece que hoy no te vas: suspendieron las salidas por lo del Viejo.

La situación empeoró mucho en el cuartel y el último mes fue bastante infernal. Habían detenido a quince comunistas de la zona que parece que tomaron unas fotos del cuartel –no más que eso– y los encerraron del otro lado del muro divisorio en el barracón nuestro.

Los ponen de *plantón*, los interrogan, les gritan, los insultan y empiezan a darles la gran paliza, ahí mismo. No hay nada peor que sentir que tienen a otro en la *máquina*; se soporta mejor la propia.

Tres o cuatro días después nos sacaron de allí y nos trasladaron al cuartel de Trinidad.

Respiramos todos: estábamos podridos de San José.

Aquel viernes de abril en nuestro escondite de Amazonas nos pusimos a escuchar con el *Ñato* la radio VHF desde temprano. La Very High Frequency era una excelente adquisición hecha en Estados Unidos que nos permitía sintonizar las radios policiales y militares y estudiar los movimientos del enemigo. El código militar no lo habíamos podido descifrar todavía, pero el policial sí. Dos días antes había habido otra fuga tupamara desde Punta Carretas y con el VHF pudimos cronometrar el tiempo de reacción de las Fuerzas Conjuntas, desde que se había dado la alarma hasta que cerraron el límite departamental de Montevideo: 27 minutos; y los compañeros no necesitaban más de doce para cruzar.

Ese 14 de abril sería un gran día: los Tupamaros iban por fin a ajustar cuentas con el “Escuadrón de la Muerte”(*).

A las seis y media de la mañana, por la VHF, nos enteramos de la primera operación: el subcomisario Delega y su chofer, Leites, habían sido ametrallados en plena calle.

Adolfo Wassen, el *Nepo*, estuvo en Amazonas y recomendó prudencia:

—Hoy no se muevan del *berretín*.

(*) El “Escuadrón de la Muerte”: organización paramilitar (integrada por civiles, policías y militares en activo) encargada de la “tarea sucia” de la represión. Durante todo el año 1971, atentado tras atentado, bomba tras asesinato, el “Escuadrón” se había fijado como objetivo el amedrentamiento de la militancia de izquierda en el Uruguay. El modelo se repite en otros países de América Latina: “Mano”, en Guatemala; “Triple A”, en Argentina; “Escuadrón”, en Brasil, etc.

Las declaraciones de Nelson Bardesio, fotógrafo de la policía y miembro del “Escuadrón” uruguayo, secuestrado e interrogado esos días por los tupamaros, habían permitido descifrar la estructura, las complicidades internacionales (la CIA, los gobiernos de Argentina, Brasil y Paraguay) e identificar a una docena de sus miembros: el ex subsecretario del Ministerio del Interior de Uruguay, Armando Acosta y Lara; el subcomisario Delega y el capitán Motto, entre otros.

Wassen se fue a las nueve hacia otro local de la calle Pérez Gomar.

El capitán de corbeta Ernesto Motto fue el segundo ejecutado de la mañana. Todo parecía cumplirse de acuerdo con los planes. Pero –dicen los partes radiales de la policía–, en el Cerrito de la Victoria un comando tupamaro fue interceptado: hay un muerto.

–¿Quién puede ser? –preguntó al Ñato, pegado a la VHF que se oye confusamente.

Hay también un fugitivo.

–Un “NN”, con “champions”, que tomó corriendo por la calle Nicolás Herrera –dice la VHF.

Es solo entonces que en el berretín de Amazonas comenzamos a imaginar una nueva dimensión de los acontecimientos. Los operativos podían no resultar *limpios*, habría compañeros muertos y heridos. Había que extender los consejos de prudencia del Nepo. A las diez, llamo a Luis y le digo:

–Avisá al “Inter”: que ningún clandestino salga a la calle durante dos días.

El *Intercolumnas* era un correo circular que conectaba todas las columnas tupamaras que operaban en Montevideo; se hacía un circuito de calles –todos los días distinto– por el que caminaba un compañero que iba contactando uno por uno a los representantes de las columnas, pasaba la información central y recogía la que tuvieran que darle.

En camiseta y en pantalón, descalzos, comiendo un plato de pescado con fideos que nos había subido Ivette, oímos con el Ñato cerca de mediodía que Luis salía a hablar por teléfono.

La noche anterior, a las once, sabiendo que Luis no volvería a salir a la calle antes del comienzo de los operativos –medida elemental de seguridad–, le había comunicado el programa de ejecuciones. Luis me miró sorprendido. Días antes le había anunciado que la Organización, de acuerdo con su “Plan 72”, iba a iniciar un repliegue táctico que podía durar de ocho meses a dos años. Luis estaba subido en la escalerita del armario, con medio cuerpo dentro del *berretín* y se enteraba de que a las pocas horas empezaba el primero de tres días de ejecuciones, que varias cabezas del “Escuadrón” iban a rodar.

–¿Y ese es el repliegue táctico? –me preguntó Luis–. ¡Esa es la guerra, hermano!

Le expliqué despacito, punto por punto, cómo se había llegado a esa decisión y dije tranquilo:

–Pero no, muchacho, ¡qué va a ser la guerra!; esto es como espantar a un moscón; una cosa chica.

Luis tenía la duda en la cara cuando me dijo:

—¿Una cosa chica?; no me parece.

Pasaría bastante tiempo y no pocas peripecias para que yo comprendiera que Luis aquella noche tenía razón, pero esa mañana todo estaba ya en marcha y Acosta y Lara, miembro importante del “Escuadrón de la Muerte”, según Bardsio, también había sido abatido por disparos de precisión que se le hicieron desde los fondos de una iglesia.

Eran las dos de la tarde; Luis había vuelto a la casa, Laura estaba en el liceo, Anita en la escuela, Ivette acababa de recoger los platos de la comida y el *Ñato*, que se había atragantado con una espina de pescado iba a bajar al baño para sacársela, cuando oímos por la VHF, con toda claridad:

—Atención; ¡por favor, por favor!: no proceder hasta que llegue número uno —el que hablaba tenía voz de jefe—, no proceder hasta que llegue...

Nos miramos, con el *Ñato*.

—Eso debe ser cerca —dijo.

Con la VHF captábamos los patrulleros y la Central de Investigaciones y las radios militares. Yo movía el dial saltando de una a otra y siempre nos habían llegado con un sonido rugoso como de piedras arras-trándose; ahora la interferencia había desaparecido y la voz se oía nítida, demasiado.

Dos ruidos rotundos llegan hasta el escondite. Pienso, fulminante: “debe ser Ivette que se cayó por la escalera” y voy hacia la boca del *berretín*. Desde allí bajan dos cuerdas con travesaños de madera hasta la escalera plegable. Tomo las cuerdas y voy a descender cuando el *Ñato* me pone la mano en el hombro y me lo impide.

—¿Qué hacés, loco?! —me dice—, ¡cerrá que están los milicos!

De pronto todo está claro para mí. Los dos ruidos habían sido detonaciones, potentes, de M-1. Me dispongo a bajar la tapa para cerrar el *berretín*. La tapa de cemento es pesada, sesenta, setenta quilos, pero se baja sin esfuerzo gracias a que las cuerdas corren por una roldana aplicada a la pared. Acostumbraba a bajarla y cuando llegaba al pie la hacía subir un poco y la dejaba caer de golpe. La tapa se cerraba con un “click” y cuando oía el “click” me quedaba tranquilo.

En ese momento estoy en cuclillas sobre el pozo abierto, estoy bajando la tapa con las cuerdas, cuando siento que el *Ñato* se me viene encima, sobre mi hombro izquierdo.

Ya no son dos disparos: es toda una artillería, la que se descarga sobre la casa, un tartamudeo ensordecedor de ametralladoras punto 30 y

mucho M-1, que es muy bruto e inconfundible.

Estoy en cuclillas sobre el pozo abierto, estoy bajando la tapa cuando siento que el *Ñato* se me viene encima por mi izquierda, y pienso que supone que estoy nervioso por aquella potencia tan grande de fuego y que quiere cerrar la puerta del *berretín* en mi lugar, y le digo:

–Dejáte de joder, estoy tranquilo; no te preocupes.

Pero el *Ñato* no responde y sigue derrumbándose hecho un ovillo hacia la boca abierta del pozo y entonces giro la cabeza y lo veo: del cuello le sale un chorro rapidísimo y grueso de sangre que le moja la camisa y salta y me salpica a mí también.

Me sacó al *Ñato* de encima, lo siento contra una viga de madera gruesa que va desde el piso del *berretín* hasta el techo y veo que la bala le entró por detrás del cuello, de abajo a arriba y le salió por delante: un recorrido milagroso que le dejó colgando un tapón de sangre. Adelanto la mano para devolverle el tapón al hueco de estrías amarillas pero el *Ñato* dice:

–Dejá que me lo pongo yo.

El *Ñato* se lleva la mano al cuello y se aprieta la herida. Sangra, pero no parece estar demasiado mal.

Me doy cuenta de que recibí un golpe en la cabeza: un buen trozo de mampostería desprendido por las balas, pero apenas lo siento. El *Ñato* descubre otra herida en un dedo del pie izquierdo y otra que le atraviesa la pantorrilla derecha: nada de importancia.

–¿Habrás caído el *Nepo*? –interroga el *Ñato*.

–Pueden haberlo seguido y dieron con la casa –especulo.

Los disparos recrudescían: o nos mataban encerrados allí o no tardarían en descubrirnos; había que apurarse. Por mi parte tenía que encontrar antes que nada una libretita negra donde tenía anotados los contactos de esa tarde. Estaban en código pero podían descifrarlos y detener a los compañeros.

–Apagá la luz –dijo el *Ñato*.

–Esperá que estoy buscando los papeles –respondí.

La libretita tenía que estar en mi rincón y quería encontrarla rápido para quemarla o comérmela. Me desfiló por la cabeza una lista de todo lo que había que hacer desaparecer: el relevamiento del río Uruguay, los acuerdos para “correr” treinta kilómetros la frontera con Argentina, los cursos guerrilleros, la carpeta con algunos problemas delicados de compañeros, material de archivo de la Organización que estábamos descodificando para pasar a microfilme: tesoros para el enemigo; había que quemarlos aunque se incendiara la casa, antes de caer y mientras

uno de nosotros aguantaba a los milicos con los Colt...

–¡Apagá la luz! –repitió el *Ñato*.

Seguía recostado contra la viga, lívido y por un momento pensé que estaba asustado. El estruendo del tiroteo me hizo levantar la voz:

–¡Dejáte de joder, *Ñato*, los papeles...!

El *Ñato* se incorporó y arrancó los fusibles de seguridad. Quedamos a oscuras. Poco a poco volvimos a reconocernos. Los disparos seguían abriendo grandes perforaciones en el cielo raso y por ahí surgían desde el living haces de luz en los que quedaba flotando un polvo indeciso.

–Hacéme caso –dijo el *Ñato*–; es una orden.

El *Ñato* no solo tenía más jerarquía sino también más experiencia que yo.

–Está bien –dije.

Refunfuñando fui a buscar una linterna pegada a la viga y la encendí. Resonaban los “bum-bum” del M-1.

–Pero ¡la gran puta! –se indignó el *Ñato*– ;¡apagá las luces, te digo!

–¡Dejáme buscar los papelitos para quemarlos! –supliqué.

–Apagá y andá a acostarte –ordenó el *Ñato*–; acostáte en el fondo y no te muevas.

Es en ese momento que consideré la otra opción: pasar inadvertidos. Después, cuando pude pensarlo con calma comprendí que en términos militares las dos alternativas eran buenas: cubrir los papeles con la vida o intentar salvar la vida sin entregarlos. Si los quemábamos nos hacíamos notar inmediatamente y éramos hombres muertos; en la hipótesis contraria podíamos sobrevivir y no necesariamente perder los documentos.

–La cosa viene gruesa –dice el *Ñato*–, pero podemos zafar.

–Van a dejar una guardia –opino.

–Para una ratonera, no da, con el escándalo de este tiroteo –dice el *Ñato*.

–Dejarán cuatro, cinco milicos.

–Tenemos dos fierros, esta noche podemos irnos –proyecta el *Ñato*.

–También el *Nepo* sabe que estamos aquí.

–Si él no cayó puede rescatarnos.

–Seguro que nos rescatan.

–¿Qué hacemos con el material?

–Quemamos.

–Hay que salvar la plata, los 25 mil dólares.

–¿Y si no vienen a rescatarnos?

–Apretamos o *limpiamos* a los milicos y nos vamos.

–Esperamos hasta la noche.

–Por el fondo de la casa.

De lo demás no hablamos: del estado del *Ñato*: si podría llevármelo, si tendría que dejarlo, si se moriría antes; era un dato de la situación militar y lo tomaríamos en cuenta en su momento.

–Acostáme –dice el *Ñato*.

Pero no soporta la posición y tengo que volver a sentarlo. Hay una caja de primeros auxilios en el *berretín* pero ¿qué se le pone a un tipo que tiene el cuello reventado por un balazo?, ¿mercurio cromo?, ¿alcohol yodado?: se espera que se cierre la herida o que la sangre termine de salir del cuerpo, ¿qué más?

Por un instante pensé lo que se me venía: “cuando me saquen de acá me van a hacer pelota en la *máquina*; me van a dar como adentro de un gorro”. Cuando hay balazos los milicos quedan muy nerviosos y cuando les matan a alguno o tienen que matar se ponen histéricos. Ahí está el caso de aquel compañero que les disparó un bazukazo de frente, falló y cayó preso y casi lo muelen a palos en la calle; si la gente no los hubiera rodeado, gritándoles: “¡asesinos, asesinos!”, matan al compañero; no tienen ningún fogueo, los milicos; los desequilibra mucho la violencia.

Me arrastré, pasé debajo del tabique, me acosté junto a los archivos y me quedé muy quieto escuchando. Desde que habían herido al *Ñato*, el bombardeo contra la casa no había cesado. Muy cerca de mí, un enorme boquete en el cielo raso me daba la impresión de que iba a ser visto en cualquier momento. El tiempo parecía eterno pero no habían pasado más de cinco minutos desde el primer disparo.

De pronto se había hecho un gran silencio; un silencio que fue interrumpido por algunos disparos y en seguida escuché las botas escaleras arriba, las botas de los milicos galopando en la madera de la escalera que subía del living al primer piso.

* * *

Acababa de resonar, ácido, estridente, el clarín del cuartel, y todavía de noche, encapuchado y esposado, llevado del brazo por un cabo y escoltado por dos soldados, uno con carabina y otro con perro, cargando como podía tres latas, el cepillo de dientes, la toalla y el jabón, iba hacia el baño.

El clarín del cuartel de Trinidad es un chirrido desacompañado que le rompió brutalmente el sueño a las 5 de la mañana y tuvo quince minu-

tos para levantarse, arrollar y atar el colchón y doblar las frazadas antes de oír abrir el candado y la patada en la puerta:

—¡Los colchones!

La puerta de madera golpeó hueco a su lado; asomó el cuerpo sin salir del calabozo, puso el colchón afuera y volvió a entrar. Dos guardias vienen y se llevan los colchones; una conquista: antes tenían que cargarlos los presos.

—¡Vamos; al baño!

Un soldado entra al calabozo y le pone la capucha. La capucha es una funda de almohada de cuartel. En una época hubo solo una, para todos los presos, y quedaba tirada en el patio a merced de los perros y las lluvias. Después lograrán realizar el sueño de la capucha propia. David tenía la suya, colgada y limpiecita y, hasta una madrugada en que se dieron cuenta, bastante transparente. Un cabo lo llevaba del brazo y él no tendría que haber dado aquel paso demasiado largo, cuando apareció el pozo: “¡Ah, pero este hijo de puta, está mirando!”, escandalizó el cabo que por suerte lo tomó a broma, en buen perdedor.

Ahora con la capucha puesta no ve nada: algo de sus propios pies o los de alguien que pasa a su lado. Extiende los brazos y le ponen las esposas. Trinidad es un cuartel muy viejo y tenían unas esposas de la época de la Independencia: una horquilla sobre la que caía un hierro, con un pasador y, al pasador, ¡se le daba cuerda, como a un juguete!; pesaban una enormidad, aquellas piezas de museo. Un día adoptaron las esposas tupamaras, por razones prácticas; eran unas esposas que se hacían con un freno de bicicleta, en ocho, apretado con un evita-soldaduras, un cañito con un tornillo. Pero el problema entonces fue que no había destornillador y ellos mismos tenían que ajustárselas. Hasta que un día llegó un comandante y viendo aquello dio la orden severa de comprar esposas comunes, uruguayas y decentes, y desde entonces son las que usan.

Encapuchado, esposado, lo van a sacar de la celda. La celda es minúscula, de paredes cochambrosas olvidadas de la pintura, reventadas por los años, nidos de chinches. Tantos milicos que cumplieron allí sanción —eran, como los de San José, calabozos de rigor— tuvieron inspiración y tiempo para llenarlas de dibujos obscenos y prolijos; mujeres en cuarenta posiciones, citas, mensajes, señas, sexos; todo muy pobrecito, al bolígrafo tres colores.

En la celda están de a dos. Uno duerme en el piso, el jergón sobre el cemento y sus piernas entran debajo de la tarima del otro. La tarima ocupa casi todo el fondo de la celda: quedan treinta centímetros para

poner algo. Tres ventanas, una en la puerta y dos altas en la misma pared con rejas y sin vidrios, por donde se cuele un calor de muerte o, como ahora, el frío bajo cero del invierno y un polvo interminable de desierto. Duerme vestido, con abrigo, gorro de lana, bufanda cubriéndole la boca, botas, dos frazadas y tiembla toda la noche; vivir en la mugre, dormir a la intemperie: eso es Trinidad.

Un jueves, el mismo día que ingresé a Trinidad, vino a verme el cabo Bello y me dijo:

—Aquí se puede tener dinero depositado y nosotros hacemos las compras.

Ancho de hombros y musculoso, Bello tenía unos 25 años, era delgado y largo —*El Flaco*, le decíamos—; bigotes, mata abundante de pelo, ojos fugitivos; alguna ausencia dental que le permitía calzarse el cigarrillo con comodidad; muy buen jugador de fútbol, contaban, y una de las almas más mezquinas del cuartel, lo que es decir.

Le di el dinero y el mismo día, sin receta, me consiguió “Librax”. Después me hacía depositar una cantidad exagerada y los viernes comprábamos dulces, manzanas, queso, galletas, todo lo que pudiera ayudar a reforzar el menú de los cuatro presos. El *Flaco* Bello se compraba un poco más para él y arreglaba con el almacenero, para que no apareciera en la cuenta. Un día le pedí que fuera a buscarme algo y le digo:

—Compráte también lo que necesites para vos, *Flaco*, y hacélo anotar.

A veces el Flaco llegaba trastabillando al cuartel. El milicaje no tenía mucho que hacer en esa morgue que era Trinidad como no fuera chupar grapa o irse a los prostíbulos de mala muerte. Una mañana, a las once, aparece en mi calabozo con una sorpresa:

—Me caso, Cámpora.

El comandante lo había llamado a su despacho y le había preguntado a bocajarro:

—¿Fue usted el que embarazó a esa muchacha?

Cuando el milico con su conducta “desdora el uniforme” —una violación, robos, deudas impagas— el cuartel interviene en su vida privada. He escuchado filípicas mayúsculas dadas a toda una compañía por un mayor, un día de cobro, decidiendo la administración del dinero. Y los milicos reaccionando con murmullos de niños ofendidos pero dispuestos a obedecer.

—¿Fue usted el que embarazó a esa muchacha? —había preguntado el comandante.

—Sí, mi comandante —tragó Bello.

–Se va a casar –dijo el jefe.

–Sí, mi comandante –acató Bello.

–Pasado mañana –notificó al superior.

–Sí, mi comandante –se resignó Bello.

Vino a decirme:

–Me caso y quiero ver si me podés prestar unos pesos.

–No te presto, te doy –le digo–; ¿cuánto precisás?

–Me arreglaría con cinco mil –dijo el *Flaco*.

–¡Pero, cómo no, Bello; retirálos nomás y traeme el recibo que te lo firmo.

–Gracias, Cámpora, muchas gracias.

El *Flaco* no sólo tenía un escalón bajo de influencia, lo que no le permitía más que hacernos algunos pequeños favores, sino que era un bicho dañino, una verdadera comadreja.

Aguantaba como un apóstol cuando lo sorprendíamos en alguna de sus trampas. Tenía la viveza callejera del que pasa cuidándose del golpe y había desarrollado una perspicacia puerquita, de vuelo bajo. Lo cierto es que aguantaba de lo lindo cuando lo sorprendíamos en una de las suyas y le decíamos:

–¡Qué mierda sos, *Flaco*!; con todo lo que nos debés y querer engrupirnos así; ¿por qué no te callás la boca y te dejás de joder un poco?

Y Bello se iba, con su cigarrito con filtro calzado en los dientes, sin decir palabra, seguramente pensando en los pesos de los presos y en lo bien que le venían.

* * *

Encapuchado y esposado, lo sacaban de la celda y como la puerta era chica salía justo y medio de costado; un cabo lo agarraba del brazo con su mano izquierda, en la derecha el garrote. Salía a un patiecito sin techo. Junto a su celda hay otra; enfrente, dos: una de ellas de seguridad, donde está encerrado Manera Lluveras.

El cabo lo pone a caminar y un par de soldados lo escoltan. Los seleccionan por brutos y por seguros, tipos como *Hans de Islandia*, el *Araña*, que no creen en nadie; viene uno con carabina, a su costado el otro, con perro. Todo este ejército para cuidar a un tipo, encapuchado y esposado, con tres latas en las manos, que atraviesa las primeras horas del día para ir al baño, dando tropezones de ciego.

A veces lo hacen dar el *paseo*. Lo vienen a sacar para el baño como

si fuera la hora de la diana y, en realidad, no son más de las dos de la mañana; lo hacen levantar, preparar el colchón; capucha, esposas y lo sacan. Dicen que lo llevan a un baño más lejano —el de una *batería* que queda a trescientos metros— y entran a hacerle dar vueltas y revueltas. Piensan que no conoce el cuartel, pero él se lo sabe de memoria. Una vez lo hicieron girar seis veces en torno a un arbolito de la Plaza de Armas.

Lo llevaban y de pronto el cabo le decía: “Cuidado, que acá hay una canaleta; largo, largo”, estiraba la pierna todo lo que daba y no había nada y quedaba golpeando el suelo con el pie, como con la punta de un bastón y sentía unas risitas, por allá. O, al revés, no le avisaban nada y lo dejaban meter el pie en un pozo o chocar contra un árbol: “¡Cuidado!”, después que se había golpeado; o un milico sostenía un palo y lo hacía pasar por abajo y le pegaba con el palo en la cabeza, “Le digo que más abajo”, y otra vez las risitas, en el fondo de la oscuridad.

Bromitas de los milicos que estuvieron por terminar mal, una vez. El guardia de la carabina pinchó con la bayoneta a un preso y como el preso sabía karate, con la mano libre, le hizo un quite a la carabina y se sacó la capucha. Quedaron frente a frente. Diga que intervino un cabo viejo —cabo viejo es buena gente, por algo no ascendió—, le quitó importancia al incidente (falta gravísima sacarse la capucha) y hasta sancionó al soldado.

La carrera militar —ellos mismos lo dicen— es la carrera del codazo: la única forma de subir es desplazando a otro; la manera, no importa. Son hombres frustrados, humillados por sus superiores, por su mujer —la infidelidad es norma— y que disponen del pichi para tomar revancha; un cuartel es un embudo y el preso es la boca abierta.

El *paseo* es jodido porque hace sentirse estúpido, impotente ante tanta imbecilidad y perversidad barata. En las manos carga tres latas: una con orina, una con mierda y la otra para el agua limpia. Como no los llevan al baño más que dos, o tres veces por día, tienen latas de leche en polvo brasileñas de un litro, con tapas de presión, cerca de la puerta de la celda (lo que no las hace mucho menos pestilentes) y las evacuan y limpian cuidadosamente cada día.

Apareció a las tres de la tarde con su escueto bulto de ropa —un pantalón, unas camisetas y calzoncillos, un par de zapatos— y se instaló en mi celda. Un señor personaje, don Julio César Modernell, conocido

por el *Urraca*; un ser humano importante, que había encontrado brevemente en la *Isla de Libertad*, empecé a tratar en San José y que en Trinidad iba a volverse gran compañero de cana.

Andaba por la treintena pasada, tenía una cara en roca de corte neto y duro; pardo claro de mirada incisiva y sin vacilaciones; el pelo erizado y resistente. Era un hombre retacón pero poderoso, karateca, que no sólo no hacía nunca alardes físicos sino que parecía avergonzarse un poco de su fuerza descomunal, de sus manos y antebrazos —uno con una cicatriz muy fiera— decididamente impresionantes.

—Aquí me tenés —dijo con calma.

Sabe lo que quiere y lo que odia, desde muy niño, el *Urraca*. Hijo de peona de estancia, criado entre terrones que hubieran cansado a muchos; hombre a los nueve años; solo, hurafío y secretamente tierno; sincero hasta la brutalidad, inflexiblemente honesto; golpeado y vuelto a golpear por una vida que se le dio atravesada, tuvo que usar mucha cabeza y los dos pulmones para hacer estudios de abogacía y había decidido dar todo su tiempo a la revolución.

Perseverante, exigente al extremo, tanto que a veces no sabía evitar los esquemas.

—Aquí me tenés —dijo el *Urraca*, depositando el bulto de ropa en la tarima—, tironeando como perro en vaca muerta.

Por la presión de la mano del cabo en el brazo, por la manera de llevarlo, sabe de qué humor anda el hombre; pero en general, lo que quiere es terminar rápido para irse a tomar mate, a hacer nada.

De todas maneras en el baño no iban a disponer de más de cinco minutos, siete, para todo. Así que coordinaban con su compañero de celda y con las otras celdas para que, mientras uno lava la ropa el otro se afeite, mientras uno mea el otro vacía las latas; los dientes, conviene llevarlos limpios para no perder un segundo.

Hay normas de funcionamiento en el cuartel que son sagradas. Un preso, por ejemplo, no puede ser visto por ningún civil. Y si está la señora del comandante o hay jubilados que vinieron a cobrar su pensión, no se pasa al baño con un encapuchado. Hay que esperar. Y si la señora del comandante está de visita tres días, en tres días no se sale. Jodéte, ¿para qué sos preso?, ¿no decías que querías tomar el poder?: perdiste.

Cuando finalmente llegan a la puerta del baño, se saca la capucha él mismo. Si va a orinar o a lavarse la cara, lo tiene que hacer esposado:

si caga le sacan una esposa.

Se lava la cara, recoge agua, vacía y limpia las latas; todo volando.

—¡Vamos, se terminó! —está ladrando el cabo.

El baño queda como una experiencia traumática, de agitación y angustia.

Las duchas están autorizadas solo cada quince días: la mugre provoca hongos, hace caer el pelo como paja, ulcera las axilas. Y da bronca porque cada dos semanas, cuando van a bañarse porque tienen visita, se encuentran con veinte, veinticinco duchas, con sus grandes florones que dejan caer una lluvia caliente maravillosa, y saben que los milicos no los llevan más seguido, no tanto quizás por orden expresa de *verduguearlos*, sino por pura pereza.

Y con el baño, la afeitada: barba de quince días, sin ablandar; atácala con una maquinita prehistórica que hierve en la mejilla. Y, “bien afeitadito, que mañana hay visita”.

Tía Violeta llegaba vaporosa, fresca con la mañana, su sesentena realizada por las buenas cremas y aquel estupendo perfume francés que invadía el locutorio cuartelero y que a los milicos les parecía —digo yo— olor de animal raro, pero que a mí me devolvía la niñez: las noches en que mi madre salía para ir al teatro.

Desde abril de 1973, dos años, que no tenía visita. La última me la había hecho la *Negra a Libertad*, antes de irse para Chile y había guardado el recuerdo de su cara desolada, su pedido apenas entredicho: “no me digas más..., cuidáte”; sus ojos tan urgidos, urgentes, que querían en tres decenas de minutos llevarse mi cara; su pulgar derecho que insistía sobre el tejido, pequeñísimo, grabándose, memorizando un color, una textura, una poquita piel cuadriculada; su beso total y el “te espero” afirmando algo que yo no había pedido y no podía desearle como porvenir; las lágrimas, pero sólo al final, cuando ya no importaba que el tiempo se perdiese porque ya no era de los dos y ella se iba yendo.

No había querido más visitas, en dos años, ¿para qué? Los familiares que me quedaban necesitaban una complicada autorización y además, ¿no me iban a liberar en cualquier momento? Pero el momento iba durando cerca de un año, acusé la soledad y terminé por pedir que vinieran: tía Violeta y mi cuñada Margara, viuda de mi hermano. Después, no sin pensarlo bastante, estuve de acuerdo con las visitas de *Chocha*, mi madre.

Violeta se tomaba el tren del día anterior y viajaba sus tres horas protegida por la bolsa de agua caliente, dormía en casa de un hijo que vivía en Trinidad, y al otro día estaba hecha una flor. Era viuda de un hermano de mi padre, especialista ganadero, con uno de los campos más modernos del Uruguay. Ella venía de una familia de prosapia, y entre los dos, tenían todo el oro del mundo. Originalmente sencillos –mi tío fue muchos años gerente del Frigorífico Nacional–, trabajaron bien y después amasaron fortuna, especulando en toda la regla.

Buena persona, tía Violeta, y quería mucho a su “Davico”. De muchacho, me prestaba su casa de Punta del Este y yo le desvalijaba la despensa: sus perdices en escabeche y algún vino selecto. Discutíamos de “política” de tanto en tanto y, por supuesto, no estábamos casi nunca de acuerdo pero no dejo de reconocer que había ayudado a mucha gente, concretamente, sin alardes ni paternalismos; ella y su marido habían corregido unos cuantos destinos humanos.

Se apareció en el cuartel, Violeta, precedida por su extracto francés y abriéndose camino entre los milicos con una condescendencia discreta; muy fina, la tía, incapaz de alzarle la voz a un sirviente.

Con el pantalón roto, un sobretodo legendario que venía de mi padre, un par de botas agonizantes y los destrozos de la afeitada, no debía dar una imagen muy exaltante cuando entré custodiado por dos soldados, me senté frente a la mesa del locutorio y le extendí las manos esposadas. Tía Violeta no se inmutó y me acercó un paquetito primoroso: ¡Dos perdices en escabeche!

–Por los viejos tiempos –dijo.

Le ponían otra vez la capucha, lo volvían a esposar y lo sacaban del baño: a veces de regreso a la celda, a veces directamente al recreo.

Recreo al frío y entre dos luces, sin gorro y sin guantes y sin poderse meter las manos en los bolsillos, porque “es falta de respeto”.

Nada de sentarse, nada de estar parado, obligación de *trillar* a lo largo de aquel corredor de tierra; ida y vuelta, aburrido, hasta que toma el gusto y aprende a mirar el cielo, a predecir tormentas, el eventual destino de los aviones, a seguir el baile de las golondrinas, cien, doscientas golondrinas, danzando en círculo, interminablemente, en un aire que se va poniendo levemente azul: cosas que siempre estuvieron ahí, que había mirado, pero que no había visto nunca.

–Ich möchte gern eine Scheide! –exclamó el *Urraca*.

–Jawohl! Ich auch, aber nur eine its nicht genug für mich –le contesté.

Los milicos nos miraban con bastante desconfianza, sin entender palabra. Había terminado el recreo y, con la luz del día ya instalada en el cielo frío, nos habían traído de regreso a la celda.

–¡Me vendría muy bien una vagina! –había dejado caer el *Urraca*.

–A mí también, pero una no me basta –fue mi respuesta.

Afuera había quedado escuchando Mesa, un cabo que se aprendía de memoria lo que tenía que hacer, se equivocaba infaliblemente y recibía los denuestos de los oficiales con una resignación conmovedora. Se había quedado escuchando, sin darse cuenta que le veíamos los pies: la puerta, en falsa escuadra, estaba separada dos centímetros del marco.

–Wer its da? –preguté.

–Der Tisch –precisó el *Urraca*.

Al cabo Mesa lo llamábamos, literalmente, “la mesa”.

–Ach du, schmutziges Schwein!

–¡Ah, tú, cerdo inmundo! –declamé, en no sé qué tono, pero el cabo se alejó.

No se puede decir que habláramos alemán, con el *Urraca*: repetíamos frases de un librito elemental que había mandado la *Negra*, cambiando alguna palabra y sin tener la menor idea de la pronunciación. Uno de nosotros nombraba un verbo en infinitivo y el otro le contestaba con el imperfecto y el participio; cientos de verbos. O contábamos hasta cifras elevadísimas. Total que a los dos años estábamos traduciendo, bien que mal, artículos de “Stern”.

El *Urraca* ponía un rigor enorme en lo que atacaba y no le fueras a improvisar porque te hacía aterrizar inmediatamente:

–Decíme, ¿y si lo aprendiéramos bien, antes de opinar?

Empezamos por la historia de la filosofía y trabajamos bien Kant y Hegel. Un año y medio dedicamos a filosofía, desde las cinco de la mañana hasta que había luz. Y, aun después: la ventanilla de la puerta de la celda tiene unas rejas verticales, chatas y gruesas: con la luz de cuarenta vatios que viene del patio si coloco bien el libro veo tres renglones claritos entre reja y reja, corro el libro y sigo leyendo; lo que a veces me puede molestar un poco es la respiración que me hace entrar y salir la sombra de una reja sobre el renglón que estoy leyendo, pero es cuestión de acostumbrarse. A veces, leímos así hasta las dos de la mañana.

Al *Urraca* le interesaban mucho las matemáticas y el inglés. Estudiábamos gramática española y, después, una gramática que explicaba lo que era la gramática: cosa muerta; lenguaje: ente vivo.

Se hace un gran oficio de lector, en la cárcel: llegué a leer un libro cada dos días, un ritmo de lectura de ciento ochenta libros por año; lo que supone que a veces leía dos, tres, cuatro libros cortos en una jornada, para poder dedicarle quince días a cada lectura del “Ulises” de Joyce o “Paradiso” de Lezama Lima.

El grado de concentración que alcanzo, veintidós horas metido en esa ratonera, es grande: vivo los libros. Creo que podría recordar páginas enteras de esas tres cumbres que son para mí José María Arguedas, el indio de altura; Guimaraes Rosa, gaucho sertanero y Juan Rulfo, campesino.

Alemania estudiábamos, porque el *Urraca* pensaba irse a Austria y yo, por supuesto, a Alemania Federal. *Urraca* después cambió de idea y decidió venirse conmigo a Alemania. Elaboramos un plan detallado de lo que íbamos a hacer, con los cinco años siguientes a nuestra liberación. Entre otras cosas pensábamos organizar un “Club del Libro Latinoamericano” en Colonia, R.F.A., para ganarnos la vida sin que nadie se nos quedara con la plusvalía.

Cuando el *Urraca* llegó a la celda lo primero que hicimos fue organizar nuestro espacio físico y nuestro espacio temporal. Minuciosamente y con exhaustivas consideraciones. Aquél era muy ordenado e higiénico. Teníamos una celda impecable (si le damos a las palabras el peso específico que tenían, en aquel desierto: quiero decir, combatíamos a brazo partido con la mugre y la manteníamos a raya). Y nos sentamos a desarrollar políticas concretas sobre: libros, estudios, lecturas, visitas, cartas, charlas, discusiones, relaciones personales, momentos de soledad, rotaciones de cama (un mes en la tarima, otro en el suelo), relaciones con otros presos, medidas de seguridad contra los milicos, disciplina, intercambio de intimidades y un tema infinito donde a mucha observación concreta se unía la más libre fantasía: los planes de fuga.

De noche cuando no leíamos, trillábamos y hablábamos. Cada uno daba cinco pasos en diagonal; nos cruzábamos rotando, sin alterar el ritmo y sin rozarnos; hablábamos organizadamente, como todo lo que hacíamos.

Los milicos miraban por la ventanilla, sacudían la cabeza y se iban. Había un soldado enorme y peludo al que llamábamos *Hans de Islandia*, que era una de nuestras fuentes de inspiración y cuando se acercaba a la celda, el *Urraca* podía decir algo, como:

–Es gibt heute ein grosser Bär hier! (¡He aquí un gran oso!)

–Guck mal seine Zähne! –sugería yo. (¡Mira sus dientes!).

–Und seine Augen! (¡Y sus ojos!).

–Aber er its nicht wild. (Pero no es salvaje).

–Er frisst aus meiner Hand. (Si hasta come en mi mano).

–Und spricht, glaube ich. (Y habla, creo).

Hans, como para dar fe, decía por la ventanilla:

–¡Estos pichis están medio locos; todos!

Y se iba bamboleando su mole.

* * *

A mediodía llegaba el *rancho*. Eran muy pocos lo milicos que se atrevían con la comida del cuartel. Uno de ellos era *Gulus Lupus*, más ansioso por cantidad que por calidad, que se infligía tres, cuatro platos de guiso cuartelero y después pasaba bufando, con la respiración entrecortada, como con ataque de asma; un buda, *Gulus Lupus*.

Pero los demás milicos se traían la comida de la casa o venía la mujer a mediodía: “¿Qué te trajo la patrona?”; algunos eran socios de comedor, eran “barra”; otros se las arreglaban solos, pero casi ninguno sucumbía al *rancho*.

El preso, en cambio, no tenía alternativa: único menú, por los siglos de los siglos: guiso, una melaza abominable. Su úlcera lo salvó de probarlo. Tenía un régimen médico compuesto de arroz siempre frío y a veces considerablemente rancio, y un trozo minúsculo de carne: una albóndiga indescifrable o un poco del *churrasco* que hacían para los oficiales y que también venía helado; durante años no probó plato caliente.

Comían con las manos: los cubiertos del cuartel (únicos autorizados) ni los pedían, por oxidados y sucios; bastante era que tuviesen que acatar los platos: servían la comida de cada día sobre los restos de la anterior y no los lavaban más de una vez por semana.

El *rancho* de la noche lo comían sin luz, como dentro de un túnel y entonces funcionaban mejor las bromas de los milicos que adobaban la comida con ceniza o con hormigas. Cuando las cosas se pusieron mal –porque después se pusieron peor–, pidió papas y comió sólo papas, hervidas y sin sal, durante meses.

Nunca supo cuánto peso perdió en Trinidad, porque cuando ingresó al cuartel, el médico lo hizo subir a una balanza que –después supo– marcaba quince kilos menos del peso real. La tenía “atrasada” para que no se notara mucho la diferencia cuando el prisionero se pesara en otro lado.

Avena con leche por desayuno –cuando la leche no se cortaba–, guiso cuartelero a mansalva, mediodía y noche; los presos sobrevivían por los paquetes de los familiares que llegaban una vez cada quince días, en cantidades reglamentadas, con las visitas.

Cuando vi venir aquella viejita de 74 años, retacona, algo encorvada, vestida con sencillez, me costó trabajo comprender que era *Chocha*, mi madre.

No la veía desde hacía años. Unos meses después de mi evasión de Punta Carretas, precisamente la noche de fin de año del 71, la había llamado por teléfono desde la clandestinidad para saludarla; porque tenía necesidad de oír su voz: “¡Ay, cuidáte m’hijito, que no te vayan a agarrar!”; pero no la veía desde hacía por lo menos cuatro años.

¡Con qué cara de duelo me esperaba en el locutorio! Quería y temía ese encuentro con quien era, a la vez que mi madre, una señora muy pero muy burguesa que cuando caí preso la primera vez había tenido actitudes inadmisibles con mi mujer y mis hijos; hasta obligarme a pedirle que no me fuera a visitar más.

Después que la *Negra* se fue a Chile, *Chocha* insistió mucho para verme y terminé por acceder, en Trinidad.

“Olvidá todo” –dijo y era una anciana arrugadita–. Evoqué algunos viejos recuerdos llamadores y tuve respuesta. Prometí escribirle largamente y sin ropajes cuando estuviera en Europa y quedó dispuesta a recibirme sin prejuicios y a tratar de entenderme. Aflojó muchas de sus defensas, hizo todo lo que buenamente se podía esperar y no fue poco.

No tuve nada en cuenta, ni la mesa reglamentaria, ni la presencia de los milicos: me senté a su lado y la tuve agarrada de las manos. Cuando se despidió, lloró y repitió: “olvidá todo”.

Quedé contento; diría más: quedé aliviado.

* * *

Almorzó y tiene toda la tarde por delante. En la tarima, sin el colchón que no vuelve en todo el día, es incómodo sentarse. Lo mejor es reclinar la silla contra la puerta, bajarse el gorro, subir la bufanda y dejarse ir, camino al sueño; si surge un milico: “¿Está durmiendo, usted?!”; reaparecer: “¿Durmiendo, yo?; no, soldado, en absoluto”. El soldado se va; quedar hamacándose en la silla, balanceando sus cosas y su gente, viendo girar su mundo:

“Se acerca el cumpleaños de la *Negra*; hermosos, maduros 42, contundentes; arrugarla a besos, con excusa de felicitaciones”.

“Comentar la foto que recibí de Silvia: una belleza, orgullosísimo; mirarla y pensar en nietos, es todo uno; los dientes de Ariel, ¿qué decirle?; nada, que se trata de ser paciente, sufrido, perseverante, mala suerte flaquito, hay que aguantarse; decirle que es mi “terneza” y pensá en mí y preparáte a mostrarme el mundo que vas descubriendo, los bosques que ya son tuyos; las ardillas y conejos que te cuentan cosas; si me invitás, me gustaría mucho pasearme por tus paisajes”.

“A Pablo, que no me preocupa tanto que sea haraganote en la escuela, ese tiempo siempre puede recuperarlo, y entiendo que te resulte difícil con tantos traslados de país a país, de casa en casa y pérdidas de compañeros”.

“Preocupaciones chicas: el tiempo que dedican a la televisión y a las historietas; alienantes, por no decir stupidizantes. Espanta la descripción que hace la *Negra* de la juventud: bebida, sexo liviano, ropa nueva, agresividad; James Dean consumidor, disconforme y desvariante, jovencitos uniformados y arreados a gritos; debe ser tremendamente difícil para los muchachos la mera convivencia, tratando de ser ellos mismos, sin cederle paso a la imitación amparadora; desafío que ellos y la *Negra* deben enfrentar”.

“Sin noticias de la salida”.

“La idea de irme a esperar a Francfort me parece costosa, complicada, engorrosa, molesta, romántica y, por supuesto, me encantaría...”.

—¿Está durmiendo, usted?! —un ojo y media gorra aparecen en la ventanilla de la celda.

—No soldado, no; se lo aseguro.

—Está prohibido dormir, ya lo sabe.

* * *

Elegante, llena de vida, bulliciosa: la visita de tía Violeta era un placer de los dioses. De las perdices en escabeche que me había traído la vez anterior sólo había probado una patita y, con todo el dolor del alma, se las había regalado a Risso. Convenía estar bien con los milicos, particularmente con Risso, sargento primero.

Uno ochenta, grandes hombros, pecho poderoso, un poco excedido de peso —clásico en deportistas en retiro—, Risso era un personaje polémico: había presos que opinaban que lo que merecía era un tiro en la nuca; yo pensaba que podía ser útil, si se le daba con el precio.

Andaba siempre muy bien peinado y casi nunca de uniforme. Los del S2, el Servicio de Inteligencia, vestían de civil porque se suponía que no debían ser identificados como milicos aunque todo el mundo los conocía en Trinidad, que es un pañuelo.

Risso usaba ropa deportiva y presentable; remeras de un amarillo decidido, un cuellito desabrochado y mangas cortas y unos pantalones bien planchados que me parecían ridículos –me informaron después que se usaban así– anchísimos abajo.

Para hablar con uno cruzaba los brazos sobre el pecho o ponía las dos manos atrás, calzadas en los bolsillos del pantalón. Hablaba bastante bien, para milico; eso sí, cuando se arrojaba sobre la economía o la política, no acertaba una.

Era un hombre violento; no porque estuviera usando siempre la violencia, sino por la capacidad inmediata de violencia que tenía. Un hombre que se sentía cómodo colocando un puño pero que a esa altura de su carrera prefería no seguir metiendo sus manos. No por asco, simplemente por no traspasar; para eso están los subordinados; la *máquina* ya le había hecho ganar bastantes galones al sargento Risso.

Teníamos un acuerdo tácito: él me iba a engañar todo lo que pudiera y yo también. Dos cosas le parecían respetables: el dinero de mi familia y que yo fuera todo un Contador Público, supongo que una especie de sabio para él.

Me daba trato selecto:

–Con usted, Cámpora, se puede hablar; a usted se lo puedo decir, pero por favor, no lo repita: sobre todo a los milicos...

Algunas veces mostró clarito la hilacha: como cuando sancionó a Manera Lluveras y al *Urraca*, acusándolos de estar hablando de celda a celda; o cuando se llevó al *Lechuga* de Vargas para la *máquina*; en esos momentos nos miraba como dándonos a entender que no podía hacer otra cosa; pobre, como actor.

“Un tiro en la nuca, eso es lo que se merece; ese es un mierda total” –opinaban algunos compañeros–. Siempre pensé que se podía sacar bastante de Risso, sin mucha inversión.

Tía Violeta había llegado con aquel perfume que me sorprendía siempre como un amanecer de película yanqui con muchos violines, y hablamos del paquete de ese día; le reclamé el tabaco para los compañeros.

–¡Ah –dice tía Violeta–, me olvidé!

–Es muy grave –digo–, el tabaco.

Como siempre, Risso y varios milicos asistían a la visita. Me dirijo al *Flaco Bello*:

—¿Se podrá ir a comprar, cabo, si mi tía le da el dinero?

—Cómo no, Cámpora; ningún problema.

Mi tía saca un billete de los grandes, se lo da al cabo y él mismo va a hacer la compra. Vuelve con diez paquetes de tabaco “El Toro” envueltos en papel de diario, la factura del almacén y el vuelto: le pone un buen montón de billetes en la mesa a mi tía, y mi tía con su mejor cara de gran dama entrando a la ópera, mira de reojo, me sigue hablando y agita la mano como para espantar una mosca dando a entender un “guárdelo usted, buen hombre, guárdelo usted”. Bello se puso granate. Riéndome, le aclaro:

—No tía, no se da propina...

—¡Oh, perdone! —dice Violeta.

—...delante del sargento Risso, tía.

Bello hizo mutis por el foro y Risso tuvo una sonrisa de autoridad benevolente, como si él nunca hubiera tocado un peso pero fuera capaz de comprender las debilidades ajenas.

A veces puede ocurrir lo inevitable: tener que ir al médico. El médico de cuartel del interior es una especie zoológica carnívora. Su conocimiento del cuerpo humano es tan completo que no se sabe si ponerse en sus manos o morir por cuenta propia, llegado el caso.

Son médicos seleccionados, es decir, el cuartel dispone de médicos que se han destacado por su incapacidad; un médico bueno, obviamente, no termina nunca en un cuartel. El médico cuartelero, que entró por influencias y para hacerse un sueldito, es un hombre derrotado, con los brazos caídos, que ya no estudia, que es —lo más probable— reaccionario si no fascista, y desde sus posiciones de poder cumple pequeñas venganzas personales para alimentar su sadismo y compensar su frustración.

El médico está aburrido, se pasa la mañana tomando mate con el enfermero y los soldados y atiende la tropa como si fuera ganado. Al preso, si tiene suerte, no le irá mucho peor, ni mejor tampoco.

Aparte de su vieja compañera de cautiverio: la úlcera veterana, resistente y reincidente, *lamáquina* había dejado algunas secuelas en David y la lista de enfermedades, alineadas en su ficha médica, era bastante meritoria:

Sinusitis crónica

Rinitis alérgica

Ansiedad nerviosa

Bursitis, ambos codos
Epicondilitis, acentuada en el codo izquierdo
Paradentosis avanzada
Hipocustia
Pérdida temporal del dominio y sensibilidad del pie izquierdo
Fractura radial derecha
Corticopleuritis
Lumbago y contractura muscular lumbar, radiación glútea, crural e inguinal izquierda.

Todo un catálogo de visitador médico. Después de la segunda ofensiva grande de la úlcera, lo terminaron llevando a un tal doctor Forno quien, según las normas consagradas de la deontología médico-cuartelera, lo recibió con un prometedor:

–Bueno, ¿y ahora qué carajo le pasa a usted?!

A él lo que le pasaba era que la úlcera gastroduodenal recurrente le provocaba, según los expertos: dispepsia, gastritis, colon espástico, hipermotilidad gástrica, diarreas, hemorroides, empujes estacionales, agudos y nerviosos, y unos vistosos dolores que no lo dejaban dormir en toda la noche; nada más.

–La úlcera me sigue molestando, doctor.

–¿Y no está tomando el “Trigel”?

El famoso “Trigel” era un menjunje que preparaban las Fuerzas Armadas y que, aunque de gusto nada comparable, hacía el mismo efecto que un aperitivo.

–Sí, tomo.

–¿Cuánto le dura el frasco?

–Cuatro, cinco días.

–¿Tiene que tomar mucho más!: dos, tres frascos por día.

¡Para que se le secura el vientre y en una semana tuviera deshecho el estómago! Su duda es si el médico le dice esas cosas por ignorancia total o por simple instinto asesino.

–¿Y “Librax”?, ¿cuánto está tomando? –quiere saber.

El “Librax” es un tranquilizante –tiene “Librium 5”– con agregados digestivos.

–Hasta tres por día –respondo.

–¡Qué barbaridad!; ¿usted tiene el frasco en la celda?

–Sí.

–¿Entonces?: se los pone así, en la mano, y toma puñados, puñados tiene que tomar.

Sobre la pérdida de movilidad del pie izquierdo, durante seis me-

ses, no logró siquiera que lo escuchara. Tía Violeta trajo a la visita el tratamiento de gimnasia que tenía que hacer y lo fue recuperando solo.

Del dentista, el *Urraca* es el más indicado para hablar porque siempre estaba dando vueltas con su boca. Si le dolía mucho una muela, en el mejor de los casos, lo venían a buscar a los quince días. Lo subían a un jeep y se lo llevaban; el consultorio estaba dentro del cuartel, pero lejos de las celdas.

Una vez volvió más furioso que otras, sosteniendo la mejilla:

—¡Todavía no me explico cómo no le pegué una piña! —proclamó.

Como verdugo no tenía rivales, el dentista cuartelero. Y eso que la competencia era fuerte en Trinidad.

* * *

Ariel me ha pedido en una carta algo poco menos que imposible; que le cuente cómo me sentí, en el *berretín* de Amazonas, aquel 14 de abril: qué pasó en aquella casa. Hago lo que puedo, intento una respuesta, escribo:

“Amor: creo que sí, que podía explicarte mucho mejor que mamá, lo que sentí en esos momentos y todo lo que pensé después y todo lo que sigo pensando, todavía, el día de hoy.

”Son emociones que nunca había supuesto que existieran: sentimientos muy fuertes y muy raros, que combinan toda la ternura y una increíble frialdad; reservas que tenía escondidas e ignoradas.

”Si vivir es ir sumando marcas y recuerdos, un trozo enorme de mi vida pasó en ese par de horas. Natürlich, sólo por carta nos podemos hablar; y natürlichísimo, esto no podemos conversarlo por carta. De todas formas, el solo hecho de que me lo hayas preguntado —después de tres años, que para ti es una enormidad de tiempo— significa mucho. Significa, por ejemplo, que no has olvidado, que sabés que fue importante, quizás lo más importante que me haya sucedido en mis cuarenta años largos, que ese episodio es una respuesta a muchas preguntas y no un simple accidente”.

Un día, pensé, será posible; un día podré contarle a mis hijos —y no sólo a ellos— qué fue, exactamente, lo que ocurrió en Amazonas. Porque en su momento, difundieron la versión que más les convino; ley de guerra: los perdedores no tienen —por lo menos por un tiempo— derecho a la verdad.

Después que cesó el gran tiroteo oí el estrépito de las botas escaleras arriba, las botas de los milicos galopando, en la madera de la escalera que subía del living al primer piso.

El comisario Campos Hermida —era quien había dicho por radio: “Por favor, no proceder hasta que llegue número uno” —me contaría después que cuando iba a entrar en la casa alguien había disparado desde dentro y que las balas le habían picado al lado, a él y al capitán Calcagno, con quien comandaba el operativo.

Calcagno me dirá lo mismo y un oficial, Zapata de nombre, declarará que cubriendo la entrada de Campos Hermida y de Calcagno, a sus espaldas y después de recostarse contra los arbustos del jardín, disparó una ráfaga contra el balcón del dormitorio del primer piso donde había aparecido un hombre; las cápsulas de esa ráfaga habrían hecho creer a Campos y a Calcagno que estaban siendo atacados.

—A ese hombre del balcón lo maté yo.

Luis Martirena puede haberse querido asomar al balcón —pensé— para romper la maceta de alarma. Había una maceta vidriada que si estaba en el balcón indicaba “todo normal” y que si desaparecía significaba “alarma”. Pero ¿Luis arriesgaría la vida para dar la alarma cuando un ataque de aquella magnitud lo hacía evidente? Quizás sólo quiso usar la ventana como puesto de observación. Porque una sola cosa era imposible: que hubiera disparado. Es absolutamente seguro que no había otras armas en Amazonas, que las que teníamos en el *berretín*, el *Ñato* y yo: dos Colt 38. Precisamente la casa estaba preparada para pasar allanamientos y se había hecho desaparecer hasta una escarpela cubana que podía servir de “llamador”.

Yo estaba acostado en el *berretín* cuando oí que al estrépito de las botas que galopaban escaleras arriba se superpuso la voz agitada pero entera de Luis, diciendo:

—¡No tiren, por favor, no tiren!; no hay nadie, estamos desarmados.

A Luis no lo había alcanzado el oficial Zapata con su ráfaga, ni

tampoco el cabo que había dicho “a ese hombre lo maté yo”; Luis había salido del dormitorio al corredor del primer piso y su voz sonaba entera cuando gritó desde la boca de la escalera a los que subían:

—¡No tiren, por favor, no tiren!

Con el *Ñato* desde el *berretín* lo oímos todo. El piso del *berretín* era la contracara del sector del cielo raso que daba sobre la escalera; apenas un piso de madera de dos pulgadas clavado sobre los listones del cielo raso. El bombardeo además había abierto grandes agujeros; las voces, los susurros, subían perfectamente audibles hasta donde estábamos: el *Ñato* sentado contra una viga, yo tendido; los dos inmóviles y en silencio.

Somos dos testigos incontestables pero los milicos no lo sabían cuando entraron dando voces, corriendo, la crispación metálica de las armas, botas escaleras arriba, por toda la casa; el golpe de los cajones de la cómoda contra el piso del dormitorio, de las culatas desfondando las puertas de los cuartos, revolviéron todo y no encontraron a nadie más.

Cuando los soldados entraron a la casa, hubo aquella ráfaga, diez, doce, catorce tiros y un poco después aquella otra más lejos, más soprano y el “pac, pac” de un arma corta de poco calibre, quizás una 7.65 sobre los que prevalecieron los gritos del oficial:

—¡Alto el fuego, no tiren más, alto el fuego!

Tan ansioso el oficial que pensó: “se deben estar tirando entre ellos”: suele haber confusiones en esas entradas y además sabía que Luis e Ivette estaban desarmados.

Seguía llegando el tumulto de botas por toda la casa, los portazos. El *Ñato*, del otro lado del medio tabique, se me aparecía como una sombra recostada contra la viga, nimbada por la luz sucia que subía por los agujeros del cielo raso. Una sombra quieta y sin una queja.

—¿Cómo estás?, ¿te sigue sangrando? —pregunté en un susurro— ¿quierés acostarte?

El *Ñato* no me contesta, pero veo que extiende pausadamente un brazo y toma una botella de jugo “Vitacé”, vitamina C con gusto a naranja, la retira del cielo raso y la pone sobre el piso del *berretín*. Entonces comprendo: las correrías de los milicos, los portazos, están haciendo vibrar el cielo raso y con él: la botella de jugo, el termo, el mate, los sandwiches; si aquello se cae al living, estamos perdidos.

Las voces, las búsquedas de los milicos, nos llegan ahora desde el dormitorio:

—¡Mirá las bombachas de esta puta!; ¡qué cajeta que debe haber aquí!

Y las carcajadas agudas, atropelladas de los otros. Me indigna, desde la impotencia de mi escondite, que “hablen así de una mujer, estos

hijos de puta”, sin pensar dónde estaría Ivette, qué puede estar pasando con ella.

El *Ñato* pescó la botella de jugo y la tiene en el aire. Abajo se oye una voz que se desplaza por las habitaciones y dice textualmente:

—¡A los ricos cigarritos “La Rosaura”, a la marihuana; ¿quién quiere uno?; ¿quién quiere?

—Aquí.

—Tomá, tomá.

La sombra del *Ñato* completa el gesto y pone la botella en lugar seguro; el brazo vuelve cuidadoso a buscar el termo.

No debe ser marihuana, pienso, debe ser una broma. Pero tampoco es frecuente que un milico convide, tan generoso, con cigarrillos. Luis e Ivette no fuman; ¿serían los habanos que trajeron de Cuba?; menos que menos; ¡no se puede imaginar a ningún milico, compartiendo ese tesoro!

—¡A los ricos cigarritos!

El *Ñato*, como si estuviera tratando con explosivos, saca el mate del cielo raso tembloroso, lo pone a salvo; luego los sandwiches.

Después me enteraría de que no tenían nada de inofensivos, aquellos cigarritos. Alcanzaría con ver los ojos de espanto y vidrio que tenían los milicos, dos bochones negros relucientes, la euforia inexplicable, la sobreexcitación; más adelante me lo confesaron: cuando iban a una acción violenta, había marihuana a discreción, vacuna contra el miedo.

Hasta el escondite llegó la exclamación entusiasta del hombre:

—¡Hola, hola!; ¿cómo anda eso?

Y el golpe, metálico y seco, de la bolsa de herramientas cayendo contra el piso del living; el “clin” de los martillos, los cortafierros, las barrenas; el alma se me fue a los pies.

—Es la “Técnica” —sopló el *Ñato*.

—Los *caza-berretines*.

El hombre revolvió las herramientas en el saco y enseguida se empezó a oír el “pom-pom-pom”; ese es el método: perforan en todas direcciones, traspasan la pared desde una habitación hasta que ven la otra; el piso, los techos, meten una luz, la cabeza; buscan, descubren, matan.

Aquel 14 de abril había empezado a las 6 de la mañana; los milicos atacaron la casa a las dos de la tarde; ¿qué hora sería en ese momento?; ¿cómo terminaría ese día? Ese día no terminaría nunca; me acompañaría a mí y a muchos otros, por años, por calles lejanas, a las cárceles. Pensaríamos y volveríamos a pensar en él; concluirán quizás —como concluí yo, mucho después— que aquel operativo contra el “Escuadrón”

había sido un disparate: en lo militar, subestimamos la fuerza del enemigo y, en lo político, quedamos aislados del pueblo porque pretendimos suplantarlos en el combate, en lugar de orientarlo y dirigirlo(*)).

Pero esto no lo vería sino mucho después; aquella tarde en la penumbra del *berretín* los golpes del tipo de la “Técnica” me retumbaban en las tripas: las sentía borboteando de miedo; me parecía imposible que no acudiesen los milicos a ver de dónde salía ese ruido de cloacas inoportunas que se mezclaba con los fragmentos de frases que venían de abajo, “sí, señor Juez, habían disparado desde la casa”; “no, no hay

(*) A propósito del 14 de abril de 1972, agrega David Cámpora: “Los tupamaros nacimos de una visión bastante profética –mejor decir: científica– de nuestros fundadores, a comienzos de la década del sesenta. Las condiciones objetivas para la revolución socialista estaban reunidas en nuestro país; en pocos años la burguesía se encargaría de violar sus propias reglas del juego democrático para preservar el sistema; la lucha armada, por su capacidad de generar conciencia y organización, sería la respuesta adecuada.

”Y, en efecto, cuando aquel mito grotesco de la «Suiza de América» se hizo trizas y la crisis dejó ver la verdadera cara de un país que, pese a sus innegables singularidades, era igualmente subdesarrollado y dependiente, estrangulado por el latifundio y organizado para el disfrute de una oligarquía de quinientas familias, todo cambió. Pacheco Areco, a fines de 1967, implantó su «dictadura legal» y cuando el empuje popular se hizo amenazante para el poder llamó (1971) a las Fuerzas Armadas a encabezar la represión.

”Porque durante buena parte de ese proceso supimos interpretar y expresar necesidades y sentimientos del pueblo, proponerle una lúcida línea revolucionaria, los tupamaros nos dimos origen, nos hicimos conocer y aceptar; fuimos un fenómeno político sin precedentes por nuestro grado de penetración en las masas; crecimos. Pero nuestro crecimiento fue tal que no pudimos o no supimos dominarlo. En esa etapa crítica nos quedamos sin respuestas estratégicas y, por consiguiente, sin medidas tácticas y organizativas correctas adecuadas a la realidad; privilegiamos nuestro aparato; subordinamos las consideraciones políticas a las militares.

”Nos habíamos dado cuenta de muchos de nuestros errores y estábamos en camino de enmendarlos pero también, lamentablemente, teníamos la capacidad de repetirlos. Un engranaje: las dificultades nacidas del proceso, se retroalimentan de los errores que vamos cometiendo y estos aceleran su ritmo y dimensión, ante el crecimiento de las dificultades. El 14 de abril fue un error que, por su tamaño y repercusión, se identifica como tal y sobresale. Y quizás por eso se le toma, equivocadamente, por la causa determinante de lo que siguió después, del descalabro de los tupamaros.

”Tema enorme todo este que no es para aquí, ni para un hombre solo –¿quién podría tener esa pretensión?–; es para verlo entre muchos y confrontarlo con una práctica porque pertenece a la historia y también al futuro del país”.

ningún policía herido”; “pase, señor Juez”, mientras se aproximaban los “pom-pom-pom” del de la “Técnica” y empuñé el 38 con la decisión total de volar la primera cabeza que se asomara al interior del *berretín*.

Pero abajo, de pronto, cesaron los golpes y el hombre está guardando las herramientas en el saco. “Pasamos” –pienso–: “la historia seguirá esta noche; la fuga por el fondo de la casa; hay que ver el problema del *Ñato*, no se queja, no parece estar demasiado mal, ¿podrá correr?, imposible; ¿y en ese caso?”.

Las voces van disminuyendo abajo y se van alejando, todo se tranquiliza. Oigo que alguien entra al baño, oigo que cierra la puerta, oigo el chorro de la orina al caer en el water closet, oigo los nudillos del milico golpeando las paredes sin mucha convicción, como un gesto de despedida; oigo que abre el armario, que mueve la escalera, que toca el techo del placard. En la oscuridad de nuestro rincón se dibuja una raya de luz casi imperceptible, la luz crece y después disminuye lentamente y se apaga del todo.

De alguna parte de mi cerebro me llega la información como el fogonazo de un flash: el “click”, no había sentido el “click” de la tapa. El *Ñato* se me había caído encima cuando la estaba cerrando.

En la casa se había hecho un silencio repentino y total.

* * *

–Hace unos días soñé que estabas libre –dijo mi madre.

Las visitas hacen bien, son un estímulo regular que llega del mundo exterior. Pero cuando, como ese día, veo que la visita tiene la forma de una vieja de más de setenta años que llega empapada por la lluvia, hecha una sopa, y sé que se ha tenido que levantar a las cuatro de la mañana para tomar el ómnibus, hacer tres horas de viaje, andar trescientos metros hasta el cuartel con ese paquete enorme que trae y que después tendrá que rehacer el camino, otras tres horas en el ómnibus, para llegar a la capital, nueve de la noche, y a la casa aún más tarde, me digo y me repito: “¡que me lleven al fin del mundo para que no puedan venir más!”.

La vieja sacó el pañuelo y se secó la cabeza. Me hace bien que venga: charlar, recordar, saberme recordado. Pero mis relaciones con ella son bastante complicadas. La quiero mucho; viví un largo tiempo a su lado y compartimos muchas experiencias. La respeto poco porque ha cometido muchas barbaridades e injusticias de las que fui testigo.

No creo que vaya a cambiar su forma de ser y de pensar y sobre todo de querer y malquerer a los demás, pero estoy seguro de que ninguna

persona es totalmente irrecuperable; nadie es enteramente bueno ni enteramente malo, cada uno debe tratar de rescatar de cada quien, lo rescatable.

Quise que *Chocha* viniera a visitarme y no creo haberme equivocado. A mi lado tengo una viejita que habla sin subirse a ningún escenario, ni de madre doliente y sacrificada, ni de mujer heroica; que llora con soltura, casi se diría: con alegría; que dice:

—Soñé que salías libre y te compré una valija de avión.

Cuando regresó de la visita, vio a Manera en su ventanilla. Jorge Manera Lluveras es un rehén de las Fuerzas Armadas uruguayas. Ocupa la celda de seguridad, frente a la de David. Hombre de esos que miran sin pestañear, frente despejada, baja estatura pero poderoso físicamente; exacto para pensar, para hablar, impermeable al humor y a toda liviandad ajena a la ingeniería; tiene una cultura poco común, un cerebro fuera de serie.

Riguroso, se ganó problemas con alguna gente que no resistía su inflexibilidad disciplinaria, pero es conocer mal al *Inge* pensar que carece de comprensión y de ternura, virtudes que la cárcel le aumentó.

Un día David le comentaba, muy indignado, lo que le parecían actitudes políticas incorrectas de algunos compañeros en el Penal, y responde Manera:

—Exactamente en la misma medida que la Organización no fue estricta cuando debió serlo, en el triunfo, debe ser ahora tolerante, en la derrota. Y vos, Cámpora, estás planteando las cosas al revés.

Los otros presos parecen invitados de honor, comparados con él. Cuando, en una época menos represiva, David y los demás pudieron tener hasta cuarenta libros y revistas como “Stern” y “Siete Días”, a él le autorizaban un libro por semana y a veces no se lo entregaban o, peor, se lo entregaban la víspera de la visita para que no tuviera tiempo de leerlo completo si quería cambiarlo por otro. Si los familiares le traían comida, se la daban a los quince días, podrida. Le reservan las *requisas* de celda más frecuentes y brutales; le imponen el recreo en solitario, cuando no se lo suspenden por cualquier motivo, y lo tienen encerrado una semana entera, veinticuatro horas por día. Todo el cuartel se dedica a hostigarlo; lo que sobra, es para los demás.

El *Inge* inspira un extraño respeto a los milicos; nunca los tutea, los trata con una perfecta cortesía y puede tener con ellos más paciencia que

diez maestros de escuela.

—No, perdone, pero creo que me expresé mal, sargento, permítame...

Y les expone dulcemente un tratado de historia, si es necesario. Sigue funcionando —con las briznas de información que recibe— como si estuviera en plena actividad política, inventa y fabrica de la nada hasta plumillas para dibujar, juega ajedrez con piezas mentales, elabora planes para el país, perfectamente aplicables, si tales y cuales premisas llegaran a estar dadas; trabaja todo el día. Y lo hace sin un trozo de papel, sin un lápiz, sin un libro.

Una sola vez lo vio ansioso. David acababa de ser trasladado a Trinidad y pudo intercambiar algunas frases con él, antes que lo encerrarán. Enseguida lo vio dando saltitos, brincaba sobre el mismo lugar y su cara aparecía y desaparecía en la ventanilla de la celda.

Después le preguntó:

—¿Qué te pasaba?

—Perdoná, estaba medio emocionado: hacía veintidós meses que no hablaba con nadie.

* * *

Se charla mucho con el compañero de celda; se charla de acuerdo a una agenda rigurosa, con orden y dándose tiempo. Cada uno trata de transmitir al otro lo que sabe, desde la militancia hasta el cubismo, desde la historia hasta la religión. De la vida íntima, se habla poco; poco y parco. Pero aquel tema no lo habíamos previsto.

—Fue una cagada —dijo el *Urraca*.

Colgaba el pulóver verde en la luz fría de la media tarde. Era su turno: cuando lavábamos, como el espacio no era suficiente, tendíamos por turno. La ropa demoraba cuatro y cinco días en secarse; la celda navegaba en la humedad.

—Una reverenda cagada, la del peón —insistió el *Urraca*.

Nos sentamos. Siguió un silencio. ¿Cómo no vieron que no era posible hacerlo, viniera como viniera la mano? Los “cuatro soldaditos” fue concebido como un enfrentamiento, aunque se les sorprendiera. Pascasio Báez era un caso completamente distinto, era un simple peón que descubrió por accidente nuestra tatucera, el *berretín* rural *Caraguatá*, en el departamento de Maldonado, a algo más de cien kilómetros de Montevideo. Andaba buscando un caballo perdido y se encontró a bocajarro con los compañeros. Lo detuvieron en la propia *tatucera* y se planteó el

gravísimo problema: ¿qué hacer en una situación como aquella?; se consultó a Montevideo.

No importa demasiado cómo pudo pasar: la discusión, trámites, responsabilidades, posiciones, opciones. Lo terrible, lo repudiable es que haya pasado: en Báez se mató a un trocito de pueblo. Se cambió *berretín* contra trabajador rural. Fue abominable y no sólo por el hombre: una muerte tristísima, muy injusta, innecesaria; también por la Organización misma y sus militantes.

Se sobreestimó la infraestructura: típica reacción burguesa: mentalidad “empresarial”, aferrarse a los “bienes”, “queremos conservar esto que nos costó tanto trabajo”; se olvidaron los fines, se apreciaron los instrumentos; y en este caso, hay que agregar: insensibilidad social, humana: la pinta, el oficio, la voz del fulano, debieron romper los ojos.

Los siento como uno de los poquísimos instantes, fugacísimos, escasos, en que los tupamaros nos negamos a nosotros mismos. De este tipo de cosas hay que curarse radicalmente, o cesar. Y la única forma de evitar que esto pase nunca más de los jamases es entenderlo profunda, doloridamente: asumirlo entero —es nuestro mayor, irreparable error—; saberlo nuestro y no olvidarnos nunca, ni jubilados, de lo que fuimos capaces de perpetrar; no bajar la guardia, no dejar de vigilarnos a nosotros mismos. Por respeto a la gente que queremos beneficiar. Y por eso mismo tener la confianza total de abrazarlos con esta verdad, porque el pueblo siempre “está preparado” para la verdad; a veces es a nosotros a quienes encegece tanta luz.

Esto y más que esto hablamos aquella tarde con el *Urraca* sin saber todavía que un día tendríamos que leer sermones malévolos, ataques recubiertos de suficiencia, artilugios de lenguaje, puñaladas cobardonas, de alguien que en lugar de atacar, roe.

Hay sectores de la pequeña burguesía uruguaya, revolucionarios ayer, que responsabilizan a los tupamaros por el derrumbe de “su” Uruguay. No nos culpan tanto de haber querido hacer la revolución, sino de no haber tomado el poder. Y si hubiéramos tomado el poder, tampoco hubieran estado conformes porque no querían el socialismo, querían volver al Uruguay imposible de las vacas gordas.

Nos tienen rencor porque perdieron la seguridad, la vida familiar, la pelea legal.

Oscilación pendular: de la simpatía amable y paternalista, pasaron a la culpabilización por todo lo ocurrido: los más indulgentes dicen: “iban bien, pero se descompusieron”; los más enojados: “nunca sirvieron para nada; todo lo hicieron mal”. Lo hicimos bien, pienso; aunque

cometimos errores, algunos descomunales, como el del peón rural.

—Visto ahora, la cosa es bastante simple —dijo el *Urraca*.

No hay mucho que discutir, ni nueve hipótesis a manejar. Se partía de un pie forzado ineludible: el peón tenía que seguir vivo y debía ser liberado. ¿Consecuencia?: había que evacuar *Caraguatá*, perder todo lo que hubiera que perder, y pasar a la clandestinidad.

—Fue un fratricidio —digo.

* * *

Aunque lejos de ser un paraíso, Trinidad era relativamente tolerable hasta que llegó la promoción de oficiales del 76. Los nuevos alféreces venían a “tomar contacto con el enemigo” y el enemigo eran cuatro presos encerrados en covachas, mal dormidos, mal comidos, cortados del mundo y sostenidos por la ilusión de la libertad próxima.

De los seis prisioneros trasladados de *Libertad* a los cuarteles, a fines del 74, la mitad ya había salido. Aparte del rehén de turno: Manera, Wassen o Engler, quedan sólo tres presos: Julio *Urraca* Modernell, Washington *Lechuga* de Vargas, y David *Chichí* Cámpora. Se supone que los tres se “están yendo” y por eso los milicos no se ensañan demasiado con ellos.

Pero la llegada de los alféreces va a empeorarlo todo: los flamantes oficiales vienen a hacer su “prueba de fuego”; ¡al ataque! alférez Quevedo, de la Reina, Dalio.

Quevedo era un gigante flaco que practicaba equitación deportiva —se había llevado tres caballos al cuartel— y disfrutaba de un coeficiente intelectual que un día, al verlos estudiando, le permitió comentar que “la filosofía es una cosa buena para la cabeza”.

Responsable de los presos es el S-2, el Servicio de Inteligencia del Ejército. Los alféreces no tienen autoridad para pedir que les abran una celda o para llevarse un detenido. *Verdugueaban* de otra forma:

—¡Párese firme! —le dice Quevedo al *Urraca*, desde la ventanilla de la puerta.

—Estoy parado firme —contesta el *Urraca*.

—¡No me conteste!

—Bueno.

—¡Le digo que no me conteste!

—Está bien.

—¡Cállese la boca!

El *Urraca* se calló. Estaba en posición de firme, en medio de la

celda; el otro seguía en la ventanilla.

—¡Media vuelta! —ordenó Quevedo—. No; eso es un cuarto de vuelta —siguió—: le dije: “media vuelta”.

—Lo que pasa es que no recibí instrucción militar, alférez —dice el *Urraca*, conteniéndose.

—La va a recibir ahora: media vuelta son ciento ochenta grados. A ver: ¡media vuelta derecha, dré!; muy bien, ahora, ¡cuarto de vuelta, dré!

El *Urraca* juntaba presión.

—¡Dos pasos al frente!

—Muy bien. Ahora arrodilláte y pedí perdón por la gente que mataron —ordena el alférez.

—¡Ah, no! —le dice el *Urraca*—, eso no.

—¿Cómo que no? —dice Quevedo, sorprendido.

—Que no —dice tranquilo el *Urraca*.

—...

—Que no, que te pasaste, Quevedo; que no me voy a arrodillar; ¡y te dejás de joder!

—¿Así que me pasé? —pregunta Quevedo.

—Sí, te pasaste —dice el *Urraca*.

—Bueno —concluye Quevedo.

Y se fue.

Por ese día no molestó más, pero no pasaron muchos sin que Quevedo y los demás volvieran. Quevedo con su sable desenvainado, lo introducía entre las rejas de la ventana, hostigaba a los presos, como un domador a sus animales; se lo hizo a uno, a otro: “estaba esperándolo, porque me iba a tirar arriba, para ensartarme”, le confió el *Urraca*, que quería, a cualquier precio, acabar con la carrera militar del alférecito.

Otra vez vinieron con grabadores a jugar a los periodistas y les acercaban el micrófono y les hacían preguntas jodidas: “¿y usted cuándo cayó?”; “¿y por qué motivo?”; “no se ría, ¡que usted es preso y yo soy oficial, respete!”; y ellos realmente sin saber muy bien hasta dónde seguiría la broma y dónde empezaría la *máquina*.

O la noche en que, todos borrachos, un alférez con una sábana a lo Nerón, una canastilla llena de palillos para tender la ropa, saltaba como una gacela y arrojaba los palillos al aire y atrás venían los otros como farándula de carnaval, hacia las celdas, cantando, gritando, y un calabozo estaba desocupado y uno de ellos se metió haciéndose el preso y los otros lo escupían: “pichi de mierda, te vamos a amasijar, te vamos a cortar en pedacitos y vamos a hacer albóndigas contigo”, delante de los presos y delante de los milicos rasos que vivían un perfecto desconcierto.

El comandante del cuartel les habría dicho “molesten a los presos”, y les dejó “autonomía táctica”. Y los alféreces no conocían los límites que separan un *verdugueo* “bien hecho”, si se puede decir, del ridículo y la simple estupidez.

Quevedo cuando hostiga a los presos con su sable le está faltando seriamente el respeto a su propio uniforme y eso no hay quien se lo haga comprender a un milico viejo.

De la Reina era el otro: aparecía en el patiecito de los presos, el paso vivo, un bastoncito bajo el brazo, como almirante inglés. Miraba por la ventanilla.

–Pero, ¿vos no barriste la celda, hoy?

–Pedí la escoba pero no me la trajeron, alférez.

–¡Qué escoba ni escoba!, barré con la manito; ¡dale, empezá!

Le había pedido papa hervida para el régimen de la úlcera; se acerca a mi calabozo y pregunta:

–¿Le trajeron las papas a usted?

–Sí, alférez, gracias.

–Las gracias se las da a Fidel Castro.

Como tipo ordenado que soy, llevaba un calendario. Aunque las paredes de las celdas estaban inmundas siempre encontraba algún rincón para hacer rayitas con la parte filosa del cortauñas: cinco grupos de seis marcas me daban un mes.

El alférez entra y pregunta:

–¿Y esto qué es?

–Un almanaque, alférez.

–¿Y usted no sabe acaso que no se puede escribir en las paredes?

–No, no lo sabía.

–Ahora está enterado.

–Muy bien.

Seguí haciendo mis rayitas. Pasan diez días, vuelve de la Reina y dice secamente al cabo:

–¡Abrame la puerta!

Viene derecho a mi “almanaque” y cuenta:

–¿No le dije que no se podía escribir en las paredes?

–Es verdad.

–¿Y por qué escribió?

–No pude contenerme.

—Bien, entonces ahora ¡me va a limpiar todas las paredes!

Miré las paredes cochambrosas y comprobé, una vez más, que no había un lugar que hubiera escapado a la ofensiva del bolígrafo.

—¿Y con qué las limpio, alférez?

—¿No tiene goma de borrar?

—Tengo.

—Con la goma, entonces.

Tomé la goma y empecé a borrar despacio aquellos dibujos hechos por varias generaciones de milicos; dibujos tristes de sexos y mujeres, paisajes escolares; mensajes y citas, botellas al mar. Graffitis de la soledad, de la pobreza de alma, de la desesperanza. Cuando se me acabó la goma llamé al cabo:

—¿Qué pasa?

—Infórmele al alférez que se me terminó la goma y todavía queda pared por limpiar.

El cabo se va. Vuelve al rato:

—Dice el alférez que “agote los medios”.

—Muy bien.

Tapé mi ropita, agarré la lata que servía de base al matamosquitos y empecé a raspar: cuidadosa, sistemática, empecinadamente. Trabajé horas, raspando. El polvo invadió el espacio y salía por las ventanas. La celda tomó un aire todavía más tenebroso, sin pintura, sin un dibujo, devuelta a sus orígenes remotos.

Llamé al cabo:

—Dígale al alférez que el trabajo está terminado. Y pregúntele si hay algo más que hacer.

El cabo no volvió.

Una de esas noches, después del *rancho*, el *Urraca* le contó la historia de la cicatriz. Era un costurón que le cruzaba el antebrazo poderoso. Tenía experiencia en cicatrices; sabía que la profundidad de la herida se mide por el volumen del tejido expulsado y el grosor de los labios que forma, y la del *Urraca* era de las cicatrices más impresionantes que había visto en prisión. Era evidente que la herida había sido hecha por una mano que buscó el hueso sin temblar, una mano que sabía lo que quería.

David estaba tendido en la tarima y el *Urraca trillaba* y hablaba a media voz. De afuera llegaban los olores del campo y el canto monocorde de los grillos. Pero eso no quiere decir que el *Urraca* haya aprovecha-

do un momento propicio a la confianza para descargarse de su secreto. Hablaba de política, hablaba de lo que consideraba debía ser un militante, y le preocupaba cualquier malentendido sobre su cicatriz.

Era un hombre de una violencia totalmente racional. Se hizo tupamaro porque creyó que las armas eran imprescindibles para hacer la revolución; hizo cultura física, karate, porque sabía que lo iba a precisar y lo empleó, sólo y cuando debió pelear con los milicos, por los que siente un odio minucioso y fundado. El *Urraca* hace siempre lo que decide hacer; lo que decide: ni menos, ni más.

Unos años atrás, lo tenían entre la cuarta y quinta sesión de *máquina* —nunca contó en detalle—, estaba fatigado y lo vienen a buscar para otra; decidió:

—Me llevan muerto.

No le debe haber puesto mucha emoción al acto. El corte fue hecho con toda la perfección técnica de que era capaz y los milicos se asustaron tanto que pararon la máquina.

Nunca, ni antes ni después, pensó en morirse, el *Urraca*. Fue en el instante preciso que decidió que era correcto que un militante se quitara la vida, que lo intentó.

Esa noche, cuando lo contaba, tenía una sola preocupación:

—¿Sabés, *Chichi*?: que no vaya a pensarse que fue una debilidad.

* * *

Cómo serían los otros que llega un momento que el alférez de la Reina es el único autorizado a entrar al patiecito de los presos. Los otros, después de haber cenado y sin tener nada que hacer, nos esperaban a la salida del baño, en la noche.

Un jueves a las 8 venía como siempre encapuchado, esposado y con mis latas, y siento que el cabo que me conducía, me aprieta el brazo y me quiere apresurar. Le di un tirón en dirección contraria como hacía en esos casos, pero el cabo insistió.

Tenía todavía mi capucha medio transparente y vi la sombra de los oficiales y uno que se adelantó, apartó un poco al cabo, se puso frente a mí para impedirme el paso —no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir— y me encajó un puntapié en plenos testículos.

Las latas saltaron e hicieron un gran escándalo, en la noche del cuartel. Quedé doblado, sostenido por el cabo. Hubo un momento de suspenso, curioso, como si los oficiales no supieran qué hacer o qué decir. El cabo abrió paso y seguimos para la celda.

* * *

Trinidad, 16 de marzo de 1976.

Queridos Pablo y Ariel:

Esta carta les llegará antes de su cumpleaños. Quisiera regalarles algo y lo único que tengo son letras.

Ustedes están creciendo, se van formando, aprendiendo cosas; continúan la aventura iniciada por el hombre hace millones de años.

Ustedes están vivos, despiertos, asombrados siempre; perplejos y preguntando; juegan y curiosean, observan y estudian; aprenden y hacen; y con lo hecho, aprenden más: y con lo aprendido, hacen mejor. Esa es la vida y la alegría del hombre.

Les pido que Pablo respete siempre a Pablo, y que Ariel respete a Ariel, de tal forma que cada cual llegue a ser todo lo que puede ser. Quiero decir: *impórtense a sí mismos*. Piénsense y sépanse para no desperdiciarse. Esfuércense en cosas importantes y urgentes, que los merezcan; dense cuenta que el mundo es de ustedes, que los está esperando para que lo aprendan y lo usen, lo jueguen y lo trabajen.

Les pido que se formen como piezas de un apasionante rompecabezas, puliendo los bordes, logrando líneas y colores armoniosos, pretendiendo diseños importantes —¿qué digo?—: Imprescindibles. Todo esto, amores, es hacerse a sí mismo.

Participen plenamente en esta fiesta que es vivir.

Los beso entrañablemente. Feliz cumpleaños, feliz vida, hijos.

Hasta cuando sea.

Papá.

Un viernes a las nueve, de pie en medio del calabozo, el *Urraca* le dice:

—Tenemos que hacerlo bien, con prolijidad: aspectos críticos, cárcel, futuro.

Ya habían discutido extensamente sobre la Organización, pero ahora proponía hacer un esquema general y razonado que un día podría servir para discutir con otros presos.

Esa mañana se pusieron a conversar, con método, a trabajar: comentaban un punto, resumían y el *Urraca*, siempre parado, anotaba en un papelucho; delito grave, tener un papelucho de esos en la celda.

—Apronte sus cosas, saque todo de la celda —dijo Bello, sin tuteo.

El *Urraca* había logrado esconder el papel, como pudo, en el bolsillo.

—Se va —dijo Bello—; apúrese y saque todo.

—¿Me voy en libertad? —preguntó el *Urraca*.

—Nada de eso —dijo Bello—, es un traslado.

Se miraron con el *Urraca* y se leyeron la misma pregunta en las caras: “¿la máquina?”. El *Urraca* no dijo nada pero estaba endurecido por la tensión. Preparó rápidamente su ropa y logró pasarle el papel bajo la nariz de Bello. Se abrazaron. Lo sacan.

Había dejado un pretexto: una toalla colgada a secar. Lo llamó para entregársela, pero Bello interviene:

—No importa, la toalla.

Y se lo lleva; David lo vio alejarse hasta que desapareció de la vista la mancha verde del pullover y quedó dándole vueltas a mil preguntas: ¿la liberación?; ¿por qué no?; hacía tiempo que no salía ninguno y el *Urraca* tenía la libertad firmada; ¿y él?: en esa época todavía creía que podía haber relación de unos casos con otros, un cierto ritmo de salidas, y cuando se producía una situación nueva como esa la ponía en transparencia sobre la suya: “¿cuándo me toca a mí?”; pero ¿y si lo hubieran cantado al *Urraca* y lo llevaran otra vez para la máquina?; cantado: ¿quién?; cantado: ¿qué?; podría ser, finalmente, un simple traslado, como había dicho el Flaco Bello, un traslado para *Libertad* o para otro cuartel; ¿por qué no?

Bello no volvió hasta las cuatro de la tarde. Venía riéndose solo:

—Tenías que verle la cara... —comentó.

—¿Qué cara?; ¿qué pasó?

—La cara que tenía cuando lo pusimos en la calle, en la puerta del cuartel: no podía creer que estuviera libre.

La risa lo atoró, como si fuera baba; tosió y dejó ver sus pocos dientes. Se repuso:

—Iba en harapos y con un colchón mugriento al hombro —festejó— pero mañana vuelve.

—¿Vuelve?

—Sí, vas a ver.

El cuartel le había prestado el dinero para el pasaje, pero le exigieron restituirlo al otro día: tuvo que ir de Trinidad a Montevideo a buscar la plata; de Montevideo a Trinidad, a devolverla y regresar otra vez a Montevideo. El viaje a la libertad le costó diez horas de ómnibus al *Urraca*.

Me sentí más holgado y con privacidad; siempre hay una sensación de alivio inicial cuando uno se queda solo. Después el silencio empieza a durar demasiado, se echan a menos las charlas, se pierde impulso para el estudio por falta de compinche.

Convivir con el *Urraca* había sido una fiesta, pero su partida no era ninguna tragedia: el preso se acostumbra a fabricar despaciosamente una importantísima relación con un compañero y acepta perderla, de la noche a la mañana, sin apelación ni queja: vuelta de página, la cana sigue.

Por lo demás, visitas y charlas no faltaban, aunque yo no las anduviera buscando. Como aquella tarde que llegó un oficial a la ventanilla y me dice:

—¿Usted es casado, Cámpora?

Tema siempre peligroso.

—Sí, alférez, soy casado.

—¿Tiene hijos Cámpora?

—Sí, alférez, tengo tres.

—¿Y dónde vive, su familia?

—En Alemania, alférez.

—¿Sus hijos, están estudiando?

—Sí, alférez, los tres.

—¿Y su mujer, trabaja?

—Sí, alférez, trabaja.

—De puta, imagino.

—Si usted entra en ese terreno, alférez, no puedo seguirlo. Usted viene a hablar conmigo y yo...

—¿Que yo vengo a hablar, contigo?!; antes, me voy a hablar con los perros!

Dio media vuelta y se fue.

Trinidad, 17 de noviembre de 1976

Queridísima Negra:

Recibí tu cara en colores. Me estaba haciendo mucha falta verte de nuevo. Reconocerte, entre la colección de destellos con que te recuerdo. Totalizar tus cambios chicos y unificarlos en una imagen sola. Nueva y vieja, a la vez: sonrisa reticente, boca asimétrica, ojos que se quieren ir en pura almendra, pómulos de altiplano, nariz generosa. Siempre caribeña y el inefable querido bronce. Madurás sin deterioros, sin pérdidas: ¿será porque seguís viviendo creciendo?, ¿o todo el secreto estará en los ojos, de adentro afuera?

No sé por qué la nostalgia me asedió tanto, esta última semana, y te vi, Negra, en La Tuna, hace 25 años, martirizando cangrejos inocentes en la playa, bailando de noche lunada en la carretera, lavando platos en el arroyo, perdiéndonos en montes espinosos nunca inhóspitos.

¿Serás capaz de tomarte lo suficientemente en serio como para contarle a Silvia lo que sentías en esos días, lo que hacíamos y cómo nos alegrábamos? En toda vida bien vivida hay siempre un poco de poesía auténtica. Sería lindo poder regalarle la nuestra a los hijos.

Te besa demasiado.

Hasta cuando sea.

David.

Las dos de la mañana, oye el ruido de los baldazos en el patiecito de los presos y se dice:

—Ahí vienen.

La puerta se abre con un golpe seco. Un milico con arma larga queda vigilando; hay que ponerse la capucha y salir. Descalzo. Las manos apoyadas en el muro del patiecito, por encima de la cabeza; las piernas abiertas, los pies en el agua: de *plantón*, con un perro atrás.

Y empiezan a hacer la *requisa*. La celda a esa hora es un lugar totalmente oscuro, entra apenas un resplandor de la bombilla de cuarenta watos del patio. No se trata de revisar nada, se trata de revolver todo. Cuando terminan —a la hora, hora y media— según las ganas de joder que tenga el oficial, está congelado, el cuerpo temblándole enloquecido. Entonces, oye la orden:

—¡Entre!

Adelanta las manos a las sombras más espesas: toca la mermelada sobre las cartas, los trozos de fotos familiares, la ropa mojada por la orina, los libros deshojados; todo, en un montón informe y oye:

—¡Tiene cinco minutos para arreglar la celda!

Hay quien arregla; hay quien se echa a dormir donde puede, pase lo que pase. Y lo que puede pasar es que combinen la *requisa* nocturna con el *paseo* antes de ir al baño, que los levanten otra vez a las cuatro, capucha y esposas, a recorrer medio cuartel.

A veces escucha los baldazos y vienen por Manera solo. Lo sacan, lo ponen de *plantón* durante una hora hasta enfriarlo bien, le desordenan toda la celda y después que lo hacen entrar, el milico le habla por la ventanilla:

—¿Y usted qué hacía antes de caer preso?

Con la voz más amable del mundo, Manera responde:

—Era ingeniero.

—¿Y dónde trabajaba?

Estuvo una hora al frío y sigue descalzo, en medio del caos de la celda.

—En las Usinas y Teléfonos del Estado.

Como Wladimir Turianski, dirigente comunista, está de paso en la celda de al lado, el oficial deja caer.

—¿Y usted qué piensa de los comunistas?; porque entre ser maricón y ser comunista, no hay mucha diferencia, ¿no es así?

—Permítame decirle... —interviene Manera.

—Comunista, maricón, negro y judío: un tipo así, las tendría todas, ¿no le parece?; sería lo peor de lo peor, ¿no cree?

—Me parece estar oyendo hablar a un nazi —contesta sin animosidad Manera.

—¡Ah!, ¿pero usted se cree que nosotros no somos nazis?: los judíos son unos hijos de puta que roban al país y el mayor error de Hitler fue no haberlos exterminado a todos.

—Es curiosa —dice Manera— esa amalgama que usted hace de judíos y comunistas.

—¿Y acaso Carlos Marx no era judío?; ¡los comunistas son todos judíos también!

La polémica —porque hay que convencerse que aquél es el “pensamiento político” que, muy seriamente, tiene la mayoría de los milicos— se extiende una media hora más hasta que el oficial dice, como sorprendido:

—¡Pero, Manera, no me di cuenta!: usted está descalzo, debe tener frío.

—No, no se preocupe, no tiene ninguna importancia —responde Manera.

—Pero, por favor, vaya a ponerse los zapatos —dice el milico.

—Pero si no siento frío, en absoluto; es muy agradable estar hablando con usted; siga, siga —responde Manera.

—Acuéstese que es muy tarde y se va a resfriar —dice el milico.

—No; ahora voy a hacer gimnasia, no me voy a acostar —dice Manera.

—Está prohibido hacer gimnasia —dice el milico.

—Sí, ya sé, pero yo hago todas las mañanas porque lo necesito para mi estado físico —explica, paciente, Manera.

Todo depende del tiempo que quiera perder esa noche el oficial. Manera llegará hasta el amanecer, hasta el mediodía siguiente, si hay que llegar.

Una vez, en tres años, lo vi descontrolarse. Un miércoles, a medianoche agarró a golpes la puerta de la celda:

—¡Se van todos a la mismísima puta madre que los parió! —gritaba—, ¡abran!; ¡que venga el enfermero!

—¿Qué es eso de estar pateando la puerta?! —le reprochó un milico.

—¡Pateo todo lo que me da la gana, hijos de puta!; ¡y traigan al enfermero enseguida!

Se lo trajeron. No hubo la menor sanción. Al tiempo me dijo, como disculpándose, que hacía seis días que tenía un cólico nefrítico y venía pidiendo atención.

* * *

El último domingo le dije a *Chocha*, en la visita, que necesitaba su presencia y que sé que ella me necesita. Que venimos edificando una relación personal auténtica desde hace más de un año y medio; formas nuevas y distintas sobre viejas ruinas; poco importa desollarse los dedos si la trenza es buena.

La vi andando caminos previstos, cosechando sus tristes soledades, a mi madre; por primera vez la sentí definitivamente viejita y también, al fin, participándome.

* * *

Trinidad, 20 de diciembre de 1976.

Negra querida:

Esta es para vos; preciso tu regazo para guardar un lloro trenzado, trenza de nudo escondido en alguna de mis vueltas. Debiera irte reposado, razonable; aunque más no fuera, ordenado.

Pero adentro me estoy hirviendo. Hoy es lunes, ayer me enteré que mi madre se mató el viernes.

Carta dolorida tiene destino preciso: necesita un palenque, muro sólido, alma abierta donde tenderse. Excesiva, quizás, para los gurises, hoy.

Y estoy también demasiado cerca, lo que me quita claridad: abraza a mi vieja muerta, que decidió la forma de decirse sola.

Hace casi dos años que venimos fabricando una relación nueva. Por supuesto, apoyada en nuestras mutuas biografías y en nuestros anteriores intercambios; casi siempre malos o neutros; muy pocos, buenos. Pero impulsada por nuestra situación actual. Yo preso, con un mundo aprendiendo, deseando regalarle una parte, reírme con ella. *Chocha* o mamá

—no sé cómo escribirla— con ganas de olvido de cosas viejas, buscando contenido para sus espacios vaciados.

Tengo cosas para decirle porque quiero que me sepa de veras; lo preciso yo porque le hace falta a ella; darme para que me tenga y guarde como soy y no como me piensa. Todo así, en presente, ¿sabés?, porque todavía la dialogo. Algo nos dijimos, mucho quedó postergado, como siempre: no tuve tiempo de decir, pensando que mi tiempo de diálogo no se acababa nunca; por eso, este presente tardío, masticación solitaria, que se me queda muy triste pesándome, ya inútil, en las manos.

Fue una muerte chiquita: 75 años superan los suficientes. Pero se dijo, en un grito enorme; dejó todo: su hipocondría, sus leperismos, sus astucias de disfraz, sus sutilezas para esconder; sus egoísmos, desprecios y prejuicios; sus daños y agresiones; sus odios de diente adentro, sus envidias. Dejó su apego a sí misma y a sus cosas suyas, su infinito llavero de enclaustrar utensilios de no usar, su infalible contabilidad de cosas que están y de aquellas que estuvieron, sus memorias de rencores, sus regalos de usura.

Terminada su magra cosecha, rodeada de bienes y aislada de amores, acompañada por la increíble ternura compadecida de personas a las que hizo daño. Viejita y todavía ella. Sentada en el centro de esa inmensa soledad, con brazos ya muy cortos para abrazar, con manos desmemoriadas de caricias.

Sentadita, sola y escribiendo; tal vez rencores últimos, tal vez diciéndose de veras. Y quizás no quería morir sino irse de sí misma y no sabía cómo ni dónde podía haberse distinta; porque alguien se olvidó de enseñarle —hace demasiado tiempo— los cómo y los dónde.

Sentadita en el enorme silencio sólido del vacío lujo grande.

Sentadita dijo su muerte, la redondeó en su aire, la pronunció letra por letra.

Dejó todo y se mató.

Su muerte fue chiquita; su decirla, importante. No estoy quebrantado pero sí muy triste. Es difícil entenderme. Creo que crecí otro poco.

Abrigáme, amor.

Hasta cuando sea.

David.

* * *

Vos no esperarás nada de los milicos, cualquiera sea la circunstancia en que te encuentres; no esperarás ninguna simpatía, ningún apoyo, el menor gesto humano; no esperarás la mínima compasión —¿por qué te la

tendrían?—; no esperás, tampoco, oírle decir, a esas dos sombras con gorra que pasan por la ventana de tu celda:

—Fue a este que se le mató la madre.

—¡El muy hijo de puta!; ¡tendría que haberse matado él, en vez de la vieja!

La muerte. No te preocupes, que va a llegar. Pero no pienso ir a buscarla. Ella conoce el camino. Ya le vi la cara en la *máquina*, un par de veces, y aquel día vino a golpear a la puerta del *berretín* de Amazonas.

Veinte, treinta personas que están parlotando en la casa y de pronto, el silencio. Después, en los cuarteles, me iba a enterar de que el pánico se apodera de los milicos cuando encuentran un *berretín* porque muchos tenían salidas a las cloacas y permitían un contracerco, o porque un *berretín* es una cueva sin escapatoria y la gente descubierta y desesperada puede decidir morir matando. La noticia había paralizado a los milicos, abajo.

El *Ñato* me dijo:

–¡Gritá!; ¡avisá que estamos acá!

Yo tenía los dos revólveres en las manos y seguí apuntando a la puerta del *berretín*.

El *Ñato* hizo un esfuerzo brutal, juntó toda su energía y alcanzó a decir:

–¡No tiren!; ¡no tenemos armas!

Había hablado con una voz ronca, animal, y rompió mi tensión. Bajé los revólveres.

–Decí lo que te digo –ordenó el *Ñato*.

Repetí:

–No tiren.

–Somos dos –dijo el *Ñato*.

–Somos dos.

–Uno está herido.

–Uno está herido –grité.

De abajo respondieron:

–Bueno, bajen.

–No, no bajamos si no viene el comisario Campos Hermida –agregué, según el libreto del *Ñato*.

El *Ñato* conocía a Campos desde la toma de Pando y pensaba que en esas circunstancias era alguien que podría hacernos respetar la vida.

–Justamente, soy Campos Hermida –se oyó–, estoy acá. El Juez Echeverría está conmigo, y el Actuario y el Forense. Pueden bajar.

El *Ñato* asintió con la cabeza.

–¡Cuidado, voy a abrir! –advertí.

Tenía todavía un arma en la mano y pensé: “si se hacen los locos, tiro”. Levanto lentamente la tapa y veo, desde arriba, el pelo ceniciento de un hombre y después su cara rosada, un bigote pulcro de funcionario; tiene un revólver en la cintura, pero las manos visiblemente separadas del cuerpo.

–Bajen nomás –dijo tranquilo.

–Sí, es Campos Hermida –confirmé al *Ñato*.

El Juez Echeverría se refugiaba detrás del comisario. El *Ñato* hizo ademán de incorporarse.

–Bajamos –dijo.

Dejé el arma, cargué al *Ñato* sobre un hombro y empecé el descenso. Todavía estábamos dentro del placard y vi a Campos Hermida forcejeando contra la puerta del baño. Alguien empujaba desde afuera y el caño de una metralleta golpeaba contra la puerta.

–¡Es una orden! –grita el comisario y apoya el hombro.

Dentro del baño están el Juez y otro hombre, el Actuario o el Forense, no sé. En un instante comprendí el terror del Juez. Había hecho un cálculo simple: “para matar a estos dos tupas, también me tienen que matar a mí; ¿y por qué no?: mi cadáver se lo pueden cargar a ellos”. Campos Hermida había conseguido cerrar la puerta. Se vuelve, mira al *Ñato* y le dice:

–¡Ah!, sos vos.

–¿Y quién soy yo? –pregunta el *Ñato* que se había dejado crecer el bigote.

–Vos sos el “Gallego” –dice Campos, que lo llamaba así–; y vos sabés quién soy yo?

–Pero claro, Campitos –dice el *Ñato*– ¿no voy a saber?

Después el *Ñato* se dirige a mí:

–Bueno, hermano, hasta aquí te puedo garantizar la vida; ahora vamos a ver qué pasa.

Y se derrumba; está gris y tiembla. Campos lo sienta en el borde de la bañera. Veo una oportunidad.

–Comisario –digo–. Voy a subir a buscar un pullover para el *Ñato*.

Y vuelvo a meterme rápidamente en el *berretín*. El Juez está abajo, si entro y cierro tendré por lo menos veinte minutos para quemar.

Cuando llego arriba me encuentro con el fotógrafo militar. El hombre, agachado, hace girar el torso y en la cintura le aparece la culata de una pistola; pone la mano en la cadera y se queda mirándome. Abando-

no la puerta y me dedico a buscar el pullover. “Si por lo menos encontrase la libretita de los contactos, algo es algo”, pienso, pero no aparece; tomo el pullover y bajo.

–No te preocupes –dice el *Ñato*–, no es nada.

Esperamos la ambulancia. Se me ocurre otra cosa.

–Mire, Juez –digo–, arriba hay 25 mil dólares; que no vayan a desaparecer.

El Juez hesita.

–¡Ah!..., no sé...

Visiblemente no las tenía todas consigo.

–...el procedimiento lo está llevando el comisario.

–Suba usted mismo a recogerlos –dice Campos.

Era lo que esperaba: no había abandonado mis propósitos incendiarios. Pero cuando llegué otra vez arriba fueron dos los hombres que me encañonaron.

–¡Comisario: me quieren matar! –exageré.

Se oye decir a Campos:

–Déjenlo que tiene que retirar un paquete.

Me hubiera conformado con encontrar la libretita de mierda de los contactos, pero esta vez tampoco apareció.

Cuando bajé levantaban al *Ñato* y lo llevaban al dormitorio chico, al lado de la sala de baño.

Los policías estaban vestidos de civil y tenían bonetes y brazaletes de plástico amarillo. Fueron entrando en el dormitorio. Parecían participar en una extraña ceremonia de sacrificio cuando rodearon la cama del *Ñato* y lo miraron larga, dubitativamente, con ojos de vidrio afiebrado. Los “cigarritos de Rosaura”, pensé, parado junto a la cama; “esto puede terminar mal”; miré al Juez y me pareció que ya tenía cara de muerto.

Reapareció el personaje que se había querido meter en el baño con la metralleta. Era un grandote, segundo al mando de Campos; y cuando llegó la ambulancia y un gordo –“¿será el Forense?”– subió con los camilleros, el grandote señaló al *Ñato* con el caño de la metra y apuntó:

–¡A éste habría que llevarlo caminando, para que reviente!

Campos Hermida volvió a interponerse y lo llamó al orden. Bajaron al *Ñato*. A mí me dejaron esperando arriba. Curioso personaje, ese Campos. Según las informaciones que había entregado el fotógrafo Bardesio, Campos era miembro efectivo y activo del “Escuadrón” y por eso estaba en la lista de los condenados a muerte por la Organización. No por nada nos estaba protegiendo la vida al *Ñato* y a mí: cuidaba la suya.

–Se lo juro por mi hija –iba a decirme Campos unos días des-

pués—, lo voy a matar; ese Bardesio es un infame.

Ese día estábamos en el despacho de Campos Hermida, en el cuarto piso de la Jefatura de Policía. Yo, con un pantalón andrajoso abierto en una pierna y una casaca policial, con dos perforaciones perfectas en la espalda, que me habían dado en el Hospital Militar.

—Pero, ¡¿cómo, Cámpora?!; ¿está descalzo? —dijo Campos.

Mandó comprarme zapatillas y mi viejo “Librax” y me contó su versión de lo ocurrido en Amazonas, fuera del *berretín*. Dos horas estuve hablando, acumulando detalles e insistió: desde el balcón le habían tirado una ráfaga; las balas le pasaron junto a las piernas, a él y al capitán Calcagno, cuando iban a entrar a la casa.

El oficial Zapata me hizo su relato, tiempo después. Zapata resultó ser el mismo hombre que había ido a orinar y encontró el *berretín*, a último momento. Cuando estaban por entrar en la casa —contó Zapata—, sintió ruido en el balcón, volvió el cuerpo contra los arbustos del jardín y disparó hacia arriba. Campos y Calcagno, que estaban por entrar a la casa y le daban la espalda a Zapata, no lo vieron tirar. Los dos hicieron cuerpo a tierra y pueden haber confundido las cápsulas escupidas por el arma del oficial, con balas que les estuvieran tirando a ellos. Fue entonces que empezó el tiroteo grande.

Después que me entregaron las zapatillas y el “Librax”, Campos me preguntó cortésmente:

—¿Y ahora, Cámpora, qué es lo que desearía declarar?

—Comisario, yo no tengo nada que ver con esa Organización. Desde que caí preso, en marzo del 71, y mi mujer me dejó por ser tupamaro, pedí la baja. Entonces me dijeron: “bueno, pero vos sos un peligro; te vamos a sacar en la fuga, te vamos a hacer papeles falsos y te vas para Chile”; para que allá pudiera rehacer mi vida con mi familia, ¿comprendes, Comisario?: me tenían encerrado.

Campos Hermida comprendía muy bien. Esas declaraciones más no ocuparon más de una página y fueron prudentemente utilizadas para procesarme por “Autoevasión”: por haber roto una pared para escaparme de Punta Carretas. Las otras quince páginas de testimonio se las hice a solas al Juez. Formaban parte de mi expediente, pero un día supe que las habían hecho desaparecer.

Me he preguntado más de una vez si esa “mano negra” que impidió durante tantos años mi liberación, no fue la misma que evaporó las declaraciones, la que me quería cerrar la boca para que nunca se supiera lo que verdaderamente pasó en Amazonas, entre otras cosas.

Cuando cesó el tiroteo grande y los policías entraron a la casa y se

oyeron las botas galopando escaleras arriba, Luis salió del dormitorio, avanzó hacia los que subían y gritó con voz entera:

—¡No tirén, por favor, no tiren; estamos solos y no tenemos armas!

Y sobre esa frase, se oyó la ráfaga, diez, doce, catorce tiros y el “¡ej!” de Martirena —doce años después sigue dándome vueltas en el oído el “¡ej!” de aquél cuando encajaba los tiros— y el derrumbe del cuerpo, el peso muerto, sobre el piso de madera.

Cuando salí del dormitorio chico para abandonar la casa, junto a la boca de la escalera, lo vi. El cuerpo de Luis estaba boca arriba, la cabeza hacia la escalera y los pies hacia el dormitorio grande; un poco reclinado hacia la izquierda, los lentes en una mano muy crispada, la cara sin expresión concreta, la boca entreabierta; a medio cubrir con una ropa.

No lo habían herido en el dormitorio. No estaba herido cuando gritó, cuando dispararon sobre él.

Casi enseguida resonó otra ráfaga más lejos, más soprano y los “pac-pac-pac” de un arma corta. Los vecinos lo habían visto todo: ya la puerta del garaje había desaparecido pulverizada por las ametralladoras calibre treinta y por ese hueco iba a salir Ivette, con las manos en alto, y los milicos se fueron sobre la casa y la agarraron de un brazo y la metieron hacia el fondo del garaje y dispararon e Ivette quedó tendida en la cocina.

—¿Acá, en la casa, vive una mujer? —me preguntó el hombre que estaba con el Juez, cuando bajé del *berretín*.

—Sí, sí; ¿de qué edad? —pregunté. “Anita o Laura”, pensé.

—Unos treinta y pocos años —había dicho el hombre.

—Es Ivette.

—Mejor que no vaya a verla —había dicho el hombre.

Como si yo hubiera podido moverme de donde estaba, metido en el baño.

—No tiene cabeza —dijo el hombre.

Luis no había muerto enseguida. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que lo hirieron hasta que algún milico le habló?

—¿Y vos, quién sos? —le había preguntado.

Hasta el *berretín* nos había llegado la voz tenue de Luis, pero no la respuesta. Pensé, o no sé, quise pensar, que lo tenían de *plantón*.

—¡Ah!, sos Martirena, y... ¿querés más o con eso te alcanza?

—...

—Sí, sí, no tenés nada que ver; ya sé, ya sé...

No volvieron a molestarlo, lo dejaron desangrarse en paz. Después trajeron al Juez y le hicieron el cuento de la ráfaga desde el balcón y le

mostraron la pistola 7.65 que le habían puesto en la mano a Ivette y la metralleta Thompson que le adjudicaron a Luis.

Y escribieron la Historia, versión vencedores; escribieron en un librito titulado “La subversión” (Montevideo, 1977), página 717:

“1972, Abril 14: La policía allana la finca de la calle Amazonas 1440. Sus ocupantes desacatan la orden de arresto y abren fuego, el que es repelido, muriendo dos sediciosos y resultando uno herido y otro ileso”.

* * *

El suicidio de mi madre, en diciembre de 1976, había abierto una situación de expectativa entre ciertos milicos de Trinidad, los que me trataban más de cerca. Cuando recibí la noticia en la visita, volví a la celda y a los cinco minutos estaba allí Risso; entró, se sentó en unos bultos que poníamos en el suelo contra la pared; parecía preocupado:

—¿Qué pasó, Cámpora, cómo fue?

Como evidentemente yo no tenía ganas de hablar, se quedó conversando cuarto de hora con Washington de Vargas, el *Lechuga*, mi nuevo compañero de celda y se fue: hizo una clásica visita de duelo.

Había un soldadito —¿cómo se llamaba?— que nunca nos falló, que nunca aceptó regalos, que tampoco era compinche nuestro, que se tomaba muy en serio su función de “soldado noble” y que, efectivamente, era un tipo noble. Vino a la celda y, muy circunspecto dijo:

—Le acompaño el sentimiento.

Hubo durante ese día y el siguiente una atención especial de los milicos del S-2, supongo que por temor a que me fuera a colgar y les complicara la vida. Quedé apagado, pero me fui recuperando bastante rápido. Manera Lluveras, muy sobrio: “¿qué pasó?, ¿cómo te sentís?”; quince minutos y caso cerrado. El *Lechuga* de Vargas se dejó llevar más por la tragedia; pensaría que se me había derrumbado mi catedral interior y me cubrió de cuidados.

No nos entendimos muy bien, con el *Lechuga*, la verdad. Clandestino desde los 17 años, estudiante, había leído mucho; la primera impresión que daba era la de un muchacho jovial, con humor, buen futbolista y ajedrecista, interesado en pintura, incisivo para seguir un razonamiento, pero la convivencia resultaba, por lo menos para mí, bastante difícil.

Pero esto es lo que menos cuenta de la historia del *Lechuga*; lo que cuenta es la forma en que se han ensañado con él los milicos y de eso habrá que hablar.

Cuando los del S-2 vieron que seguía caminando sobre mis pies volvieron a despreocuparse; pero “mi caso” pareció volver a dar señales de vida. Fue a fines de enero que el soldadito noble vino a corroborármelo. Entró en mi celda, se acuclilló –quería hablar en confianza– y dijo:

–El comandante fue a Montevideo; creo que la visita tiene que ver con su asunto.

Supuse: es una consecuencia de la muerte de mi madre; el hecho apretó algún botón; quizás se cree alguna posibilidad de salida. Esperar y ver. Le pedí que me tuviera al tanto.

No quería abandonarme a un nuevo tobogán: “este es uno de los tantos rumores, no tengo que hacerle mucho caso”; pero era inevitable: el *Chancho* Pintos, el *Negro* Méndez, el *Marqués* Castagno; hace unos meses, el *Urraca*: todos los que habían estado presos con nosotros, en San José, habían salido; solo quedábamos el *Lechuga* y yo; ¿por qué no iba a poder ser mi turno?

A los pocos días vuelve el soldadito y me dice:

–El comandante regresó de Montevideo; parece que su asunto se va a mover.

Dicho y hecho: a principios de febrero del 77 me vuelven a pedir mis datos personales (el S-2 los tiene, pero “es más rápido así”): nombre, domicilio fijo (?!), fecha de procesamiento. Al otro día vuelven: lista de enfermedades. Al otro: datos de la familia.

El optimismo me comienza con timidez y aprensión, apoyándose cautelosamente en datos estimulantes, aunque trataba de preservarme y apenas lo comenté con el *Lechuga*; fue poco antes de que se lo llevaran.

En el cuartel había un ajeteo extraño. Habían traído presos nuevos: ocho militantes comunistas que intentaron un experimento de asociación política con una cobertura que fracasó, y los pusieron en dos de nuestras celdas que estaban desocupadas. Estaban allí unos días, desaparecían –una vez uno, otra vez otro– y volvían a aparecer.

Risso andaba muy ocupado: lo llamábamos para enterarnos de algo y ni nos contestaba; Bello, invisible; empezaron las dificultades con las cartas, redujeron los libros y nos caía una *requisa* noche por medio; ¿qué pasaba?

Empezamos a suponer y no demoramos en estar seguros: en el baño nuestro, ya sin disimulo, instalaron el gran tacho de doscientos litros y el tablón con cinturones de neumático que usaban para dar el *submarino*. A los presos que estaban pasando por la *máquina*, para que no los viéramos, los iban estacionando en el barracón de la *batería*.

Cerca del baño había un barracón abandonado que perteneció a una

batería del cuartel y donde habían construido ocho calabozos de mala muerte con bloques de hormigón, un poco de cemento y techo de alambre tejido. Cuando habían terminado de darles la *máquina* o querían hacer una pausa, llevaban a los comunistas a nuestras celdas para recauchutarlos. Así apareció días después, la cara hinchada por los golpes, Mario Arregui, el escritor; un hombre cercano a los setenta años, frágil, que no sé cómo no se les había quedado en una zambullida.

El cuartel cambia cuando se está dando la *máquina*: se pone tenso, irrespirable; los hombres –presos y milicos– se alteran. *Máquina* y cárcel no pueden coexistir, hacen una mezcla explosiva. Desaparecen las rutinas, nadie se ríe, se conversa poco; todos tensamos el ánimo y nos ponemos hoscos, preparándonos para “la dura”, la “vieja conocida”; que nos cuesta enorme, a esta altura de la cana, presenciar a nuestro lado.

Las *requisas* de celda se hicieron tan frecuentes en esa época que cuando no venían tampoco podíamos dormir. La tranquilidad desgastaba. En la *requisa* ya no podían romper nada: no tenía ni libros, ni fotos, ni papeles; los alimentos cabían en una caja pequeña, colgada de la pared. Sentía un ruido a las tres, las cuatro de la mañana, esperaba y terminaba por preguntarme: “¡carajo!; ¿por qué no acaban de venir?”.

Un local carcelario cuando es utilizado para la *máquina* sufre una especie de desnaturalización sustancial, química. Comidas, recreos, visitas, libros, cartas y todas las pautas e intereses pierden significación, dejan de tener importancia. Como las ratas, cuando se las acosa, uno empieza a buscar dónde morder.

Desde la ventanilla de la celda veía cómo un sargento –no me acuerdo del nombre, muy milico, pero directo, sin vueltas– trazaba trabajosamente los renglones en el papel. Cuarenta, autorizados. A veces les salían mal y entraban cuarenta y cinco en una hoja. Otro *verdugueo*: hasta ahora las cartas se habían venido haciendo en hojas sin renglones y su extensión dependía de la miniaturización de la letra, especialidad de preso. Ahora nos habían impuesto ese papel rayado, una sola hoja y letra grande y cuando entregaban el papel todavía advertían: “dentro de dos horas, pasamos a recoger”.

Trinidad, 22 de abril de 1977.

Querida familia, salud:

Recibí carta de ustedes. No les contesto nada porque entre tanto tema para elegir no me decidí por ninguno. Me alegro que todos estén bien y estudiando mucho.

Ando bastante atontado para escribir y les pido me disculpen. De

sencillez, voy cayendo en simpleza.

Tu depresión de aniversario, Negra, coincidió con la mía. Cosa de brujas. Y una forma, como cualquier otra, de festejarlo.

No dejes de contarme del estudio de los gurises: es mi preocupación permanente, y también hasta ahora mi permanente satisfacción.

Notarás que ando flaco de ánimo. Debe ser el otoño que este año se me quiere meter adentro.

No quiero llegarles con letras chatas. Tampoco quiero llegarles simulándome otro. Por ese motivo corto por acá, nomás.

Muchos besos a todos.

Hasta cuando sea.

David.

Ya el traslado no había sido un buen augurio: lo sacaron de la celda que compartía con David y lo pusieron en la de enfrente, solo. Es cierto que el *Lechuga* tenía la libertad firmada desde el 73 y que iba solucionando sus problemas judiciales, pero últimamente no había habido ningún indicio de que lo fueran a soltar. Pasaron varios días y la mañana de un jueves pesca algo que están hablando en la Guardia –tenía oído fino– y le dice a David:

–Me parece que me van a *flautear* hoy.

Teclean algunos timbres para ver cómo reaccionaban los milicos:

–Me quisiera afeitar mañana, ¿se podrá? –pregunta el *Lechuga* a un S-2.

–¿Por qué no te afeitás hoy, mejor?

Alarma. Otro intento:

–Che, ¿no apareció mi libro?; mirá que el día que me vaya, no les firmo nada.

Y, al rato:

–Aquí tiene, de Vargas, su libro.

Los preavisos eran bastante preocupantes y a mediodía, con la llegada del *rancho*, viene Bello y le confirma:

–Prepare sus cosas que va a ser trasladado.

–¿Para dónde? –pregunta el *Lechuga*.

Bello se va como si no hubiera oído, pero David logró preguntarle más tarde:

–¿Lo llevan a la *máquina*, Flaco?

–¿Vos estás loco? –dice Bello–; no, no sé para dónde va.

Lo dejan toda la tarde en la celda y los nervios lo están moliendo; está –literalmente– a los saltos.

Consulta si debe *cortarse*: tiene un trozo de metal afilado y piensa que si se corta las venas, una de dos: o se muere, o los milicos se asustan y no le dan la *máquina*. ¿Qué le parece, a David? Le parece que después que lo refloten en el Hospital Militar se lo van a llevar igual a la *máquina* pero revisándolo bien esa vez para asegurarse que no tiene *corte*; su opinión: no es el momento de hacerlo.

David se las arregla para arrimarle cincuenta pastillas de “Librax” pero el *Lechuga* se las toma demasiado pronto: las horas corren, no lo vienen a buscar y el riesgo es que se le pase el efecto sedante de las pastillas antes de llegar a la *máquina*.

Se acercaba la hora del *rancho* nocturno, cuando sintieron el ruido escandaloso de un motor, la marcha atrás de una *heladera* que entraba a la Plaza de Armas.

–Son ellos –dijo el *Lechuga*, y amagó un ademán de despedida.

–No les aflojés, *Lechuga*; ¡vamo arriba! –alentó David.

Lo sacaron a los empujones, encapuchado y esposado atrás. Se oyó partir el camión.

David estaba todavía en la ventanilla de su celda, minutos después, cuando se acercó Risso.

–Va para la *máquina*; ¿verdad sargento?

–Usted sigue siendo *régimen*; ¿no es así, Cámpora?; ¿qué va a comer mañana?

Después de un silencio, David dijo en su mejor tono neutro:

–Papas hervidas, sargento.

Dos semanas después, un domingo lluvioso de abril, el cuartel está desierto y se aparece Risso; algo insólito: no pisaba el cuartel los domingos, y menos en una Semana Santa. En Semana Santa no ocurre otra cosa en Uruguay que la Vuelta Ciclista. Pidió los datos de mi procesamiento, “cuanto más rápido, mejor”.

–Es muy posible que se vaya pronto, Cámpora –dijo Risso.

–¿Esto es en serio, sargento?; ¿cuándo sería? –pregunto.

–En un par de semanas.

Segunda señal de partida; la primera me la habían dado en febrero, cuando todavía estaba el *Lechuga*, después de la muerte de la vieja.

El miércoles siguiente pasa frente a mi celda el soldadito noble y con la mano me hace el gesto de un avión que despega. Hice un recuento de los datos que me habían pedido las últimas semanas y no cabía mu-

cha duda: eran los trámites administrativos para irse.

¿Irme?, volvía a creerlo con esa terquedad incurable de la esperanza, pero la expectativa coexistía con la *máquina* que seguía funcionando en el mismo cuartel; las dificultades con las cartas —una vez me dieron diez minutos para escribirla—, la interrupción del sueño por las *requisitas*; la eventualidad imponderable de que fuera *flauteado* a último momento como el *Lechuga*, del que no sabía nada hacía más de un mes.

Empecé a reducir la comida. Dejé de comer ese trocito de carne fría que me traían a veces y tomaba leche en polvo, galletas y, con autorización especial, papas y arroz. Me empecé a sentir mejor —la úlcera estaría agradecida—, pero iba bajando insensiblemente de peso.

Me mandó llamar el médico de siempre, el riesgoso Forno. Lo encontré preocupado: ¿por qué estaba comiendo tan poco?; ¿cómo descansaba de noche?; ¿qué tal mi estado de ánimo?; ¿y esos nervios, bien?

Vi instantáneamente la brecha: estoy realmente cansado, al borde mismo de la *rayadura*; y ¿si exagerara un poco?, ¿si hiciera una *caída*?; la úlcera no daba para más, tenía que hacer una *caída* “nerviosa”. Lo decido y lo hago: “una desgracia completa, doctor, una verdadera tragedia, el suicidio de mi madre, la falta de sueño, de cartas, de visita; la comida me cae cada vez peor, todo esto se está haciendo insoportable, invivible, doctor; mientras no me *flauteen*, cualquier día, como a mi compañero de celda; es inútil, digan lo que digan, yo sé que me voy a pudrir entre las cuatro paredes de ese calabozo”: todo dicho en voz apagada, en tono confidencial, entre nosotros, con el aire resignado y definitivo de una despedida, “doctor, realmente no sé lo que voy a hacer, no doy más”.

Forno es un hombre de experiencia, que anduvo en mucha *máquina*, nada fácil de “pasar”. Sabe, por ejemplo, que a un tipo que está verdaderamente afectado le sube la presión. Lo que no sabe es que yo sé que si respiro rápido —como lo estoy haciendo mientras le hablo— me sobreoxigeno y la presión aumenta.

Y, por último —la frutilla de la torta—, le conté el sueño. El sueño para mí es uno solo: el más terrible que he tenido en mi vida y que hasta entonces era un secreto que guardaba bajo siete llaves.

Estábamos todos presos; era una especie de subterráneo brumoso, grupos de gente que no conocía pero también mi hija Silvia, chiquita, una ratona; se estaban llevando gente, uno tras otro desaparecían y todos sabíamos sin decirlo que iban para la *máquina*; Silvia también lo sabía y me dijo: “no dejes que me lastimen, Papá”; se llevaron a otros y cuando la vinieron a buscar a ella, se había puesto una cuerda al cuello,

se colgó de una especie de alta reja y me dijo: “ayudáme, Papá”, y yo la agarré de los pies, mis dos manos la agarraron de los pies y tiraron hacia abajo, fuerte, interminablemente, tiraron hacia abajo, para que todo se acabara.

Pasé años acostándome con el terror frío de que esa pesadilla volviera al dormirme y nunca la había contado, hasta entonces; y si algo me faltara para comprender que ese día, con Forno, estaba en una situación extrema, es haber llegado a jugar aquella pesadilla como naípe, sabiendo que sólo con contarle me iba a envolver la angustia.

Cuando Forno me hizo tomar la presión, volaba.

—Tranquílese —me dijo—; tome “Librax”, coma un poco mejor.

Resolví asegurar la ventaja; doblé la apuesta:

—¡Y dígales a esos alféreces que no jodan más, doctor!; ni hombres son, son una mierda; no dejan dormir ni de día ni de noche; ¡qué se creen esos hijos de puta, al final?!

Forno me escrutó un momento, después volvió a la orden que estaba escribiendo y dijo:

—Voy a hablar con el comandante para ver si le consigo derecho a siesta; en cuanto a los alféreces, no es de mi competencia.

Volví a la celda con una euforia que, en alguna parte, me parecía artificial. Sabía que podía hacerme un pequeño nido dentro de la sordidez del cuartel —nada extraordinario: conseguir algún libro, papel de carta, un poco de sueño—, sacar un cañito para respirar; pero por otro lado me sentía íntimamente fatigado, más que nunca; creo que si alguna vez estuvieron por poderme los milicios, fue en ese momento.

La carta de la *caída* había estado bien jugada; era la última, o quizás, la penúltima tomando en cuenta que todavía me quedaba la posibilidad de meter a un alférez dentro de la celda y molerlo a golpes (tenía pensado con qué); lo que venía a ser una manera como cualquier otra —aunque más rentable— de suicidarme.

Al otro día después del *rancho* me acosté a dormir la siesta.

Vino el cabo.

—¿Usted no sabe que no se puede dormir?

—Tengo reposo autorizado —exageré, y tuve suerte.

Mi *caída* “nerviosa” tenía sus exigencias. Los milicos vieron una forma de matar el aburrimiento: se acercaban despacio a mi celda, decían “vas a ver lo que hace el loquito”, le daban un violento puntapié a la puerta y yo, que los había oído venir, tenía que hacerles un salto de circo lo más convincente posible.

Venían a hacer las *requisas* y oía:

—Al pichi Cámpora vamos a saltarlo.

Me acercaba a la ventanilla y les decía:

—¡Che, cómo joden ustedes!; ¿por qué no dejan dormir tranquilo?; ¿qué están haciendo?

—¿Qué decís, vos, pichi atrevido? —decía algún milico mal enterado.

No faltaba otro que hacía una seña discreta: había que dejarlo correr, al loquito. Creo que con aquellas intervenciones conseguí que todas las *requisas* se espaciaran un poco; les compliqué en algo el cuadro de hostigamiento.

Me di cuenta de que me ponía a hacer flexiones en mi celda y que era lo mismo cincuenta que doscientas; que podía trotar toda la tarde sobre una baldosa sin sentirlo; sencillamente: no tenía peso.

Manera Lluveras, aquel hombre fuerte y sudoroso que hacía gimnasia en su celda a las cinco de la mañana, meses atrás, estaba convertido en un viejito. ¿Y yo?: lo supe mucho después: no tenía músculos, era puro ojos; me estaba muriendo despacito y sin darme cuenta.

Un día mis números acrobáticos ante los milicos terminaron por mi propia decisión y a consecuencia de un susto. Estaba dormitando con un libro abierto en las rodillas, sentado en una silla que recostaba contra la puerta de la celda, cuando golpean; golpean moderadamente, golpean con los nudillos un par de veces para llamarme y me doy cuenta en el aire que estoy dando un salto al centro de la celda, sin proponérmelo, y cargado de verdadera tensión.

Ese mismo día me dije: “se acabó la *caída*, *Chichi*”.

—Te iba a decir que ese tipo de *caída* es peligroso, que no abusaras —me dijo Manera, veterano.

Empecé a comer, a hablar con los otros, volví a atender las cartas; recuperé mi lugar de preso.

Risso le había advertido que lo traerían esa noche. David había preparado la cama, tomó “Librax”, se acostó en el colchón del suelo y se durmió. Serían las 11 cuando lo trajeron: le sacan la capucha, las esposas, se hinca, abraza a David y se pone a llorar; venía destrozado.

Esa tarde Risso había dicho:

—Lo pondré en sus manos, Cámpora: parece que ha atentado contra su vida. No queremos tener complicaciones; usted sabe que nosotros aquí no tocamos a los presos.

Y el que lo dice es Risso, en el mismo momento en que le está

dando *máquina* a los comunistas allí mismo, en el cuartel; “esta es la relación que se da con los milicos –pensó David–, te pasan mierda por la cara y vos tenés que decir: ¡qué rico chocolate!”. Pero lo único que importaba en ese momento era el *Lechuga* y contestó:

–Pierda cuidado, Riso: yo me encargo.

Esa noche el *Lechuga* ni se sacó el abrigo: lo abrazó y se dejó caer; temblaba.

–¿Por qué no le preparás un cafecito? –dijo el *Flaco* Bello; cerró y se fue.

Lo sentó, preparó un café con agua del termo: empezaron a hablar esa noche y no pararon en dos semanas: “nunca pensé que podríamos hablar así, vos y yo, y que llegarías a entenderme tanto” –dijo finalmente el *Lechuga*–. Estaba con reposo absoluto: tenía la cara muy lastimada, había perdido muchos quilos, se había roto la espalda, caminaba con un hombro bien levantado: como un boxeador en permanente guardia alta.

Lo habían tenido en el cuartel de “La Paloma”, en el Cerro de Montevideo, más de un mes. La *máquina* se la había dado la gente de la OCOA, especialistas. Lo de siempre: golpes, *plantón*, *picana*, *submarino*; una variante: empezaron por interrogarlo desnudo bajo luces potentes antes de tocarlo, y había sentido una enorme y extraña sensación de desamparo.

Trató de matarse de las maneras más insólitas:

–cortándose la garganta con un frasco de pastillas: no consiguió más que abrirse la piel;

–colgándose de un clavo por el cordón de la capucha: el clavo no resistió;

–hundiéndose el clavo en el pecho: se hizo heridas menores;

–comiendo todo lo que podía hacerle mal, desde jabón en adelante: vomitó, sin otra consecuencia;

–y, finalmente, cuando lo llevaron al baño, después de la *máquina*, se arrojó al vacío por una ventana: se lesionó la espalda, pero tampoco consiguió matarse.

Los milicos le atribuían la muerte de dos policías. A fuerza de *máquina* le hicieron firmar la confesión, a fuerza de *máquina* llegaron a condenarlo a 45 años de prisión. Pero todavía no estamos allí. Por ahora el *Lechuga* es un hombre física y moralmente golpeado, encerrado en una celda de Trinidad con David, y a David, la verdad, apenas le dan las fuerzas para atenderlo. Dos meses después, trasladan al *Lechuga* a *Libertad*.

El viernes 5 de agosto del Año de Gracia de mil novecientos setenta y siete, a las ocho en punto de la mañana, viene el sargento –el de los renglones torcidos– y me dice:

–Esta es la letra del comandante del cuartel.

Me da un papel a leer: “GENERAL MENDEZ: FAMILIARES CAMPORA SOLICITUD VIAJE”.

–¿Y esto qué quiere decir? –pregunto.

–Quiere decir que llamó el General Méndez, de la Región Militar, para que tus familiares inicien enseguida los trámites; te vas para Alemania.

Me pide los datos administrativos.

–¿Otra vez?; ya los di veinte veces.

–Es más rápido así.

Con Risso, con el *Flaco* Bello, con otros milicos por pequeños grados, por datos sueltos, por frases al pasar, la idea de mi liberación había sido nutrida todo el año, desde febrero hasta ese agosto; era una esperanza corrosiva.

–El cuartel está a tu disposición –me dijo el sargento.

Quise hacer un test. Le di el teléfono de Labat, mi abogado.

–Hacé el favor, llámalo y decíle que venga mañana; que traiga la solicitud de salida.

Y aproveché a pedirle un libro de antropología que tenían retenido. Me dije –bien de preso–: “si viene la libertad, mejor, pero dejáme asegurarme el libro”.

El sargento volvió al rato, con el libro y la información:

–El abogado dice que viene el domingo y trae el expediente. ¿Querés algo más?; ¿aviso a tu familia?

–No te preocupes, gracias; el abogado seguro que se encarga.

No quiero hacerme la menor ilusión solitaria; consulto la sabiduría carcelaria de Manera Lluveras:

–Te vas, *Chichí* –me dice–, es un hecho: esta vez no cabe ninguna duda.

Releo las cartas, rompo las que no llevaría; ordeno las fotos que se vendrían conmigo; voy decidiendo qué hacer con cada una de la cuatro pertenencias que tengo en la celda. ¿Y si esta vez fuera la buena?

Al otro día, un sábado de lluvia formidable, a las diez, me traen la

brocha y la maquinita de afeitar a la celda –a veces ocurría– y le pregunto a *Hans de Islandia*:

–¿Tengo visita?

–Parece; creo que viene alguien de Montevideo a verlo.

Me esposan y me sacan. En la sala de visita encuentro a Risso, a Bello, al alférez de la Reina, el del bastoncito; está el S-2 completo y el ambiente es de gravedad y compostura. El alférez no me tutea.

–Cámpora, por favor, pase por aquí.

Me lleva ante un milico de civil, recién llegado de Montevideo. Me hace sentar. Los demás quedan parados delante de mí, en semicírculo.

–Vengo a notificarle –dice con un tono bastante afectado el milico de Montevideo– que ha sido reprocesado; por falsificación de documento público; firme aquí.

No entiendo. No entiendo nada. Miro a Risso que esconde los ojos. ¿Reprocesado? Tengo la libertad concedida; me acaban de avisar que prepare mi viaje a Alemania. El milico que viene de Montevideo lo lamenta pero no sabe nada; me extiende un papel:

–Mis únicas instrucciones son notificarlo; se le ha abierto un nuevo proceso; firme aquí.

Firmo. Me llevan a la celda. Llamo de inmediato a Risso.

–¡Qué es esto?! –pregunto.

–Te juro que no tengo la menor idea –dice Risso, y parece sincero.

–¡Me están *verdugando*, Risso; ayer, la libertad y hoy, esto!

–Cámpora, hay orden de liberarte, hablamos con el abogado: mañana viene.

–Pero, ¿y esto, ahora?, la notificación.

–Ni idea –dice Risso–, te lo juro.

Tres años en el cuartel y me reprocesan, casualmente, 24 horas después de haberme anunciado la liberación. El notificador llega del Juzgado un sábado en el que además llueve espantosamente, para decirme que me procesan por una nimiedad: la cédula de identidad falsa que tenía en Amazonas: un documento que está en mi expediente desde 1972. El delito que me desentierran no es excarcelable, porque tiene una pena mínima de dos años. ¿Otra vez la “mano negra”?; ¿quién es, ese hijo de puta?: un milico, no tan importante como para poder hablar con el General Méndez y hacerme retener, pero sí con suficiente poder para meterme un palo en las ruedas con la justicia militar.

–Vos te vas; este procesamiento está mal hecho.

A Labat, no le cabe duda. Una cédula de identidad “no es un documento, es un certificado”; y la figura delictiva habla de “fabricación”,

no de “tenencia”. Todo el cuartel se pone a la orden del abogado. Le traen la máquina de escribir: rehace los papeles. Pasa dos horas y media. Los entrega. Se despide:

–Te vas, quedáte tranquilo.

Gran tipo, Labat, y buen abogado. Pero no puedo olvidar que el día antes me habían avisado oficialmente que empezaba un nuevo juicio contra mí y que la condena que podía caerme sería de dos a seis años; ¡seis años más en aquellos cuarteles!

Nueva consulta a Manera:

–No entiendo un carajo, *Chichí*: están locos.

A él también lo habían reprocesado.

Manera es partidario de esperar la gestión del abogado; ¿y qué otra cosa puedo hacer?

A los cuatro días, son las once de la noche y estoy durmiendo, cuando vienen los milicos a buscarme a la celda.

–Va a revisarlo el médico –me dice el sargento.

–¿El qué?

–El médico.

–¿Ahora?

–Ahora, vamos...

¡Revisión médica! ¡A las once de la noche en Trinidad; cuando el médico iba al cuartel una vez por semana, a mediodía! Esto no tiene nada que ver con un reprocesamiento, ni con una liberación.

Voy y el médico me dice:

–Desvístase; tengo que hacer un informe sobre su estado de salud.

¡Esto es un *flauteo*!; se repite la historia del *Lechuga*; no voy a la *máquina*; ¡voy a una masacre!

Vuelvo a la celda, no sé cómo. Las manos no me hacen caso. Alguien me *cantó*; encontraron algo revisando expedientes para reprocesarme; me van a dar la *biaba*, buscando una confesión.

Tomo cinco pastillas de “Librax”. Como si nada. Cinco más. Seguro que vendrían a buscarme al amanecer, si no no me hubieran hecho revisar por el médico tan tarde. Tengo cuatro horas para prepararme: ya no se trata de cartas ni de fotos, se trata de fabricar un buen *corte*.

El viernes anterior, la libertad; el sábado: reprocesamiento; cuatro días después: la *máquina*. Una sola idea nítida, no negociable: no voy a hablar, de ninguna manera. Para eso, necesito un *corte*. Tengo que conservar toda mi lucidez, estar permanentemente resolviendo mi ecuación personal, preguntándome a cada instante: “¿cómo está el tiempo?; ¿resisto?”; y si llega un momento en que dudo, conservar todo el coraje que

me quede para *cortarme*: pero no hablar.

Las pastillas –¿cuántas habré tomado?– hacen finalmente algún efecto y recuerdo que tengo guardada una puntera de acero que refuerza la suela de los zapatos, precisamente para hacer un *corte* llegado el caso. La llevaría entre la encía y el interior de la mejilla. Si me revisaran la boca, podría tragármela. Tenía que tener en cuenta que en el *submarino* la perdería: usarla antes o, de ser posible, preservarla para después, escondiéndola en alguna parte.

La lámina de acero tiene muy poco ancho y ninguna profundidad. Si busco una vena no podré afirmarme mucho porque en cuanto empieza a salir el líquido, el *corte* resbala. Un mango pequeño. Una vez tuve uno pero me lo sacaron en la revisión: no sabían para qué era pero vieron un trocito de madera y me lo sacaron. No serviría de mucho hacer otro ahora.

La lámina de acero. Hay que calzarla detrás de la mandíbula, empujar mucho, duele el ganglio, el *corte* entra, hundirlo; se va de los dedos, pero seguir empujando y cortar la yugular; es cuestión de minutos, te vas en un chorro vertiginoso y total.

Creo que si esa noche hubiera tenido una manera fácil de matarme, podría haber llegado a hacerlo; estuve en ese borde. Pero cuando al otro día al amanecer vinieron a buscarme, estaba medido y pronto, había tenido tiempo de respirar hondo y de acomodarme, de decirme como en el 72: “bueno, vamos”.

El camión militar roncaba en la Plaza de Armas, en la luz indecisa, neblinosa, del día recién llegado.

–No sé para dónde te llevan, la verdad –me dijo el sargento, cuando me ponía la capucha.

Me pareció descubrirle un tono compasivo en la voz. Después de todo habíamos pasado –enemigos, pero juntos– tres años en Trinidad y el tipo pudo haber pensado: “pobre pichi, se le jodió todo”; porque cuando me hacía subir a la *heladera*, dijo:

–No te preocupes; no pasa nada.

El camión arrancó.

CUARTA PARTE

La campana destrozaba estrepitosamente el silencio y emergíamos del abismo de la siesta suspendidos entre el último color aromado del sueño y aquel escándalo acústico; titubear entre dos mundos, ambos incomprensibles, irreconciliables: ¿qué pasa?; sin tiempo de sentirse mal, sin tiempo de armar aquellos fragmentos de conciencia indecisa, la Bestia exhalaba, enérgica, el aire comprimido durante media hora o tres años, ¿cómo saberlo?; “¡vamo' arriba!"; ponía a rodar sonidos viejos: pasos, llaves, ventanillas.

—¿Y usted todavía acostado?; ¿no oyó la campana?; ¡vamo' arriba!

La siesta fue un sueño denso, hecho de digestión; descenso abrupto entre paredes de piedra oscura, musgosa; olvido, no sé cuánto tiempo estuve ausente; estoy vívidamente en cualquier lugar de mi infancia con voces de playa renaciendo episodios fantasiosos e indiscutiblemente reales; completitud de primer sueño, un solo tirón; zambullida total, agónica, sin límite; línea tobogán descendente de una parábola que llega al corazón del mundo que habita detrás del ojo dormido y, de pronto, regreso del sueño como un buceador exhausto que se impulsa con pies urgentes, los brazos tendidos a la luz de arriba; furiosamente, sin ver nada; se escapa del agua al aire, como escupido por la presión que lo aprieta de abajo, como aprietan las yemas de los dedos la semilla húmeda y tersa —sandía, naranja— hasta imprimirle una velocidad de espanto, trayectoria rectilínea.

Como a un gato dormido al que pisan la cola, un maullido histérico le suspende todo el cuerpo, el pelo erizado, extendidas las uñas, todas las tensiones dispuestas sin objeto, se me desenrosca un resorte comprimido cuando la campana nos pisa la cola: los oídos zumbando, el cuerpo arqueado, bombazos de sangre alarmada, los sentidos inútilmente alertas; la conciencia aturdida, superponiendo imágenes velocísimas a la realidad concreta e inexplicable que detectan ojos y orejas, buscando respuestas inmediatas, tranquilizantes.

Despertar sobresaltado, corazón en la boca, a campanazo limpio. La campana fue una grieta agudísima, incisiva, por la que rompió toda

el agua del dique en una ola solitaria e inmensa, total, que instaló ruidos y movimientos; la Bestia se desperezó y vuelve a metabolizar.

Con los sonidos, las imágenes empiezan a coincidir, correspondiéndose: se me aquietan las mareas, las arenas se alisan, desaparecen los últimos vestigios de los dibujos que arañó el sueño; poco a poco todo vuelve a ser razonable, conocido, serenamente rutinario: preso.

Libero la respiración y me doy cuenta de que estoy tristísimo detrás de la sorpresa: se me hace clara la brevedad exagerada del tiempo dormido, pausa de vida, paréntesis de barrotes que también comprime años de mi existencia, siesta de cárcel.

—¿Descansaste? —pregunta el petiso desde la cucheta de abajo.

—Como los dioses, *Puchito*.

—¿Vamo' a darle?

—Vamo.

Guardo todavía un sabor dormido en la garganta, un embotamiento que retrasa las respuestas, entorpece iniciativas; el cuerpo reticente, los movimientos lentos.

Me incorporo, me pongo los lentes, miro por la ventana. Las golondrinas también duermen la siesta en el verano; en cambio los halconcitos no descansan: sus chirridos pequeños y ásperos acompañan el sueño de los presos. Con los ruidos de playa que vienen de las *barracas*.

* * *

La única luz entra por tres círculos de vidrio, como culos de botellas puestos altos en la pared, muy cerca del techo. La luz es de un verde invariable que no permite distinguir el amanecer del mediodía.

Hace frío y no llega un solo ruido del exterior. En cambio, dentro —como la construcción es de cemento, baldosa y rejas; como está desprovista de telas, colchones, maderas— todo resuena lúgubre como en una casa vacía.

Lleva siete días en una caverna de humedades chorreantes, silencios abruptos, ecos y sombras medievales con la sola referencia de esos círculos mínimos de luz inmutable, allá arriba, y sin saber todavía qué va a ser de él.

El viaje desde Trinidad se había hecho sin problemas. Lo trajeron en la *heladera*, sin venda, sin capucha ni esposas; vino sentado muy civilmente y conversando con dos milicos del S-2, viejos conocidos.

Después de atravesar los controles y el portón principal de *Libertad* y pasar junto al celdario, a unos ciento cincuenta metros de la Sala de

Guardia, el camino asfaltado desemboca en una construcción de una sola planta, en el extremo opuesto de la entrada. Oficialmente se denomina Sala de Disciplina; para todos, presos y milicos, es la célebre *Isla*.

El edificio está marginado de todo movimiento del Penal; por allí no pasan vehículos; el camino termina ante su puerta. No se escuchan las campanas del recreo, ni la música de los altoparlantes; sólo a veces cuando el viento está a favor llega algún grito amortiguado desde la cancha de fútbol más cercana.

No hay una sola ventana en todo el local; es una gruta en penumbra y algún milico viejo dijo que cuando estaban construyéndola –la inauguró Néstor Peralta, en el 73– mezclaron sal con el cemento para que conservara la humedad.

En el interior hay dos corredores laterales dispuestos en forma de V a los que dan las puertas de las celdas, cinco de cada lado: son los calabozos de rigor. Al fondo del edificio hay otros cinco, pero comunes; y en el centro, un espacio administrativo con dos chuchetas a la vista donde duerme la guardia.

Llegaron con él, abrieron una puerta de reja y lo introdujeron en el corredor lateral derecho; caminaron hacia el fondo. El guardia se detuvo ante una puerta de celda común y corriente, como las del celdario, pero cuando la abrió descubrió que adentro, a una buena distancia, había una jaula; era una jaula dentro de la celda: allí fue donde lo encerraron.

El piso es de baldosa y aparte del murete que separa al hoyo que hace de W.C., no hay absolutamente nada. Todo está pintado de gris, la reja va desde el piso hasta el techo, unos buenos cuatro metros. Allí se encaramó *Lechuga* de Vargas, desde allí se arrojó al piso para matarse, pero solo logró romperse algunos huesos; otros sí, murieron o los murieron en la *Isla*, como a Horacio Ramos (*).

Hay una puerta en la reja para hacer entrar y salir al prisionero que se abre por un sistema de palanca, como puerta de ómnibus, y que deja al milico fuera del alcance del preso; la comida la alcanzan por una ventanilla que apenas interrumpe la continuidad de los barrotes. Pasa una pierna entre las rejas de la jaula, la extiende cuanto puede y está lejos de poder tocar la puerta de la celda.

(*) **Horacio Darío Ramos**, bancario, casado, dos hijos. Detenido en 1972, tenía 38 años en el momento de su muerte (30 de junio de 1982). Se suicidó en la "Sala de Disciplina" ("Isla") del Penal de Libertad. Según testimonios de varios detenidos del Segundo Piso del Penal, días después de su muerte, varios oficiales se jactaron ante ellos de haberle alcanzado a Ramos la faja que utilizó para autoeliminarse.

Lo despojaron de todo; colchón y frazada, los retiran de día y no hay nada más en el calabozo; ningún lugar donde sentarse o acostarse que no sea la frialdad del piso. Como limitan la ropa de abrigo, no sobra un pullóver para doblarlo y sentarse arriba. El murete es muy angosto, mucho más bajo que la cintura, cortante: imposible usarlo como asiento. Entonces, sólo el piso y colgarse de las rejas como mono de zoo, y *trillar*: el cuerpo se vive como una incomodidad permanente. El preso y su aburrimiento, en una cápsula espacial; nada que hacer. El día no termina de pasar nunca: la refracción en el grosor de los culos de botella impide saber si hay sol, si está nublado, si llovió; siempre la misma luz.

La soledad es una soledad sustancial, hermética, inmutable. No hay forma de llamar a la guardia: gritar es inútil, no hay nada sólido para golpear las rejas; no hay fajinero. Se oye el ruido de la puerta de acceso al corredor, el milico abre en silencio la puerta de la celda, deja la comida en la ventanilla de la jaula, sin hablar, cierra y se va; no ve a nadie más en todo el día.

La soledad y dentro de esa soledad, el preso y el tiempo; un tiempo que es de todos los momentitos del día, y qué hora será, y cuándo me traerán el colchón para descansar de este dolor quemante en los riñones, y cuántos días me tendrán, y qué va a pasar conmigo.

Salió de Trinidad sin saber, finalmente, si iba para la calle, para Alemania o si volvía a la *máquina*. Y había terminado en *Libertad*, en el rigor extremo de la *Isla*. Corría agosto de 1977 y después de tres años de haber salido para “cuarteles”, que se suponía serían la antesala de su liberación, David volvía al punto de partida de 1972.

Una semana enterrado vivo. Ni arañas; nada. Sabía que una forma de entretenimiento es descoserse y volverse a coser el mameluco con una pajita cualquiera, pero estaba en ropa civil; imposible.

Jugaba con una naranja. La naranja que le trajeron de postre, la guardó y jugaba a las bochas, arrimándola a la pared: con una sola naranja, claro, porque si le encontraban dos se las quitaban. Y jugaba al billar, en un rincón de la jaula: carambola a tres bandas y con efecto.

El preso de al lado también juega con la naranja, hacia el final del día, pero tirándola contra la pared; de pronto se oye el “pum, pum, pum” triste, muy sofocado: “se te va a romper, así, boludo; hacéla rodar que dura más”; pero el vecino prefiere el frontón, la pelota vasca.

Enterrado vivo. ¿Labat sabría que estaba allí? El segundo día, el único día que dejaron venir a alguien de la cocina a traer la comida llegó el *Flaco* Vidart y levantó las cejas, muy sorprendido: lo reconoció. Pero no está menos desprotegido, por eso: nada impide a los milicos –si baja

orden— colgarlo de la reja con su propio pantalón y repetir el cuento del suicidio. O forzar el *verdugueo* a tal extremo que el suicidio deje de ser un cuento y parezca la única puerta de salida.

Un alivio: gente de Trinidad en la guardia. *Hans de Islandia* que vino a dejar la comida y cruzó una sonrisa velada; y aquel milico que contaba las películas hasta el último detalle; y el negrito cantor que le destruía las lecturas matinales: ¡si parecían amigos suyos, los muy hijos de puta, en medio de aquella soledad!

Fue *Gulus Lupus*, el comilón inveterado, el que le hizo volver los pies a la tierra; cuando lo saludó animoso “¿Qué tal, cabo, cómo anda?”, lo miró sobrador, en los ojitos se le leyó un “¿usted por acá?; ¿no decía que se iba?”, y se fue sin responder, con aire ganador. Y de verdad: le había ganado; había conseguido acabar de deprimirlo.

Vivió mal aquellos días, no porque el *islazo* fuera demasiado jodido, sino porque estaba inseguro, comido por la incertidumbre y, sin darse cuenta, muy débil: debe haber perdido por lo menos veinte kilos, en los cuarteles.

¿No tiene que ser un tipo excepcional, *Pepe Martínez*, para haber sobrevivido más de mil días en la *Isla*, sin volverse loco y sin colgarse? Sobre todo cuando a él le reservan un tratamiento especial, *verdugueos* casi inconcebibles: alguien le contó que una vez lo llevaron a la *Isla*, le mostraron a José Artigas (*), un compañero que se había colgado y lo encerraron en un calabozo vecino, dejándole una cuerda de regalo.

Después se les ocurrió, no se sabe si al psicólogo Britos o a quién, trasladarlo a la celda del *Beto Cía*.

Pepe se opuso y no le faltaban razones. *Beto Cía* era considerado uno de los hombres de acción importantes del MLN, pero al parecer la derrota lo llevó a cuestionar su línea política y, más allá, la propia concepción de la lucha armada, el empleo de la violencia revolucionaria.

Se le movió el piso; es explicable: no debe ser fácil decirse “nos equivocamos de arriba a abajo y en nombre de ese error, yo maté”; a cualquiera que esté en esa situación y no sea un cínico, se le tiene que mover el piso.

Alguna vez David tuvo que hacerle guardia de enfermo al *Beto*: estaba demacrado y flaquísimo, aspiraba el aire con un ruido ansioso,

(*) **José Artigas**. Docente, detenido en 1972, tenía 34 años en el momento de su muerte, ocurrida el 15 de junio de 1976, en el Penal de Libertad. En mayo de 1976 es sancionado y enviado a la “Isla” donde un mes después se ahorca utilizando su uniforme.

saltaba del telar al mate, del mate al cigarrillo, del cigarrillo al telar: era el movimiento perpetuo, incluso relleno de medicamentos.

Pero lo peor es que en su locura al *Beto* se le dio por colaborar con los milicos, contarles todo, lo que veía y lo que imaginaba, del funcionamiento político del Penal. Cada día se encerraba con el sargento en un cuartito y cuando volvía a la celda le repetía al compañero lo que había *batido*.

Algunos opinaban que había que ayudarlo a morir por más loco que estuviera; otros que era irresponsable y por lo tanto no había que tocarlo; por fin el problema se resolvió solo: su enfermedad llegó a tal grado que los mismos milicos dejaron de hacerle caso.

Era con este hombre que querían encerrarlo 23 horas y media por día y el *Pepe* se opuso; se opuso bien: es muy difícil sacudirle esa dignidad tranquila que tiene; los milicos lo insultan, lo provocan al borde de la agresión física, lo mandan a la *Isla* por cualquier cosa y él, que los conoce mucho porque fue del gremio, sabe encontrar siempre la finta astuta, el mejor terreno de enfrentamiento.

No iba a ser ese tenientillo que vino a la celda a pedirle explicaciones por lo del *Beto* quien lograra sacarlo de sus casillas. *Pepe* le explicó que al *Beto* había que llevarlo al hospital psiquiátrico, que había que hacerle un tratamiento adecuado si no se quería acabar con su salud y que en las condiciones en que estaba era una tortura adicional para cualquier compañero de celda.

La respuesta fue mandarlo 106 días a la *Isla*. Luego lo sacaron del calabozo de rigor para notificarle que iba a ser reprocesado: el tenientillo declaró que *Pepe* lo había insultado; dos milicos fueron usados como testigos y le nombraron un defensor militar de oficio que nunca fue a verlo a *Libertad*.

David no llevaba en aquel calabozo de rigor más que una semana, que se le hizo interminable, pero que no era más que una semana, cuando vino aquel sargento de Artillería, entró a la celda, abrió la puerta de la jaula y le ordenó:

—Vamos.

—Sí, pero ¿adónde?

GERSCHUNI, Jaime. Aquel nombre no me dice nada. Estoy parado con los brazos al costado, de cara a la pared, junto a mis petates—el colchón y la bolsa— y miro el cartoncito en la puerta de la celda: la fotografía y el nombre, irreconocibles, mientras los milicos terminan

con sus trámites administrativos.

El *Tito* Gregory está puliendo las tapas de bronce de los sumideros de la planchada y llega hasta mí. Le señalo la ficha de la puerta con un movimiento de mentón:

—Che, ¿y este loco quién es?

—¿No lo conocés? —dice el *Tito*—; ¿de verdad que no sabés con quién te toca?: es Jaime Pérez, el *bolche*.

Y en el mismo momento los milicos abren la puerta y se me aparece un viejito con la cara muy limpia, ojos clarísimos, pelada natural, sentado en el banco de cemento con los pies que no le llegaban del todo al suelo, moviéndose con un vaivén de colegial, y en las manos un bastidor en el que bordaba, con unas puntadas enormes, ranchitos en lanas de colores. La celda estaba llena de aquellos ranchitos y, sobre el piso crema, los rulos de la pelusa que sueltan las frazadas del Establecimiento habían formado una capa de sombra; hacía un buen tiempo que aquel piso no se barría.

Entré atropellando, jovial, desbordando energía nerviosa.

—Soy Cámpora; ¿y vos?; ¿dónde dormís, abajo o arriba?, ¿cuándo barremos la celda?, ¿cuánto hace que estás?, ¿tenés para mucho?, ¿cómo está el Penal? Contáme.

El viejito no decía nada. Parecía empavorecido y se concentró en sus ranchitos de lana. Las manos le temblaban a cada una de sus enormes puntadas.

Debe haber aprovechado algún silencio excepcional mío para decir:

—Debe hacer un mes, más o menos.

—¿Un mes hace que estás?

—Un mes que me trajeron de vuelta —dijo.

—¿Sos Jaime Pérez, entonces?

—Sí, soy.

—Pero el nombre que vi en la puerta, GERS...

—Me lo cambié; muy difícil: uso el de mi madre, Pérez; por la política, ¿sabés?

Estaba compartiendo la celda con Jaime Pérez, el secretario del Comité Central, el segundo hombre del Partido Comunista del Uruguay.

Cuando me habían trasladado al cuartel de San José —a fines del 74 y después de un año de estar aislado en el Segundo— había muy pocos comunistas presos. Nunca terminaría de entender muchas cosas de esos años pasados fuera de *Libertad*; y, entre otras, cómo fue la represión contra los *bolches*, por dónde entraron, cuándo los amontonaron en el tercer piso, por qué algunos exóticos —como Jaime— habían sido planta-

dos en el segundo. “Alta peligrosidad”, calificaban los milicos.

Jaime, erguido, era más alto que yo; había sido atleta de bala, jabalina y medallas, y este viejito que no me llevaba más de seis años de edad era el resultado de una *máquina* especialmente encarnizada que le hizo bordear la locura y lo dejó con Parkinson.

Cuando cayó fue a parar a Punta Carretas; lo *flautearon*, le dieron una primera *máquina* en las casas clandestinas de los milicos en el barrio montevideano de Punta Gorda y después lo trasladaron a *Libertad*, Segundo B, ya bastante *amasijado*.

Al poco tiempo vuelven a *flautearlo* por segunda vez, y recorre los infiernos: lo pasean por todo el país, por pueblos y cuarteles de los que no llega a conocer ni el nombre; lo cuelgan, lo descoyuntan; le entran a la casa, graban la voz de su mujer y sus tres hijos y se la hacen escuchar desde la pieza de al lado donde, le dicen, los están *maquineando*. Lo hunden en el delirio: le anuncia al capitán que tiene que encontrar a Nikita Jruschov y hablar con Fidel Castro, y que en Moscú... Pero no consiguieron sacarle información, no compromete a nadie, no admite ninguna acusación; pasa bien aquellas *biabas* terribles.

En la celda hay una foto suya, de tres meses antes de caer: un hombre joven, fuerte, de bigote negro. Este viejito —que sólo el tiempo me permitirá conocer en toda su humanidad y sus calidades— sacude las manos, deja caer la comida de la boca, mea fuera del *biorse*, cuando yo llego.

Y él me contará después lo que vieron sus ojos en aquel momento: un flaco concentracionario, peludo, con bigotes chorreados, mugriento a más no poder, con un colchón y una bolsa; y cuando le dijeron que iba a ser su compañero de celda, se preguntó: “¿y esto qué es?”; espantado, se lo preguntó: “¿qué nueva forma de tortura es ésta?”.

Había vuelto a caer en el Segundo Piso, Sector A: “eso quiere decir que estás hasta las pelotas y no te salva ni Gardel, *Chichi!*”.

A las dos horas de estar en la celda, el Penal empieza a funcionar en la ventanilla: “¿qué necesitas?; ¿cómo estás?; creíamos que estabas en Alemania; ¿qué pasa con tu expediente?; ¿venís de Trinidad?, ¿cómo dejaste a Manera?, ¿y Wassen, sigue allá?; ¿quierés algo?; ¿cómo andás de salud?; venís muy flaco”.

Es un torbellino que empieza ese día y no se detiene en un mes. Una corriente en doble dirección: yo vengo de “cuarteles” y soy de confianza;

el Penal parece el mismo, pero tengo que aprenderlo de nuevo: “un poco más apretado, lo encuentro”; “¿apretado decís?; ¡estamos en pleno afloje, *Chichí!*; saliendo de un apriete de casi dos años; hubo momentos en que de los ciento cincuenta compañeros del Segundo bajaron solo dos al recreo; Néstor Peralta llegó a estar 120 días sancionado”.

Es inútil: nunca terminaré de ponerme al día; me contarán y volverán a contar lo que pasó en esos cuatro años –un año que estuve aislado en el Segundo B y tres en “cuarteles”– y siempre tendré una visión parcial de la cárcel, un dibujo difumado de *Libertad*; nunca podré hablar a fondo más que de ese penal dentro del Penal, que es el Segundo. No sabré lo que pasó en *barracas*, ni en los otros cuatro pisos; confundiré fechas de caídas, de suicidios, de muertes por desatención o por mucho barrote.

Trillo desesperadamente en los recreos; me informo con los compañeros:

–Biblioteca, arrasada, *Chichí*. Primero la cerraron varios meses; ¿te acordás que había como doce mil volúmenes?; trajeron un oficial que sería medio leído y estuvo sudando tres meses; hasta que reclutaron a un colaborador que se hizo el brazo derecho del coronel, y ese sí sabía: entró a seleccionar rápido. Dijeron que los libros los iban a devolver a las familias, pero encontramos los restos en el quemadero de basura, atrás de la cocina.

–¿Marcel? –me interesé.

Se partía “en busca del tiempo perdido” y se encontraba la mercancía, el valor del trabajo y la plusvalía. “El Capital” estaba tan esmeradamente intercalado en el libro de Marcel Proust que se ponía arriba de la mesa, bien a la vista, cada vez que había requisa de celda.

–Fue el último en caer. Y después los milicos ¿sabés?; ¡prohibieron a Proust!; hicieron una purga a fondo: nada de psicología, ni de biología; historia: de Grecia hasta Robespierre y pará de contar. Habrán quedado dos mil libros, si quedaron.

Y no se puede usar ropa con cuello; al carro de *barracas* le pusieron llantas de goma; *Cholito* González, el cañero, cayó al volver de Buenos Aires y está con nosotros en el Segundo, uno izquierda; tenés que poner el número en el pantalón de fútbol; el Quinto es un piso muy libre, realmente agradable, subieron a unos cuantos colaboradores como premio; ¿el psicólogo Britos?: el mismo de siempre, ese no cambió; el Segundo B sigue siendo el más pesado; el Tercero es todo bolchevique; ¿tenés el reglamento de las cartas?; el *Fedayín* Mirza, que estaba en el Segundo, fajinero (leía un libro de Bradbury el día en que me fui), ahora está en el

Primero y se va pronto en libertad; el que se volvió loco es el *Colombia*, ¿te acordás?, y el *Galleguito Mas Mas* también: lo *verduguearon* terriblemente, ladra por la ventanilla.

La avalancha casi me aplasta. La planchada me vio y diagnosticó: “un *biafra*”, otro de los que llegaban en las últimas.

Y con la discreción de siempre la planchada se ocupó de mí. *Falucho Basini* me atosigó de vitaminas, me abrió el apetito. Entré a comer y a hablar, a comer a toda hora y a hablar a toda hora. Se habla mucho cuando se vuelve de la *Isla*. Y más cuando se traen tres años de “cuarteles” atrás. A los quince días empecé a calmarme, a “mirar lejos” como ponía en las cartas, porque en ese momento desensillé el caballo y me dije, me convencí: “Bueno, *Chichí*, se acabó: ahora sí que no salís más”.

Como cada vez que se me presentaba una situación nueva, la medí con mi regla secreta: “y a la luz de *aquello*, ¿esto qué significa?”. Era un episodio siempre vivo el de mi *máquina*; aunque hubiese ocurrido cinco años atrás, acudía a mi menor convocatoria, renacía en mí entera, incandescente; brújula y parámetro.

Cuando el automóvil de los milicos dejó Amazonas y tomó por la Rambla a una velocidad de locos, no se había repuesto todavía de la sorpresa de su propia caída y, entre los dos guardias, esposado y descalzo, invadido por un terror tranquilo, se preguntó a dónde lo llevarían. Junto al chofer estaba sentado el milico grandote, segundo al mando del comisario Campos Hermida, el que había tratado de forzar la puerta del baño con la metralleta. “Me llevan a Jefatura de Policía; me van a masacrar”, pensó David en el mismo momento en que el grandote, apoyando su manaza sobre el codo del chofer, avisó: “¡doblá acá!”; el chofer frenó en seco, dobló la esquina y después lanzó el vehículo calle arriba, volviendo a acelerar. “Vamos al Hospital Militar; son las órdenes” —dijo el grandote sin ocultar su contrariedad.

Cuando el médico de guardia le revisó la herida de la cabeza y quiso saber “¿perdió el conocimiento?”, David no se hizo repetir la pregunta: “Sí, doctor, fue un golpe terrible; me desmayé; estuve como muerto”.

El milico grandote no se despegaba medio metro y cuando el médico concluyó: “a este hombre hay que dejarlo internado”, el grandote opuso un “a este hombre me lo llevo conmigo”. El milico y el médico se alejaron y discutieron. Un momento después el doctor volvió y dijo a David, bajando la voz: “te quedás: no te preocupes”. David respiró.

Abril, mayo; mayo, junio del 72. Cuatro días en el Hospital (“más no te podemos tener”); Jefatura: incomunicado; Punta de Rieles, soportable: dos meses duró la tregua, dos meses exactos desde Amazonas, hasta esa noche en que los milicos te sacan a la lluvia, esposas atrás, empujón adentro de la camioneta; te vendan los ojos y te cubren la cabeza con un abrigo: un encapuchado huele cada rincón de su oscuridad, extrae conclusiones; trata de recuperar sus puntos de referencia en el tiempo y el espacio. Lo mismo hiciste vos. Tus mecanismos habituales para estar parado en el mundo están descompuestos; la situación se te ha hecho incomprensible y la irracionalidad desencadena el miedo y la angustia y esa pregunta que te persigue y te atrapa y no te suelta: “¿y

ahora, qué es lo que viene?; ¿cómo sigue esto?”.

La camioneta rueda en la noche y repasás los puntos flacos de tu ciudadela personal: ¿qué saben?; ¿qué quieren saber?; ¿dónde decís que estuviste en esa fecha peligrosa?; ¿cómo podés disfrazar tu participación en aquel operativo?; ¿cuál debe ser tu estrategia de resistencia?

Te van a dar una *máquina* seria, una buena *máquina*; no las cuatro trompadas del 71, cuando caíste. Tenés miedo, sí, mucho, pero estás dispuesto. La idea de hablar no te pasa por la cabeza: “la voy a pasar y punto”. ¿Cómo? ¡Y andá a saber!; en el momento verás; ¿qué te harán?: *submarino*, seguro; ¿y *picana*?: ¿cómo será?; te contesta un vacío perfecto: los cuentos de los otros no te sirven.

Recibís el olor incisivo y despejado de los eucaliptus; la lluvia se ha hecho más silenciosa y en el fondo de la noche croan algunas ranas. La camioneta hace un viraje y se detiene. Gasolina y ruido de motores: “¿será un regimiento de blindados?”.

Te bajan. La venda te aprieta hondo los ojos; la capucha que te pusieron es de un viejo poncho cuartelero, el agujero para la cara hacia atrás; los pulmones te exigen aire.

Te quitan las esposas y ordenan que te desnudes. Vas de *plantón*, las piernas muy abiertas, los brazos extendidos y las palmas de las manos hacia arriba. Es junio y hace mucho frío. Estás en una especie de galpón con piso de cemento y el frío te hace temblar como llama de vela; los músculos hacen lo que quieren, se contraen y distienden por su cuenta; bailás una danza loca.

Viene el primer golpe. Es el golpe de una mano abierta en la espalda, una cachetada. Das un alarido desproporcionado. Otro golpe.

—¡ Vas a hablar, hijo de puta!

Otro alarido, otro golpe; otro alarido y unas ganas enormes de saber: “¿esto será todo?”.

—No grités, maricón, que se oye.

¿Se oye?; gritás más fuerte. Cesan los golpes. A tu lado oís caer un chorro de agua. “*Submarino*”, pensás. El chorro es débil, como de grifo jardinero y el recipiente no parece terminar de llenarse nunca.

Son tres o cuatro los tipos que te levantan en el aire para meterte en el tacho, pero te convertís en un remolino de puntapiés, tenso, enloquecido; nunca hubieras imaginado que podrías reunir tanto pavor y tanta fuerza; y no pueden contigo y entrás parado en el agua y sentís que aquello ¿sería un bebedero de caballo?, tiene un tapón en el fondo sujeto con una cadenilla que enganchás con el pie y que retirás.

—¡Está vaciando el *tacho*, este hijo de puta! —escandaliza el milico.

Y te sienta; oís que vuelve a caer el chorro de agua y recibís varias cachetadas que parecen de reprimenda y que comentás a los alaridos y tenés todo el tiempo de pensar: “si esto es la *máquina* que se dejen de joder con las historias que hacen”.

—¡Vos sos tupamaro, hablá!

Te levantan en vilo y esta vez entrás en el *tacho*; tragás agua, vomitás.

Quieren saber con quién funcionabas, dónde estaba el *cantón*, quién era tu “esposa”, cómo se hizo aquella evacuación de armas. Todavía ignorás que Amodio Pérez traicionó y está dando informaciones precisas.

Negás: “fui tupamaro sí, pero hace mucho tiempo que me separé de la Organización; quiero tranquilidad, vida familiar,irme lejos, a Australia, quieroirme”.

Y siguen: los golpes, el *tacho*; carrusel de preguntas y respuestas, de amenazas y evasivas, asaltos y esquives que, pensás, tendrá que detenerse en algún momento, no puede durar eternamente: “tengo que resistir; puedo resistir; van a terminar por cansarse”.

Y se cansan, ¿dos horas después?; y te dan una toalla para que te seques a ciegas y cuando llegan a ese extremo te decís: “esto sí que no se lo puedo contar a nadie; una toalla en la *máquina*: vergonzoso”.

Te alcanzan la ropa, dicen que te vistas. Vendado y encapuchado te sientan en una silla y te atan: las manos atrás, los pies muy pegados a las patas, lo que te hace quedar erguido y respirando mal; al cuarto de hora tu cuerpo es un hormiguero.

—¡No te movás, carajo, no te movás!

La voz del milico que quedó de custodia te viene de frente, desde unos siete, diez metros: está sentado y armado de un M-1: lo reconocés por el breve sonido metálico del cerrojo cuando la culata golpea el piso.

Removés las manos atrás y sentís que las amarras no están demasiado apretadas: son de cuero, flexibles (será para no dejar marcas flagrantes en las muñecas) y se estiran ligeramente bajo la presión.

Llegan los primeros ronquidos del milico. Aumentás la fuerza y lográs sacar las manos de las ataduras. Las manos están muertas, no sentís lo que tocan; abrés y cerrás los dedos; empiezan a reanimarse.

Cinco o seis milicos cocinan en una habitación, hacia la derecha. El custodia bosteza, se arregla la garganta, lanza un desganado:

—¡No te movás, carajo!

Pero al momento vuelve a oírse el “plac” de la culata contra el piso. Alzás una mano, tocás la bayeta burda de la capucha, la levantás, palpás la venda y volvés a esconder rápidamente la mano detrás de la silla. El

ronquido del milico tiene ahora la regularidad de un motor; el tipo está fundido. Hacés un nuevo intento con la mano; alzás la capucha, tratás de correr mínimamente la venda para poder ver y comprobás que está muy apretada. Escondés la mano. Nueva exploración un minuto después: el mismo resultado.

Repasás la situación: ruido de motores, olor de eucaliptus, lluvia en los árboles, ranas; debés estar en una unidad de blindados, probablemente en Carrasco, rodeada de un campo muy grande, hectáreas y más hectáreas; podrías pasar días corriendo sin que te agarraran.

Hay un hombre dormido frente a vos. El hombre tiene un fusil. El fusil tiene un cargador con ocho balas. No podés mover la venda, tenés que arrancártela, cuando estés dispuesto a jugarle el todo por el todo, porque no vas a poder volver a ponértela. Saltar brutalmente contra el milico. Arrebatarle el arma. Los otros van a oír y van a venir. Abrirte paso disparando. Después: a correr.

Ensayás cada gesto, cada movimiento; la acción es riesgosa aunque posible. Pero queda ese detalle por resolver: los lentes. Cuando te los sacaron para ponerte la venda sentiste que los dejaban sobre una mesa, al costado, que parecía de cemento. La mesa está cerca de la silla. Entonces: arrancar capucha y venda, buscar y ponerte los lentes, saltar sobre el milico, arrebatarle el arma... pero ¿y si no los encontrás, los lentes?

Topo como sos ¡podés llevarte una pared por delante!; ¡vas a morir de un balazo, o del ridículo! Decididamente es una noche trágico-chaplinesca que se te va entre los ronquidos del custodia, los retazos de conversaciones que llegan de la cocina, las protestas de tus músculos entumecidos y —no te lo vas a perdonar nunca— tus cavilaciones de fugitivo frustrado.

A media mañana los milicos vienen a buscarlo y como no puede dar un paso, lo alzan y lo arrojan al piso de una camioneta. El vehículo se pone en marcha. “¿Regreso a Punta de Rieles?”: ¡qué alegría se van a llevar los muchachos cuando les diga que la *máquina* se pasa y se pasa bien!; ¡o iré a Punta Carretas: qué maravilla sería; de allá me vuelvo a fugar!”.

El camino se hace demasiado largo y cuando la camioneta se detiene, suena un silbato autorizando el paso. “Esto no lo conozco”. Pronto va a conocerlo: está en el Batallón de Infantería N° 1 de Montevideo, el célebre batallón “Florida”.

Los gritos que oyen los vecinos del Buceo, noche tras noche, son los que han hecho célebre al batallón.

El milico llegó cuando se nos estaba borrando el último sabor de la siesta; destranque fuerte, puerta entreabierta, voz autoritaria:

–¡Fajina! –gritó.

Pucho comenta filosóficamente:

–¡Qué carácter!

Salimos a la planchada; ponemos a *medias*.

–Vos mojás y yo doy lampazo –digo.

Estamos armados de escoba, escobillón de barrendero municipal, palita casera, el lampazo –enorme, muy bueno, caño metálico ancho, pesadón–, balde y trapo de piso.

Dejamos el balde lleno de agua en el puente central, junto a los carros. *Pucho* se dirige al frente y yo al fondo; él con escoba, yo con escobillón; vamos barriendo hasta encontrarnos en el medio. A veces el escobillón golpea sin querer alguna puerta y se oye un “entrá nomás”, o un amistoso “suave, caballo, suave”.

El *Pucho* va echando agua, baldea, y yo paso el lampazo: la planchada queda hecha un espejo.

Un milico está mirando desde el puente de la guardia y comenta con otro:

–Estos pichis nunca van a aprender a limpiar la planchada; mirá eso.

Indago en tono insospechable:

–¿No podría indicarme cómo hacerlo mejor, soldado?

–Otro día –dice.

Saco el carro limpito y arrancamos hacia el fondo. Cada uno abre una ventanilla y si pide “basura”, soporta un chiste gastado:

–Más basura serás vos.

Para evitarlo, decimos: “residuos”, término oficial. En cada celda una cajita de cartón, entre el *biorse* y la puerta; no hay pan, ni sobras de comida –¿para que los milicos te den cada vez menos?–; hay yerba usada, restos de manualidades.

Y tesoros; un verdadero clearing: cuando un preso va a desprenderse de algo que puede tener valor o utilidad para otro (cositas bien pobres: un tarrito, un frasquito, rollitos de cartón del alma del papel higiénico), no lo pone en la basura: se lo da al fajinero.

–¿Querés este frasquito?

—¿Eso?

—Puede servir; son cosas valiosas.

—No me embromes, Jean Valjean; traé, traé, vamos a ver si algún otro miserable lo necesita.

El *Pucho* no tiene perdón: revisa no sólo lo apartado, sino la basura incuestionable; encuentra, rescata, evalúa, ofrece:

—¿Querés este pedacito de cuero?

—¿Para tapizar el sofá, decís?

Pucho vuelve a mirarlo, piensa para qué mierda le puede servir esa mierda que ya no le sirve a nadie y lo guarda en sus cajas y bolsas misteriosas: retazos de mundo, inservibles, usadísimos, desgastados; material, formas, desechos de una guerra prolongada y popular.

Tesoros: alguien se desprende de una palita metálica, manufactura, porque se hizo otra; o de una caja de cartón todavía viable, o de un envase de plástico: mercado de las pulgas comunitario, sin compraventa: el que llega, agarra; hay quien vocea su mercadería con tal entusiasmo que convence a los demás de las distintas increíbles oportunidades de llenar su celda de porquerías, ayudado por ese conservadurismo material del preso, endémico y circular.

Si los milicos pensaban que instalando a David en la celda de Jaime Pérez —tupamaro con comunista—, ponían a pelear al perro y al gato, se equivocaron feo.

Hacía un mes que Jaime estaba encerrado, castigado y sin bajar al recreo, cuando él llegó. La planchada le había ido acercando la lana de colores, para que se entretuviera haciendo sus ranchitos.

Ahora se trataba de trabajar en su recuperación física y psíquica. Era un camarada enfermo: había delirado mucho en la *máquina*, volvió con Parkinson; a veces estaba hablando, desviaba un poco la mirada y suspendía una frase por la mitad, olvidado del tiempo.

La parte técnica de la planchada se puso en acción: el *Manso* Duter que era un poco médico, daba las instrucciones a David: desde la alimentación y las pastillas, hasta la manera de tratarlo.

El régimen fue regular y perseverante; los resultados, espectaculares. Jaime, que tropezaba con sus propios pasos, comenzó a coordinar sus movimientos, recuperó la tonicidad muscular, y en pocos meses estaba haciendo gimnasia y jugando al fútbol y al vóleibol.

Le volvió su lucidez, sin una sola secuela. Y, lector voraz y velocísi-

mo como es, comenzó a devorar tomo tras tomo; emocionándose con “Así se templó el acero” o con “La Madre”, de Gorki.

Los tupas, sobre todo los que hicieron la clandestinidad y el *cantón* y la *cana*, estaban “administrativamente” acostumbrados a la vida comunitaria. Jaime lo fue aprendiendo, entre paciencias y exabruptos cariñosos; descubriendo y apreciando, poco a poco, al *tuperío* de la planchada.

Los dos se pusieron pronto de acuerdo sobre el lenguaje: ni “terroristas” por un lado, ni “reformistas” por el otro; ni “estos muchachitos heroicos pero tan equivocados”, ni “estos *bolches* patineros”. Comenzaron por respetar sus organizaciones y militancias y no tardaron en respetarse como individuos.

—Contigo se puede hablar —decía Jaime—; no tenés una gota de anticomunismo.

—Y con vos igual —decía David— porque no sos sectario.

Convinieron en conversar cuatro horas de celda, todos los días que tuvieran ganas, y siempre las tuvieron. ¿Qué podía darle David?: la historia de la Organización, su línea, su práctica, la crítica de esa práctica; el historial de los compañeros que él iba conociendo; anudarle el diálogo con ellos.

Jaime se hizo una estructura de explicación brillantísima y le contó la historia del Partido Comunista, su línea táctica y estratégica, sus métodos de aplicación; el sindicalismo uruguayo, el XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S.; las democracias populares; Hungría y Checoslovaquia.

Hablaron mucho y se escucharon mucho; terminaron por conocerse infinitamente mejor. No se trataba de llegar a ningún acuerdo político, ni a la supresión de divergencias. Eran dos presos, estaban juntos, tenían todo el tiempo por delante y hay un terreno de trabajo revolucionario en Uruguay lleno de yuyos: “vamos a desbrozarlo: por lo menos vos y yo, vamos a construirnos una confianza mutua”.

Terminó por tener la absoluta convicción de que el Partido Comunista que siente Jaime Pérez y por el cual sufrió *máquina*, pasa cárcel y está dando la vida, no es una organización reformista. Es una organización con voluntad y meta revolucionarias aunque, a su entender, está equivocando lamentablemente su táctica hace muchos años.

Y cree que Jaime comprendió, con muchos elementos históricos concretos, con mucho análisis político conjunto, que el MLN es también una forma de ver y hacer al país; que no hacía la mitificación de la lucha armada aunque la reivindicó como método; que es una organiza-

ción político-militar que intentó y no pudo o no supo “jugar la carta de las masas” en el momento oportuno; que cometió errores gruesos y los asume en su autocrítica; y que sigue creyendo en su vigencia, en su utilidad histórica para el Uruguay.

Con Jaime aprendió a admirar el espíritu *bolche* de militancia: lo vio dando atención política a un muchacho de la Juventud Comunista –por el que David, francamente, no se hubiera tomado tal trabajo– durante 18 meses, dos veces por semana, con una puntualidad, una perseverancia y un movimiento rítmico inalterable, que es el que precisa una organización de masas.

Jaime Pérez tiene dos cualidades: una capacidad poco común para incorporar conocimientos –en pocos meses se hizo un especialista en historia de Grecia, por ejemplo–, y una naturalidad total para traspasarlos en la práctica. El materialismo dialéctico que aprendió en algún lejano curso de la Unión Soviética se le ha vuelto un modo de pensar y hacer.

No es un hombre de grandes desaffos teóricos, es un hombre de certezas más que de interrogaciones; pero hasta el techo de su convicción es de una lealtad total.

Compartir celda, familia, cartas y nostalgias; convivir fajinas, manualidades y confidencias; no sólo se alimentaron de política, cuando quisieron acordar la amistad había crecido entre ellos.

Todo esto tiene que agradecérselo a los milicos. Y puede decirlo ahora porque difícilmente volverán a repetir su doble error: primero, implantar a una serie de comunistas entre presos de otras organizaciones para provocar choques y distorsiones de línea; y después, cuando comprueban que cosechan lo contrario, que muchos malentendidos se aclaran y muchos nudos se desatan, volver a separarlos para que cada uno lleve la “buena palabra” a los compañeros que puedan seguir teniendo confusiones viejas.

Al Capitán lo había encontrado el mismo día que llegó al Batallón “Florida”. Ese día, cuando lo bajaron de la camioneta y le sacaron las correas, comprobó que un hombro le había quedado inmovilizado y no podía levantar el brazo.

Después lo llevaron al cuarto de baño; durante la *máquina* quedan suspendidas las funciones fisiológicas. Orinó un chorro muy amarillo, grueso, larguísimo y se sintió mucho mejor. Le dieron de comer; comió con gusto y voracidad y le volvieron las fuerzas. Descubría dimensiones y reacciones desconocidas de su cuerpo: la situación límite no era sólo aquel pánico sin precedentes que había pasado; era también un cuerpo que, exigido más allá de la medida habitual, respondía con una capacidad inédita, días y noches y días, y que terminada la excepción volvería seguramente a la medianía de su rutina.

El Capitán lo recibió en una oficina funcional, de colores cálidos y música ambiente. Se paró cuando él entró:

–Tome asiento, Cámpora –dijo. Y señaló un sillón acogedor.

Es un hombre en la treintena, tez blanca; pelo negro lacio, peinado con esmero. En conjunto: una cara sin expresión que a veces se contrae en un parpadeo vertiginoso y desacompasado, como si le encendieran una luz ante los ojos; la boca se abre a un costado, con el breve espasmo de un pez. Dicen que cuando está torturando le desaparecen completamente los tics.

–¿Desea tomar algo? –preguntó, calmo.

–No, nada; gracias capitán –respondí.

Altura, un poco menor que la mía; algo más de un metro setenta. No es gordo ni mucho menos, pero tiene esa conformación física que permite pronosticar una respetable barriguita para la madurez. Manos chicas. Hablar pausado, tono bajo.

–Sírvase nomás, no se haga problemas. Yo voy a tomar café, ¿y usted?

“Mierda; ¿por dónde viene este?”: Primero un insólito despliegue

de cortesía; ahora este ofrecimiento neutro, como de alguien que no esperara nada a cambio.

–Bueno, gracias –me decidí–; un té, por favor.

El ordenanza salió del despacho.

–¿Así que anoche le estuvieron preguntando algunas cosas? –sondeó el capitán.

–Fue terrible, me hicieron pedazos; creo que fue gente especializada –dije.

–No –replicó el capitán–, fueron los *Viejos*. Y apenas deben haberlo sacudido; ya me enteré que no dijo nada.

El tono traslucía un cierto orgullo profesional.

–No iba a mentirles para que se quedaran contentos y me dejaran tranquilo –dije–, pero, verdaderamente, parecen muy eficaces.

El capitán me puso encima unos ojos oscuros y recurrentes. Dejaba una pausa antes de responder; no sé si la usaba para reflexionar o es de esos que ganan puntos cuando se quedan callados, porque el interlocutor atribuye contenido a sus silencios.

–Los *Viejos* no saben de estas cosas –dijo por fin el capitán–, nosotros somos los que sabemos. Pero ya ve qué bien que estamos hablando; las personas pueden hablar y entenderse, evitarse problemas, ¿no cree?

Entró el ordenanza con la bandeja y preguntó:

–¿El té?

–Aquí, para el señor –respondió el capitán.

El té venía en una taza grande, y con limón. Crucé las piernas y rocé apenas una mesa baja con la punta del pie. Tomé un sorbo de té y deposité la taza en la mesa, como las visitas.

El capitán volvió a mirarme y dejó pasar ese tiempo que parecía reglamentario, antes de decirme:

–Sabemos muchas cosas sobre usted, Cámpora, y sobre la Organización. No quiero que hable de lo que no quiere. Le voy a decir lo que tenemos y le voy a pedir explicaciones sobre algunas cosas que no entendemos bien. Eso es todo.

Tomé otro sorbo de té y esperé.

–Usted va a ser el arquitecto de su propio destino –proclamó el capitán.

–¿Usted estuvo anoche, capitán? –pregunté.

–¿Anoche?, ¿adónde?

–Donde me dieron la *máquina*.

La insinuación resultaba ofensiva: ponía en duda su rigor profesional.

–No, ¿por qué me lo pregunta? –dijo.

–Por lo del “arquitecto”; también me lo dijeron ayer.

El desconcierto del capitán fue fugaz; dijo:

–Acostumbramos a advertir a los interrogados...

–...¿Es cosa del manual de la CIA, entonces, capitán? –pregunté.

Pareció conceder con la cabeza. Contaba ir armando mi plataforma de resistencia con una suma larguísima de fallas como esa, desestabilizadoras del adversario. Quizás pudiera ganar o empatar aquel duelo que iba a durar seis horas. Y si lo perdía, no quería tener ningún reproche que hacerme.

El capitán, ni qué decirlo, tenía toda la iniciativa del juego. Me mostró una fotografía.

–¿Conoce a esta? –preguntó.

Era mi “esposa” clandestina.

–Ni idea –dije.

–Se llama Nélide Pérez –dijo el capitán.

–Ni idea –repetí.

–¿Como no va conocerla si era su compañera?...

–¿Mi compañera?; se equivoca, capitán; yo estuve casado y mi señora se llama Olga: Olga Machado.

–La *Negra* –dijo el capitán.

Un punto para él.

–Sí, la llamábamos la *Negra* –admití.

–Y usted le pasaba dinero, autorizado por la Organización. Aquí dice bien clarito: “Cinco mil pesos para la *Negra* de Federico”. Y Federico era su seudónimo.

Me mostraba una hermosa carpeta de contabilidad, incautada en Amazonas, que reconocí al primer golpe de vista. Dije, en tono confidencial:

–Jorge, mi cuñado Jorge, le entregaba ese dinero; pero ella no sabía de dónde venía. Y Jorge tampoco, por supuesto.

Acababa de demostrarme que tenía un “buen juego” de cartas en la mano y, por consiguiente, decidí: “a partir de lo que sabe lo tengo que llevar por senderos falsos hasta una vía muerta; si lo dejo solo, hasta por azar, puede seguir descubriendo información”.

Las horas empezaron a pasar; hablamos de todo lo que quiso.

–Sobre esas armas que le entregó Allende... –dijo el capitán.

–¿Qué armas? –pregunté.

–Las armas que trajeron de Chile.

–No sé de ningunas armas que hayan venido de Chile –dije.

–Pero usted se entrevistó con Allende en enero del 71 –afirmó el

capitán-, ¿para qué?

“¿También sabe esto?”.

–Nada que ver con armas; lo vi una vez para pedirle pequeños favores, para los compañeros exiliados: que mandara a María a Cuba, porque estaba enferma; que les permitiera tener un lugarcito para practicar tiro; nada importante.

–¿Se anima a poner por escrito lo que me está diciendo? –quiso saber el capitán.

–Por supuesto –respondí.

–¿Y a firmarlo?

–A firmarlo también –confirmé.

Anotó en su libretita, sección “importante”. Maniático como soy en la materia, había observado con envidia la colección de libretas del capitán y, con el paso de las horas, fui conociendo su sistema de clasificación.

–Sabemos que en la calle Laguna Merín, donde vive su señora, hay un *berretín* y vamos a ir a buscarlo –dijo el capitán–, lo tenemos por varias fuentes.

Más de cien compañeros habían pasado por ese *berretín*; a algunos no les había ido bien en la *máquina*.

–La puerta está en el piso de la chimenea –insistió el capitán–, es inútil que lo niegue.

–No pienso negarlo, capitán.

“Menos cuando se trata de un *berretín* que está desactivado hace más de un año”, pensé.

–Su señora sabrá decirnos cómo se abre –dijo el capitán.

–Imposible; ella no sabe nada –interpuse.

–¿Cómo no va a saber?; ¿y cómo lo hicieron, entonces?

–Ella no estaba. Le explico: mi señora nunca aceptó que yo estuviera en la Organización; teníamos muchos líos por eso. Además me hacía recriminaciones; decía que con el pretexto de la militancia lo que yo estaba haciendo era salir con otras mujeres. Un día agarró a los tres hijos y se fue a la casa de la hermana: dos semanas. Aprovechamos para hacer el *berretín*; nunca se enteró.

Sí, la *Negra* había estado ausente mientras construimos el *berretín*; medida de precaución.

–Es más –dije–, poco después me pidió el divorcio.

La idea, muy profesional, había sido concebida por el escribano público Luis Martirena; se trataba de mejorar la *cobertura*: estando divorciados se haría más verosímil, llegado el caso, la versión que prote-

gía a la *Negra*.

—Está dedicada a sus tres hijos y a nada más, capitán. Hasta le diría que me tiene bastante bronca por haberle complicado tanto la vida.

La luz sucia del fin del día nos estaba borrando las caras. El Capitán encendió la lámpara del escritorio, cerró y apiló cuidadosamente las libretitas; el tono se hizo súbitamente familiar y confiado, de sobremesa.

—¿Sabés a quién tenemos aquí detenido? —preguntó—, a Pablito Blanco.

—¿A Pablito? —dije, sin descuidar el cambio de registro— a Pablito no le des *submarino* porque tiene asma y se te va a quedar seco.

—¡Qué esperanza!, estás equivocado; tenés que ver qué bien se portó en el tacho. Tipo simpático, Pablito: ¿hace mucho que lo conocés?

Lo dijo tocando el timbre de la Guardia. La visita se terminaba.

—No, no mucho —dije.

Seguía con el dedo en el timbre y apareció un sargento veterano, hombre de campo: su ayudante principal. El Capitán se paró; yo también.

—Ahora tiene que darme dos locales con *berretín* y el nombre de dos tupas legales, y terminamos —dijo abruptamente el capitán.

—¡Pero capitán!, ¿en qué quedamos?; le dije todo lo que sé; ¿qué más quiere?

—Dos *berretines* y dos legales —repetió.

—No fue lo que usted dijo al principio —dije.

—Lo digo ahora; ¿se niega?; va a enterarse de cómo preguntamos nosotros —dijo, y dirigiéndose al sargento:

—Me pone a este hombre de *plantón* y que me amanezca parado.

“Por lo menos voy a amanecer”, pensé, pero dije:

—Usted no tiene palabra, capitán; ¡usted es una verdadera mierda!

Dio un paso adelante, parecía enfurecido; pero el sargento me agarró fuerte del brazo y me sacó del despacho.

* * *

Estar de *plantón* no es sólo estar parado. Estar de *plantón* es tener que abrir las piernas lo más que se pueda, y después llega el milico a encajar un golpe con la punta de la bota en cada tobillo, de adentro a afuera, para abrirlas más. Cuando el cuerpo siente que se raja, que va partirse en dos desde la rabadilla hasta la nuca, está en posición de *plantón*. Así se queda ocho horas u ocho días; hubo gente que se puso vieja: dos semanas de *plantón*.

Los brazos se colocan generalmente extendidos a la altura de los hombros. Si los hacen levantar, a las dos horas están dormidos, se caen y es imposible volver a subirlos. Contra la pared —en posición casi de descanso— los brazos se agotan pero la pared sostiene.

El *plantón* es como el trabajo que se hace con el toro antes de la corrida: de ablande. Los milicos golpean las piernas, los riñones. La capucha dificulta la respiración, la falta de comida debilita, pero mucho peor es la sed: la lengua se abulta como pelota y no deja tragar la nada seca que se ha vuelto la boca. El cuerpo está desnudo; el frío a veces es de cero grados.

El tiempo pasa y es demoledor; el *plantón*, no parece, pero es una fase de la *máquina* de mucho sufrimiento. Cuando el cuerpo no resiste más —tarde o temprano, el momento llega— cae redondo. El milico lo levanta de los pelos y golpea. Como los golpes duelen todavía más que el *plantón* el cuerpo prefiere pararse; esa es la rutina.

Cada ocho, diez horas dan quince minutos para sentarse porque los pies son sandías y no pueden seguir sosteniendo al cuerpo. Del *plantón* quedan várices y columna desviada, edemas y trastornos del corazón.

Después de mucho *plantón* el cuerpo quiere terminar y a veces por debajo de la capucha los ojos adivinan un trozo de pared, una buena y sólida pared para destrozarse la cabeza y acabar rápidamente, pero se resiste sólo un poco más y, de poco en poco, se van las horas; el cuerpo vuelve a caerse pero al momento prefiere la vertical a los golpes.

A veces la cabeza después de mucho *plantón* se escapa a otro mundo. Daymán Cabrera a los cinco días estaba con el codo sobre el mostrador del boliche, un pie cruzado sobre el otro, dándole a la grapa con limón, charla que charla: se despachó unas borracheras históricas, y pagaban los milicos.

A los más fuertes, como el *Canario* Long, les ponen ladrillos y hasta troncos en los brazos; a Néstor Peralta, en el cuartel de Trinidad, le rociaron la capucha con un atomizador de andá a saber qué, y estuvo horas farfullando incoherencias.

Después que salí del despacho del capitán me pusieron unas cinco o seis horas de *plantón*. Fue corto porque vinieron a buscarme para que les mostrara la entrada del *berretín* de Laguna Merín, la casa de la *Negra*. Un sargento se sacó la corbata y me ató las manos; me subieron a un camión militar. Me habían sacado los lentes desde que empezó el *plantón* y estaba rodeado de niebla.

“Los niños”, fue lo primero que pensé. No estarían sólo los tres míos; la *Negra* había hecho de la casa un parque de atracciones para

toda la chiquillería del barrio: una excelente cobertura pero también un riesgo, llegado un caso como este.

–Hay que tener cuidado con los niños –dije, pensando en voz alta.

El camión atravesaba la ciudad. La *Negra* ese día había ido a la peluquería, vestía un impermeable de charol negro muy elegante y salía para una cita con el abogado. Oyó que en la entrada de la casa decían:

–Soy yo, tu papá, Ariel; ¿no me conocés?; soy yo.

La *Negra* apareció con aquel aspecto irreprochable que sorprendió a los milicos; vio a su marido con unos pantalones a media pierna, zapatos viejos en los pies desnudos, sin lentes, la cara de un color verde limón y no tuvo dudas, pero preguntó sin énfasis:

–David, ¿te están pegando?

Más que una pregunta era una comprobación.

–¿Pegando? –dije–, no, estoy siendo interrogado: el capitán pregunta y yo contesto; todo muy bien.

–Voy a buscarte un par de medias –dijo la *Negra*.

El Capitán, imperturbable, sólo incurrió en uno de sus pestañeos veloces; torció la boca. Con él estaban dos tenientes, un sargento veterano y varios soldados: bultos de una presencia tosca e incoherente en aquella salita bien puesta.

–Así que usted es la “*Negra* de Federico” –lanzó el Capitán.

–¿Lo qué? –dijo la *Negra*, como caída del cielo.

–Ya le dije, capitán; ella no sabe nada –intervine.

–¿De qué vive? –quiso saber–; ¿de dónde saca el dinero?

–Trabajo –dijo la *Negra*– o me prestan mis amigos.

–¿Qué amigos? –dijo el capitán.

–*Nenucho* Alvariza o mi cuñado Jorge –interpuse–, ya le dije, capitán.

Fueron directamente a la chimenea, con las barretas, para abrir el *berretín*.

–¡Van a romper ahí! –protestó la *Negra*, ama de casa.

Logré susurrarle:

–Vos no sabés nada.

En minutos abrieron un boquete, me hicieron entrar; atrás entraron ellos. De este *berretín* que había visto desfilar a un centenar de tupamaros y que un día fue un verdadero arsenal, quedaban –literalmente– cuatro clavos.

–Demasiado nuevos, estos clavos –dijo un oficial–, este *berretín* no lleva un año cerrado.

Estaba sentado en un escalón del sótano con Ariel y Pablito, uno en cada rodilla, parlotando con ellos y acariciándolos con urgencia y después subí a ver a Silvia que estaba enferma, hervía de fiebre. Se paró en la cama y me abrazó.

Detrás entró un teniente, fornido, rubio: la estampa de un oficial nazi de viejo filme de guerra. Por encima de mi hombro, aferrándome al cuello, la niña exclamó en llantos:

—¡Papito, decfle a ese hijo de puta que se vaya! ¡que no toque mis muñecas!

El teniente recibió el grito en la cara, furiosísimo; tuvo un instante de vacilación, giró sobre sí mismo y salió del cuarto, ordenando:

—¡Venga aquí!

Todo ocurrió muy rápido y ya me estaban haciendo bajar la escalera, caminaba de regreso al camión rodeado de milicos, los últimos abrazos; recomendaciones, algún lagrimeo contenido; atravesamos el jardín, estábamos en la vereda:

—¿Para dónde lo llevan? —preguntó la *Negra*, ansiosa.

—Ya se va a enterar —respondió el teniente.

Y dirigiéndose a mí, agregó, confidencial:

—¿Sabés que es la última vez que los ves, si no hablás?; ¿lo sabés, verdad?

La *Negra* debe haberlo oído. Subimos y el camión arrancó. La vi caminar lentamente de regreso a la casa, cabizbaja; parecía que volvía de un entierro.

* * *

Después de no sé cuántos años vuelvo a cruzarme con *Colombia* Valdés, el muchacho al que el Segundo le puso ojos y le dio lengua, alfabeto y libros. Está irremediablemente loco.

—Se me murió la vieja, *Chichí* —dice mansamente.

Lo dice como si fuera una confesión: se murió la madre, Dios en la tierra, y él que tenía que darle de comer, correr por una ambulancia, atenderla, estaba preso; fue su asesino.

El problema le quedó grande al *Colombia*: ingirió cuanto encontró en la celda, desde yerba y medicamentos hasta un quilo de jabón en polvo, pura soda. Estuvo cuarenta y cinco días en coma en el Hospital Militar y después de tres meses en el manicomio volvieron a trasladarlo al Penal: andaba por el Quinto Piso haciendo algún trabajito manual y paseando una mirada bovina y feliz.

La última vez que volveré a oír hablar del *Colombia* Valdés será unos años más tarde. Tenía, según los psiquiatras militares, esquizofrenia regresiva y lo mandaron a cortar leña con otro preso, Viera. Sin motivo ni cruce de palabras, el *Colombia* le abrió la cabeza de un hachazo a Viera. El custodia salió corriendo y volvió con un oficial que encontró al *Colombia* parado junto a su obra, quietito. Cuando le preguntó por qué lo había hecho, respondió con su número, celda, piso y sector y de ahí no lo sacaron.

Y quizás morir se no fuera más que eso: un pelotón pastoso que ascendía hacia tu garganta cada vez que tosías y que terminaría por cerrártela. Cuando la tocecita pasaba te sentías mejor: con una sensación de alivio. Y sostenido por una satisfacción tan redonda como pocas veces habías conocido.

Estabas desnudo, tirado en un jergón debajo de un banco de la Guardia, un banco de comedor. Desde allí veías la gran chimenea que se tragaba los troncos enteros: la leña se quejaba, mordida por el fuego y a veces estallaba en brevísimos petardos fulgurantes. Estabas diciendo algo.

—¿Sigue delirando? —preguntó una voz.

—Se está pasando la película completa —dijo otra.

El hombre de túnica blanca puso rodilla en tierra, te agarró el brazo, buscó la vena y te hizo entrar el líquido de la inyección. Era como si el brazo fuera de otro, o de madera.

—Habla como una cotorra —dijo la voz.

—¿Te fijaste que no tiene verga? —dijo otra.

Te tiraron un poncho caritativo por encima.

—Se le debe haber escondido con el susto —dijo la voz.

Hubo risas. Tosiste y la pelotita ascendió un poco más; oíste la protesta tenue del fuego. Los hombres mateaban y conversaban quedamente como si estuvieran al calor de una cocina de estancia y aquello hubiera podido ser tomado por una cocina de estancia si no hubiera sido por el armero con los fusiles alineados y los uniformes verdes de los hombres que tomaban mate y hablaban manso.

¿Qué hacés ahí, desnudo, tirado sobre ese jergón? Cuando te subieron ibas vestido, esposado a la espalda. La ropa se te tiene que haber ido perdiendo, desgarrada, durante aquella noche que ya parece durar varias noches, que continúa todavía en las voces cautas de los milicos, el olor caliente del mate haciendo ronda y el resplandor indeciso del fuego en las paredes de la Guardia.

Por la forma en que el sargento me vendó los ojos, me esposó atrás y me apretó el brazo supe que me llevaban a la azotea del cuartel. Cuando regresamos de casa de la *Negra* me habían puesto de *plantón* otra vez, pero antes que el sargento viniera a buscarme me habían dado de comer; el médico me revisó y el enfermero no olvidó alcanzarme la pastilla de “Librax” para la úlcera: “el cigarrito del condenado a muerte”, pensé.

En cuanto llegamos a la azotea oí el chorro del agua cayendo en el tanque; recibí el invierno de la noche en el cuerpo, el primer “hijo de puta” y el primer golpe.

Los golpes son precisos y pacientes: son golpes y golpes que van cubriendo el cuerpo y, no siendo en lugares de corte como las cejas y la boca o las orejas o los pómulos, el cuerpo es elástico y tiene una resistencia inesperada.

Los golpes son también parte del ablande, pero diferentes a los del *plantón*. En el *plantón* golpean las corvas y los riñones. En la *golpiza* que precede y acompaña al submarino, los dirigen contra el vientre y el bajo vientre.

Dejan secuelas, los golpes: el *teléfono*, esos golpes simultáneos con las palmas de las manos contra las orejas, técnica de rutina, hace perder la audición, causa la hipocustia que tienen casi todos los presos y hasta la sordera. A mí me rompieron un tímpano con el famoso *teléfono*.

Son golpes fuertes, bien aplicados con los puños y las botas. El golpe no es un gran problema de *lamáquina*. El cuerpo recibe el choque con una cosa dura, tiene una conmoción y una pérdida del equilibrio, pero no siente un dolor intenso.

El cuerpo cae, vuelven a levantarlo, vuelven a golpearlo y vuelve a caer. No siente la excitación de una pelea, tratando de dar un golpe, de evitar otro: aquí el cuerpo está cubierto por una capucha o vendado, las manos esposadas y le pegan para desgarrarle los músculos, para que por una cama esté dispuesto a hacer y decir cualquier cosa.

—¡ Vas a hablar, hijo de puta!

—¡ Se van a la putísima madre que los parió, maricones!

No lo empujan al tacho de agua: lo arrojan dentro. Lo primero que el cuerpo recibe es el filo de hierro, el borde del *tacho* en el abdomen. Ese filo puede llegar a ser más terrible que el agua, porque va a seguir enterrándose a cada hamacada del cuerpo, va a volver a agredirlo a cada zambullida.

El filo del *tacho* ha roto costillas y hace una lesión al costado y deja internamente como grandes piedras, la sensación de órganos sueltos y

durante meses sólo puede dormirse boca arriba. La cabeza está dentro del agua. El cuerpo retiene la respiración todo lo que puede. Con el aire encerrado, los pulmones bombean tres, cuatro, cinco veces, hasta que no pueden más y entonces el cuerpo se abre y de una sola bocanada entra el agua con la fuerza de un torrente y ocupa todo el espacio interior. En ese momento la asfixia es total; el cuerpo recibe a la muerte.

Después de la primera bocanada y siempre dentro del *tacho*, a los pulmones les vuelve la oportunidad de jadear, tres, cuatro, cinco veces como al principio; el cuerpo se siente más tranquilo y se pregunta: “¿y ahora qué vendrá?” y lo que viene es una nueva bocanada, más grande que la anterior y el agua que invade un espacio que ya se pensaba totalmente ocupado y, antes que esa bocanada se haya completado, una fuerza contraria expulsa el contenido del estómago y en seguida se vuelve a tragar.

Los pulmones ganan unos gramos de aire, jadean, vuelve a entrar el agua, hasta que el cuerpo se niega a seguir repitiendo la operación.

Desde que la cabeza entró en el agua está ocupada por una sola idea: “no me van a sacar a tiempo”. Se supone que los milicos no tienen intención de matarlo; pero las piernas al aire, las manos esposadas a la espalda, la cabeza en el agua; sin poder pelear, sin poder avisarles “miren que ya no puedo más”, preguntándose “¿y si calculan mal, si pasan el límite?”: la desesperación lo abarca todo; llega finalmente un momento en que lo sacan del agua, pero la desesperación permanece intacta en el cuerpo.

—¡Ahora sí que vas a hablar, maricón!

El cuerpo sale derrumbado, más allá de todo agotamiento, avizorando el fin, resignándose a la muerte. Eso es lo más peligroso: cuando la desesperación deja su lugar a una gran languidez, a una blanda entrega física; cuando el ánimo se cansa y quiere abandonar la discusión. La lucidez no se pierde: nadie habla confundido. Grita: la garganta está abierta y ahora el pecho puede librar su carga de alaridos.

—¡No grités, hijo de puta, que se oye!

—¡Milicos de mierda: putos, reputos!

Y el cuerpo es derribado a golpes y cae a todo lo largo, la espalda presionando sobre las muñecas esposadas y encima se para un milico y zapatea sobre el estómago y la boca es un surtidor. Y siguen los golpes. Y abren las piernas y los golpes vuelven indoloros los testículos y sólo se siente el momento seco de la bota contra el hueso. Y dan vuelta al cuerpo y el milico se le sube a la espalda y taconeá la nuca, los omóplatos, los riñones. Y lo levantan por el cuello, mientras los otros colocan

los puñetazos en el vientre y otra vez lo llevan contra el borde filoso del *tacho*, a una nueva inmersión.

El *submarino* provoca infecciones: el agua no se cambia de un preso a otro, dura semanas, y se termina volviendo una sopa que los milicos a veces condimentan con excrementos. El *submarino* deja insuficiencias respiratorias, cardíacas; deja taquicardias, pleuresía y crisis de asma.

Una sesión normal de *máquina* se compone de unas diez inmersiones y en cada inmersión, el cuerpo muere cinco veces. Cincuenta muertes en una noche, eso es el submarino.

Tengo un miedo animal, un miedo que me empuja brutalmente a vivir, que hace la diferencia y enfrenta netamente los campos: “allí están los milicos, aquí estoy yo; en el medio hay una Organización que proteger. Esto no es ningún juego, no habrá pausa ni empate posibles”.

—No te hagas matar —me dice amistosamente un milico—, decí algo y puedo hacerlos parar.

El truco del milico “bueno” y del milico “malo”; también está en los manuales. Decir “estoy en un cuartel, me están dando la *máquina*, este es mi enemigo”, me ha servido para encontrar un eje ordenador en medio de tanta irracionalidad. Ahora quieren hacerme creer que en la casa del enemigo puedo encontrar un aliado.

—¡Vos sos el más hijo de puta de todos! —le escupo al milico.

¿De qué me agarro?: no sé, de todo y de nada, de la vida, de la imposibilidad de hacer otra cosa; la idea de traicionar no me ha pasado por el magín, cae fuera de mi universo y de mi imaginación. No sé: hay como una fuerza poderosa, real y concreta que siento en el cuerpo, en la insensibilidad creciente al dolor, un saber que mi yo pertenece a un nosotros, la serenidad de sentirme trascendido en una Organización que no se acaba conmigo, que piensa y pelea mientras me tienen en la *máquina*.

Me acercan a la boca algo como un cilindro con un extremo chato, duro y de una materia cálida, y pienso: “esto no me lo esperaba: ¡es la verga de un milico!”. Siempre me había parecido un poco ridículo el caso real y hasta frecuente de quienes son violados en la *máquina*, “cosa de hombres”, si las hay. La primera vez que le oí decir a un preso que lo habían violado, le contesté con un “¡hay que tener mal gusto!”, pero me quedé pensando: “¿así que también hay que estar preparado para esto?”.

Me abren la boca para introducirme aquello y casi en el mismo instante en que me pregunto: “¿tendré el coraje de mordérsela y caparlarlo?”, la respuesta me llega en forma de puntada de fuego en los dientes y de una fantástica eclosión de colores.

La *picana eléctrica* produce un dolor agudo; no romo, como de martillo, sino afilado como de aguja, quemante y hondísimo. Se parece al dolor que provoca el taladro del dentista cuando toca el nervio; ese dolor, pero extendido a la mitad del cuerpo.

Detrás de los ojos aparecen figuras geométricas multicolores que giran en círculos vertiginosamente o que estallan como fuegos artificiales asombrosos. El cuerpo se contrae en espasmos musculares; no todo el cuerpo: sólo las zonas afectadas, y el aire es expulsado con una energía inaudita, pasa por las cuerdas vocales y produce chillidos, exactamente tan agudos como el dolor.

—¡Paren, paren —grito— llamen al capitán!

Antes de que me subieran, el capitán me había dicho:

—No se haga estropear la ropa, Cámpora: yo voy a dormir, pero si tiene algo que decirme, me hace llamar, nomás, y nos tomamos un café; no se haga problema.

—¡No puedo más, llamen al capitán! —insistí.

Más que el dolor o el miedo, me decidió el cansancio: un cansancio descomunal. Oía jadear también a los milicos.

Mientras esperábamos al capitán me sentaron en el borde de la escalera junto a un pozo de aire de cuatro pisos y me dieron un poco más de *picana*; jugaban: “que se cae, que no se cae, que se cae”. Otro milico intervino: “paren eso y tráiganlo acá”.

Cuando llegó el capitán estábamos en una habitación pequeña, junto a la azotea, y me habían sacado la capucha. El capitán vio mis manos ensangrentadas.

—¿No les dije que esto se hace con cuero?! —rezongó—, ¡sáquenselas!

Las muñecas fueron liberadas de las aristas de hierro de las esposas y sentí un enorme alivio en los hombros.

—¡Mirá cómo te pusiste, Cámpora!, ¡en qué estado te encuentro! —comentó el capitán.

Dos milicos rieron por lo bajo; lo necesario para celebrar la humorada del superior, sin romper la tensión de la *biaba*.

—No te preocupes, no estoy para la pinta —dije.

—¿Pero qué te pasó, Cámpora?, ¿cómo te pusiste así? —requirió, solícito, el capitán.

—Preguntá a estos hijos de puta —respondí.

El capitán cortó, seco:

—No te pasés, ¿querés?; ¿te acordaste de los dos locales y de los nombres?

Estaba demolido, aterrorizado, perdido en la bruma de mi miopía,

pero pensaba con una lucidez desesperada, velocísima, sólo atenta a esa pregunta y a sus eventuales respuestas.

–Son *cantones* muy viejos –empecé a decir.

–Hablá nomás –dijo el capitán.

–Los conocí antes de caer preso –dije.

–No importa, hablá –insistió.

–Hace más de un año –precisé.

–Te digo que no importa; vos decí, vos decí –apremió.

No respondí en seguida; sólo después de unos segundos largos.

–No sé en qué calles están –dije–; iba compartimentado, pero conozco la zona; en un plano, los ubico.

–¿Estás seguro? –quiso saber–; ¿no te hagas el vivo!

–Los localizo, seguro –dije–, en un plano.

–Tráiganle un plano –ordenó el capitán.

Trajeron un gran plano de Montevideo, en blanco y negro, fondo sepia y lo extendieron sobre la mesa.

–Sin lentes no veo nada, capi –expliqué.

–Tráiganle los lentes –ordenó.

Oí que un milico decía a otro, en un susurro: “mirá, le dijo capi; este está entero y está jodiendo”. Hubiera querido morderme la lengua.

Con los lentes puestos veía mejor, claro, pero mentía peor: los ojos se ponen menos escurridizos y nerviosos y culpables, cuando sólo ven una mancha negruzca en lugar del milico que interroga.

Reclinado sobre el plano tomo mi tiempo y hago una búsqueda prolija. “Conozco dos *cantones*”: uno en Pocitos, “un apartamento con espejitos rombales en la escalera de entrada” y “otro cerca del Palacio Legislativo: un taller mecánico”. Puedo encontrarlos, si me llevan.

–¿Estás seguro? –pregunta el Capitán.

–Seguro –digo.

(Un día, convaleciente todavía de la *máquina*, los vas a sacar a “pasear” varias veces a los milicos, por Montevideo: tras dos *cantones* falsos, y uno verdadero –calle Libia–, que sabías que había sido evacuado un mes antes. O porque te creyó, o por cansancio o porque tenía muchos otros casos entre manos, el capitán no te hizo dar más *máquina*, desde entonces).

–Te tenés que acordar de dos nombres –reclama el capitán.

–Nombres, eso sí que no, nombres no conozco –respondo.

–Eso lo vamos a ver –dice el capitán y dirigiéndose a un alférez–: traigan al *Flaco* y al otro.

Imagino lo que van a pensar esos dos compañeros que no saben que

estoy acá, que hace semanas que están en la *máquina*, durmiendo con un solo ojo y esperando que los vuelvan a buscar: van a pensar que los *canté*.

El primero que llega es el *Flaco* y cuando le sacan la capucha queda somnoliento y sobresaltado, frente a mí. Me ve y palidece. No quiero dejarle el tiempo de equivocarse.

—¿Qué tal, *Flaco*? —le digo, en el tono más jovial que encuentro—, ¿cómo andás?

Atrás entra el otro y ocurre un poco lo mismo. El capitán dice que el otro confesó que yo le había dado el contacto con un hombre político importante.

—¿Pero vos estás loco, hermano?, ¡estás completamente equivocado!; yo nunca en mi vida vi a ese hombre; ¡pensálo bien!

Apartándome de mi tono de náufrago, les mandaba señales como si tuviera banderines en las manos: “¡estoy bien; no *canté* nada; no aflojen ustedes; no se dejen engañar!”. Las señales son evidentes, también para los milicos. El capitán interviene:

—Ahora vas a saber lo que es bueno; ¡llévense a esos dos!; ¡traigan el equipo de la *dura*!

Respiré; en seguida pensé: “¿la *dura*?: no puede ser más dura, es un equipo de reemplazo, el anterior está agotado”. Dos milicos hablan bajo: “¿éste no es el que estuvo con Allende en Chile?; por qué el capitán no lo interroga sobre eso?”. La pregunta, por ahora, no va dirigida al capitán, pero ¿y si llega?, ¿si en plena *máquina* vuelve a abrir ese expediente que parecía cerrado y mejor no tocar?

—Vos, capi, sos una tremenda mierda —arremeto—; te *canté* lo que querías y me vas a seguir dando la biaba; un buen hijo de puta, eso es lo que sos.

—¡Llévenlo! —ordena el capitán, sin oír hablar de Allende.

Máquina por *máquina*, mejor así. Ahora me atan con un tiento de cuero —órdenes son órdenes— sobre las heridas abiertas en las muñecas; venda, capucha y bajo la primera granizada de golpes, vuelvo a caer arqueado sobre el borde lacerante del *tacho*.

Puede haber pasado una hora o un día, tres inmersiones o veinte, cien golpes o mil, no quería perder un ojo o un testículo, no quería que me doliera tanto, no quería que me olvidaran en el fondo del *tacho*, no quería morirme; pero mi único punto de apoyo era ese silencio resistente, mi razón de ser y de seguir siendo; pensando furiosamente cuántos cantones habrían caído, cuántas armas, qué nos quedaba todavía; ese segundo acto de la *máquina* fue un solo alarido frío ajeno un solo interminable nocturno movimiento convencido de que tenían a la *Negra* que

la estaban violando ahora mismo “pide que hables que no seas hijo de puta” una imagen fulminante que me la muestra desnuda ya sin el milico encima y el “hablá o la matamos” que me hace por un instante dueño de la vida de mi mujer y tomo la decisión lo lamento no me lo perdonaré nunca pero es así de seguir callado y preguntarme “¿y qué pasa ahora si me amenazan con mis hijos?” cuando en las noches del cuartel se oían gritos infantiles y a muchos los quebraron por eso y un padre rompió las esposas y casi mata al milico y pienso que mejor no pensar y veo contra la luz fugaz a Pablito y la forma amenazante de un milico y a Silvia y expulso las imágenes las destrozo las hago estallar y por momentos me parece que voy a dejar aflojar mis dedos crispados de sobreviviente me llegan unas ganas dulces de dormir de resbalarme blandamente por el sueño de dejarme ganar de una buena vez cortar el hilo y después vertiginosamente estoy tirado en el suelo de costado las manos atadas a la espalda en el piso mojado de la azotea toco atrás la pierna de alguien que me está dando patadas y me prendo al pantalón y no lo suelto y “esperen que me tiene agarrado” y no lo suelto y me pateo las costillas y no lo suelto y se me para en las muñecas y no suelto y cuando el tipo retira la pierna siento el largo rasguido del pantalón “chaaasssh” el “hijo de puta te voy a dar” y me levantan en el aire para arrojarme al *tacho* como se lanza una pelota de básquetbol al cesto y mis piernas son dos aspas revoloteantes desesperadas y mi pie choca contra algo un ruido carnoso y fofo de labios golpeados la puteada una cólera de golpes desde todos los ángulos la capucha que se cae la venda que se corre un rostro enrojecido de odio que me pone las manos en el cuello y me aprieta la garganta contra el reborde de una pared la asfixia la convicción esta vez definitiva “acá me matan” otros que vienen y me liberan sólo para levantarme entre todos encaminarse al *tacho* y arrojarme la cabeza contra el fondo como algo ya inservible y contengo el aire y trago y arrojó y vuelvo a tragar y no me sacan y trago y devuelvo y no me sacan no me sacan más no me sacan.

* * *

Al *Pucho* Maldonado había empezado a conocerlo en la fajina. Vivía en la celda contigua –la 15 izquierda– en compañía del *Tito* Gregory y yo seguía con Jaime Pérez. Maniobrábamos para hacer la fajina juntos; nos entendíamos muy bien, trabajando. Al buenazo de *Tito* lo dejábamos de pareja con Jaime que, dicho con los debidos respetos, por esa época no era ninguna luz como fajinero.

Tito, inalterable. Nunca perdió su andar pachorriento, que iba dejando el “chas, chas, chas” pesado, mansísimo de sus zapatillas de cuero por la planchada; su ritmo regular y rendidor de preso hecho; feliz, inteligente, una sonrisa paseándosele en aquella boca de pato, feísimo; inventor de los barcos, la maravilla de las maravillas de las manualidades del Penal.

Estilo “vieja guardia” tupa: humor y ternura, sensato, sabedor en política; absolutamente inepto para hacerle daño a un compañero. Por eso sobre todo era difícil entender –incluso para los milicos– lo que ocurrió con el *Pucho*.

El *Pucho*, atrincherado en sus silencios. Entrañable, humanísimo *Pucho*, riqueza de un mundo sumergido que entreviene a la superficie en un lenguaje hermético; el “Hombre Ilustrado” de Bradbury pero en el revés de la piel: por fuera áspero, incomunicable, si no se aprende a hacer el recorrido de sus machucones secretos.

¿Para qué iba a hablar si no era para quejarse? y, claro, *Pucho* nunca se quejaba: el mundo sólo le regaló palazos y cuando tuvo alguna alegría, de esas escasas que atesoraba y me fue desgranando confidencialmente con los años, era una cosa tan simple, tan chiquita para cualquiera con una vida afectiva y digestiva normal, que si no se entendía la dimensión que tenía para él, podía pasar inadvertida.

Cuatro años compartieron celda, *Pucho* y *Tito*, hasta aquel día: inflexibilidades de *Pucho* que *Tito* se dedicó a machacar con bondad, a cariño; énfasis, insistencias de *Tito* que al *Pucho* le resultaron avasallantes y que tuvieron sólidos silencios por respuesta. *Tito* quería palabras (“no habla, no habla, no responde”); quizás no escuchaba actitudes. Dos idiomas y, en cualquier caso, cuatro años de convivencia en la misma balsa: mucho, para cualquiera. Habían pedido cambios de celda y los milicos, nada.

Ese día no debe haber ocurrido algo demasiado diferente a los otros. El *Pucho*, cara a la ventana, en silencio; pregunta de *Tito* reiterada una vez, dos, tres veces; silencio; descontrol de *Tito* que se fue llenando de ganas de reventarlo de una trompada; impotencia visceral de hacerlo y ese cepillo de carpintero que esgrime como arma, totalmente fuera de sí, y que a falta de otro objetivo, golpea y raja la propia cabeza del *Tito*.

En la enfermería dijo que había sido contra la mesa. No le creyeron. El *Pucho*, por supuesto, no dijo nada y cumplió quince días de *Isla* envuelto en un silencio ahora avergonzado.

Tito y yo fuimos permutados de celda. Cuando *Pucho* volvió, me encontró esperándolo. Charlamos lento, cuidadoso: como para entendernos para siempre.

El *rancho* de la noche toma casi siempre desprevenido: hace rato que terminaron las tareas, esperándolo, pero el lapso se ha ido alargando hasta el semiolvido.

Repartimos, con el *Pucho*; ahora da más trabajo pescar las carnechas del guiso: la iluminación es escasa.

Engullimos nuestro *rancho* y salimos a recoger; vamos a paso de carga por la planchada; *Pucho* abre dos ventanillas:

—¡Sobras y cubiertos!

—¿No sabés si hay cine?

—Parece que no.

Pronto volvemos a la celda. Se viene la *lista*. Compruebo el mame-luco: correctamente abotonado, el número visible. Después que pasan los milicos el *Pucho* se sienta en el banco, sobre la pierna doblada, y arma un *pucho* nuevo.

Preparo una leche para mí y una cocoa para él; algo caliente para el estómago.

Ya acostados, la conversa decrece rápido; estamos agotados. Se nos acalla la voz, crecen los silencios, hasta que el *Pucho* —puede ser yo— propone:

—Bueno..., ¿vamos a dormir, *Chichi*?

—Hasta mañana.

—Chau, *Puchito*.

Y ya no se habla más y cada uno se va consigo mismo. Bajo una cortina, me doy vuelta los ojos para adentro y me pienso, degusto la soledad; es el único momento posible de cada día: solo, verdaderamente; lo más solo que se puede estar en una cárcel.

Cada cosa infinita se te termina agotando en la memoria, porque cada cosa —casi sin falta— ya te la has imaginado y pensado y reconstruido tantas veces, tantas noches, que no suelta más juguito curador.

Sólo estando solo, a oscuras, podés acceder a la ensoñación: la cabeza, entonces, abandona las palabras, las evocaciones nítidas de sucesos idos y se lanza a volar alrededor de vos mismo, sin frontera ni margen, sin condicionamiento de lo racional y posible. Es el “cuando no esté preso”; “cuando vuelva a tener a mis hijos”; “cuando me acueste con la *Negra*”; “cuando vuelva a pelear”; “el día que me fugue”; cada ensueño volverá tantas veces, tantas, que se hará amigo: lo convoco len-

tamente, lo invito a que me invite y nos somos infaliblemente fieles.

Pero a veces la que vuelve, sin que la llames, es la “vieja conocida”: la noche entera debajo del banco, después que algún milico te sacó del fondo del *tacho*, cuando ya no dabas más, cuando te disolvías en el final líquido del *submarino*.

–Tomá esto que te hace bien –te dice un milico, paternal.

Te acerca la taza humeante.

–Tomá, hacéme caso –insiste.

Tu mano no acierta con el asa; el milico la guía. Estás sin capucha, sentado desnudo frente al fuego, junto a la gran estufa de la Guardia. El cuerpo se sacude en convulsiones, espasmos, retorcimientos; un cuerpo desnudo que ha dejado de pertenecerte y es agitado por una fuerza ajena a todo precedente, a tu voluntad y a tu tiempo.

–Hijos de puta –mascullás–, son unos hijos de puta.

–No te hagás el vivo si no querés volver arriba –te dice el milico, sin mucha convicción.

Y después insiste:

–Tomá, tomá esto que te quita el frío; tomálo que te vas a poner bien.

La llaman la *cojuda*: es un café caliente, hirviendo, con mucha azúcar, que te provoca un vómito instantáneo de cantidades incalculables de líquido.

–¿No estás mejor ahora? –pregunta el milico, con oficio.

Después te deposita en un jergón, debajo del banco, y te arroja un poncho caritativo por encima y pasás el resto de esa noche en un mundo afiebrado de seres y sombras, desfile fantasmal, diálogos con nadie, incoherencias, fragmentos de recuerdos y esquirlas de dolor.

–Agarrá el jergón de esa punta –dijo el milico.

–Dale que lo tengo –dijo el otro.

Te sentís alzado y transportado en el aire, y las luces y sonidos del cuarto de la Guardia se esfuman, se funden en un juego de formas irreconocibles, espejos alucinantes, imágenes y presencias inesperadas.

El corneta hace sonar un toque exigente, presuroso y vivo: oís una voz de mando, el choque de botas alineándose, una hilera frente a otra, y, vos, extendido y magnífico en la camilla, quedás emplazado ante la pasarela de honor, la guardia formada. La corneta resuena otra vez: los soldados presentan armas.

Ahora sentís que, siempre en el aire, te hacen pasar entre las dos filas de fusiles; te hacen descender por una escalera, es la escalera de Amazonas; hay voces y murmullos de aprobación a tus costados: “bien,

flaco, te portaste”; la mano extendida de la *Negra*, las manos esposadas de *Nenucho* Alvariza que te tocan, te palmean, y dos escalones más abajo, Luis Matirena sereno, Ivette sonriente, arrojando puñados de arroz a tu paso.

–Pero, ¿cómo ustedes no...? –querés preguntar, asombrado.

Pero Luis va quedando atrás, sereno; Ivette, sonriente, y llegás al final de la escalera y no está el soldado negro con la *metra* terciada al pecho que te esperaba hace un instante, sino el capitán Camacho que se cuadra, los ojos fijos adelante; hace una venia rigurosa.

Y te trasladan hasta la puerta, y te sacan al jardín, y a la calle y allí está la multitud vociferante, que se sacude, se remueve, se agita y alguien que te reconoce y te lanza un “aquí estamos, flaco”, y desde todo el Sur te llega un rumor de mar, redoblado, creciente, infatigable; de mar eterno.

El milico resopla y dice:

–Aquí termina el paseíto.

El otro, que cargaba el jergón por los pies, concuerda:

–Lo dejamos por aquí nomás, al pichi este.

Es el corredor frente a los cuatro calabozos subterráneos del cuartel; los presos asoman sus cabezas y lo ven: el cuerpo desnudo, encogido y flaco de David, recorrido todavía por algún temblor, tirado sobre un jergón en el piso, y perfectamente violeta.

EPILOGO

Esto no sale –dijo el alférez.

Había desparramado mis “efectos personales” sobre la mesa del comedor de *Barracas*; eligió el mazo de papeles y lo arrojó al suelo.

–No sale –repitió.

Eran mis resúmenes de tres años, segunda etapa de *Libertad*: 230 hojas de letra minúscula, los dos de biología me interesaban especialmente.

–¿Me permite, alférez?

–¿Sí?...

Seguía en su asunto sin prestarme atención.

–Esos resúmenes; mis estudios futuros; quisiera ver si...

–No salen –dijo el alférez.

–Tengo tres cartas mías que están todavía en el Penal –dije–, ¿podría recuperarlas?

–Hoy, no; es tarde –dijo el alférez.

–Pero el sargento me dijo que...

–Es tarde –dijo el alférez–, que su familia haga el trámite.

–No tengo.

–Su abogado, entonces; ¿para qué quiere esas cartas?; puede escribirlas de nuevo, afuera.

Afuera. Pasaban las horas y no creía que fuera a salir en libertad: no tenía ni miedo ni entusiasmo; transcurría un estado neutro, un “preparate para lo que venga”, desde las nueve de la mañana cuando, acabado de bajar al recreo el *Pucho*, el sargento vino a la celda.

–¿Y usted qué hace aquí? –preguntó.

–Estoy sancionado, sargento.

–¿Cuántos días?

–Cinco, creo, sargento –dije.

–No va a cumplirlos –dijo.

–¿Me levantan la sanción? –dije, mirándolo.

–Se va.

—¿Adónde, sargento?

—Se va en libertad —dijo el sargento—; prepare sus cosas.

—¿Un traslado? —pregunté.

—Un traslado a Alemania —dijo el sargento.

Hasta unos meses atrás no había tenido sino una idea ínfima de cuanto estaba haciendo la *Negra*, en Alemania, para lograr mi liberación.

Había querido iniciar campaña al año de llegar a Colonia, fines de 1974, pero el abogado se lo desaconsejó: yo “estaba por salir” y aquello hubiera sido contraproducente.

La *Negra* esperó otro año y medio y finalmente se dijo: “¿si hubiera sido yo la presa, qué hubiera deseado que hiciera David?; ¿que se quedara quieto o que arriesgara? Que arriesgara. Es lo que voy a hacer, peor de lo que está pasando no lo va a pasar”.

No lo estaba pasando muy bien, que digamos, en Trinidad, con la llegada de los alféreces energúmenos del 76, solo en mi celda después que liberaron al *Urraca* Modernell. No fue hasta mediados de 1980, hasta que una visita pudo decírmelo, que supe que la *Negra* y los hijos habían, como se dice, revuelto cielo y tierra por mi libertad, fueron unas arañitas minúsculas y empecinadas que tejieron la torre Eiffel (*).

(*) Durante mucho tiempo, la campaña internacional de solidaridad organizada por su mujer, Olga Machado, es totalmente desconocida por Cámpora: “Hasta allá, hasta el Cuartel de Trinidad, no me llegó la menor noticia de que la *Negra*, durante todo 1976, había estado denunciando mi caso: a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, ante el gobierno alemán, en actos públicos: condenado por delitos políticos su marido, padre de tres hijos, había cumplido la pena, tenía la libertad firmada y era retenido arbitrariamente por las autoridades de su país que no lo dejaban, tampoco, ampararse en la opción constitucional de abandonar el país.

”Eso no era nada: al año siguiente, la *Negra* me consigue residencia en la ciudad de Colonia y contrato de trabajo; entrevista a diputados y ministros, interesa a personalidades y organismos, y llena dos contundentes biblioratos con correspondencia al Partido Social Demócrata, al Consejo Mundial de Iglesias, a Amnesty International y numerosos etcéteras que incluyen hasta ¡la comuna italiana de Campomorone de donde provienen mis más remotos ancestros!

”Revolvió, como se dice, cielo y tierra con el apoyo infaltable, decisivo, de mi cuñado Jorge Risi.

”Ursula Junk, periodista, ayudante del diputado social demócrata Klaus Thüsing, defensor de cuanta minoría oprimida hay, dio el impulso inicial al movimiento y persiguió, papel en mano, hasta conquistar su firma para mi liberación, a 83 diputados europeos.

Pero cuando esa mañana a las 9, el sargento vino a mi celda y me dijo “prepárese que se va para Alemania”, no le creí. Otro *flauteo*, *Chichí* –pensé–; quizás la *máquina*; no, la *máquina* no, difícil, pero la liberación, menos que menos; en fija que vuelvo a los cuarteles. ¡Virgen de los Porotos! Sí, las gestiones van bien; el embajador alemán, Marré, vino a verme a *Libertad*, me consiguió algunas cosas menores –los lentes, libros, el régimen– y dejó la promesa de seguirse ocupando de mi caso; sí: existir, existe la posibilidad, pero no es para hoy ni para mañana, ni para este año; *flauteo*, *Chichí*; esto es un *flauteo*: ¡preparate p’al temblor!

Salí de la celda con mi bolsa y seguido por el sargento; en el Centro de Observación me crucé con dos compañeros de Policlínica.

–Me voy, che; parece.

–¡Ah!, te felicito.

Cortita, para no comprometer; pero dejando aviso: traslado.

El médico me miró el cuerpo para ver si no tenía marcas o moretones, me preguntó cómo me sentía de salud e hizo el informe habitual: *S/P*: Sin Particularidades. En el Primer Piso me confirman que hay un cable diciendo que debo viajar a Alemania (nada me asegura que no sigue la joda) y ahora el comedor inmenso y baldío de *Barracas* con una media docena de compañeros que no conozco, casi todos del Partido Comunista; ya pasaron la revisión y esperan. Y este alférez que me saqué a la lotería.

–¿Y qué piensa hacer? –pregunta–; ¿piensa volver al país?

–Con mucho gusto, si ustedes me autorizan; me siento muy uruguayo.

–¿Va a venir a seguir tirando tiros? –pregunta el alférez.

–Nunca tiré tiros, alférez; yo soy bueno, por eso me sueltan.

Los camaradas escondían las caras divertidas, a espaldas del milico.

–Tan leído que se cree y seguro que no sabe ni cómo empieza el Manifiesto Comunista –dijo el alférez.

–Sí, señor, sé –afirmé.

”Después, ella y la *Negra*, asaltaron el Ministerio de la Familia: Katharina Focke, su titular, asume la causa hasta el fin; es pilar de la campaña y se convertirá en amiga entrañable.

”El Comité «Pro-Cámpora» de la Escuela de Holweide se reúne cada quince días, visita regularmente al embajador uruguayo, traslada de Colonia a Bonn; una manifestación de ochocientas personas! que es reseñada por radios, diarios y televisión”.

—¿Cómo empieza? —preguntó el milico.

—“Proletarios de todos los países, uníos.”

—¡Ja!, negativo —dijo el milico con un comienzo de sonrisa.

—Ah, ¡tiene razón!, así termina; empieza: “Un fantasma recorre Europa...”.

—Usted no lo leyó —insistió el alférez.

—Sólo en alemán, perdone: puedo tener errores de traducción.

—La subversión marxista es un cáncer para el país —dijo el alférez—. ¿Y este cuadro?; ¿qué representa?

Era una vieja sentada abrazándose las rodillas; muy alta, una nube. Regalo de otro preso, me gustaba tanto que me había prometido llevarlo a Alemania.

—Mujer y nube —dije.

—No es nube, es pájaro —dijo el alférez— y pájaro no sale.

—Nube un poco deformada, alférez, fíjese; pero nube.

—Pájaro: no sale.

Siguió con los otros presos; trajeron el *rancho*, pero no lo probé. Pasaron tres horas.

—A ver, usted —me llamó el alférez—, firme aquí.

Conservé una muda de ropa interior, los remedios, un cepillo de dientes, dentífrico y papel higiénico.

Conmigo quedó Kurt Mayer, un hombre fornido de casi 70 años que vivía en *Barracas* y hacía tres meses tenía la pena cumplida; Alemania gestionaba también su liberación. Los otros presos se habían ido.

—¿Vos creés, flaco? —preguntó Kurt.

—Ni idea, viejo; no creo.

A las cinco de la tarde llegó la *sardineta*: una camioneta de lata verde que no salía del Penal.

—Es para un cuartel —especuló Kurt.

—En fija —acordé.

Nos llevaron al cuartelillo y allí nos subieron a otra camioneta, con vidrios: Kurt y yo en la parte trasera, esposados a la espalda, sin capucha, todavía con los mamelucos del Penal; “así nunca trasladan a los presos; no dejan que la gente los vea”.

El chofer arrancó y subió la velocidad cuando tomó la carretera hacia Montevideo. En el asiento del medio, dos *tiras* vueltos hacia nosotros no nos sacaban los ojos de encima; tenían apoyadas las *metras* en el respaldo del asiento que nos separaba de ellos; nosotros, tirados como bolsas en el fondo de la camioneta; adelante, el oficial con su 45 en la falda y el chofer, con la suya en la cartuchera.

Era un poco demasiado, aquel Ejército. El chofer aceleraba a fondo, volábamos, pasamos tres veces al borde del choque. A Kurt se le pararon los pelos; yo no sé qué cara tendría; traté de hacerle señas al viejo queriendo decirle: “estáte preparado: esto viene rarísimo”, pero Kurt había quedado mal colocado, el cuerpo sobre las esposas y no iba a poder intentar nada; yo iba a tratar de correr, si podía. En la mejor hipótesis, parecía que querían liquidarnos; un choque premeditado, unas cuantas ráfagas sobre nosotros, “ley de fuga”; chau.

La tensión del chofer aumentaba: hacía chirriar los neumáticos en las curvas, encendía y apagaba la sirena sin motivo aparente y cuando tomó la calle a contramano, casi se incrusta en un ómnibus. Si alguien no obedecía la sirena, el oficial sacaba la 45 por la ventana y hacía señas de abrir paso.

Entramos a Montevideo y a la altura del cementerio de La Teja volvieron a encender la sirena y ya no la apagaron más: la camioneta venía hecha un balazo y los autos se apartaban apresuradamente; los dos custodias se pusieron las *metras* en la falda y sacaron revólveres 38 que agitaban por las ventanillas; era un viaje de locos. Avenida Agraciada, Rondeau, Paraguay; atravesamos 18 de Julio como pedrada y siento que la camioneta desciende finalmente la rampa de Jefatura, frena y se detiene estremecida.

Estoy más tranquilo: un poco en casa; modernizaron el garaje; debe haber un centenar de vehículos. Conozco al *tira* ascensorista y quiero ser bien educado: “¿qué tal, cómo andás?” —digo—; no contesta; cuando bajan los otros mastica un murmullo: “¿qué hacés, me querés quemar, vos?”; no, para nada.

Me sacan las esposas en el Registro de Entradas: son las 18.02 horas del viernes 12 de diciembre de 1980, cumpleaños de Silvia; felicidades.

No demora en venirme a buscar el *tira* Pérez, desmesuradamente gordo, custodio personal de Marré, el Embajador alemán en Uruguay; llega sudando y muy agitado. El Embajador le había encargado de avisarle —“inmediatamente”— de mi salida de *Libertad*; el Embajador interrumpió sus vacaciones en Punta del Este para venir a Jefatura.

Instalado en un despacho de Jefatura, muy cómodo, Marré parece disponer y mandar. Me da la mano, me aparta:

—¿Cómo está, Cámpora?; ¿sabe que viaja mañana?; le vamos a dar un documento alemán: es más simple; se lo vamos a hacer ahora; su señora está avisada.

El *tira* Pérez me consigue una camisa celestita, un empleado de la

Embajada me alcanza un saco que me queda enorme y una corbata: la foto para el pasaporte.

Ambiente familiar, en Jefatura. Marré me alcanza una declaración para que firme: “simple formalidad” –dice–: me comprometo a no tener actividades políticas en Alemania que puedan perjudicar su seguridad nacional.

Llega Labat, muy agitado; lo habían llamado por teléfono media hora antes. No sabía nada.

–Diez años que estoy esperando, podías ser un poco más puntual –digo.

Se ríe, Labat, me abraza; está feliz.

–¿Qué medidas tenés? –pregunta–: para la ropa.

–Y yo qué sé; olvidáte de la ropa; ¡me voy de mameluco!

Se me acerca Beemermann, el consejero de la Embajada; le pregunto qué va a pasar con Kurt Mayer.

–¿Vino con usted? –pregunta.

–Sí.

–Su caso tiene algún problemita: dijo ser ciudadano alemán, pero es judío –responde textualmente Beemermann.

Marré me dice que se había organizado en Colonia otra manifestación para hoy exigiendo mi libertad; puso un cable pidiendo suspenderla, prometiendo que viajo mañana: el gobierno alemán desea tranquilidad en la calle.

Pregunta a qué hora me van a conducir al aeropuerto. El jerarca policial es evasivo. Marré insiste con firmeza. El jerarca termina por decir:

–A las diez de la mañana, probablemente, Embajador.

–Voy a venir a buscarlo, Cámpora –dispone Marré–; hasta mañana.

Me suben al cuarto piso. Cuatro o cinco compañeros que no conozco; están esperando la salida: uno para Estados Unidos donde tiene familiares, una compañera se va para España.

–Te preparamos una comidita –dicen.

–Gracias, pero no tengo hambre.

Con un resplandor que entra por la ventana, escribo punto por punto todo lo ocurrido desde las nueve de la mañana; un papelito minúsculo –que todavía conservo– y que guardé en el zapato.

Pasé la noche en blanco; noche de combate entre los fantasmas de la libertad y un sólido escepticismo de preso viejo. ¿Esta vez sería la

buena? Desde 1974 –hace seis años– se me viene complicando mi salida; varias veces pareció inminente –el primer traslado de *Libertad*, el anuncio en Trinidad– pero una mano negra se había interpuesto. “Dios y el Diablo”, la “Mano Negra” y la “Mano Blanca”, así habíamos simplificado con Labat esas fuerzas de trastienda, ocultas y contradictoriamente eficaces que un día me ponían en el umbral del Penal y otro me enviaban a la *Isla* sin que supiera nunca muy bien cómo ni por qué.

No cabe ninguna duda: tuve mucha suerte: fui el último caso bajo competencia de la justicia civil y nunca se supo muy bien qué hacer conmigo: podían ponerme en libertad, con pedido de disculpas por la molestia, si se tomaba en cuenta los cargos contra mí: “asociación para delinquir”, “autoevasión”, y después, “uso de documento falso”; como podían darme treinta años de condena y quince de medidas de seguridad.

Nunca se me tomó por un tupa clásico: ni hombre de armas, ni dirigente, ni ideólogo, sino como una especie de burócrata idealista, bastante desnortado; viejuco, con tres hijos.

Junto a motivos rastreables y explicables, aparecen oportunamente las “buenas suertes”, las “manos blancas”: encuentran tarde el *berretín* de Amazonas; se les va la mano en la *máquina*; utilizan mal algunos datos sobre mí; nunca tuve que matar a nadie. Por si fuera poco la *Negra* y los gurises logran zafar de Montevideo, salvan la vida cuando el golpe de Estado en Chile, los acogen en Alemania.

Casi puede decirse que pasé como una “ráfaga olímpica” por encima de dificultades, enormes, que vivieron muchos otros. Es algo que me ha ocurrido casi toda mi vida, que me culpabiliza ante los demás, pero que aprovecho, siempre que puedo.

Mi liberación resultará de una negociación donde se compra, por parte de Alemania Federal (la tranquilidad social, el fin de una movilización que, sin exagerar, empezaba a ser de masas) y se vende por parte de la dictadura (el mantenimiento normal del nivel de relaciones diplomáticas y comerciales germano-uruguayas). En todo esto, Marré, que indudablemente no siente la menor simpatía por el MLN, es un funcionario que cumple –y cumple bien– las instrucciones recibidas de su gobierno.

Pasé aquella noche en blanco y a las diez de la mañana me avisan que el Embajador no vendrá hasta las diez y media.

–Bueno –digo a uno de los compañeros– me quedo; no salgo.

A las diez y media no viene nadie.

–¿Qué les dije?

A las once menos cuarto, tampoco. A las once, avisan que salgo a las once y media.

—¿No ven? —declaro—: no me voy; está clarito.

A las doce menos cuarto vienen, por fin. Me despido.

Voy a la puerta del Carcelaje y me entregan a un oficial de particular: buena pinta, educado; un hombre en la treintena.

—¿Vamos? —dice.

—Vamos.

Bajamos las escaleras y cuando vamos a salir le alcanzan su arma: un 38 Magnum Especial, un arma que no es para milicos, de lujo, de película de la CIA: “¿y este loco con esa arma, de custodia, para un simple pichi?”.

Voy caminando por los corredores, a su izquierda, hasta que llegamos a la puerta sobre la calle San José, se perfila y me dice:

—Pasá.

¡A la calle!; ¡solo! Cualquiera día.

Lo agarro firme del saco y le digo:

—Vamos.

Retira con alguna brusquedad el brazo. No salgo: “me vas a tener que matar adentro”; no me quería regalar y menos a una Magnum Especial. El oficial quedó desconcertado pero no se irritó. Lo curioso era que no me dijera nada: “vení, no tengas miedo, maricón”; nada: silencio.

Volví a agarrarlo, esta vez del brazo.

—Vamos —invité—; vamos juntos.

Salimos. Miré a los costados: nada especial; la custodia en la puerta del garaje, detrás de las barricadas de arena.

—Allá, aquel auto —dice el oficial.

Un Mercedes. Un día frío, caen algunas gotas de lluvia: el humito le salía del tubo de escape. Vamos hacia aquel dichoso auto. Abro la puerta trasera: Marré.

Respiro. Me siento junto al Embajador y el oficial lo hace a mi izquierda. Adelante, va el jerarca pelirrojo —muy seco de gestos—, que conozco pero no puedo recordar.

—¡Buenos días!

—Buenos días.

El chofer es del Embajador. Marré me explica que el auto pesa mucho porque es blindado.

—Esto, Cámpora, es el pasaporte, y adentro está la copia de la declaración firmada por usted.

El pasaporte estaba en el aire y una mano lo atrapa: la del oficial, al

lado mío. Pesco al vuelo el papel de adentro y se lo devuelvo a Marré.

El Embajador habla de Alemania: “un país católico y, al mismo tiempo, protestante”. Tengo quince kilómetros de llovizna para mirar Montevideo: la primera vez en diez años; todos mis traslados habían sido en *heladeras* herméticas.

Lo que tengo de familia, los amigos, me están esperando en el aeropuerto de Carrasco. Me entran en un cuarto, “Migraciones”, pienso en pájaros; cierran; hay dos *tiras* de Investigaciones y el oficial de custodia, el de la Magnum.

Labat trae la valija y me entrega un abrigo gamulán.

—La libreta de chofer, fotocopia de tu título de Contador, tus documentos —dice Labat.

Todo lo requisan y retienen, los milicos. No querían dejarme ver a nadie. Intervinieron Marré y Labat.

—Tiene dos minutos por persona —decidió el de la Magnum—; dos minutos y ninguna manifestación fuera de lugar.

Me veo, parado; a unos cuarenta centímetros, un milico; a ochenta, otro: un abrazo de preso a gente mía.

Con cada uno tenía que haber hablado tres días y fueron dos minutos; una trompada, cada uno; quedé ahogado.

Abrazos a Labat, a Marré; son los últimos. El oficial me había entregado el pasaporte y el pasaje y pidió la dirección de Olga en Alemania, que iba a ser mi domicilio. Cuando me moví hacia el avión, el oficial me siguió.

—Lo acompaño —dijo Marré, que ya se había despedido.

Subimos al ómnibus; quedamos apartados; Marré dijo:

—Va a un país libre y puede decir lo que quiera, Cámpora; pero estoy tratando de obtener la liberación de cinco detenidos y si usted hace declaraciones demasiado fuertes o a revistas sensacionalistas, como hicieron algunos en Suecia —incluso haciéndose algún dinerito—, los militares entorpecerán mi misión.

—Hace muchos años que no me interesa, ni poco ni mucho, el dinero, Marré. No tengo nada que declarar a revistas sensacionalistas. Pero en cuanto a la verdad de lo que me sucedió, tengo todo para decir; no tengo derecho a guardarme nada; me imagino que estaremos de acuerdo: la verdad es importante.

—Sí, es muy importante; pero a veces no hay que decirla toda —dijo el Embajador.

—Es un criterio —dije.

El ómnibus se detuvo junto al avión. Me paré.

–Bajemos los últimos –dijo Marré.

Descienden los pasajeros; bajamos nosotros; ¿quién está en la escalerilla?: Magnum. Miré a Marré, quien decidió:

–Subo con usted.

Entramos en el avión, buscamos asiento, me acomodo el abrigo arriba, la valija abajo; quedé parado en el pasillo aferrado al respaldo del asiento, impidiendo el paso a todo el mundo y sin saber qué hacer: ¡aquel Jumbo me parecía un estadio!

Marré habló con una azafata y me dice:

–Cuando llegue a San Pablo cambia la tripulación; usted tiene que avisarles que el barco es suyo y dónde está guardado.

¡El barco! El Segundo Piso había decidido que la doctora Focke, mi madrina en los trámites de liberación, merecía un regalo político y le había construido un barco de escarbadientes, completamente portentoso. Había conseguido hacerlo salir de *Libertad* y ahora, no sé cómo (gestiones de Labat o Marré, no sé) lo ubicaron en un lugar especial de la bodega para que no fuera a destrozarse.

Se acerca una azafata y dice:

–Vamos a cerrar el avión: partimos, señor Embajador.

Marré me abraza: “muy buena suerte, Cámpora”; me pone en el asiento y se va. Me quedo solito. Aquel monstruo de avión empieza a temblar, a punto de romperse; nos deslizamos por la pista; despegamos.

Treinta horas antes yo estaba en mi celda de *Libertad*; en realidad, si vamos al caso, todavía no había salido de allí, y para ser sincero, estuve mucho más tiempo sin salir y hay cosas que se me quedaron definitivamente adentro.

Siento que he perdido tiempos, oportunidades, cosas pequeñas pese a los esfuerzos intentados –con disciplina y prolijidad, largos años–, mis relojes se distrajeron del girar de afuera, se me fueron atrasando: dan otra hora.

He perdido, y tanto, que no puedo enumerarlo; he dejado de conocer cosas, muchos sucesos no me sucedieron a mí; estafado, me siento estafado. No es una pérdida que me haga más pobre sino más torpe: cada tanto asoman hechos que me he saltado y que se ponen a hacerme burlas, y me enfurece que los de afuera se olviden a cada rato –por verme jaranero y aparentemente acomodado– que yo no los acompañé en la experiencia; que digiero información recocida, sin ardores ni carcaja-

das. Uno se reacomoda a andar suelto y entre otros; modifica y ordena sus estantes pero quedan espacios enormes, muchos cajones vacíos y con ecos. Y lo que colecciono hormiguísticamente, leyendo diarios viejos, son noticias y no sucesos, informaciones, nunca vivencias.

La libertad es una cosa súbita, un solo acto, un inesperado de repente. Y de la noche a la mañana –literalmente– como si hubiera despertado sobresaltado, salí de aquel mundo tan distinto, tan apartado, ya tan mío, a este otro que me sumerge en su impaciencia y su abundancia; todas mis memorias que acariciaba en el lujo de la noche de preso, envejecidas de un envión; sobre todas las cosas pasaron, en un instante, diez años de trajín y de polvo; y las mirás y comprendés que sólo les conocés el recuerdo.

No todo fue pérdida: la cana me dejó una ganancia mayor: la convicción. Cuando caí, estaba absolutamente dispuesto; ahora estoy, además, absolutamente seguro.

Le vi la cara a los miedos; los de veras; los pánicos y hasta ahora los pude (tocá madera): el de Amazonas, una prolongada inminencia de caos personal; el del *submarino*, la muerte, tantas veces repetida hasta ya no creer en ella. Imposible saber de antemano si para una próxima ronda estoy mejor preparado o, al contrario, corto menos. He adquirido, eso sí, una especie de sobriedad –no tengo otro nombre– ante esos fillos oscuros que lo habitan a uno. Me siento menos niño, o más hombre, no sé: palpar muerte, madura.

Tengo un buen lío con mi imagen: la gente cree y espera de mí, más de lo que soy y puedo dar. Algunas veces –fatales– me dejé arrastrar y terminé defraudado: porque raramente la gente admite que se equivocó en el diagnóstico.

Ningún héroe, entonces; un militante, servidor, al que le fue bien, simplemente, que transitó sin catástrofe y con suerte. Porque insisto que es una cuestión de suerte la combinación de todos los elementos en todo el tiempo, a medida que van sucediendo las cosas que te crecen adentro –el miedo, la serenidad– y las cosas que te suceden al lado –la *máquina*, la cana–. No hay casualidades ni magia, pero hay tantas variantes posibles como hombres con su historia y su suceder; no hay esquemas ni campeonatos; entonces, tampoco medallas ni diplomas.

No fue una prueba; no prueba nada haber tenido suerte; de repente, mañana la cago en toda la línea y, de repente, el que la cagó –se ha visto mil veces– aguanta como un rey. No hay recetas; es tremendamente dialéctico.

No podría asegurar que soy definitivamente incapaz de *cantar* a un

compañero porque no canté a nadie en una *máquina* relativamente liviana y acudiendo a artimañas que fui improvisando bajo la inspiración del más crudo pánico. ¿Y si me la hubieran dado nueve meses, como a Selves?; ¿y si hubieran violado a la *Negra*, como hicieron con mujeres de otros compas?; ¿y si hubieran torturado a alguno de mis gurises delante mío, como le pasó a Sclavo?

Este laburo, entre otras cosas, come gente; se alimenta de militantes, servidores. A mí todavía no me mordió el carozo. Y, paradoja: a medida que te come y mientras no termina —a medida que te vas quedando en los puros huesos y tendones— más tenés, más entendés y te dedicás y te comprometés.

Con la cana, la cara me quedó más seria y los silencios más largos; los modales embotados, algo acanallados; el decir grosero: vocabulario *gambusa*; un apetito sin fronteras y sin horarios.

A mi moral convencional se le formaron algunas arrugas filosóficas: para comprender y manejar la *teca*, la mentira, la simulación: para decirle “sí, señor” en vez de saltarle al cuello al hijo de puta uniformado al que has visto violar, golpear y asesinar y que ahora te interpela en la planchada; para ser la bestia necesaria que dejaría masacrar a sus amores para preservar *cantones*, armamento, combatientes; para cegar tus diques impotentes cuando te mueren o enloquecen un compañero a tu lado.

En Trinidad aprendí a manejar el tiempo y a vivir sin nadie; en *Libertad* a vivir con muchos, compartiendo todo y trabajando firme; en la prisión entera: a pensar parejo; tengo ahora la paciencia de un Buendía: puedo esperar sin desespero, atado a un árbol.

La cana, después de todo, es un momentito.

Mientras el monstruo se estremecía, se deslizaba por la pista de Carrasco y despegaba, me apliqué a ponerme el cinturón de seguridad, en cumplimiento de las órdenes luminosas e imitando a mi compañero de asiento. Después, liberada mi atención, recorrí con mi mirada aquel espacio, con curiosidad y algo parecido al terror.

Plantación de cabezas, ordenaditas en surcos —mi cabeza, infundible, con una reciente y reluciente pelada carcelaria—, los extraños movimientos de las azafatas inverosímiles que conducían bandejas y me sonreían como si fuera el hombre de su vida, los timbres y las luces y las voces de felpa que nos deseaban el viaje más maravilloso del mun-

do, a tantos miles de metros de altura sin perturbaciones atmosféricas hasta la próxima escala: San Pablo.

El monstruo se niveló y sustituyó las vibraciones por un zumbido amistoso, un ronroneo que seguía, con todo, siendo enorme. Empezaba a tranquilizarme cuando me atacó la pregunta: “¿y si tengo que ir al baño?”. Tanteé mi bolsillo posterior y allí estaban, por suerte, mis cuatro dosis de papel higiénico, bien dobladitas. Pero, ¿dónde estaba el *biorse*? Observé los movimientos de pasajeros y azafatas, les hice verdaderos seguimientos: parecían autómatas, robots autosuficientes. En el extremo del pasillo la gente empujaba la puerta; la puerta se doblaba en dos, corría sobre sí misma; la gente desaparecía, la puerta se cerraba y arriba se encendía una luz roja: *Occupied*. Notable.

Me quedé manso con mi mejor cara de viajero experimentado. Y me prendí al montón de diarios uruguayos de la mañana del sábado 13 de diciembre de 1980 que los amigos me habían puesto en las manos. No entendí una sola palabra. Desesperado por leerlos; autorizado, y no entendía nada.

No sé si lo habré mirado de modo insistente, pero el compañero de asiento, que resultó ser sueco, me dijo en un inglés que despertó al mío de su reposo de treinta años:

—¿Viaja a Alemania?

—Sí.

—¿Adónde?

—A Francfort.

—¿Profesión?

—Soy preso; quiero decir...

—¿Mucho tiempo?

—Nueve años.

—¡¿Nueve años?!

—Nueve años.

—Y ¿por qué?; ¿por razones políticas?

—Por razones políticas.

El sueco se entusiasmó: parecía que nunca le había pasado una cosa tan extraordinaria en la vida como viajar con un tipo que había estado nueve años preso por razones políticas.

—¡Oh, qué interesante! —celebró—, si a usted no le molesta podemos hablar porque para mí, los problemas del Tercer Mundo son muy interesantes, apasionantes —dijo el sueco.

“¿Este no será un sueco de Jefatura?; cuidáte *Chich!*”.

—Estoy un poco fatigado —dije—; si le parece hablamos más tarde.

—Cuando usted quiera —dijo el sueco—; muy interesante.

Cerré los ojos; en algún momento dijeron que nos acercábamos a San Pablo; venía con el triperío mal: no había comido nada desde la noche del 11 de diciembre y estábamos a media tarde del 13; sabía que tampoco iba a comer en el avión porque esa primorosa comida de plástico que estaban desempaquetando me iba a caer como una piedra.

Tomé la decisión, bien sopesada: “este es el momento del *biorse, Chichi?*”.

Caminé hasta el fin del pasillo, empujé la puerta, entré, cerré; miré todo aquello que parecía cuarto de baño de rico con puertitas y cajoncitos, frascos y espejos; me bajé los pantalones.

—“¡Vuelva a su asiento!”.

La luz ante mis ojos; la orden era inconfundible; aviso en tres idiomas. “¿Qué hice de mal?; ¿para qué es esto?”. “¡Se van a la mierda!”, me dije, en lo que debe haber sido mi primera afirmación de ex preso: “no vuelvo hasta que termine”.

—¡Señor Cámpora!; ¡señor David Cámpora, por favor!

La voz salía de algún punto del baño, ¿de dónde?, ¡en español!; el tono era amable pero concluyente:

—¡Señor Cámpora!, ¡póngase en contacto con un miembro de la tripulación!

¡Debo estar cagando en la turbina!; ¡qué horrible!; perseguido, portador de una vergüenza perruna, concluí apresuradamente aquello, me vestí y salí.

Se precipita la azafata.

—Soy... Cámpora —dije.

—¡Ah!, señor Cámpora: tengo algo que decirle; sígame, por favor.

Se acabó, *Chichí*, sancionado: en la próxima esquina te bajan.

La azafata señaló una puerta misteriosa que parecía dar al vacío; daba a la barriga del avión.

—Soy de la tripulación que baja en San Pablo y quería avisarle que está aquí.

¡El barco!

—Sí, señorita; ya me habían dicho.

—Disculpe, si lo molestamos.

—Al contrario, gracias.

No me animé a volver: eliminación radical de todo pensamiento sobre todo tipo de necesidad biológica por apremiante que se pretenda, mientras dure el viaje; ¿tamos, *Chichi?*

El avión era como una platea y me senté en el medio: algo alejado

del sueco que estaba leyendo “Las venas abiertas de América Latina” y no me vio.

Habíamos pasado San Pablo y concluí que mientras estuviera en territorio de Brasil, por lo menos hasta después de la escala de Río de Janeiro, no podría considerarme definitivamente libre; nada excluía que las autoridades brasileñas me detuvieran y me reexpidieran, por intervención de la “mano negra”.

Ahora, en mi platea, lo que quería era cerrar los ojos y pensar;irme acostumbrando a la idea de que el vuelo podía durar 15 ó 16 horas y que en la otra punta del vuelo estaban la *Negra* y los gurises, pero no logré imaginarlos.

Al *Pucho*, sí, ayer de mañana, volviendo a la celda después del recreo y preguntándole al primero que encontró:

—¿Y qué se hizo el *Chichí*?

—¿No sabés?; lo largaron: se fue en libertad.

Al *Pucho* diciéndome una noche de estrellas, entre las últimas frases y la luciérnaga de su cigarrito:

—No hagas como algunos presos, *Chichí*, que se van y se olvidan.

Sin saber hasta dónde esa sentencia condicionaba a fuego este compromiso, me acompañaba ahora en un absurdo avión que presumiblemente me llevaba a Alemania.

—¿No baja? —era el sueco.

—¿Cómo?

—Si no va a bajar; estamos en Río: escala técnica.

—Prefiero descansar; gracias.

Vino una azafata.

—Todos los pasajeros deben descender, señor; 45 minutos y luego continuaremos vuelo.

Pensé en la DOPS, la INTERPOL, la CIA y cuanta sigla me vino a la cabeza.

—No me siento bien, prefiero quedarme —dije sin convicción.

—Lo siento, pero tiene que descender, señor; razones de seguridad.

Se acabó: voy en cana. Si me obligan a bajar es porque voy en cana. Una azafata no es quién para decir a un pasajero que ha pagado su pasaje (o al que se lo han pagado) “tiene” que bajar; si lo hace es porque cuenta con toda la policía de Río de Janeiro.

Me entrego: salgo por la puerta y ¿dónde estoy?, ¿qué es esto?: un

tubo que da vuelta: un túnel; ni avión ni aeropuerto, ¿por dónde se baja?, ¿dónde está la escalerilla?

Camino una docena de pasos y me doy de cara con dos *tiras*; *tira* es *tira* en cualquier lugar del mundo y puedo reconocerlos hasta dormido: recostados contra una baranda con aire indiferente en aquel lugar absurdo y cuando me ven aparecer, a mí solo porque los pasajeros ya habían salido, se dan vuelta los dos y me encaran. “Me agarraron”.

Me detuve; no seguí caminando; me iban a tener que matar a golpes para dominarme; me llevarían pero iba a formar tal escándalo que se enteraría hasta el Presidente.

Los tipos evidentemente se sorprendieron de aquel rapado que los miraba con tanta insistencia y que olía a preso —olor a encierro, a muerto: después me dijeron— a bastante distancia.

Puse un pie detrás del otro y salí del túnel.

—Se decidió a bajar —dijo el sueco.

—Me obligaron —dije—, quédese conmigo, por favor, y explíqueme qué es esto.

—Esta es la salida del avión, ya está en el aeropuerto; está todo integrado —dijo el sueco.

—¿Y esos *tiras*?

—¿Perdón?

—No, nada —dije.

El sueco me tomó del brazo y me empujó gentilmente.

—Venga, vamos —dijo.

—¿Y el avión?, ¿no...?

—Tenemos tiempo, venga tranquilo.

Me llevé a un cantina muy iluminada donde vendían de todo; cosas de muchísimos colores, máquinas fotográficas, aparatos con otros aparatos que se ponían y se sacaban y me explicó que aquella radio se apagaba si se le pasaba la mano por encima y que ese reloj pulsera negro, no era negro, que se apretaba así y se veían los numeritos que era la hora y me invadió esa misma sensación de arcada y de vértigo de los supermercados, que creo que nunca llegaré a superar.

Los de afuera no se imaginan la cantidad de cosas que caben en la libertad; por supuesto, las mayúsculas que merecieron mención constitucional: expresión, reunión, asociación; sí, formidable, pero ¿las otras?; las que hacen la vida cotidiana, las que no están inventariadas por obvias: quedarse el tiempo que se quiera bajo una ducha caliente / salir a buscar el sol entre los árboles / pedalear la primavera al borde de un río / dormirse junto a un hijo.

Poder hacer, decir, mirar, leer, moverse: un escándalo de decisiones personales, de iniciativas, de antojos, sin necesidad de fundamentación o autorización. A los dos años de estar afuera empecé a considerarme más o menos solvente para decidir por mí mismo las pequeñas cosas. Un preso no recobra la libertad: tiene que rehacerla, que fabricarla; todo es nuevo y signo de admiración. Mi primera defensa fue tratar de disminuir el número portentoso de elecciones posibles, su riqueza e infinita diversidad: poca ropa, comidas repetidas, rutinas horarias, lecturas programadas, charlas con orden del día.

Una de las primeras cosas que hice con mi libertad fue dejar de dormir: había tantas cosas que tocar que no me daba el tiempo. La *Negra* me llevó al médico no sé si preocupada por mi salud o espantada por la eventualidad de tener que soportarme veinticuatro horas al día: no sólo hablaba enormidades en el mayor número posible de encuentros que pude organizar en este desparramado exilio, sino que cada pequeñez merecía de mi parte larguísimos discursos analíticos. Terminaron haciéndome dormir con cerveza y unas pastillitas.

Debí acomodar urgentemente mis movimientos corporales. Cuando la *Negra* y Jorge me llevaron al hospital para ver si se podía hacer algo conmigo o había que tirarme nomás, fui revisado, cuidado y mimado durante quince días de internación por una de las personas más gentiles que he conocido: el doctor Gaertner. Estábamos sentados los cuatro, hablando de mis vergüenzas físicas cuando este hombre dulce se levanta y me solicita permiso para abrir un mueblecito que estaba detrás de mi silla; fui un resorte: me incorporé de un salto, le dejé paso, junté los pies y puse las manos detrás, en posición de firme; primero hubo un breve silencio sorprendido, después, una unísona carcajada cruel de mis parientes y vergüenza en la cara de Gaertner: una vergüenza que parecía abarcar a todo el género humano.

Debí suprimir mis *trilles* que desconcertaban y distraían a los demás; dominar la evidencia de que eran normales los roces, los contactos entre las personas en calles y tranvías, con una mujer atractiva por metro cuadrado que debe chocar, coincidir, converger o aproximar alguna parte de su cuerpo al tuyo; aprender a moverme entre la variedad y cercanía de las cosas.

Me costaba enumerar, clasificar y determinar las funciones de cada uno de los objetos que estaban sobre un estante: me sobraban, no podía utilizarlos todos: los perdía de vista, cambiaban de lugar, se escondían.

Un mediodía estábamos a la mesa y alguien necesitó la sal.

—¡Yo la traigo! —proclamé.

Fui a la cocina y, ya fuera de la vista de la familia, sintiéndome importante, necesario, funcionante –era una empresa que, bien cumplida, contribuiría a incorporarme al grupo familiar– mi cuerpo se detuvo sobresaltado: mis ojos recorrieron la profusión de formas que habitaban la cocina (mínima, por otra parte) y queriendo hacerlo solo pero sin demorar mucho y que no se fueran a reír, imposté la voz, busqué naturalidad y pregunté:

–Che, ¿dónde guardan la sal?

–Ahí, en el estantito –dijo la *Negra*.

Me abalancé al lugar indicado: no solo había tres “estantitos” sino que en cada uno había una enormidad de cosas, una junto a otra, todas disímiles, sin orden, sirviendo para muchas otras cosas; recorro, clasifico, descarto, objeto por objeto, tratando de que en mi cabeza salte la ficha adecuada: salero. Dos veces lo hice y con un mundo de hormigas en el estómago, una angustia del carajo, tristísimo, partido en dos de rabia y con unas exageradas ganas de llorar, puse mi cara de piedra, volví y dije:

–No encuentro la sal, che.

* * *

Algo como cuando el sueco me dijo ante el escaparate de Río:

–¿No quiere comprar nada?

–¡¿Y qué voy a comprar?!; lléveme de aquí; por favor, porque me voy a volver loco.

El sueco vio que yo estaba en otro mundo, sonado; que no quería nada más que un rincón oscuro y que no me jodieran.

–Venga –dijo, y me llevó de regreso al avión.

Cuando despegamos de Río de Janeiro, cuando me pasaron al costado de la ventanilla los brazos enormes del Cristo del Corcovado, empecé a pensar que, quieras que no, me habían dejado en libertad. “La libertad debe ser como tres mil recreos juntos” –pensé.

Y entonces me abalancé sobre el sueco, todo le conté: Preso por preso, piso por piso, *verdugueo* por *verdugueo*, *máquina* por *máquina*, de Brasil a Alemania no paré de hablar. El sueco movía lenta y afirmativamente la cabeza, cambiaba de colores y debo declarar que aguantó el castigo como un valiente. Creo que la primera frase que le permití pronunciar completa fue:

–Llegamos a Francfort.

¡El barco!: no salía por la puertita de su escondrijo. La azafata lla-

mó a un tipo de la tripulación y el tipo fue a buscar una escalera especial y los pasajeros bajaron y nosotros abrazados a la caja inmensa del barco.

Después, otro túnel pero yo ya sabía. Doblé hacia “Migración” y siento el grito y miro al costado: la *Negra*, un grito emocionado, gesto auténtico, sin dobladillos ni reservas; toda ella en aquel grito.

Me despido del sueco ya que no puedo llevármelo conmigo.

Voy a “Migración”, saco el pasaporte, el tipo lo revisa desde los cuatro puntos cardinales y me dice:

—No tiene visa; no puede entrar.

Era sábado.

—El pasaporte fue hecho por el Embajador alemán en Uruguay —dijo mi cuñado Jorge.

—Todo está en regla —agregó la *Negra*.

¡Qué bien hablaban alemán!; nunca lo hubiera pensado. Se los digo, admirativo.

—¡No rompas las bolas que tenemos que arreglar esto! —dice Jorge.

Y el milico:

—No tiene visa: no entra; tiene que quedarse aquí.

Vamos a la oficina de la policía, conducidos por el milico. Todo lo que había empezado a pasar en alemán, me interesaba muy poco. Comenzaba a aburrirme aquella jerga incomprensible y fue entonces que, por hacer algo, salí de la oficina policial, como un perrito demasiado tiempo encerrado que se pone a olfatear los árboles.

—¡Vení para acá!; ¡vos siempre el mismo inconsciente!

Se pasó de tono, la *Negra*; fue el rezongo de una madre que hace cola en la Caja de Jubilaciones, con mucho calor y llama al crío que anda por ahí molestando y toquetea todo lo que los mayores dejaron, inadvertidamente, al alcance de sus manos.

Desde aquel rezongo, poco a poco, las cosas empezaron a tropezar con la *Negra*: a andar de mal en peor. Nos fuimos perdiendo, día a día, extrañando y rechazando y nuestro añejo amor de treinta años casi se nos termina yendo, sin remedio, a la mismísima mierda.

El tiempo nos había transcurrido demasiado largo y demasiado separadamente. Envejecimos, cada uno por su lado. Al frente, fuera, cada uno tuvo lo real del otro, muy distinto, tan cambiado, todo nuevo. Adentro, en recuerdo y antojo, la imagen que cada uno construyó del otro, pacientemente, con minuciosa ternura, metiendo cincel en la arcilla del amor guardado, especialmente activo en los peores momentos: en las soledades, en los sustos, en los desganos, en los desesperos. Así la imagen fabricada, la persona que cada uno esperaba para sí, para sus

necesidades, para sus dolores, difería de mil maneras de la persona que, finalmente, reencontraba: y ¿cómo pedirle tolerancia a un sueño?

Fue cuando tocamos el fondo del fondo, en lo mejor del naufragio, que inesperada, extraña, rotundamente, resucitamos; fue allí que reencontramos con la *Negra* el amor todo que nos veníamos negando; repechamos la cuesta. Todavía nos costamos un poco, no estamos libres de raspaduras, pero es toda la mujer que sólo quiero; idéntica en sus esencias y en sus fallas que nuevamente le tolero con respeto.

Llamado al orden por la *Negra* me acodé en el mostrador mirando en silencio a los tres milicos alemanes de uniforme pero sin saco, en apariencia atento a lo que estaba pasando. Considerada la posibilidad de pasar algunos días en cana —excelente calabozo, imaginé—, no se me movió un pelo del alma.

Acodado en el mostrador, zapatos de cuero, uruguayos, muy finos, que me quedaban grandes; pantalón gris que me bailaba (y ahora me ajusta demasiado la barriga), camisa; sacón cuero forrado: un Gamulán, era un alegre visitante de una situación que prácticamente no me concernía.

La *Negra*, ojos de gente libre, lo vivía distinto. Era admirable el alemán ametrallado con que cubría a los policíacos; ¡ah, esa *Negríta*!; la vieja leona gruñía con plenitud y yo sonreía embobadamente, ante el espectáculo.

Pude constatar la rabia contenida en los milicos, el deseo de entorpecer mi entrada, sin descuidar las correcciones formales. La tortilla se había dado vuelta y yo —ahora ganador— los miraba gozosamente.

Aquello se terminó arreglando con llamadas enérgicas a ministros y diputados, que realizó la Directora de la escuela de Holweide, Anne Ratzki. Fue una batalla que ganaron Olga y Jorge; cruda y oficial.

En algún momento estábamos en el avión que nos conducía de Francfort a Colonia, más sonrientes, menos tensos, un poco en familia y agrado, un poco en bienvenida y las primeras advertencias.

—¡No tenés idea de lo que te espera! —dice Jorge.

—¿Mucha gente?

—No te asustes.

El viaje se fue en eso: en prevenirme y en masajearme.

Aterrizamos; caminamos no sé cuánto, ni por dónde; recuerdo un par de escaleras mecánicas; la *Negra* dándome las últimas indicaciones, Jorge detrás, cargando el enorme paquetón del barco. Y la misma *Negra* diciéndome, sonoramente:

—¡Allí están!

Casi pregunto una estupidez: “¿quiénes?”, cuando hacía una hora hablábamos de ellos. ¿Ya? ¿No podría empezar a llegar a ellos despacito, primero por una puntita, luego otro paso y así? Fue un segundo. Miré adelante, a los costados, y sólo vi gente que no relacioné de inmediato con la cuestión; entre esa gente, mis ojos buscaban la gente que era para mí. Pero, toda, era para mí. Y estaba en varios planos: delante, a los costados, encima mío, en alguna baranda: yo era una burbujita rodeada de caras. Y recuerdo los gestos, las expresiones de esas caras; no quién ni quiénes. Y vuelvo a erizarme y me vuelve el agua a los ojos.

Al segundo de haber visto, oí: un golpe de toneladas en el diafragma; nunca, ni antes ni después, me sentí igual en mi vida: eran aplausos en un silencio total de voces; ni un grito, ni una respiración: sólo aplausos: netos, masivos, fueron aplausos que me llenaron el mundo, el espacio, el aire de los pulmones; mi cuerpo dejó de ver, sólo podía oír; fui invadido, conquistado, domeñado físicamente por ese ruido respetuoso, engrandecedor y avergonzante.

Llegué sin lágrimas, como muro, sin gestos. Sabía desde tiempo atrás —mucho lo charlamos con los compañeros en los recreos— que si la recepción era pública y notoria no podría desbordarme: el que llegaba era un preso y no simplemente mi yo solo, personal; llegaba también un tupa que está seguro, que quiere seguir, que no sufrió cana y *máquina* como una pasión jesucristica, sino como un episodio rejodido y peligroso, etapa de mi militancia. Tenía que mostrar y demostrar a la gente, y a sí mismo, que las armas del enemigo son enfrentables y derrotables; que uno dura y puede y sabe; así como duran, pueden y saben un montón que habían quedado allá: peleando, militando, siendo en un lugar llamado *Libertad*.

Fue el grito de la *Negra* y mil caras y los flashes y los aplausos, todo en un mismo movimiento y de pronto quedé horriblemente solito, la perdí; solísimo y, definitivamente desamparado, cuando de repente, sin saber de dónde, ni por dónde tuve al ladito mío, pegado contra el cuerpo, mirándome a la cara, a uno de mis hijos, y a los tres juntos.

Fue emerger de un impacto para sumergirme en otro más profundo y más doloroso y más completo, pero al que entré con mis propios pasos y deseos y ansias contenidas y sueños presos: todos mis diez años de ausencias acudieron a ese abrazo que nos fundió el alma; los tres mis gurises, en estos mis flacos brazos.

Después, con los meses, los iría encontrando: Silvia, me maravilló mujercita: dulce, suave, pequeña. Al principio nos incomodaron los mu-

tuos pudores que habíamos criado; hasta que pudimos confiarnos en el cruce de esta nueva edad. De a poco empecé a respetarle de veras la independencia que andaba conquistando; fuimos hablando algo de lo de adentro, hasta donde ella abre e invita, hasta donde pueden y atreven mis vejece.

Ariel tiene el cuerpo de un dios adolescente y la fuerza de un caballo loco. Se ve que será para siempre el horcón más sólido del grupo familiar—incluido este pecador—ángel custodio; hombre recto y ponderado; silencioso con naturalidad. Ensayamos varios hasta que encontramos el abrazo exacto posible: su brazo, desde sus casi uno noventa, abarcando mi cuerpo todo, en cobijo; desde que me he allanado a él, se nos han desatado las caricias adecuadas. Hablamos poco, concreto, sin posturas; confío mucho en él; no sé cómo me piensa. Resulta un banquete, irlo mirando ser.

Y con Pablito, desde el primer momento: la fiesta estremecida. Claro que era el chiquitúa, el benjamín. Y también el desinhibido, el músico, el chistoso. Fue en el único que encontré algunas hebras del viejo hilado conocido. Me constituí de inmediato en algo importante, en presencia, para él. Y él, a mí, me puso campanillas en la vida. Ahora es un empiezo de adulto pero ya tenemos conquistado nuestro territorio de encuentro.

Y todos, los tres, excepcionales en calidad humana, son resultado del trabajo de hormiga y gigante de la *Negra*; sola en Montevideo cuando caí, dieciocho allanamientos; batiéndose, con otras “viudas” para subsistir gerenteando un kiosko de barrio; emigrante presurosa a Chile donde hacía trabajo importante; arrastrando a sus críos bajo las balas del golpe; desembarcando en una Alemania ignota, con el alma partida, con la sola ayuda—enorme, eso sí—de Jorge y de Mecha; preservándolos del consumismo y la facilidad; forjándolos, pieza por pieza.

¡Qué de hambres, cuántas ansias se me fueron muriendo felices en ese abrazo con mis hijos, en el aeropuerto! Así estuvimos todo el tiempo que necesitamos; nadie nos tocó; nadie nos palmeó; nos permitieron, nos respetaron, hasta que nos destrenzamos suavemente, vaya a saber cuántos años más tarde.

Sin darme cuenta ya tenía otra vez al lado guiándome minuciosamente para evitarme desorientación a Olga, eficazísima y bien ritmada. Y empezaron, ya más serenamente, a llenarme las manos y los brazos de regalos: flores enormes, desconocidas desde años; y un chiquito me trajo un dibujo de bienvenida; y una gurisa se acercó muy seria y me entregó, ceremoniosamente, una manzana.

El barco, finalmente, llegó a manos de nuestra doctora Focke, sonriente y agradecida.

No supe cuándo llegamos a la casa, en Piccolomini, Holweide, Köln; no recuerdo dónde me senté, ni lo que hice; sé que me abracé a ese tronco inamovible de afecto que es la Abuela Ita, madre de la *Negra*; a Mecha, su hermana, a la que nunca supe decir cuánto valoraba y quería; sé que empezó a llegar gente y gente y más gente y con todos fui charlando de mi estado de salud y mi estado de alegría, la cana, los compañeros, el viaje; empecé a comer juiciosamente, temerosamente; empecé a acariciar a mis hijos, a tocarlos de tanto en tanto, a mirarlos cuando nadie me hablaba ni me miraba.

Siguió llegando gente a la casa de Piccolomini durante todo el día. Pensé que empezaba a serenarme, aunque la *Negra* me explicó después que conservé una especie de euforia endemoniada que se prolongó los días siguientes, de tal manera que a todo el mundo le pareció altamente aconsejable que me internaran quince días revitalizantes en el hospital del genio Gaertner.

Lo que sé es que en algún momento se fue diluyendo la concurrencia y fuimos adentrándonos en la noche y fueron calmándose las oleadas expresivas y que mi cabeza tenía una idea perfecta de lo que estaba pensando, una fulgurante lucidez.

No sabía entonces que íbamos a hacer este libro, chernesto, durante más de dos tupidos años, recordando en París, grabando en Colonia, discutiendo en Friburgo; carteándonos otro libro entero; vos rasqueteando a fondo, yo hablando hasta la última gota; vos incitándome a perseguir verdades, yo arrimándote unos cuantos párrafos; entretejiéndonos: vos presísimo, yo mirando por primera vez desde fuera y de tan lejos: construyendo entre los dos un puente, chernesto; los puentes necesarios.

No iba a permitir, te dije, que la lejanía me desmantelase, seguiría siendo un militante. La cana le puso pantalones largos a mi entendimiento; los errores se me hicieron enseñanzas. Seguiría viendo con aquellos con quien tuviera que verlo cómo proseguiría el libreto, en el nuevo escenario, para los viejos actores; los viejos y los recientes.

Cansado, sí, y con muchas ganas de tirarme al sol y de digerir tanta reja; pero no puedo: por la circunstancia histórica, porque me sacó la solidaridad, porque el Penal está tan jodido, porque me lo pidió el *Pucho*, por el paisito.

Ni aventurero, ni suicida, ni héroe: empleado público; el empleo me lo exige: o trabajo o lo pierdo.

Y si me encantaría que aparecieran cuarenta florecientes jóvenes de

dieciocho años que me dijeran: “nosotros tenemos todo claro, viejito; sentáte ahí, no jodas”, también sigo teniendo ganas de hacerles daño; la curiosidad del león viejo que siente, inconfundible, el olor de la gacela.

Quizás por todo esto, el día de mi llegada, cuando la casa se vació de gente y sólo quedamos con la abuela y con Jorge y con Mecha, y después también se fueron ellos, en la quietud y el silencio y la noche que nos cobijaba un poco a los cinco, a la *Negra*, a los tres hijos y a mí, desde el fondo de un sillón quise decirles algo, amasado y redondísimo y pulido interiormente durante unos buenos diez años, y les dije:

—Vengo a despedirme.

París, setiembre 1981/octubre 1984

APENDICE

DAVID CAMPORA

Cronología

- | | | |
|------|--------------|--|
| 1934 | agosto 11 | Nace en Paysandú, Uruguay. |
| 1945 | | Traslado a Montevideo. |
| 1952 | abril 24 | Primer encuentro con Olga Machado, la <i>Negra</i> . |
| 1959 | octubre | Termina sus estudios de Contador Público. |
| 1959 | diciembre 14 | Se casa con Olga. |

Nacimientos de los hijos

- | | |
|------|--------------------------|
| 1961 | Silvia. |
| 1964 | Ariel. |
| 1966 | Pablo. |
| 1968 | Entra a la Organización. |

Primera detención

- | | | |
|------|-------------|--|
| 1971 | marzo 16 | Arrestado: Jefatura de Policía de Montevideo. |
| 1971 | marzo 28 | Trasladado a la cárcel de Punta Carretas, en Montevideo, donde permanece seis meses. |
| 1971 | setiembre 6 | Participa en la fuga masiva (operativo “El Abuso”); siete meses de clandestinidad. |
| 1972 | febrero | Escapando de un local en peligro se refugia en Amazonas 1440, casa de los Martirena. |

Segunda detención

- | | | |
|------|----------------|---|
| 1972 | abril 14 | Es arrestado y conducido al Hospital Militar. |
| 1972 | abril y mayo | Jefatura de Policía y Cuartel de Punta de Rieles. |
| 1972 | junio 16 | Batallón de Infantería N° 1 “Florida”, en Montevideo. |
| 1972 | de oct. a dic. | Batallón de Ingenieros N° 1 de Montevideo y, por segunda vez, Cuartel de Punta de Rieles. |

Primer período en el Penal de Libertad

De 1972, diciembre 7 a
1974 noviembre 11 Establecimiento Militar de Reclusión N° 1.

Cuarteles

De diciembre 1974 a
marzo 1975 San José (Batallón de Infantería N° 6).

De marzo de 1975 a
agosto de 1977 Trinidad (Grupo de Artillería N° 2).

Segundo período en el Penal de Libertad

De agosto de 1977 al
12 de diciembre de 1980 Establecimiento Militar de Reclusión N° 1.

INDICE

PRIMERA PARTE	11
SEGUNDA PARTE	69
TERCERA PARTE	139
CUARTA PARTE	209
EPÍLOGO	249



Las manos en el fuego (1ª edición: 1985, más de 12.000 ejemplares vendidos en múltiples reediciones) es un relato basado en la experiencia de David Céspedes, prisionero político uruguayo en los años de la dictadura (1972-1980). A partir de sus testimonios el autor reconstruye la guerra cotidiana entre custodias y presos, las situaciones extremas (no siendo la tortura más que una de ellas) y las formas de resistencia.

Ernesto González Bermejo (Montevideo, 1932-1993) fue dirigente sindical y periodista. Entre sus publicaciones se destacan *Nacidos para perder* (1992), *Revelaciones de un cronopio*, *Conversaciones con Cortázar* (1986), *Cuatro pasos por el mundo* (1992), *Vengo de Nicaragua* (1986), *Cosas de escritores* (1971).

ISBN 9974-1-0036-4



9 789974 100367